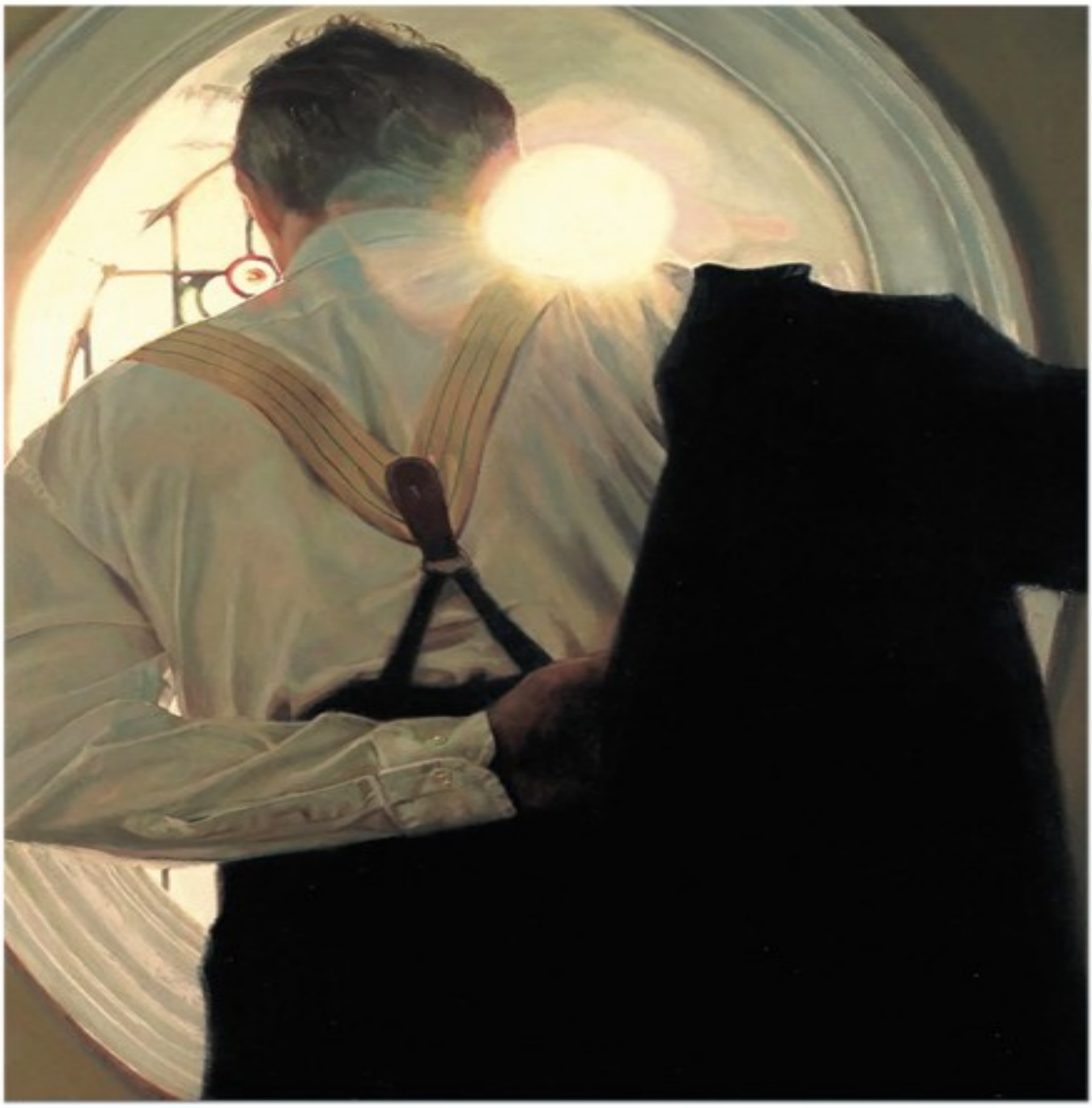
Seix Barral

Traducción
Isabel González-Gallarza

Francesco Casolo

El estafador



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Dos líneas paralelas

- Uno
- Dos

Primera parte. La medida del azar

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete

Segunda parte. La medida del destino

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

EL ESTAFADOR

Francesco Casolo

Traducción del italiano por Isabel González-Gallarza

Seix Barral

A Laura,
que creía en ello y me lo decía una y otra vez

—Imagina dos líneas paralelas —dijo—. Una es la vida de Lee H. Oswald. La otra, el complot para asesinar al presidente. ¿Qué es lo que une el espacio entre las dos líneas? ¿Qué hace inevitable el encuentro? Hay una tercera línea. Surge de los sueños, las visiones, las intuiciones, las plegarias y los estratos profundos de la personalidad. No se genera por una relación de causa y efecto como las otras dos. Es una línea que se cruza con el azar, que atraviesa el tiempo. No tiene una historia que podamos reconocer o entender. Pero impone una convergencia. Sitúa a un hombre en el camino de su destino.

DON DELILLO,
Libra

Dos líneas paralelas

Uno

Y, además, se repetía Fabio Montari pocas horas antes de una detención más que anunciada, las cosas suelen ocurrir por casualidad.

Mírame a mí, por ejemplo, desvariaba en el delirio de un insomnio que lo torturaba desde hacía semanas: uno se comporta siempre como es debido, es amigo de todos, no tiene jamás un problema con los compañeros ni con los jefes.

«Es un cliente antipático, ocúpate tú, Fabio. Los desarmas, no sé cómo lo haces...»

«¿Te importa terminar esto por mí? Es que le prometí a mi mujer que iríamos a la playa este fin de semana... Eres un amigo, Fabio. Te debo una, ¿eh?, de verdad.»

No faltaba al trabajo un solo día, se entregaba a la empresa en cuerpo y alma, apenas se cogía vacaciones, estaba siempre venga a currar, como si no hubiera nada más en el mundo que generarle beneficios al banco... Y, total, ¿para qué?

Para que un día, de repente, le dijeran: «Ahí está la puerta».

—¿Te das cuenta, Carolina? —le repetía machaconamente a su mujer, cuando ni él mismo era capaz ya de seguir con el mismo discurso.

—Sí, pero, Fabio, por Dios, es que tú también...

Por no hablar de esa vez en que su jefa, Sybille Wagner, de origen bávaro pero afincada en Italia desde hacía siglos, diez años mayor que él, siempre imponente e insinuante, lo invitó a comer a un restaurante caro para hablar con él. Por supuesto, se anduvo con rodeos, saboreando el Chablis y jugueteando con él como un gato con un ratón, pero, en el momento adecuado, fue directa al grano:

—Fabio, ¿podrías prestarme algo de dinero? Ando un poco justa de liquidez.

¿Cómo se le dice que no a una mujer así, cuando basta oír su nombre para imaginarte a las valquirias cabalgando delante de ti?

—Por supuesto. Faltaría más —le contestó, ostentando una calma que no sentía.

—Necesitaría setenta y cinco mil euros, ¿cómo lo ves?

Vaya, casi nada... Pero, al final, Fabio le había dado el dinero sin rechistar. ¿Y con qué le venía ahora?

«Como intentes volver a llamarme, tendrás que vértelas con los abogados.»

—Los abogados, Carolina, ¿te lo puedes creer?

Alzó los ojos hacia el televisor colgado frente a él en la pared: de los altavoces salían sonidos tenues, casi imperceptibles. Probablemente había bajado el volumen durante la noche. Lo apagó y se quedó mirando su reflejo en la pantalla: le hacía falta una ducha, cambiarse de camiseta y salir a tomar el aire. Si algo le había quedado claro en esas semanas era que estar sin trabajar lo desquiciaba.

«Te lo juro, este verano no quería que se acabaran las vacaciones...»

«Me tiraría un año entero sin dar ni golpe...»

«Te aseguro que un día no pienso volver a poner un pie en esta oficina.»

Las frases de sus compañeros, idénticas todos los años.

Y él, en cambio, mira qué buenas vacaciones se estaba pegando. El día entero metido en casa, espiando por la ventana como un búho. Preparándole la cena a Carolina, al menos de algo servía no volver del trabajo a altas horas de la noche. Los primeros días se lo tomó con ganas, trató de aprovechar el tiempo. Que si salmón con aguacate, que si escamas de boletus crudos sobre un flan de queso parmesano, que si arroz negro integral con gambas y calabacines, todo riquísimo, cocinado con esmero y hasta emplatado; pero, al cabo de un tiempo, jooooder.

Esa soledad...

Ahí estaba, lavando los platos a mano, en lugar de meterlos en el lavavajillas, para poder matar así el rato; afeitándose en mitad de la tarde, para luego darse cuenta de que ya se había afeitado hacía dos horas, y es que hasta la maquinilla parece que te mira como si fueras tonto.

¿Y cuánto tiempo llevaba plantado en ese sofá? Una eternidad. O, lo que es lo mismo, desde que lo habían despedido de su trabajo en el banco, para luego denunciarlo. ¿Tres meses ya? ¿Cuatro? A saber.

Ya casi había amanecido. Fabio no recordaba lo que estaba viendo ni a qué hora se había quedado dormido. Tenía que dejar de perder el tiempo así. Tenía que hacer planes, estudiar estrategias, se lo estaban poniendo muy fácil. ¿Para hacer qué? Pues para escapar, claro: era lo que todos esperaban. El banco, Sybille Wagner y la policía de delitos económicos.

—No lo hemos encontrado, una pena.

—Se las ha apañado de maravilla para desaparecer sin dejar rastro.

—Estará en las Caimán.

—O en las Bermudas.

Huir, claro. Habría estado muy bien. A lo mejor Carolina habría sido más feliz. Pero ¿para ir adónde? Nunca se había alejado de su ciudad más de dos semanas, y, cada vez, ya estuviera en las Maldivas, en Cerdeña o en la Costa Azul, al cabo de diez días ya solo pensaba en una cosa: volver.

Ahora que, aparte del trabajo, había perdido también el sueño, ya no era capaz de pensar ni de razonar. Como para organizar una fuga: transferir el dinero desde algún sitio sin que lo pillaran, ver cómo actuar con su madre —aunque esa era otra historia—, encontrar una solución para que Carolina pudiera reunirse con él. Que esa es otra: ¿de verdad Carolina querría irse con él? Ya ni eso sabía siquiera.

Vio en el reflejo de la pantalla que los ojos se le habían hundido en las cuencas, dejando alrededor una línea oscura de escombros. Con esa cara no podría transferirse ni cien euros, como para pasar un control en el aeropuerto.

Llevaba meses sin disfrutar de verdadera tranquilidad ni descanso. Se dormía de golpe porque estaba agotado, y se despertaba con la misma rapidez. Por lo general, no se acordaba de lo que había soñado, pero no debía de ser muy bonito si cuando abría los ojos sentía un malestar aún mayor.

Levantó la mirada hacia un cuadro que había colgado con Carolina unos meses antes, justo encima del televisor. Le había costado una fortuna. Era extraño, al principio no le había visto nada del otro mundo. Era de un pintor tan famoso que no se atrevía ni a decir su nombre mentalmente, pero durante un tiempo le había parecido igual que tantos otros. Hasta que, un buen día, no pudo dejar de mirarlo. Las expresiones de los personajes, los colores, el equilibrio de las formas... Incluso para alguien como él, de pronto todo se volvió claro, cristalino. Sublime.

En cambio, no recordaba ni uno solo de los cuadros de la casa en la que había crecido. Quizá las paredes estuvieran desnudas y, aun esforzándose, solo le volvía a la memoria el almanaque de fray Adivino, ese en el que ponía el santo del día y un refrán. Recordaba uno: «La mañana es la madre del trabajo; la noche, de las preocupaciones y los dolores». Tenía guasa llegar a los cuarenta y darte cuenta de que el fraile tenía razón...

Y luego había estado esa humillación, Dios santo, delante de todos sus compañeros.

Durante un tiempo no fue capaz de contárselo ni a Carolina siquiera. Un día no fue a trabajar: «Voy a estar unos días sin ir», le dijo. No es que su despido hubiera sido inesperado, eso desde luego, pero no le contó cómo había ocurrido. Hasta que un día sintió que iba a estallarle la cabeza de tanto guardárselo todo dentro, y entonces decidió contárselo. Le dijo que lo que más le dolía era haber hecho el ridículo delante de sus compañeros, después de haber sido la envidia de todos durante años.

Todas las mañanas cruzaba el puente de madera de cinco arcos, porque al final había conseguido vivir en el centro, que era donde vivía la gente de dinero, cuando no se instalaba en la colina.

«Buenos días, doctor»,[1] «¿Cómo está, doctor?»... Y él, ahí, en ese puente tan perfecto, disfrutando de los honores. ¿Y ahora? En lugar del «doctor», que, por otro lado, ni siquiera lo era, esa humillación que lo torturaba. Se lo contó a Carolina y después se echó a llorar como un niño.

No es que si se hubiera marchado enseguida habría cambiado algo, está claro. Pero un ridículo así te marca para siempre, te persigue.

Carolina intentó quitarle hierro:

—¿Qué más te da, no ves que son unos desgraciados? Si tú mismo lo has dicho siempre.

—Ya, Carolina, pero...

—Anda, ven aquí, cariño.

—No, déjame.

Tal vez, sin ese ridículo que lo obsesionaba, ahora estaría mejor, tal vez habría dormido una noche del tirón, y no a intervalos de diez minutos.

Y el caso es que, ese día de tres o cuatro meses atrás, Fabio se había entregado a su rutina, que consistía en una misma reserva de hábitos y prácticas, automáticos ya. Siempre los mismos: ¿desde hacía cuánto, quince años? Sí, quince años en la misma oficina, trabajando para la misma compañía y los mismos jefes.

Encendió el ordenador, esperó a que apareciera la pantalla donde teclear la contraseña y después, distraído —porque, si te lo pensabas, la ponías mal—, esperó en vano a acceder al sistema. Nada. Volvió a intentarlo. Y otra vez más. Cuando levantó la mirada hacia los demás, en busca de ayuda, se percató de que todos lo miraban a él, fijamente, en un silencio sepulcral. *A posteriori*, cayó en la cuenta de que lo estaban observando desde el mismo momento en que había encendido el ordenador. Era eso lo que tanto lo atormentaba de noche. Haber sido, aun solo unos minutos, el hazmerreír de toda la oficina. Recorrió la habitación con la mirada y vio que sus compañeros observaban a Marzini, de Recursos Humanos, que avanzaba decidido hacia él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Dímelo tú, Fabio —contestó Marzini.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar Fabio.

Miradas a un lado y a otro: «Poneos a trabajar, hostia». Después, Marzini blandió un papel, un folio con membrete del banco, y, poniéndose las gafas de presbicia, que llevaba colgadas al cuello, empezó a leer con voz impostada.

—Recojo mis cosas y me voy —se apresuró a decir Fabio a la primera frase, empezando a rebuscar en los cajones.

—No, Fabio, tus cosas las tienes que dejar aquí.

Un momento después, aparecieron los dos guardias de seguridad, por si acaso le daban ganas de montar un numerito.

Al otro lado de la ventaba amanecía ya y, sobre las montañas, a lo lejos, el rosa de la aurora se mezclaba con el azul de un cielo que preludiaba un día soleado. Consultó la hora: tenía que preparar el desayuno antes de despertar a Carolina. Salió al balcón para comprobar la temperatura; en cuanto abría los ojos, Carolina quería saber si hacía calor, si hacía un frío que pelaba o si iba a llover. Como si en esa provincia irrelevante en la que habían nacido y crecido se diera alguna vez algún fenómeno meteorológico extremo. En verano hacía un leve bochorno —pero bastaba pasar unos días en Milán o en Florencia en julio para saber lo que era de verdad el bochorno— y, en invierno, alguna vez refrescaba un poco por la mañana o por la noche: era siempre igual. Como todo lo demás.

«¿Me pongo la chaqueta gorda?»

Cuando la conoció y se enamoraron, a Carolina la traía sin cuidado la meteorología.

Ahora, en cambio...

El aire le pareció más bien fresco, pero, desde que dormía tan poco, nunca tenía calor por la mañana. Sintió incluso un ligero temblor en las piernas y en el estómago, así como un malestar en el pecho, a la altura del esternón. Miró con dolorosa envidia las demás ventanas cerradas: todo el mundo dormía aún.

Vivía en una casa situada justo en el punto en el que se había puesto la primera piedra de su barrio: allí donde se erigían ahora los cimientos, sobre un espolón de roca, un rico terrateniente había mandado construir un castillo de ciudad, aunque aún no hubiera ciudad, tras ordenar matar a un rival. Los amigos del muerto lo estaban buscando, y él pensaba ir donde estuviera a la vista de todos. No tenía la más mínima intención de esconderse, al contrario: quería dejar bien claro que podía permitirse hacer cualquier cosa.

—Pero ¿cómo termina la historia, Fabio? ¿Al final lo cogieron? —le había preguntado Carolina.

—No lo sé. Dicen que murió en la cama.

—¿Él solo?

¿Y Fabio?

Era cuando menos irónico que justo hubiera acabado viviendo allí.

Más que irónico, a decir verdad.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? —le dijo su madre, echándole la culpa a su segunda mujer, Carolina, cuando Fabio le enseñó orgulloso el piso, una quinta planta en esa zona tan exclusiva, con ese salón suntuoso, ese vestidor tan grande que cabía dentro una familia, y numerosa encima, ese garaje de dos plazas («matrimonial», bromeaba al respecto con Carolina), ese jardín de césped al estilo inglés, con vistas a toda la ciudad y al puente de cinco arcos.

—Te van a machacar.

—Que no, mamá, ya verás.

—Ya verás tú, imbécil.

Sacó del congelador unos *brioches* rellenos de crema de albaricoque, los metió en el microondas y, mientras se descongelaban, colocó las servilletas con los tenedores y las cucharitas. Le gustaban las primeras horas de la mañana. Las difíciles venían después, cuando se quedaba solo, esperando a que volviera Carolina de la galería de arte en la que trabajaba, preguntándose si salir o no, si dejarse ver o quedarse escondido.

Esperó a que el microondas hiciera «ding», pero no lo abrió, para que no se enfriaran los *brioches*. Luego volvió al dormitorio: Carolina

seguía dormida. Le acarició con dulzura el empeine, que asomaba de debajo de las sábanas. Le bastaba con rozarla, con tocarla apenas, para que le entraran ganas de comérsela. Eso, al menos, no había cambiado.

—Carolina... Te he preparado el café.

Ella abrió los ojos y lo miró asombrada. Aún no se había acostumbrado a la novedad de que le preparase el desayuno.

—Todavía tengo mucho sueño... —protestó.

—Tienes que ir a trabajar.

—¿Y tú?

—Venga, vamos.

—¿Tú qué vas a hacer hoy? —le preguntó.

—Huir al extranjero.

Lo dijo sin mirarla a la cara, y ella se preocupó.

—¿Me quedo en casa contigo? Si quieres, me invento una excusa.

—Estaría bien.

La besó y volvió a sentir ganas de comérsela. Ella pensó lo mismo.

—Dame solo un momento.

La miró alejarse hacia el cuarto de baño. Se sentía muy débil, por todas esas horas de sueño perdidas. Y Carolina no disponía de mucho tiempo, tenía que irse. Se refugió en la cocina. Sacó los *brioches* del microondas y los puso en una bandejita. Lo hizo todo con mucho esmero, para que al menos ese desayuno fuera perfecto. Enderezó las servilletas sin necesidad, velando incluso porque quedaran exactamente perpendiculares a los lados de la mesa. Sintió el impulso de destrozarlo todo, pero siguió con su tarea, llevando a la mesa la lechera con la leche ni fría ni caliente, justo tibia.

Carolina se sentó frente a él y le sonrió. Llevaba una camiseta larga y descolorida que le llegaba por encima de las rodillas. ¿Lo había buscado en el dormitorio antes de encontrarlo allí?

—Qué bien lo has hecho todo.

—Esto de hacerlo todo bien está acabando conmigo.

Carolina apoyó un pie sobre el suyo.

—Esta noche he tenido un sueño precioso. Nos marchábamos... a Madagascar —empezó a contarle—. Había unos animales nunca

vistos, y el mar tenía unas olas muy grandes. Los surfistas esperaban en la orilla para lanzarse.

—Siempre me han gustado los surfistas —bromeó ella.

—Podría aprender.

Fabio se levantó para servirse otro café. Miró por la ventana: un vecino sacudía el mantel en el balcón de enfrente.

—Se te daría bien.

—Hace unos días vi un documental. Salía un aye-aye, una especie de murciélago con los dedos largos y curvos que le sirven para sacar a los insectos de los escondites más profundos. También salían camaleones. Nunca he visto un camaleón, esos que cambian de color. No me lo creo mucho.

—Prefería imaginarme el surf.

—Yo también.

—Fabio, ¿qué crees que va a pasar?

—¿Cuándo?

—No sé, en los próximos días. O meses.

—El otro día vino mi madre. Estaba furiosa. Que si la casa, que si los cuadros... Me dijo que las vecinas la miran mal; que lo sabe todo el mundo; que en la frutería de su barrio, donde siempre le pasaban la cuenta a fin de mes, por comodidad, ahora quieren que pague a tocateja; que no sé qué conocida suya ahora hace como si no la viera. Nada más llegar, como a los cinco minutos, volvió a ponerse la chaqueta, quería irse. Yo la retuve. Y entonces me dijo una cosa.

—¿Qué cosa?

—Nada, olvídalo.

Fabio se levantó de nuevo, como para buscar algo que llevar a la mesa, aunque no hiciera falta nada. Abrió la nevera de par en par, esperando que bastara con darle la espalda a la pregunta para que desapareciera.

—Venga, dímelo.

Pero no. No había desaparecido.

—No sé si me apetece hablar de esto... —dijo, y tragó saliva, volviéndose a medias hacia ella.

—Pero si has sacado tú el tema.

—Porque me agobia.

—Pues, venga, suéltalo —lo animó ella.

—Se quedó ahí un momento, como dudando si decirme o no lo que estaba pensando, y entonces...

—Y entonces, ¿qué? ¿Me pasas el azúcar, por favor?

El sol extendía sus rayos sobre la mesa, a través de la ventana. Eran afortunados, después de todo.

—Empezó con rodeos, pero se veía que no era porque no supiera qué decirme. No sabía si quería decírmelo o no. ¿Sabes cuando estás ahí, pensando: «Ahora voy y le digo a esta persona lo que pienso de ella», pero, en cuanto lo hagas, sabes que esa persona desaparecerá de tu vida, y por eso no sabes si es mejor callarte?

—Lo siento.

Carolina se levantó para acercarse a él, pero Fabio volvió a hacer como que ponía la mesa, aunque no faltara nada.

—Bueno, pues empezó diciendo: «Una madre se preocupa siempre mucho por el futuro de sus hijos... Teme que se queden solos porque no encuentren a alguien que los quiera, que pierdan el trabajo, que no sean felices...». No entendía adónde quería llegar, aunque estaba claro que a nada bueno. Pero, para entonces, yo quería que lo soltara de una vez. «¿Qué me quieres decir, mamá?», le insistí.

—¿Y qué te dijo?

—Se quedó pensando y...

Lo interrumpió un estruendo de chirridos de frenos y portezuelas que se abrían y se cerraban justo debajo de su casa.

Miró a Carolina y se dirigió a la ventana. Eran coches de policía, de los que salieron varios agentes de delitos económicos, seguidos de más coches, con las sirenas sonando. Fabio se quedó observándolo todo, impasible. Quizá había llegado el día en el que ya no tendría que preguntarse cómo matar el tiempo.

Notó la mano de Carolina en el hombro. Vio que se había puesto la bata. Volvió a mirar a la calle: los agentes de uniforme iban armados. Al momento sonó el timbre del videoportero.

«Tiene gracia que llamaran al videoportero, ¿no?», contaría en la cárcel pocas semanas después.

Fue a abrir con una sensación difusa de alivio y vergüenza por lo que iban a pensar los vecinos al ver todo ese jaleo de coches y de hombres que corrían escaleras arriba, calzados con sus botas Dr. Martens. Siempre había tenido pasión por los zapatos, quizá no por las botas de policía precisamente, pero bueno. Ese tipo de suela sobre el mármol era un sonido inconfundible.

Dejó la puerta entornada y luego fue a sentarse con Carolina en el sofá. No había ninguna prisa: tenía la maleta preparada, con el cepillo de dientes, la pasta y el pijama, desde hacía exactamente tres meses. Lo único que no entendía era por qué habían tardado tanto.

Diez minutos más tarde, sentado entre dos agentes en el asiento trasero de un coche de la policía de delitos económicos, como si pudiera hacerle daño a alguien, Fabio se imaginó una hoja de contabilidad, de esas que tienen a la derecha el pasivo y a la izquierda el activo. Era su formación, aquello con lo que había bregado toda su vida. Nunca había sido un artista ni un creativo.

Se puso a rellenar las celdas, empezando por el pasivo. Los razonamientos sobre lo que había perdido y ganado venían luego: primero había que poner un poco de orden. Empezó:

Ya no tenía trabajo.

Ya no tenía compañeros.

Ya no tenía libertad, desde hacía unos minutos.

Ya no tenía limpio el historial delictivo: oficialmente todavía sí, pero podía darlo por perdido.

Pasó a la otra columna, la del activo.

En los últimos veinte meses había acumulado cuatro inmuebles y solares por valor de un millón setecientos mil euros; una nave en un pueblo a veinte kilómetros de su casa, para esconder lo que robaba; tres parcelas rústicas, que había comprado sin saber para qué; diez botellas de vino, cada una de las cuales valía por sí sola lo que un apartamento de dos habitaciones en el centro; trece vehículos, entre coches y motos, entre los cuales había un Ferrari Modena, tres Maserati de época y un Lotus Emira; ciento siete obras de arte, elegidas no por él, sino por Carolina, por un valor total de tres

millones de euros; varios diamantes y relojes, y, amarrado en el puerto de Lavagna, un Sunseeker 46: se lo había comprado sin tener siquiera el título de patrón de barco, pero ya pensaría en eso después. Había también varios cientos de miles de euros en la cuenta corriente de su exsuegro, el padre de su primera mujer, con quien seguía manteniendo una relación muy estrecha; otros tantos en la cuenta de Carolina —aún no sabía si la detendrían a ella también y, sobre todo, si seguiría a su lado—; tres millones de euros que no encontrarían jamás, de un total de quince; un par de zapatos hechos a medida —los mismos que se había puesto para subir al coche de policía—, tan absurdamente caros que, con ese dinero, su madre habría tenido para un año de alquiler del apartamento de dos habitaciones en el que vivía desde siempre.

La primera noche, encerrado en una celda que contenía solo una cama y una mesita, durmió al fin como un tronco.

—He soñado que se llevaban el Lotus —le dijo a Carolina para desdramatizar, cuando se vieron en el locutorio de la cárcel.

No era cierto, pero quería hacerla reír. En realidad, no pensaba en absoluto en el dinero que iba a perder ni en los bienes que le iban a confiscar. Ni en si descubrirían lo que había escondido. Pensaba solo en cómo había terminado la conversación con su madre:

—Venga, habla, dime lo que estás pensando —había insistido, hasta que ella, con una expresión malvada que no le conocía, había hablado por fin, y de qué manera.

—Durante muchos años, he temido por ti. He temido que sufrieras un accidente, que enfermaras, que perdieras el trabajo... Pero nunca me habría imaginado algo tan grave.

—¿El qué?

—¿No lo entiendes, idiota?

—No, mamá, dímelo tú.

—¡Tener un hijo ladrón!

—Yo no soy un ladrón.

—¿Ah, no? ¡Claro que lo eres!

—Te equivocas, mamá.

—¿Tú crees? ¿Y eso por qué?

—He robado demasiado dinero como para ser un ladrón.

Dos

Varios decenios antes, una noche de fuertes tormentas de verano, Gemma Cantuzzi se despertó varias veces, entre el olor a repelente de mosquitos, sin presagiar en modo alguno que su hijo mayor, Stefano, moriría a las pocas horas en la montaña. Le faltaban seis meses para cumplir los cincuenta, pero seguía siendo guapa. Dormitaba y, en ese duermevela, se levantaba espontáneamente para comprobar si su hija menor, Elena, estaba bien.

Entraba en su cuarto sin hacer ruido, vaciaba el contenedor del deshumidificador, que con ese calor encontraba sistemáticamente lleno de agua, y, para saber si estaba demasiado acalorada o sudada, le hacía una caricia en la cabeza, tan ligera que no se despertaba. Luego volvía a la cama, más tranquila, y se quedaba dormida. Lo hacía todo el año, ya fuera verano, otoño, primavera o invierno, sin que nadie lo supiera, ni siquiera su marido, Angelo Cantuzzi. Sabía que sus hijos ya no eran unos niños: Elena tenía doce años, y, con veinte, Stefano ya era un joven. Pero no podía evitarlo: necesitaba asegurarse de que sus hijos dormían tranquilos, no tenían pesadillas ni temores y se sentían protegidos y siempre acompañados.

—No sé cómo lo haces —le había dicho una amiga.

—Lo hago y punto —había zanjado ella—. ¿Sabes lo único que me da miedo?

—¿Tener un tercer hijo? —había contestado riendo la amiga.

—No, que me descubran. Mis hijos o mi marido.

Cuando recorría así la primera planta del chalé, Gemma vestía una combinación muy corta que le gustaba mucho a Angelo: se la ponía solo cuando estaba segura de que sus hijos estaban en sus

dormitorios. Luego, por la mañana, antes de bajar a la cocina a preparar el desayuno, se ponía encima una bata.

Cada santo día. Desde hacía veinte años.

—¡Mira que eres tonta! —le había dicho una vez esa misma amiga.

—Somos felices así, ¿sabes? —le había contestado Gemma, incómoda, casi como si tuviera que disculparse por todo ese amor.

Por culpa de la tormenta, se había colado un poco de agua por las cristaleras. Las cerró todas, una después de otra, con renuencia, pensando en la frescura que le habría regalado a la casa dejarlas abiertas de par en par, ahora que el aire ya no era tan asfixiante.

Cuando volvió a la cama, su marido, Angelo, dormía con una respiración potente y fuerte, con el torso desnudo, vestido solo con el pantalón del pijama.

Al acercarse a la cuarentena, había echado un poco de tripa y luego se había estabilizado. Ahora, con cuarenta y seis cumplidos —qué difícil había sido poder casarse con ese joven al que sacaba cuatro años—, no había cogido más peso y conservaba los brazos y las piernas fuertes y musculosos. No se despertaba nunca cuando ella se levantaba, pero, en cuanto volvía a tumbarse a su lado, se acercaba a ella para abrazarla, incluso en los tórridos días de verano. También esto tenía que decírselo a su amiga.

Antes de volver a conciliar el sueño, trató de imaginarse a Stefano y a Maura, su novia, en la casa de la montaña, adonde habían ido a pasar unos días. ¿Seguirían durmiendo o ya se habrían ido a alguna excursión? ¿Había seguido Stefano el consejo de su padre y estaba ya recorriendo algún sendero en la meseta de Lessinia? Era algo que le había enseñado Angelo: salir de noche, a las tres o las cuatro de la mañana, para contemplar las estrellas y, al llegar a la cima, asistir embobados a la aparición del sol en el horizonte.

Angelo se levantó con las primeras luces del alba. Gemma abrió los ojos cuando oyó correr el agua en el baño.

—¿Estás despierta, Gemma? —le preguntó él al poco, asomándose brevemente al dormitorio—. ¿Dónde crees que estarán? Según tú, ¿adónde la habrá llevado Stefano?

—Qué sé yo, igual donde me llevaste tú la primera vez... Igual hace lo mismo, ¿no?

Desde el pasillo le llegó un grito ahogado de su marido y una estruendosa carcajada infantil.

—¿Qué pasa, Angelo? —preguntó sonriendo.

—Es Elena. Le divierte acercárseme de pronto por la espalda para darme un susto... ¿Es que esta hija tuya no piensa crecer nunca?

—Esperemos que no —se apresuró a contestar Gemma.

Mientras tanto, camino de los dos mil metros de Cima Carega, en los Pequeños Dolomitas, tras dejar atrás las ruinas de la antigua oficina de aduanas y el poste que en tiempos marcaba la frontera entre Lombardía-Venecia y el Imperio austrohúngaro, Stefano y Maura saludaron al crepúsculo matutino apagando sus linternas frontales. Stefano vestía unos vaqueros y unas deportivas, y Maura unas bermudas rojas y unas botas de montaña de cuero pasadas de moda pero que le gustaba robarle a su madre. Prosiguieron así durante más de media hora, hasta que, hacia los mil novecientos metros, en un tramo siempre umbrío, vieron un nevero que se interponía entre ellos y la cima. Había forma de rodearlo, pero ¿cómo resistirse a caminar sobre la nieve en ese principio de verano? Apoyaron decididos los pies sobre ese manto sucio que crujía a cada paso. Avanzaron despacio, haciendo mucho ruido, tratando de no tropezar ni hundirse en la nieve.

Casi dos mil metros más abajo, Gemma se puso la bata y se dirigió descalza al cuarto de baño de sus hijos. Ni siquiera las baldosas de cerámica le dieron algo de frescor. Aplastó un mosquito que estaba esperándola en el espejo desde la noche anterior y, después de refrescarse la cara y las manos, bajó a la cocina para poner la mesa y dejar al fuego la cafetera que había preparado antes de acostarse. Lo hacía cada mañana, sin excepción: su marido se despertaba, y ella, cayera quien cayera, se levantaba a preparar el desayuno.

—Podrías haberte quedado en la cama, Gemma —le dijo Angelo, como cada mañana, ante la mesa puesta con esmero.

Quién sabe si alguna vez lo haría. Nunca se le había pasado por la cabeza siquiera.

Mientras lavaba las tazas y los platos que habían usado Angelo y ella y sacaba de la nevera la leche para Elena, observó por la ventana a su marido subir al coche para ir a la fábrica. No era muy difícil imaginar lo que estaría pensando: alguna queja sobre el calor y la cabeza centrada ya en la jornada de trabajo. Había empezado de muy joven en el sector de las piezas de recambio, y desde hacía unos años tenía su propia empresa, con una veintena de empleados. Facturaba mucho y trabajaba otro tanto.

—Elena, está listo el desayuno, ¿vienes? —la llamó Gemma por la escalera, con su habitual tono cariñoso. Nunca había tenido otro—. Ya te he puesto el cacao en la leche —dijo cuando vio a su hija asomar en la cocina.

—¿Y papá?

—Uy, papá ya se ha ido.

—Mamá, ayer llamó Stefano, se me olvidó decírtelo.

Gemma terminó de secar las tazas y volvió a guardarlas en el aparador.

—¿Y qué se contaba?

—Quería que le dijera a papá que se iba a Lessinia. Que él lo entendería.

Elena se rascó la cabeza, bostezando.

—¿Qué es eso que papá entendería, mamá?

Gemma sonrió.

—Que va a llevar a Maura donde papá me llevó a mí la primera vez.

—Pero, entonces, ¿quiere decir que se van a casar?

—No. Pero igual quiere decir que Stefano está enamorado.

Elena se quedó un momento pensativa y luego siguió bebiéndose la leche.

Gemma miró en derredor: las ventanas daban al jardín; los rayos de sol entraban en la cocina desde por la mañana temprano, la encimera resplandecía, y las tazas y los platos estaban decorados con un delicado dibujo de hojas de hiedra.

No habían pasado muchos años desde que, en ese solar con la obra casi terminada, una mañana de invierno aparecieron de repente un hombre y un niño con un bonito abrigo *loden* verde; detrás venía una mujer que llevaba de la mano a una niña de carita redonda y sonrisa traviesa que vestía una chaqueta de lana roja de estilo tirolés con botones plateados.

El hombre, Angelo, tenía un buen coche, un traje de buena factura y el aspecto de alguien que había dejado atrás la miseria pero que, si era necesario, sabría reparar una tubería y no habría dudado en remangarse para picar piedra. Todavía conocía bien la tierra, esa misma que había alimentado a la familia Cantuzzi hasta la generación anterior.

Y luego estaba la señora, tan guapa y sonriente que, cuando se mudaron a la casa nueva, los vecinos, ocultos tras cortinas y persianas —siempre medio bajadas, por una desconfianza natural— pensaron que, allí donde hasta hacía muy poco aún había granjas y arrozales, había ido a vivir Jackie Kennedy. Pronto, no pocos empezarían a fantasear con esa mujer claramente enamorada de un hombre que parecía centrado en cualquier cosa menos en llevarla a cenar y regalarle joyas. Y no pocas mujeres, que secretamente habrían querido estar en su lugar, se acostumbraron también a vigilar a escondidas las miradas de sus maridos cuando la señora Cantuzzi salía al jardín o subía al coche para acompañar a los hijos a clase de tenis o al autocar que los llevaba de colonias de vacaciones con la parroquia.

Ella no se daba aires ni hacía nada que llamara la atención, y él parecía única y exclusivamente una buena persona: los vecinos, que les tenían envidia, habrían querido odiarlos y hablar mal de ellos, pero no había manera.

Stefano fue el primero en resbalar en el nevero, hundiéndose hasta las rodillas, seguido de Maura, a la que, pese a que tenía las pantorrillas desnudas, le entró la risa.

—Espera, que te hago una foto. No te muevas —le dijo cuando se levantaron del suelo.

Aún no había asomado el sol, pero la claridad bastaba para ver detrás de Stefano el tajo del Passo Pertica, inmerso en un caleidoscopio de colores. El amarillo, el rojo, el rosa y el azul del cielo se reflejaban directamente en el rostro de Stefano mientras miraba a Maura sacar la foto, atontado casi por tanta belleza. Tenía las gafas de sol sobre la cabeza y los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo.

Angelo y Gemma recibirían esa foto, junto con las demás del carrete, de manos de la policía, centrada en reconstruir lo sucedido. No había ningún indicio en esa pose, ningún secreto, solo el testimonio concreto de la alegría de vivir de dos jóvenes enamorados. Pese al estado de shock, Gemma reparó en que su hijo llevaba un jersey que le había regalado ella y que creía que no le gustaba. «Pero si se lo puso para estar con su novia, probablemente sí que le gustara, al contrario de lo que yo pensaba», comentó, dejando perplejos a los policías. ¿Cómo podían entender que, ante una tragedia así, uno busca consuelo donde sea?

—¿Te saco yo una?

Stefano cogió la cámara y le hizo una foto a Maura. Con esas piernas, largas y esbeltas, y la lozanía del pecho, que se adivinaba debajo de la cazadora verde, era el retrato de la juventud.

Continuaron hacia la cima, jadeando en los metros finales. En el aire había un ligero viento foehn que anticipaba el violento temporal previsto para primera hora de la tarde. Stefano consultó su reloj: eran las seis y veinte, había tiempo de sobra. Sin resuello pero felices, a solas en el punto más alto de esa parte de los Dolomitas, vieron al fin asomar el sol por detrás de las montañas. Se cogieron de la mano en silencio.

—¿Pedimos que nos hagan una foto juntos? —propuso después Maura—. Ahí veo subir a dos personas.

Cien metros más abajo, una pareja avanzaba hacia ellos.

Stefano dijo que, aunque era temprano, prefería seguir caminando.

Era serio como su padre, responsable, a veces incluso severo, sobre todo consigo mismo, contaría después Maura. «Era peculiar, muy especial. No había otro como él en la universidad.»

Aceleraron el paso y, al cabo de un par de horas, llegaron al coche. El cielo se había oscurecido por completo y unas nubes amenazadoras se cernían sobre las cumbres. Stefano condujo hacia la casa de montaña, la segunda residencia que Angelo había comprado cuando los negocios empezaron a irle bien. Un chalé en medio del bosque: un sueño hecho realidad.

—Mierda —exclamó Stefano al llegar, palpándose los bolsillos.

—¿Qué pasa? —quiso saber Maura.

—No encuentro las llaves de la verja, debo de haberlas perdido al caerme en la nieve.

Siguió rebuscando por todas partes.

—No, no las tengo.

Hacía poco que su padre había mandado instalar esa verja: había oído rumores de robos en la zona, pero atrincherarse en casa le parecía una locura. Después, sin embargo, los ciervos, los corzos y los jabalíes, que habían destrozado el huerto y los frutales, le habían hecho cambiar de idea.

En un principio pensó en poner una simple alambrada, pero se decantó por fin por una verja de hierro con una puerta de dos hojas rematada en puntas de flecha.

Stefano se bajó del coche. El temporal llegaría antes de lo previsto, ya empezaban a caer algunas gotas. Fue hasta la verja, tapándose instintivamente la cabeza con las manos para no mojarse. Agarró los barrotes y se volvió hacia Maura.

No tenían muchas opciones: o regresaban a la ciudad y, entonces, adiós al fin de semana, o encontraban la manera de saltar la verja. ¿Qué altura tenía? ¿Tres metros? Tres y medio quizá.

—¿Te ayudo? —preguntó Maura por la ventanilla.

—No, quédate en el coche, que te vas a mojar. No tardo nada.

Stefano calibró las distancias mentalmente y luego dio un saltito, agarrándose a los barrotes y tratando de trepar. Nada. Así no había manera.

Se alejó para coger carrerilla y probó a saltar otra vez. Ahora sus manos llegaron más alto, pero resbalaron sobre el metal mojado. Tomó apoyo con el pie derecho y empezó a auparse. Se aferró a los barrotes con las rodillas para aliviar en algo los músculos de los

brazos y, cuando estuvo lo bastante estable, volvió a auparse. Había hecho un curso breve de escalada, esto no era tan distinto. Ya solo tenía como mucho medio metro de verja por encima de la cabeza. Debía alcanzar con una mano el travesaño horizontal y hacer palanca sobre él.

Alargó el brazo derecho hasta notar la barra con los dedos y, a la vez, giró el cuerpo para auparse por encima de la verja. Quedaba poco para la cima: una vez que se hubiera encaramado, saltar tres metros no supondría un problema. Stefano saboreaba ya el momento en que abriría la verja desde dentro para franquearle el paso a Maura.

Angelo llegó a la oficina, situada unos pocos kilómetros más al norte. Leyó la frase de Luigi Einaudi que había enmarcado y colgado en la pared frente a su escritorio: «Donde sobran jefes, nace la confusión». Al lado estaban las fotografías de cuando había vivido en Argentina con Gemma y los niños. Una oportunidad de trabajo que otros compañeros suyos habían eludido —un país demasiado lejano, demasiado distinto de Italia— y que él, en cambio, había recibido con alegría: ganaría mucho más y sus hijos descubrirían otro mundo.

Al año siguiente de llegar a Argentina, ya fuera una cuestión de suerte o mérito de Angelo, el balance de la sucursal sudamericana había vuelto a ser positivo. Al cabo de cuatro años, siendo los niños algo mayores ya, había regresado a Italia. Con la decisión de establecerse por su cuenta en un campo en el que era ya un experto, habían llegado las primeras ganancias importantes.

Angelo firmó un par de documentos, leyó otros tantos e hizo algunas gestiones. Hacía un calor asfixiante. Podía acercarse a casa a almorzar, leer un rato al fresco en el sótano y quizá volver a la fábrica por la tarde.

Encontró a su mujer en el salón, con un ventilador a cada lado, como le había enseñado él, tumbada en el sofá, con las piernas apoyadas en un puf.

Estaba guapísima.

—¿Te preparo algo? ¿Qué haces aquí? ¿Es que quieres cogerte vacaciones? Mira que yo me apunto, ¿eh?, ya mismo... —bromeó

ella.

—No, gracias —dijo Angelo, eludiendo la pregunta—. ¿Y Elena?

—Arriba.

Gemma estaba encantada de que Angelo estuviera en casa a esa hora inesperada.

—Ven aquí a tomar el aire —lo invitó con un gesto de la mano.

Él negó con la cabeza.

—Me bajo al sótano a leer unos papeles.

Para él, el almuerzo, las vacaciones o volver temprano del trabajo eran lujos inconcebibles, tenía que fingir hasta consigo mismo que había vuelto a casa por alguna razón más seria que el calor o el cansancio.

Gemma sonrió afable. Con ese carácter siempre le había ido bien en la vida. Lo siguió a la cocina y se quedó observándolo mientras se preparaba un bocadillo de mantequilla y miel.

—Comes como un niño —lo chinchó.

—Y tú eres tan guapa como una chiquilla —le dijo él atrayéndola hacia sí, para luego apartarse cuando vio de reojo a Elena.

Gemma le sonrió, y él la miró un poco decepcionado.

Cuando se terminó el bocadillo, Angelo bajó al sótano con una carpeta de cuero en la mano. Al rato, se quedó dormido mientras leía sus papeles, arrullado por las voces de fondo de los niños de los vecinos, que jugaban a la goma y a la rayuela, diciendo en voz alta los números y decretando quién era el ganador.

A eso de las tres lo despertó Gemma.

—Hay un coche de policía delante de casa.

Angelo miró por la ventana situada a ras de suelo. Dos hombres de uniforme se acercaban a la entrada. Subió a abrirles, pugnando por volver a acostumbrarse a toda esa luz.

—¿El señor Cantuzzi? —dijo el agente de más edad. El otro se había quedado un paso atrás, como si buscara refugio detrás de la silueta robusta de su compañero. Ahí, en el umbral, bajo el sol abrasador, hacía de verdad muchísimo calor.

—Sí, soy yo. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó algo extrañado.

—¿Podemos entrar un momento?

Angelo y Gemma se hicieron a un lado y abrieron la puerta del todo, medio cegados por la luz.

—Claro... Disculpen el desorden... Con este calor, estamos todos un poco perezosos.

—Sentimos molestarlos, pero...

—¿Puedo ofrecerles un café, con hielo, quizá? —preguntó Gemma —. Por favor, siéntense. Cerca del ventilador se está un poco mejor.

El policía que había hablado debía de tener la misma edad que Angelo, mientras que el otro parecía apenas algo mayor que Stefano.

—No, señora, gracias. Solo un vaso de agua, si no es molestia.

Únicamente hablaba el mayor, mientras el joven se quedaba apartado.

A la espera de enterarse del motivo de su visita, Angelo constató con desgana el apuro de ambos. Cuando Gemma lo había llamado, dormía profundamente y estaba todavía algo aturdido. ¿Qué había estado soñando? Nada, nunca recordaba los sueños porque, como decía su mujer, dormía con el remordimiento de estar malgastando el tiempo.

—Parece que a última hora lloverá otro poco, igual refresca —comentó Angelo por decir algo.

—Sí, es tremendo este calor —continuó el policía, enjugándose el sudor de la frente—. Y encima los mosquitos no dan tregua.

En el salón no se veía nada. Gemma subió las persianas, bajadas desde por la mañana para que no entrara el calor. Como la luz volvió a deslumbrarlos, las reguló hasta media altura más o menos, buscando la posición óptima. Ahora los policías estaban en plena luz y Angelo, a dos pasos de ellos, a la sombra. ¿Qué querían de él?

Después del primer intento, en el que no había logrado apoyar el pie derecho, Stefano probó con el izquierdo. Llovía a mares, y temía resbalarse. Todavía en un equilibrio precario, se apartó un mechón de pelo de la frente y miró a Maura, que seguía dentro del coche, pero no consiguió verla a través del parabrisas, por el que la lluvia corría formando regueros. Entonces intentó otra solución.

Cuando al fin sintió el pie derecho bien firme sobre la barra horizontal más alta, tomó impulso y se aupó hasta agarrar con la mano izquierda una de las puntas de flecha que remataban la verja. Solo un esfuerzo más: tenía que inclinar el cuerpo hacia delante para superar ese último obstáculo y saltar al otro lado.

Maldijo de nuevo esa lluvia, que ahora se le metía en los ojos. Intentó frotárselos con el dorso de la mano. Una vez, y luego otra, porque seguía sin ver. Bastó un instante para que perdiera el equilibrio y el agarre.

Maura vio a Stefano precipitarse hacia atrás y golpearse la cabeza con violencia contra los barrotes. Su cuerpo colgaba ahora en el aire.

Saltó fuera del coche, con un presentimiento al que se negaba a dar forma. Esas gotas que veía resbalar sobre los barrotes eran de sangre y venían de los pantalones de su novio. Corrió hacia él, gritando.

No había ni un alma: «Estamos en mitad de la nada», le gustaba repetir a Angelo a los amigos. Maura tenía que pedir ayuda, y rápido. Recordó haberse fijado en que, en un acto reflejo, Stefano se guardaba las llaves del coche en el bolsillo antes de trepar a la verja. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se aupó hasta llegar a la altura de Stefano. Vio que se había desmayado. Trató de liberarlo, pero una de las puntas de la verja se le había clavado en la pierna. No había nada que pudiera hacer: Stefano pesaba demasiado. Además, estaba en equilibrio, y era mucho menos fuerte y corpulenta que él.

Le metió rápidamente la mano en el bolsillo, cogió las llaves y se dejó caer al suelo, aterrizando de mala manera sobre un tobillo. Cojeando y llorando, subió al coche y salió a toda velocidad bajo la tormenta para encontrar una casa y un teléfono desde el que llamar a una ambulancia, suplicando al cielo que no fuera demasiado tarde.

—¿Puede anticiparme algo? No tengo mucho que ocultar —trató de bromear Angelo—. Puede decirme lo que sea aquí directamente, ¿sabe?, por la tarde me esperan en la fábrica. Soy empresario.

Lo dijo con el orgullo acostumbrado.

—¿Por un casual su hijo está pasando fuera el fin de semana? —preguntó el agente de pronto. Tenía los ojos castaños, la mirada tranquila y una pequeña cicatriz en la mejilla, justo debajo del pómulo.

—Ah, ya entiendo —contestó Cantuzzi aliviado. Por un segundo, no sabía cómo, se le había pasado por la cabeza quién sabe qué...—. Mire, me da un poco de apuro, pero son chavales, tienen veinte años. Un conocido suyo se metió en una historia fea: lo pararon, y resultó que llevaba encima hachís o marihuana. No traficaba, era para consumo propio... No digo que no sea grave. Pero, bueno, el chico ha comprendido, y sus padres lo han metido en cintura. Sabía que antes o después vendrían a pedirnos cuentas: mi hijo y él se trataron bastante, eran de la misma pandilla, e imagino que alguien les habrá dado su nombre. Hacen bien en controlar. No hay que bajar nunca la guardia.

Angelo sonrió y blandió el puño en un gesto de amago.

—Sepa que, en lo que a mí respecta, ni siquiera sé la diferencia entre el hachís y la marihuana. Pero le aseguro que mi hijo no se droga. Después de esa historia, que no me gustó nada, tomé medidas drásticas. Aunque él lo negaba, preferí ir sobre seguro y quise que se hiciera un análisis de sangre. Dio negativo, como imaginaba. Stefano me lo había jurado... Luego pensé que no debería haber puesto en duda su palabra. Debo de tener el resultado en algún sitio, si quiere, lo busco. ¿Usted tiene hijos?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Dos. Señor Cantuzzi, pero lo que quería decirle...

—Yo también tengo dos... Pero, disculpe, lo he interrumpido, hablo demasiado —añadió Angelo incómodo. No, tampoco era ese conocido de Stefano que se había metido en un lío el motivo por el que estaban allí. Miró al agente con una pizca de aprensión.

—Señor Cantuzzi, sería mejor que nos acompañara a la comisaría.

—Aquí traigo el agua, espero que esté lo bastante fría. La tenemos en la nevera, pero tomamos tanta... —Gemma, que había vuelto de la cocina, no terminó la frase. Algo en la mirada del policía le heló la sangre.

—Hemos recibido un aviso de unos compañeros. —Siguió una pausa—. Su hijo Stefano estaba en compañía de Maura Bernareggi, ¿verdad?

—Sí, es su novia. Pero ¿por qué lo preguntan? —contestó Angelo con la boca seca.

—Tengo que pedirle que nos acompañe a la comisaría —repitió el agente con un tono que, Angelo se dio cuenta enseguida, no cuadraba con esos minutos de tregua, ni con esa habitación ni esa clase de día.

De repente, Gemma sintió que se desmayaba. Buscó el hombro de su marido sin encontrarlo y se apoyó en la pared que quedaba a su espalda.

—¿Le ha ocurrido algo a Stefano? ¿Un accidente? —balbució. Ya no miraba al policía que tenía delante, sino al otro—. ¿Ha ocurrido algo? ¡Hable, por amor de Dios! —Se llevó las manos a la cara.

—Señora Cantuzzi...

Lo interrumpió un ruido. Elena había aparecido en lo alto de la escalera y los estaba mirando. Sin una razón, Angelo Cantuzzi le ordenó a su hija instintivamente que volviera a su cuarto, pero la niña no se movió de donde estaba.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hijo? Por favor, no me tengan en ascuas —insistió Angelo con una voz que era ya solo un gemido.

Gemma aferró la mano de su marido: estaba fría, pese al calor sofocante, y no la habría sostenido ni a ella ni a nadie.

—Nos han llamado nuestros compañeros de Trento. Siento comunicarles que su hijo ha sufrido un accidente...

—¿De coche? No puede ser, siempre ha sido muy prudente... ¿Cómo está? ¿Se lo han llevado al hospital? ¿Dónde está? —preguntó Gemma.

El agente bajó la mirada.

—¿Está muerto? —gritó Angelo—. ¿Está muerto?

—Lo sentimos mucho, señor Cantuzzi.

Durante los años sucesivos, a Gemma la atormentaría el grito de Elena a su espalda y el ruido sordo que hizo el cuerpo de su marido al desplomarse. Ese hombre de acero, ese hombre que siempre le

había parecido invencible, yacía en el suelo. Gritaba y sollozaba, invocando el nombre de su hijo.

Primera parte
La medida del azar

Uno

La enésima tarde que pasó oteando un trocito de ciudad durante la hora de patio, con su compañero de celda diciéndole «Te has llevado un pastizal, ¿eh?, pero ¿dónde lo has escondido?», Fabio se dio cuenta de que, si seguía así, se hundiría. Miró de pronto a su alrededor, pasó revista a los rostros y los cuerpos que tenía cerca: el deseo de entablar amistad con esa masa de perdedores, si es que alguna vez lo había tenido, ya se había desvanecido. Uno había perdido los dientes en una pelea y se alimentaba solo de caldo, otro cojeaba porque le habían disparado en la pantorrilla durante un atraco, pero seguía soñando con cometer otros, y a un tercero le habían caído treinta años por matar a su hermano, pero estaba convencido de que vería crecer a sus hijos.

¿Qué lo había llevado a tener que codearse con esa gente? No habría sabido decirlo con certeza, pero no tardó nada en entender que no, no había sido como a veces le gustaba creer, a saber: por casualidad.

No.

Un componente de casualidad sí que había, claro, siempre lo hay. Pero, ya se lo llame hado o destino, el caso es que había habido un designio bien preciso. Y el que había movido el pincel sobre la tela, por más que uno siempre quiera echar la culpa a los demás, había sido él y solo él.

Animado por el magistrado, que parecía tener curiosidad por conocer su historia, Fabio inició un viaje al pasado. Volvió atrás en el tiempo, a un día en que todo era posible aún, si bien quizá, pensándolo mejor, ese día había sido el principio del fin. Aunque no estaba para nada claro que fuera el final, podía ser simplemente un nuevo comienzo: todo dependía de cómo jugara sus cartas.

La partida estaba en marcha, pero ahora tenía que volver a la casilla de salida, aquella en la que todavía estaba casado con Roberta, su primera mujer, y su existencia discurría aún por caminos bastante predecibles. Se recordó a los veinticinco años, al inicio de la década de los dos mil, con unos vaqueros descoloridos de los que entonces estaban de moda, una camisa blanca entreabierta y unos zapatos negros de cuero, observando embelesado las calles y las casas de ese barrio del centro de Milán que estaba cambiando a la velocidad de la luz. Hacía tiempo que había pasado la hora de cenar, y corso Como, con sus locales sin más nombre que el número de la calle, lo hacía soñar.

Había llegado con mucha antelación, como siempre. Sus compañeros se reunirían con él más tarde, pero la clave de todo era precisamente su capacidad de llevarles la delantera a todos.

Recorrió la calle peatonal de un extremo a otro un par de veces, cautivado con la sucesión de bares y restaurantes a ambos lados. Llegaba hasta el final y, como no se podía seguir, se detenía a echar un vistazo al enorme solar junto a la estación Garibaldi. En una esquina, un chico y una chica que habían saltado la valla se besaban y se acariciaban, pegados a una caseta de obra, lejos de todo pero totalmente a la vista. A pocos pasos de ellos, en la penumbra, entre las casas y los locales, las excavadoras mostraban un aspecto extraño y fascinante a la vez.

¿Qué iban a construir allí?

Poco importaba: esas obras significaban cambio, lo ponían de manifiesto de manera tangible, y él venía de un lugar en el que nadie se atrevía a cambiar de sitio ni media piedra.

«Pero ¿tú qué te crees que haces?» Toda la vida oyendo esa frase en cuanto mencionaba una idea, un proyecto.

«¿Tú quién te crees que eres?»

Allí todo era distinto. Toda esa gente, todos esos jóvenes... Dios, qué energía había en esa ciudad.

En ese preciso momento, al ver a unas modelos altísimas y delgadísimas salir de los restaurantes con sus tacones de aguja, a un DJ famoso sentado en la terraza de un local, tomándose un cóctel colorido, al futbolista del Inter de la coleta rubia dejarle las llaves del

Porsche a un aparcacoches, Fabio pensó que no habría querido estar en ningún otro sitio.

Se paró delante de la discoteca. Aún no eran las diez. Sus compañeros acababan de mandarle un mensaje, habían ido al hotel a dejar el equipaje; todos salvo Sybille Wagner, pues su marido y ella tenían casa en la ciudad. Al concluir la velada, Fabio se volvería a su casa: Milán lo repelía tanto como lo atraía.

No tardaron en acercársele dos camellos, «coca, anfetas, tripis», seguidos de otros rateros que le pidieron dinero. Uno no podía quedarse parado y que lo dejaran tranquilo. Era esa ciudad, Milán; o quizá era que él tenía cara de pardillo.

¿Cómo se le había ocurrido organizar esa quedada?

—Venga, Fabio, llevas diez años trabajando aquí, vamos a celebrarlo... Invitas tú a las copas...

—Vámonos de discoteca. ¡Venga, vamos a Milán! —había casi gritado otro, muy exaltado.

—Qué guay, Fabio, no veo la hora.

«No veo la hora»... Pues a él más le valía verla. Sobre todo la discoteca, para estar preparado. Como hacía con los clientes. Porque los compañeros de trabajo no son de verdad tus amigos.

—¿A qué se refiere con eso de «no son de verdad tus amigos»? —lo había interrumpido el fiscal.

—Pues a que estás todo el rato con ellos, todos los días, que si un café, que si una comida, que si una reunión... Pero, luego, solo te enteras de que a uno se le ha muerto el padre cuando va y te pide consejo sobre cómo invertir un dinero heredado, o que otra se ha separado porque te pide que metas en el sistema su nueva dirección. Cosas así.

El fiscal le hacía siempre esa clase de preguntas, con tanta inocencia que te preguntabas si era de verdad tan ingenuo o si estaba a punto de jugártela. Te distraías pensando cómo podía ser que un tipo que tenía más o menos tu edad y que había crecido en tu misma ciudad pudiera ser tan distinto de ti y, entonces, sin ni siquiera darte cuenta, te relajabas y le contabas lo que no debías. En cualquier caso, a Fabio le gustaba cuando llegaba a la cárcel para

interrogarlo. Era bonito hablar con el ministerio público. ¿Con quién habría hablado, si no? ¿Con los presos? Venga ya. Carolina, a la que también estaban investigando en ese periodo, no podía ir a visitarlo. Su madre no habría ido ni loca. Su exsuegro, Gianni, que también se había visto implicado, tres cuartos de lo mismo. El único al que le permitían ver con regularidad era a su abogado, pero en realidad no era mucho mejor que ellos, que los criminales: solo mejor vestido, más rico y con un poco más de perspectivas de futuro.

—¿Por qué me cuenta esto de la discoteca en Milán, Montari? Usted debe ayudarme a entender por qué, de la noche a la mañana, en lugar de gestionar el dinero de sus clientes, empezó a robarles —insistía el fiscal.

Otra vez esa inocencia; o esa vaguedad; o esa estrategia.

—Se lo cuento porque creo que la idea se me ocurrió en esos días.

El hecho de que el fiscal pasara su tiempo con ladrones, asesinos, peristas y violadores lo llevaba a autoengañarse pensando que estaban los dos en un mismo plano. Pero la diferencia era que, al caer la tarde, el magistrado se iba a su casa. Y, en esos días tras los barrotes de una celda, a Fabio la casa le parecía el paraíso.

Vio de reojo a una chica que fue a sentarse a una mesita en la entrada de la discoteca. Dejó que pasaran delante de él unas cuantas personas, esperó hasta ver entrar a unas cincuenta y luego se acercó a ella.

—Hola. Tengo una reserva...

—¿A nombre de quién?

—Montari.

—¿Cómo?

—Montari.

Había reservado y pagado por adelantado una mesa para diez. Había pedido que, cuando ya estuviera todo el mundo sentado, sirvieran dos mágnum en una cubitera, pagadas también por adelantado. Había pedido que, en un momento de la velada, mejor si no era demasiado pronto, el DJ dijera unas palabritas al micrófono sobre sus diez años en el banco y le dedicara una canción. Lo importante —se había asegurado de que tomara buena nota— era

que dijera su nombre. «Fabio» a secas habría sido suficiente, pero «Fabio Montari», su nombre y apellido, mil veces mejor. Eso también lo había pagado por adelantado.

—¿Qué canción quieres? —le preguntó entonces la chica, alzando la mirada hacia él por primera vez.

Era guapa.

—La que sea.

—Buena respuesta. Si no, también habrías tenido que pagar por eso.

—¿Puedo entrar ya?

—¿Tú ves que ponga CERRADO en alguna parte?

Miró la pista mientras saboreaba un whisky sour: tenía treinta y cinco años y una vida bastante normal, que, sin embargo, a alguien como su padre, que los había dejado pronto, le habría parecido una alucinación sibarítica.

Salía a cenar con Roberta una vez a la semana; todos los años, el fin de semana de carnaval lo pasaban en un hotel de cuatro estrellas con *spa* de alguna localidad de montaña; tenía un buen coche y un buen sueldo, pero cero ahorros porque, total, al mes siguiente entraba otra remesa de dinero. Bebió otro sorbo de su cóctel de bourbon, zumo de limón, clara de huevo y azúcar. A su padre le podían dar por saco.

Entonces vio a sus compañeros bajar la escalera mirando a su alrededor: lo estaban buscando a él. Agitó la mano para llamar su atención.

—Qué bien, ya estáis aquí —dijo, yendo a su encuentro muy animado—. Nuestra mesa está por ahí —añadió, indicándoles con un gesto que lo siguieran.

Exceptuándolo a él, que vestía camisa blanca y vaqueros, todos los demás llevaban la ropa de diario, solo que más vistosa y colorida. Con gente así, ganar era pan comido.

—Jo, me da cosa que nos hayas invitado a todos —comentó una compañera.

Fabio vaciló: ¿le estaba dando las gracias? ¿O se estaba asegurando de que no hubiera malentendidos?

—Venga, vamos a divertirnos —dijo para disipar cualquier duda.

Dirigió la mirada hacia Wagner; no la llamaba Sybille ni en sus pensamientos. Llevaba una minifalda, un montón de joyas en el cuello y las muñecas, y hasta una tobillera, o eso creyó ver Fabio. Era la mayor, pero parecía la única que de verdad estaba en su salsa. El poder era una vitamina de amplio espectro, y en esa mesa no había un solo hombre que no hubiera fantaseado con ella alguna vez. Wagner lo miró y acercó el pie, calzado con un salón de tacón alto, a sus zapatos Oxford.

—Qué idea más bonita has tenido, Fabio —le gritó al oído con su acento alemán, rozándole el cuello con los labios.

—Me alegro de que te guste —contestó él sin alejarse.

Le indicó con un gesto al camarero que trajera la primera mágnum y, cuando ya llevaban tres o cuatro rondas, le hizo una señal al DJ. La música se interrumpió de golpe.

El DJ cogió el micrófono, se levantó y pronunció su nombre:

—¡Enhorabuena a Fabio Montari! Por otros diez años de éxitos.

Las propinas obraban milagros.

Wagner se puso de pie para indicar a todos los presentes que las felicitaciones eran para él. En medio del estruendo, lo invitó a levantarse, y él la obedeció, como siempre. Algunos miraron hacia su mesa y gritaron algo, quizá insultos o felicitaciones, quién sabe, la música sonaba de nuevo.

Justo después se acercó a su mesa una camarera que ofrecía chupitos de tequila. Tendría unos dieciocho años y llevaba un sombrero y una cartuchera en bandolera en la que, en lugar de proyectiles, había vasitos pequeños. Sonrió, le susurró algo al oído que Fabio no entendió, le sirvió un chupito directamente en la boca y se fue hacia otra mesa.

En ese estruendo, en ese caos de luces, Fabio tuvo una revelación: había sido un estudiante mediocre, el blanco constante de las reprimendas de los profesores por no esforzarse lo suficiente, así como un hijo que no había dado grandes satisfacciones, demasiado indulgente consigo mismo, demasiado moderno en su actitud de «quiero disfrutar de la vida» para unos padres como los suyos. Hasta que había empezado a trabajar y había descubierto

que todo lo que, según sus padres, fallaba en él, en el banco, en cambio, en las inversiones, en los negocios, *estaba bien*.

Ser listo era valioso, y tanto que lo era.

Ser un mentiroso empedernido era útil, desde luego que sí.

Ser laxo con las normas.

Ser persuasivo.

Ese don de réplica suyo, ese jugar a ser un poco pillo: era de lo más valioso.

Podías darle las vueltas que quisieras, pero tener labia, saber mentir, fingir y darse bombo era la esencia misma de su trabajo. Hasta tal punto que uno se preguntaba para qué servía estudiar, si esos dos o tres cálculos que había que hacer se aprendían en tres semanas como mucho.

En esa discoteca todos luchaban desesperadamente por algo que para él, al menos en esos minutos, estaba al alcance de la mano: la estima de sus pares, sentirse único, importante, envidiado. Se dio cuenta de ello mientras saboreaba un cóctel y, quizá, aunque solo por un instante, sintió una felicidad infinita.

En esas primeras semanas encerrado, recordar esa sensación de bienestar fue como una bofetada. Estaba bien reflexionar, pero sin pasarse. Lo pusieron en guardia: «Mientras estés aquí dentro, no le des muchas vueltas a la cabeza. Si no, te vuelves loco», le dijeron los veteranos. Debían de ser unos idiotas redomados si todavía no se habían pegado un tiro.

—No puede no pensar en lo que ha hecho —le decía en cambio el fiscal—. No puede no tratar de entender cómo ha llegado hasta aquí.

¿A quién tenía que hacer caso, entonces? ¿A uno que solo estaba de paso por la cárcel, o a los que llevaban allí toda la vida? Decidió escuchar al primero. A fin de cuentas, era el único de todos ellos que cobraba un sueldo.

Fabio miró la pista abarrotada de gente, a las modelos que volvían del baño eufóricas y se desplomaban sobre los sillones: era el paraíso en la tierra. En esa discoteca, nadie quería recordar quién

era de verdad, y los focos parpadeantes, las luces estroboscópicas y la música pegadiza lo ponían muy fácil.

Bailaron juntos todos los compañeros, tres o cuatro canciones, sin dejar de pensar en cuánto podían desmadrarse y cómo sería encontrarse más tarde en los pasillos del hotel. Una hilera de habitaciones individuales, muy cerca unas de otras, pensando en la mujer o el marido en casa, en los niños, en el miedo a los chismorreos entre compañeros, pero con el alcohol en el cuerpo, la excitación de esas horas.

Él se volvería a su casa, no tenía el ánimo necesario para esa parte de la velada. Wagner le había dejado caer, como quien no quiere la cosa, que si quería podía quedarse en la suya. Él había fingido no captar la indirecta.

Eran más de las tres de la mañana cuando, después de despedirse en la puerta del hotel donde se alojaban sus compañeros, Fabio fue a pie hasta su coche y se sentó al volante. Solo. Con todos esos cumplidos y agradecimientos, se le había quitado el sueño. Se puso a conducir por la ciudad. Estaba algo achispado, pero no borracho. Nunca se pasaba con la bebida, no le gustaba perder el control.

Le volvieron a la mente retazos de conversaciones:

—Si pudierais elegir, ¿adónde os iríais a vivir?

—A Nueva York.

—Al Caribe.

—A las Maldivas.

—A un refugio de montaña. ¿Nadie más? Pues es mi sueño —había dicho Rovelli, una compañera.

—Brrr..., qué frío —habían bromeado los demás.

Pasó junto al castillo de los Sforza y paró a un lado para admirar la torre del Filarete iluminada. Una prostituta llamó a la ventanilla y, cuando se volvió a mirarla, esta le dio a entender, con un gesto inequívoco, cómo pensaba hacerle pasar el siguiente cuarto de hora. Esa ciudad no te daba tregua.

No eran solo los edificios, la arquitectura o las masas de gente; era también la manera de hablar que tenían sus compañeros de Milán, lo intimidaba esa cadencia que traducía una idea de poderío.

—Perdone, ¿para llegar a la autopista? —le preguntó a un barrendero. Eran casi las cuatro y empezaba a sentirse de verdad cansado.

Se dirigió a su casa. Un par de horas después, estaba recorriendo los últimos kilómetros por calles desiertas y poco iluminadas, entre naves industriales e inmensos aparcamientos de centros comerciales, atento a no acabar en una zanja cuando se cruzaba con otros noctámbulos como él o con madrugadores dominicales que habían salido a correr. No había ni pizca de niebla y amanecía ya cuando llegó a su casa. Abrió la puerta y se fue derecho a su habitación. Estaba a oscuras, salvo por un fino rayo de luz que llegaba de una farola de la calle. Se quitó la chaqueta y la dejó con cuidado sobre la silla.

—Ha estado bien la quedada, ¿sabes? —susurró, apoyándose en el cabecero de la cama.

En la mesilla de noche había una foto de Roberta y él en Bali, durante su luna de miel. Habían ido al Bosque de los monos de Ubud y habían sacado fotos a los animales. Se habían retado, riendo, a ver quién se atrevía a mirarlos fijamente a los ojos: en el folleto del parque recomendaban no hacerlo, no confiarse. Los habían mirado y no había ocurrido nada. Pero no por ello resultaban menos inquietantes esos monos, o esos simios. Se volvió hacia la foto, como si de allí pudiera venir una respuesta.

—Wagner se me ha insinuado... Más te vale no quitarme ojo —bromeó.

Las sábanas estaban perfumadas, bien estiradas, sin una arruga. Fabio se deslizó sobre la cama y se tumbó. Se quedó un rato mirando al techo, sin descalzarse todavía. No había nada que observar, salvo aquel rayito de luz que llegaba de la calle. No se oía volar una mosca: ni en la habitación ni al otro lado de las ventanas, más allá de su ciudad. Qué diferencia con Milán.

—Nos lo hemos pasado genial, Roberta, de verdad —repitió, y luego calló.

Se quitó los zapatos, dejándolos caer al suelo, y también los pantalones. Le entró frío y se metió debajo de las sábanas, con la

camisa puesta. Apagó la luz. Extendió las piernas a un lado y a otro y trató de conciliar el sueño.

—Andaban todos detrás de mí, ojalá hubieras estado allí —añadió, sin quebrar de verdad el silencio.

Volvió a mirar el filo de luz que llegaba de la calle e iluminaba el revoque.

—Robi... Robi...

Se puso a sollozar.

Por supuesto que sabía que era un poco raro hablar con Roberta como si estuviera ahí al lado. Tumbarse en la cama sin hacer ruido, como si pudiera despertarla.

Pero intenta tú dejar de golpe de contarle cómo te ha ido el día o la noche a la mujer a la que más has querido en tu vida cuando esta te deja plantado de repente, sin avisar.

Dos

Por la mañana se levantó un viento que hizo golpear varias veces las contraventanas de la cocina, hacia un lado y hacia otro: se maldijo por olvidarse de cerrarlas y por no haber tenido la fuerza de levantarse, liberándose así de una vez por todas de ese ruido. Fabio pasó la tarde del domingo aturdido aún por la velada en Milán, sin percibir el acelerón que acababa de pegar su vida. Lo que sí tenía claro era el alcance de su soledad: se arrastraba como un fantasma del sofá a la cama, de la cama a la cocina y de nuevo al sofá.

No podía dejar de pensar en Roberta. Cada ruido en el rellano, junto al ascensor, incluso el viento o un pajarito que gorjeaba en el balcón, ¿era Roberta que volvía? Qué va.

¿Había dejado que golpeara la contraventana para no oír ese silencio opresivo? Era más que una mera hipótesis.

Salió al anochecer, como un murciélago, casi a escondidas. Todas esas caras conocidas, esos vecinos: «¿Recuerdas que de niño juraste que escaparías para siempre de la provincia? ¿Y en qué quedó aquello? ¿Qué has conseguido?».

Lo que había conseguido era que le había bastado una noche de fiesta en Milán para querer salir huyendo. La prostituta, los camellos: «¿Adónde crees que vas?», le habría dicho su madre.

Bajó al garaje, se metió en el coche y se autoengañó pensando que conducía sin rumbo fijo, aunque no era del todo cierto, que iba al tuntún, aunque no era del todo así. Conversaba sin tregua con Roberta, que a saber dónde estaría y qué estaría haciendo. Giraba a la derecha, luego a la izquierda y seguía recto, diciéndose que solo quería pisar un poco los pedales antes de volverse a casa a dormir.

Sí, seguro.

¿A quién quería engañar?

Pasó por delante del Museo de Arte Contemporáneo. Cuando lo construyeron, allí donde acababa la ciudad y empezaba la colina, esa especie de nave espacial, una ciudad dentro de la ciudad, decían, con sus salas de exposiciones, su cine, su archivo, todos habían hablado de renacimiento. Pero luego los jóvenes salen solo a bailar y los viejos se quedan en casa, doce euros para entrar a ver cien cuadros era demasiado, estamos en crisis, ¿no?, y el museo se había quedado medio desierto al cabo de unos pocos meses. Hasta que dejaron a un lado todas esas ínfulas con las que habían empezado, contrataron a un chef con estrella, de esos que andan siempre en la tele, por lo que nunca estaba allí, pero qué importa; total, que el sitio había vuelto a llenarse de gente, y alguno hasta se pasaba por la exposición antes de cenar porque te hacían descuento si te quedabas a comer allí.

Fue a parar delante de la casa de sus suegros. Aminoró la velocidad para comprobar, en vano, si el coche de Roberta estaba a la vista. Se asomó por la ventanilla para ver si había luces encendidas en la segunda planta.

Siguió conduciendo. Pasó por una serie de bares a los que le gustaba ir a Roberta, pero no había ni rastro de ella. Se acercó a las casas de sus amigas, sin reconocer su coche. Hasta que, agotado, se compró un perrito caliente en un quiosco y volvió a apostarse delante de la casa de sus suegros. Aparcó y apagó el motor.

¿Para qué?

¿Qué era lo que se repetía continuamente? ¿Que entre Roberta y él era todo perfecto?

¿De verdad?

No hacía falta ser un genio para comprender que alguien que no estuviera mirándose siempre el ombligo habría sabido captar alguna señal. Cuando Roberta había empezado a explicarle que, a decirle que, a confesarle que... Bueno, hasta a él le había quedado clara una cosa, y era que todo lo que le estaba diciendo no se le había ocurrido de la noche a la mañana. Qué va, seguramente había empezado a pensar en todo eso ya desde tiempos de los romanos. Todas las frases bien organizadas, como si las hubiera ensayado para un alegato en un juicio, todos los conceptos en el lugar y el

momento debidos. Acción y reacción, causa y efecto, cada parte del discurso hilada a la perfección.

Joder.

Encendió el motor y se volvió a su casa.

A la mañana siguiente, en el trabajo, Fabio se dio cuenta de que sus compañeros hablaban de él.

—Imagino que estará usted pensando: «Muy bien, pero ¿qué puede cambiar una fiesta?». Pues sí, lo cambió todo —le diría más adelante al fiscal.

—Explíqueme por qué.

—Es lo que me dispongo a hacer. Esto de que estaba en boca de todos en la oficina no podía no tener un impacto. En casa era menos que nada, un gusano, un desecho, pero en el trabajo era un dios. Entiende lo que quiero decir, ¿verdad?

Estuvo un rato recogiendo los frutos de la velada. Cuando finalmente se dispuso a trabajar, Wagner, a la que todavía no había visto, se paró delante de su escritorio.

—¿Puedes venir un momento a mi despacho?

La miró. Nunca había sabido decir si era elegante o guapa, pero no importaba: ella quería ser ambas cosas y, por lo tanto, lo era.

—Claro.

La siguió por el pasillo sin decir una palabra, Wagner con tacones, pero no de aguja, él con zapatos de cordones. Ella llevaba la cabeza alta, él, más baja.

—Pasa —le dijo en el umbral de su despacho, entrando ella primero. Le indicó un sofá que había en una esquina de la habitación —. Siéntate.

—Gracias.

—Lo de anoche... estuvo muy bien, de verdad. Pero eso ya lo sabes. Se dice que vosotros los italianos sabéis divertiros, pero no siempre es verdad. Estáis mucho más atentos que nosotros los alemanes. A controlaros. Nosotros somos más «o todo o nada». Nada mientras estamos sobrios, cuando todavía no hemos bebido, y, luego, todo de golpe, como una ola... Lo vuestro es más como algo

que se derrite, pero no tanto porque no seáis nunca demasiado rígidos, ni siquiera al principio... Vosotros también tenéis muchos códigos: el beso en la mejilla, que, aun después de todos estos años, me sigo preguntando cuándo sí y cuándo no, y todavía me equivoco; el apretón de manos; la palmada en el hombro... Tampoco entre vosotros es siempre tan fácil, al contrario de lo que se piensa en Alemania de los italianos. Pero la otra noche no, el ambiente era de verdad agradable.

Wagner tenía sobre su escritorio una colección de pingüinos de cerámica de todos los tamaños. Uno, enorme, lo miraba fijamente.

—Anoche te vi pasar con el coche... ¿Adónde ibas?

—Sin rumbo. Quería salir a correr, pero al final me fui a dar una vuelta.

—Yo también lo hago a veces, me monto en el coche y me voy de paseo —dijo ella, cogiendo un pingüino pequeño y poniéndose a acariciarlo con el pulgar y el índice—. Mira qué liso es... Me ayuda a concentrarme. Cógelo, pero ten cuidado. Tengo cientos. Puede que hasta más. Pero tengo una historia distinta para cada uno. Y las recuerdo todas.

—Es verdad, es agradable. Son animales bonitos.

—Aves que han aprendido a nadar y olvidado cómo volar. En un momento dado, prefirieron el mar al aire: las alas se convirtieron en aletas; de huecos, los huesos pasaron a ser densos... Hay toda una vida ahí fuera, debieron de decirse. Quizá también nosotros, un día, nos larguemos de aquí y nos pongamos a hacer algo totalmente distinto. ¿Tú qué harías?

¿Había una respuesta correcta? ¿Era una prueba?

—Yo sería astronauta —bromeó, y le devolvió el pingüino. Si se le caía al suelo, podía decir adiós a su carrera. Esa sí que era la respuesta correcta.

—¿Los has visto alguna vez, Fabio? A los pingüinos, digo.

—No. Nunca. Me gustaría. Pero mi mujer prefiere el calor.

—Yo los he visto en el estrecho de Magallanes. ¿Conoces la historia?

—¿De quién?

—De Magallanes. Estaba estudiando la manera de pasar del Atlántico al Pacífico: a fuerza de intentos, consiguió encontrar una vía y se convirtió en un héroe. Al menos, para su tripulación. Porque, ¿a quién más podría habérselo contado en aquella época, desde un barco? Meses después, sin embargo, la noticia se había extendido y, justo cuando podría haber vuelto a su patria para recibir gloria y honores, un indígena de Filipinas lo mató con una flecha. Adiós al héroe.

—Nos hemos olvidado de los pingüinos.

—Sí, en el estrecho de Magallanes vi a los llamados pingüinos burro. Hacen un ruido extraño, como un rebuzno. Son cómicos, tiernos...

—El otro día vi un vídeo, había cientos y se zambullían desde una altura —dijo Fabio, para que viera que estaba informado.

—¿Así es como pasas el tiempo, aquí, en el trabajo?

Guardia baja: era un comentario sin segundas.

—Quiero hablarte de una cosa —continuó ella.

—La escucho.

Volvía a llamarla de usted. Le pasaba siempre. Un día había buscado en internet quiénes eran las valquirias, quizá fuera en esa época en que sí que fantaseaba un poco con la doctora Wagner, y había descubierto que el término significaba «mujeres a caballo que eligen a los guerreros».

—He pensado mucho en ello este fin de semana —dijo. Volvía a tener en la mano un pingüino, uno bajo y tosco—. Pensaba en la velada: todo como tenía que ser, todos tan contentos. Como lo estamos esta mañana. Y pensaba también en otra cosa: parece que bebes pero no bebes. ¿Me equivoco?

—No tolero bien el alcohol. Soy el típico que sirve rondas al resto, pero toma solo un par de tragos para divertirse y no más.

El pingüino estaba pintado a mano, con una gran mancha amarilla en el pecho. Fabio recordaba haber leído que alguien a principios del siglo xx probó a trasladar a una colonia de pingüinos del Polo Sur al Polo Norte. Unos cuantos enfermaron, a otros los atacaron los indígenas... No funcionó, y nunca se llegó a entender de verdad el

motivo. Los pingüinos habían sabido cambiar de clase, de pájaros a anfibios, pero solo estaban a gusto en su casa.

—Esto de juntar a la gente, de hacer que se divierta —prosiguió Wagner— es un don, no lo tiene todo el mundo. Ayer lo hablaba en casa con mi marido, le decía: «¿Cómo podemos sacarle partido a esto?». —Hizo una pausa y entornó los párpados—. Hacía tiempo que no conocía a alguien como tú.

Wagner no hablaba casi nunca de su marido. No había ningún misterio, vivían en una ciudad pequeña en la que se sabía todo de todo el mundo: era un hombre muy rico y destacado. Hacía decenios, su familia había vendido la fábrica que llevaba su nombre por una cantidad exorbitante. Ella se había apoyado en él, no para aposentarse, sino para propulsarse más lejos. Él, por su parte, quería una esposa que sus amigos encontraran fascinante, pero que no resultara un estorbo para sus fines de semana en velero o en la montaña y para sus veladas entre hombres.

—Podrías decirme: ¿qué sentido tiene? ¿Quieres hacer prosperar a un empleado porque se le da bien organizar fiestas? No, pero...

Pero ¿qué? Fabio dejó de mirar los pingüinos. Podía estar equivocado, pero le parecía que era el tipo de conversación con final feliz.

—Como te decía, es un don —prosiguió Wagner—. Gustas a la gente. Te sale natural, me da que siempre ha sido así. ¿Tienes muchos amigos?

—No. No muchos.

Ella sonrió.

—¿Por qué sonríe?

Otra vez el usted.

—Porque estaba segura.

—¿A qué se refiere?

—A que eres amigo de todo el mundo sin serlo verdaderamente de nadie. Se te da bien hacer amistad, pero no te interesa. Solo te importa tu trabajo. El dinero. Llegar lejos. Abrirte camino como sea. Yo también soy así. ¿Me sigues?

—Claro.

—Ya sabemos que el dinero no da la felicidad, ni tú ni yo somos felices. Demasiada ambición, demasiada rabia... Pero ¿y los demás? ¿Y los que no lo tienen?

—No lo tienen y ya está —bromeó Fabio.

—Si te gusta demasiado tu vida, si para ti es importante el tiempo libre, entonces no puede funcionar. Hay que ser un poco enfermo del trabajo para hacer lo que hago yo. Porque, cuando llaman, tenemos que estar ahí para responder. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Perfectamente.

—Y no es que lo hagas porque estés obligado. No. Te alegras de que te den una excusa para quitarte de en medio, para no vivir lo que estás viviendo. Porque, en el fondo, a la gente como tú y como yo estar de vacaciones en un buen hotel, en un sitio bonito, le parece un auténtico coñazo. —Puso una sonrisita—. Yo llegué aquí desde Baviera, los fines de semana hacía *rafting* en torrentes, y los domingos tenía que ir a comer a casa de mi suegra, o hacer una barbacoa, como imitando lo que se ve en las películas americanas. Me sigues, ¿verdad? De modo que, que me llamen todo lo que quieran, yo encantada. Me da a mí que tú no has hecho nunca ni pizca de deporte, pero también te parece un auténtico coñazo pasar los domingos en casa de tus suegros.

Wagner se inclinó apenas hacia él. De tanto en tanto le rozaba con la mano la manga de la chaqueta.

—Pero no te hablo de los clientes de los que te ocupas ahora. No te hablo de gente «acomodada», gente con doscientos o trescientos mil euros en cuenta y que cree que es rica. O acomodada. Te hablo de gente con veinte, treinta, cincuenta millones de euros. Esa es otra liga muy distinta, con reglas muy distintas también.

—Nunca he jugado en esa liga.

—¿Querrías hacerlo?

—Claro.

Wagner dejó caer un zapato, levantó la pierna y la dobló debajo de sí. Fabio llevó la mirada a la parte interna del zapato que había quedado abandonado.

—¿Cómo definirías a los clientes con los que yo trato?

—¿Ricos? ¿Muy ricos?

—Sí, pero ¿qué clase de ricos?

—De la región, principalmente; gente de familias importantes, con patrimonios a sus espaldas. Ricos más por rentas que por trabajo. Ricos más de viejas casas de campo decimonónicas heredadas, que no saben cómo vender o que les cuesta mantener, que de yate en Porto Cervo o chalé con piscina desbordante. Gente con dinero viejo, defendido con uñas y dientes. Algo por el estilo.

—Parece que estés hablando de mi marido.

Fabio la miró incómodo.

—Relájate: no has dicho nada inconveniente. Al principio, todo el mundo decía: «Ah, se ha casado con él por su dinero». Mayor que ella, más rico, aristocrático. Puede ser. Pero solo es una parte de la verdad: a mí me interesaba mucho más ganar dinero que poseerlo. Y mi marido me ayudó a ello con sus contactos, sus conocidos. Pero es algo que llevo en la sangre: pienso que, si hubiera nacido deportista, habría corrido los cien metros en los Juegos Olímpicos, pero lo mío eran las finanzas. Y lo importante aquí es que, en un momento dado, superar a mis rivales se convirtió en mi juego preferido. Pero sigue con lo que estabas diciendo.

Fabio siguió hablando, mirando el escritorio y no a ella. Para concentrarse.

—... Siempre los mismos ocho o nueve apellidos, que resulta que son los nombres de las casas antiguas, las mansiones nobles del centro, las calles de la ciudad, dejando a un lado las Garibaldi, Manzoni y Mazzini. Sólidos cimientos, raíces hondas. Y, por consiguiente, todos prudentes. Muy prudentes. Gente que tiene más que perder que ganar. Familias en las que, desde hace generaciones, trabaja uno de cada tres, elegido por el patriarca de turno. A los demás, considerados incapaces, frágiles o ineptos, o, peor aún, idealistas, los arrinconan para que no den problemas. El dinero no debe malgastarse; pero eso genera insatisfacción, frustraciones, luchas intestinas por la decepción de no haber sido los elegidos. No tienen ganas de dar un palo al agua, pero, si se aburren, la culpa es de los demás.

¿Cuánto tiempo llevaba preparándose para ese momento? Wagner se llevó también el otro pie debajo del trasero... A Fabio, en cambio,

le daba vergüenza descalzarse hasta cuando iba a comprar zapatos.

—Exacto eso también, Fabio. Añado que, como bien sabes, muchos de ellos son ancianos y tienen mucho tiempo para pensar en su dinero. Quieren rentabilidad, sí, pero no se fían de instrumentos que no sean los de siempre: acciones, bonos del tesoro, alguna póliza segura...

—Tiene sentido. Nada de ventoleras, ni por asomo.

—Desde luego. Pero nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo. Y ayudarlos a conseguir mayores beneficios, ¿no? Sin correr riesgos, pero, de vez en cuando, como en la vida, hay que dar algún salto hacia delante. No un salto al vacío, ¿eh? Un salto hacia delante... *Klar?*

—Sí, sí.

¿Adónde quería llegar?

Wagner se interrumpió para contestar una llamada.

—De acuerdo. Ofrézcale un café, llévele un periódico y ruéguele un poco de paciencia. Tres minutos, cinco máximo. Iré yo a recogerlo —dijo al teléfono.

»Lo que quiero decir, Fabio, y deprisa, porque ahora tengo un cliente —volvió la mirada hacia él—, es que me gustaría ver cómo te desenvuelves como gestor de banca privada. Ya mismo.

No grites. No saltes. No. Cara de póquer.

—Una última cosa —añadió—. Y te ruego que no me malinterpretes: eres bueno en lo tuyo y te lo mereces. Pero hay una razón por la que creo que vale la pena acelerar los tiempos. Una cosa que tienes que meterte bien en la cabeza. Porque de ahí es de donde tienes que partir.

—¿Qué cosa?

—Te lo digo como se lo diría a mi hermana, en mi casa, en Baviera.

En cuanto dijo «Baviera», su acento se hizo más marcado. La historia de los orígenes era otra arma secreta de Wagner, él lo decía siempre. «¿En qué sentido?», le había preguntado una vez un compañero. «Pues que primero te monta un pollo y, luego, cuando se da cuenta de que se ha pasado, te dice algo en plan: "Ay, no, perdona, es que soy alemana". Fíjate y verás.»

—Voy a ir directa al grano —seguía diciendo—. Estábamos hablando de ciertos ambientes, ¿verdad? Pues bien: tú estás fuera. Fuera por completo. Yo vengo de un pueblucho bávaro, pero lo sé. No hace falta que te lo diga yo. La mayoría de los banqueros pertenecen a esos ambientes, a esos círculos, desde hace generaciones. Cuando me vine a vivir a esta ciudad, no daba crédito: me parecía estar en la India, con sus castas. A muchos de esos banqueros los han contratado porque son parientes de alguien, por sus contactos, igual solo porque sus padres o sus abuelos eran grandes accionistas. Nosotros nacimos como un banco pequeño, familiar. Ya no lo somos en términos de cifras, tenemos filiales en todas partes, pero la esencia sigue siendo la misma. ¿Me sigues?

—Claro.

—Y, en una ciudad pequeña como la nuestra, algunas personas se conocen todas entre sí, cuando no están directamente emparentadas. Se frecuentan, salen juntas a cenar, se intercambian favores. Y a nadie le gusta coincidir en una fiesta con alguien que sabe al detalle cuánto dinero tiene en la cuenta, cuánto invirtió la semana pasada, si ha ganado o perdido. Uno se resigna si no tiene más remedio, pero si puede evitarlo... Y aquí es donde, tal y como yo lo veo, entras tú.

Volvió a calzarse y se levantó. Llegaba el gran final. O, simplemente, Fabio tenía que ir preparándose para ahuecar el ala.

—Con una cuenta corriente, con una serie de inversiones podemos saberlo todo de una persona: sabemos si incurre en gastos que poco tienen que ver con su papel de padre o madre de familia; sabemos si al hijo le va mal en los estudios o qué coche le han comprado; si alguien está enfermo y de qué, en función de la clínica o del médico al que pagan. Algunos tienen tres, cuatro cuentas corrientes. ¿Por qué? Porque piensan que así se esconden mejor. ¿Y tú? A ti nadie te conoce y es obvio que estás muy lejos de cierto mundo... Te lo digo sin ánimo de ofender, ¿eh?, creo que esto lo sabes tú de sobra. Para ciertas personas, especialmente de la generación anterior, el apellido lo es todo. Y tú no tienes apellido.

Fabio asintió. Conque de eso se trataba.

—A ver, claro que tienes, pero es el de un fantasma. Montari, Montari... No, no me suena de nada. Algo me dice que podría funcionar. Bajarán la guardia... Bueno, y, ahora, largo de aquí.

Cuando Fabio abrió la puerta de casa, miró el salón, el televisor, el maletín del trabajo tirado en el suelo, unos calcetines que llevaban allí varios días: las señales tangibles de que estaba empezando a abandonarse.

Recordó la última vez que había estado en ese sofá con Roberta. Estaban viendo una película, ella le pasaba las patatas fritas y le sonreía. En un momento dado, él no había podido resistirse, se le había acercado, le había desabrochado los pantalones y bajado las bragas. Ese gesto casi imperceptible, la ligera resistencia de la goma, la marca del moreno que nunca se le iba del todo, ni siquiera en invierno... Entonces Roberta lo había interrumpido.

—Hace tiempo que tenemos que hablar...

Un cuarto de hora después, ya no era un hombre casado.

Se vistió como para ir a correr, pantalones cortos y deportivas. Bajó deprisa la escalera de servicio, esperando no encontrarse con nadie. Bordeó la biblioteca municipal y luego se dirigió a la colina, donde en el siglo XIX se habían construido las mansiones señoriales. Algunas estaban habitadas y protegidas por vallas altísimas, al otro lado de las cuales se intuían coches deportivos en un césped impecable. Otras, en cambio, estaban descuidadas o incluso abandonadas y parecían condenadas a ser pasto de las malas hierbas. Capillas votivas destartaladas, socavones en las aceras, áreas de descanso utilizadas como alcobas, tapizadas de preservativos: ¿qué le había ocurrido a su ciudad?

Estaba el declive de cierto mundo y, justo al lado, ese lujo tan sin futuro, de piernas cortas y mal plantadas en el suelo.

Volvió hacia el centro, cruzó la plaza de la catedral, con su fachada de arenisca y su órgano del siglo XVI, con sus miles de tubos.

Probó a llamar a Roberta. Nada, no contestaba.

Saludó a una señora y empezó a correr sin prisa. Se acordó, quién sabe por qué, de la última vez que había hecho un viaje con amigos:

habían ido en tren a Montecarlo. Una vieja manía suya: ver cómo se vivía en un sitio así. El viaje había durado cuatro o cinco horas, habían admirado unos cuantos coches bonitos y otras tantas mujeres guapas, el paseo marítimo y el túnel del Gran Premio, que era aún más chulo de lo que se veía en la tele. Se habían tomado solo un café porque todo lo demás parecía demasiado caro en francos, no los habían dejado entrar en el casino porque no iban bien vestidos, y se habían vuelto a casa con el rabo entre las piernas. Se habían quedado con las ganas de cenar allí, de vivir la ciudad de noche, de entender precisamente cómo habría sido todo.

Después de eso, Fabio había empezado a trabajar, se había casado y se había olvidado por completo.

Se detuvo a pocos pasos de la casa de sus exsuegros. El coche de Roberta estaba allí. La habría esperado, incluso la noche entera: tenía que saber lo de su jefa, lo de su nuevo trabajo. Tenía que perdonarlo.

Probó a llamarla otra vez. No ocurrió nada, pero la cortina de la ventana del salón se movió; al cabo de un rato, se abrió la puerta y salió a su encuentro su suegro. Aunque estaban muy unidos, que bajara a la calle le pareció mala señal. Tenía unos setenta años, pero todavía se movía con agilidad.

—Hola, Fabio, ¿damos un paseo? ¿Te apetece?

No era persona de tomar café en un bar. Caminaron un rato sin decir palabra. Fabio iba en chándal y su suegro, como quien ha vuelto del trabajo y se ha puesto ropa de casa. Tomaron por una calle lateral y allí pararon y se sentaron en un poyete. ¿Cuánto tiempo podían quedarse ahí tranquilos sin tener que saludar a algún conocido?

—¿Qué tal te va, Gianni?

—Bien. Estoy a punto de jubilarme. Todavía me quedan seis meses, quizá menos, tengo que hacer cuentas. Teníamos pensado mudarnos a nuestra casa de fin de semana. Siempre ha sido mi sueño.

—Te veo en forma.

—Sí, bastante. ¿Y tú?

—Tengo buenas noticias para ti. ¿Sabes las acciones que te recomendé que compraras, te acuerdas? Han subido mucho. Si añades eso a la liquidación, puedes asegurarte una buena vejez.

—Para lo que yo hago... Solo necesito un huerto y una barquita para ir a pescar. Y ya tengo las dos cosas. Podría cambiar de barca, claro, pero estoy bien con la que tengo. Igual podría comprarme una caña de pescar, pero mi mujer vio que las estaba mirando en internet y me ha confesado que mis compañeros de trabajo quieren regalarme una buena, por la jubilación. Cuarenta años de trabajo y una caña de pescar. No me ha ido tan mal.

—Desde luego.

Gianni se había puesto de pie y daba vueltas a su alrededor, incómodo.

—Ya es la segunda noche que vienes a la puerta de casa.

—Lo sé.

Se interrumpieron para saludar a un anciano con sombrero que sacaba a pasear a un golden retriever. El hombre hizo ademán de pararse, los miró de más cerca y siguió su camino.

—Fabio, me duele verte así. Te lo juro, me duele en el alma. En fin, alguien como tú... —Apuntar a su orgullo, debía de haber pensado—. Pero a Roberta no —prosiguió—. Dice que, si sigues así, te denuncia. ¿Qué hacemos?

—No puedo evitar venir. Leí una vez que los que pierden un miembro siguen imaginando durante meses que aún lo tienen. Suena patético, pero no es que venga aquí pensando en que vuelva Roberta. Vengo aquí precisamente porque sé que no va a volver.

Se levantó también Fabio y, sin una palabra, echaron a andar de nuevo. Pasaron delante del cine: llevaba dos años cerrado. Por allí todo el mundo había decidido que las películas las veía cada cual en su casa.

—Es patético... *Soy* patético, lo sé.

Fabio alejó una piedrecita de una patada.

—De pequeño, tenía un amigo. Nos veíamos todos los días y pasábamos juntos el día entero. Luego, él hizo otro amigo y ya no quiso verme más, ni saludarme siquiera. De repente, ya no quería tener nada que ver conmigo, como si yo tuviera sarna. Seguía

rondando por su casa, no entendía cómo era posible que estuviese siempre allí metido, hasta que me di cuenta de que salía por una puerta lateral para que yo no lo viera. Me lo dijo su padre; me dio tanta vergüenza que quise salir corriendo, pero me quedé inmóvil. Fue amable conmigo, se lo veía incómodo. Como tú ahora. Pero estaba decidido a liberar a su hijo de mi presencia. Me advirtió que, si no dejaba de ir allí a intentar sorprenderlo, se lo diría a mis padres. —Se interrumpió—. No volví más, fue una decepción tremenda.

Se quedaron un rato callados, y luego Gianni dijo:

—Los primeros años de casado, solía pensar que un día volvería a casa y me encontraría un mensaje de mi mujer en el que me diría que me dejaba. Para siempre.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nos entendíamos, todo marchaba bien. Ten en cuenta que era de verdad otro mundo: nadie se pasaba el tiempo preguntándose si era feliz. ¿Pagabas las facturas? Sí. ¿Te ibas una semana a la playa? También. Pues ya está, nadie iba más allá. No te estoy diciendo que fuera mejor... Era distinto. Con todo, aun así tenía ese miedo a que me dejara. Como quien tiene vértigos o laberintitis. Es algo que no controlas. Preferirías no tenerlos, te esfuerzas por mantenerlos a raya, pero los tienes.

—¿Te apetece un helado? —propuso Fabio.

—Venga.

Entraron en una heladería y compraron dos conos. Parecían dos chiquillos, ahí, en la puerta, lamiendo la nata y la fresa.

—¿Roberta está en casa?

—No me has entendido, Fabio. ¿No has oído lo que te he dicho?

—No es que no lo entienda, es que no consigo aceptarlo. Es como con ese amigo mío.

—Han pasado muchos años, ¿eh?

—Lo sé. Hago cosas que no debería porque aún no estoy preparado para desaparecer.

¿Cuándo estaba uno preparado?

—He tratado de hacerla entrar en razón. No soy lo bastante joven para considerar normal una separación, y me gustaría ser lo

bastante viejo para decidir por mi hija. Me entiendes, ¿verdad?, para agarrarla de los pelos y llevártela de vuelta a casa. Pero no tengo ganas. Igual con mi hijo lo habría hecho, pero con ella no. He intentado hablarlo con mi mujer, pero se calla. Y, si se calla, quiere decir que está de acuerdo con Roberta. Te ven distinto de como te veo yo. Y esto es como lo de ese miedo: no hay un motivo. Lo sienten y ya está. No se fían de ti.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Pero igual tú sí lo sabes. Y, un día, si tienes ganas, me lo contarás...

A pocos pasos de ellos estaba el río. No había nadie, solo un par de parejitas abrazadas en los bancos.

—¿Te acuerdas de la primera vez que fuimos a pescar? —le preguntó Fabio—. Buscabas un pretexto para huir de esa comida familiar. Y yo... Justo lo hablaba con mi jefa el otro día. Según ella, el mundo se divide entre los que quieren pasar en paz la comida del domingo y los que esperan que el trabajo los lleve a otra parte. —Negó con la cabeza—. No estaba pensando en ti, tú solo quieres pescar. Cogimos un montón de lucios. Lo recuerdo bien.

Caminaban uno al lado del otro y ahora sonreían los dos.

—Nos hicimos amigos. No tengo muchos, sobre todo no tengo muchos nuevos. O jóvenes. Tengo quizá dos o tres, y se remontan todos a cuando era niño. Hemos cambiado, pero estamos aquí los unos para los otros si hace falta.

Gianni se detuvo y le puso la mano en el brazo.

—Y yo ahora quisiera estar aquí para ti. Quisiera preguntarte qué ha pasado, ayudarte. Pero me da que ni tú mismo sabes lo que ha pasado.

La casa de los fines de semana estaba a un puñado de kilómetros de allí, en medio del campo. Allí todo seguía igual, pero donde estaban ellos todo había cambiado.

—La echo tanto de menos que me estoy volviendo loco. —Fabio se dio cuenta, molesto, de que le temblaba la voz—. No hay mucho que yo pueda hacer. Solo quiero que vuelva, porque cada día que pasa la pierdo más. No sé qué hace, qué piensa.

—¿Qué piensa? Yo tampoco lo sé.

—¿Qué hace?

—Eso sí que lo sé: compra cosas. El otro día llegó cargada con tantas compras que casi no se la veía. Cinco, seis, siete bolsas y una caja. Cuando salió para irse a trabajar, entré en su vieja habitación y eché un vistazo. Sé que está feo, pero quería entender. —Calló de pronto—. Faldas, pantalones, ropa interior, dos pares de zapatos. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Entiendes lo que significa?

—No quiere ni pasar por casa a recoger sus cosas.

Echaron a andar, de nuevo en silencio.

Fabio propuso volver atrás. Al cabo de un rato, se armó de valor y dijo:

—Al menos dile que me ha pasado algo importante. Me ha llamado mi jefa y me ha dicho que va a empezar a confiarme a algunos de sus clientes. Gente con mucho dinero. Hace años que esperaba esto.

—Cabe preguntarse: ¿por qué se marcha justo ahora? Ahora que todo pinta tan bien... No sé qué pensar. Bueno, lo intentaré. Te llamo pronto, e igual nos vamos de pesca, ¿vale? —le dijo Gianni cuando llegaron a su casa.

—Cuento con ello.

Se había hecho tarde, la ciudad estaba desierta y su matrimonio había terminado para siempre. No había muchas más vueltas que darle. Fabio se lo repitió como si pudiera olvidarlo y luego trató de concentrarse en el ascenso, en las posibilidades que le había abierto su conversación con Wagner. Se esforzó en pensar que se haría riquísimo y Roberta volvería con él. Treparía hasta puestos más altos y ella estaría a su lado para siempre.

—¿De verdad estaba convencido de ello? —le había preguntado el fiscal—. ¿Para usted sigue siendo una cuestión de dinero?

—No. No estaba en absoluto convencido. Pero me agarraba a lo que fuera. La alternativa era ponerme una soga al cuello.

—¿Y después?

—Después traté de dormir de noche y hacer dinero de día.

—¿Y funcionó?

—Seguí durmiendo fatal.

Tres

En un tiempo en el que nunca habría imaginado que lo sobreviviría durante decenios, Angelo Cantuzzi se llevó de viaje a Stefano, que entonces tenía siete años. Hacía pocos meses que se habían afincado en Argentina y, aprovechando las vacaciones escolares y la proximidad del verano austral, padre e hijo cogieron un avión en Córdoba para ir a Buenos Aires. Estaban solos: Gemma y Elena, que acababa de nacer, se habían quedado en casa.

La noche antes de su partida, Angelo miró a su esposa con una mezcla de culpa y satisfacción. La había llevado a otro hemisferio tres meses antes y no le había dedicado ni un momento. Había estado constantemente ocupado, de viaje entre una región y otra de ese país desmesurado, y, ahora que tenía unos días libres, volvía a marcharse. Alejarse justo en ese momento no era muy considerado por su parte, pero estaba seguro de que, también esa vez, ella comprendería sus ansias de vivir.

—Qué quieres que te diga —había bromeado ella—. Os echaremos de menos. Mañana por la mañana despertadme antes de que os vayáis, si no, no os dejo marchar.

Iban a perderse la Navidad, pero juraron que regresarían a tiempo para celebrar juntos el Año Nuevo. Angelo lo sentía, pero se encontraba en una parte del mundo muy nueva y atractiva, había todo un espacio salvaje que explorar entre el mar y la montaña. Había convencido a Stefano de que lo acompañara, con la promesa de que verían orcas, morsas, pumas y zorros grises.

En el aeropuerto de Buenos Aires alquilaron un Mercedes. No les habría salido caro contratar a un chófer, pero entonces no habría sido una verdadera aventura, pensaba Angelo. Tenían que estar

Stefano y él, los dos solos. Recordarían toda la vida esa semana juntos.

Angelo estaba acostumbrado también a conducir quince o dieciséis horas sin parar. Cruzaron la pampa, observaron la carrera febril de los guanacos, que a veces parecían perseguirlos a ellos, a los gauchos a caballo, que se movían en pequeños grupos al atardecer. Hasta que, cuando aún estaban lejos y ya había anochecido, Stefano se quedó dormido. Angelo conducía por esas carreteras desiertas, agradecido a la vida y a ese niño confiado sentado a su lado, cuyo cuerpo menudo había envuelto en una manta. Lo despertó solo cuando divisó a lo lejos las luces de Puerto Madryn: en esa época, la Patagonia era un destino turístico tan poco conocido todavía que parecía sumida en un sueño. Angelo le diría varias veces a su esposa que nunca había tenido mejor compañero y amigo que su hijo. Contaba solo siete años, pero se entendían como nunca en la vida le sucedería con otras personas. No se trataba solo de amor y de afecto: era sintonía, afinidad de almas.

La mañana siguiente buscaron una guía, y con ella prosiguieron hasta la península de Valdés. Avanzaron por las pistas de ese paisaje árido, deteniéndose varias veces a observar a los armadillos ovillarse, parando a menudo el coche para ver desfilar a las maras. En las orillas de los lagos salados, fotografiaron a los ñandús. Nunca habían visto pájaros tan grandes. Los fascinó cómo construían unos nidos rudimentarios, excavando agujeros en la tierra, pues, pesados como eran, no podían volar. Stefano se lamía las manos riendo después de sumergirlas en el agua de los lagos, sin escuchar las explicaciones de Angelo de por qué era salada. No se podía beber, y con eso le bastaba, bajo ese sol abrasador.

Al llegar a la playa de Punta Delgada, antes incluso de bajar del coche, empezaron a ver colonias de leones marinos. Stefano gritaba, muy excitado, y su padre hacía otro tanto: era un papá nuevo, loco de alegría, despreocupado. Para Stefano, fue la primera y quizá la única vez que lo vio con ese buen humor: las excursiones por la montaña tenían la impronta del rigor y del respeto de los horarios. Pero allí, quizá, tan lejos de Italia, su padre se sentía libre al fin.

Llegaron a la orilla y, allí, además de los leones marinos, vieron también focas y morsas. Tomaron el almuerzo que llevaban en la mochila, después de calentarlo en un hornillo. Más tarde, al anochecer, asistieron con los prismáticos al paso de algunas ballenas a un centenar de metros de la costa.

Dos días después, cerca del glaciar Perito Moreno, padre e hijo presenciaron nerviosos el desesperado intento de un león marino de escapar de un grupo de orcas. Era una escena primitiva: Stefano era incapaz de apartar la mirada, pero lloró cuando vio a una orca morder y lanzar lejos a su presa. Todo había terminado.

—Nadie mata solo por matar, ni acumula solo por acumular, Stefano: uno se mueve solo por hambre.

—¿Y las guerras, entonces?

—El hombre es la excepción —comentó Angelo.

—¿Por qué, papá?

—Te lo contaré por el camino, ahora volvamos a casa. Mamá y Elena nos están esperando. Tenemos que celebrar juntos el Año Nuevo.

Mucho tiempo después, como cada primer martes del mes, después de media hora de paseo por el centro con su hija Elena, adulta ya, Gemma Cantuzzi entró en la «pastelería austriaca», como la llamaba todo el que hubiera nacido allí.

No había mucha gente: ya había pasado la hora del desayuno y aún faltaba bastante para el almuerzo.

El dueño, que conocía sus costumbres, acudió a recibirlas en la sala revestida de madera: en tiempos había albergado una famosa mesa de billar en la que, desde los primeros años del siglo XX, se habían retado grandes actores y aristócratas que estaban de paso por la ciudad. Los dos fundadores de la pastelería habían sido licoreros, pasteleros y confiteros de gran renombre en Salzburgo: tras unas vacaciones en esa parte de Italia, habían quedado tan cautivados que habían vendido todas sus posesiones en Austria y se habían trasladado allí.

—Adelante, señora... Hace un poco de fresco esta mañana, ¿prefieren dentro? Díganme ustedes.

Sentada a una mesita, Gemma reparó en una antigua compañera de colegio de Elena. La mujer las observaba con curiosidad: Gemma evitó cruzarse con su mirada. Le dieron ganas de marcharse, pero ya era demasiado tarde.

—Mejor fuera —se apresuró a decir.

—Acomódense, entonces. Enseguida sale la camarera a tomarles la comanda. Si, mientras tanto, la señorita Elena quiere acompañarme a ver los pasteles... Tenemos alguno nuevo.

Gemma fue a sentarse al sitio de siempre, bajo los soportales, mientras Elena se dirigía con paso decidido a la vitrina de los dulces.

—¿Ve? Hemos hecho algún experimento con nuevos *bignè*. Pero la dejo en manos de mis empleadas.

—Dígame, Elena, ¿qué desea?

La conocía todo el mundo allí. Hacía treinta, cuarenta años que se acercaba a esa vitrina, siempre la misma, con la excepción de algún pastel nuevo con el que actualizaban el surtido regularmente.

Elena indicó con un gesto a la camarera que tenía que pensarlo y luego señaló, como siempre, el *gnocco* de Salzburgo, un dulce de tres puntas que recordaba los tres montes de la ciudad: el Mönchsberg, el Kapuzinerberg y el Gaisberg.

—¿Y para su madre?

No sabía uno qué elegir: el *strudel*, los exquisitos *mozartkugeln*, la tarta sacher...

—Para mi madre, un pastel del emperador, por favor.

—Excelente elección. ¿Desea que se lo lleve enseguida en una bandeja?

—¿Puedo coger un *cannoncino* para el camino? —bromeó. Una vez que había hecho esa broma, todo el mundo se había reído, y desde entonces la repetía siempre.

—Claro.

Elena dio media vuelta y volvió a la mesa de su madre, mordisqueando el dulce.

—Mamá, he elegido por ti —dijo, sentándose—. Estaba una compañera mía de clase. ¿La has visto tú también?

—¿La has saludado?

—No, tenía la boca llena.

Se olvidaron al instante de ella.

—Mamá, mira qué buenos estos dulces. ¿Cuándo vamos a Austria? Me lo prometiste.

—Antes, papá tiene que hacerse unas pruebas. Si el médico dice que está bien, nos iremos.

—Un bonito viaje, como en los viejos tiempos —sonrió Elena satisfecha.

—Sí, como en los viejos tiempos, Elena. Tómate el té, que se te enfría.

—Pero ¿papá está enfermo?

—No. Solo tiene que hacerse unas pruebas. Y luego ya podremos irnos. Me gustaría volver a ver el palacio de Schönbrunn.

—Pero ¿cómo iremos hasta allí?

Gemma le limpió los bigotes de nata con una servilleta, como si fuera una niña. Se arrepintió cuando vio que la conocida las seguía observando.

—En coche.

—¿Papá no es demasiado mayor para conducir?

—Podemos ir por etapas. Primero Innsbruck, luego Salzburgo y, por último, Viena.

Había llegado el platito. Elena se comió su *gnocco* de Salzburgo en un santiamén.

—Mamá, ¿puedo tomar otro?

—Está bien, Elena, y hasta dos, si quieres. Espera a que vengan a la mesa.

—Pero tengo hambre...

Elena volvió hacia la vitrina de dulces. Gemma reparó en las miradas fijas sobre su hija. Ya debería estar acostumbrada, y sin embargo...

—Mamá, ¿me cuentas otra vez cómo os conocisteis papá y tú? Me gusta mucho esa historia —le dijo, apartando la silla ruidosamente para volver a sentarse.

Gemma meneó la cabeza resignada, pero, como siempre, cedió al deseo de su hija, aunque se lo hubiera contado mil veces ya.

—Yo llevaba un tiempo trabajando para el barón Lupoli —empezó —. Hacían baterías para coches y tractores, fusibles, esas cosas.

Abastecían a todos los mecánicos de la región. En un momento dado, el barón compró un equipo de fútbol, que ascendió a segunda división...

—¿Y luego a primera?

Era un guion muy ensayado, las preguntas eran siempre las mismas y en el mismo orden.

—No. Subió a tercera, y luego volvió a ascender.

Como cada vez, Elena acogió esa respuesta con una risita, bajando la cabeza. Le estaban apareciendo ya las primeras canas. «Tiene que teñirse», pensó Gemma. La compañera de Elena pasó delante de ellas en ese momento, y esta vez fue Gemma quien bajó la cabeza.

—¿Cómo era el barón? —siguió preguntando Elena.

—Altísimo. De pequeña pensaba que dependía del dinero. Cuanto más tuvieras, más alto eras.

—¿Y papá?

—Papá, en cambio, era bajito.

—Y luego se hizo rico y se volvió más alto. A mí papá me parece alto.

Se rieron a la vez del comentario tantas veces repetido.

—Mamá, ¿puedo comerme otro pastel?

Siempre hacía lo mismo.

Gemma le sonrió.

—Te sientan mal...

—Por favor, mamá.

—¿Mejor la próxima vez?

—Sigue contándome de papá —dijo Elena.

—Papá trabajaba también para el barón. Era más joven que yo, pero estaba haciendo carrera.

—¿Y en Argentina? ¿Cómo era nuestra casa cuando nos fuimos a Argentina?

Elena no era capaz de concentrarse mucho tiempo en un mismo tema.

—Era grande, con un bonito jardín. Pero yo nunca salía, porque me daban miedo los animales. Me quedaba siempre en casa contigo,

que eras muy pequeñita. Sonreías todo el rato. Se ve que te gustaba Argentina.

Gemma tragó.

—¿Y cómo os conocisteis papá y tú? —preguntó Elena.

—Un día, el barón se llevó a todos sus empleados de excursión a la montaña, y allí nos conocimos.

—Pero, luego, ¿cuándo volvisteis a veros?

—Enseguida. Me escribió una carta para invitarme el domingo siguiente. De nuevo a la montaña. Y, como no le respondía, al cabo de unos días me mandó unas flores con una notita.

—¿Y qué ponía?

—Que no me conocía bien, pero que ya me echaba de menos.

—¿Y tú, mamá?

—Yo cedí. Y volví con él a la montaña.

—¿Papá era guapo?

—Y lo sigue siendo.

—Pero es viejo.

—Yo más. Le saco cuatro años.

—Tres y medio. Y tú eres guapa, mamá. ¿Y después?

—Muy poco tiempo después, nos casamos. Luego nació Stefano, y luego tú... ¿Vamos a la peluquería, y luego que nos recoja papá?

—Primero enséñame la foto.

Gemma sacó de su cartera una fotografía guardada en un sobrecito transparente. Salían los cuatro: ella y Angelo todavía jóvenes, Stefano con una expresión decidida y Elena de adolescente, aunque aún parecía una niña. Posaban todos vestidos de montaña, salvo Gemma, junto a un pequeño lago, a los pies de las Tofane.

—Mira, mamá: papá es el que más ha cambiado de todos.

—Sí, Elena, así es, papá es el que más ha cambiado de todos —convino Gemma con una amargura inesperada en la voz.

Angelo Cantuzzi dejó atrás la zona de las operaciones de caja y continuó hacia el despacho de Sybille Wagner. Saludó cortésmente a los empleados, que ya lo conocían bien. Fabio lo vio en el umbral del despacho charlando con su jefa, que había acudido a su encuentro y, mientras hablaba, jugueteaba con unas gafas de presbicia de

montura lila que habían aparecido desde hacía unos días en su escritorio. El hecho de que ahora las necesitara solo podía significar una cosa, pero ella parecía decidida a transformarlas en un arma más. Fabio se acercó, esperando su turno para intervenir.

—Le hablé del señor Montari, ¿se acuerda? Lleva diez años con nosotros. Ya verá, tiene muchas ideas interesantes —la oyó decir, y acto seguido los presentó deprisa—. Ahora los dejo solos, señor Cantuzzi, para que puedan charlar. Si necesita algo, estoy aquí al lado. No lo abandono, no se preocupe. Si Montari no se porta bien, hágamelo saber —bromeó.

Se alejó con las gafas en la mano. Tenía dos pares por lo menos, las del día anterior eran verdes.

¿Y ahora? Era parte de la escuela Wagner: uno tenía que estar siempre preparado.

—Por favor.

Fabio invitó a Cantuzzi a acomodarse, mientras lo estudiaba. Era viejo, con un aire amable y una sombra, entre bondadosa y jovial, que le asomaba de vez en cuando en la mirada. Llevaba una chaqueta y una corbata mucho más informales que las suyas. Era evidente que ya no trabajaba, pero no parecía abatido ni desganado.

—No nos conocemos, ¿verdad?

—Hace poco que me han transferido a esta oficina. Pero, como le decía la señora Wagner, llevo diez años en el banco.

—¿Lo ha celebrado?

—¿Cómo lo sabe?

Fabio se puso a la defensiva instintivamente.

—No sé, parece usted del tipo que celebra algo así. Yo no lo he hecho nunca.

—¿Y eso por qué?

—Me educaron con la idea de que celebrar es de tontos. Imagínese.

—Puede empezar ahora.

Cantuzzi se dirigió a la ventana.

—¿Le gusta su nuevo puesto?

—Creo que sí. Estoy haciéndome a ello.

—Siempre he pensado que uno tiene que dedicarse a lo que más le guste. Luego, cuando se es padre, con los hijos se acaba haciendo siempre menos teoría y más práctica.

Fabio asintió.

—Una vez, de pequeño, escuché una canción de Gaber. Hablaba de un tal señor Brown, un antirracista convencido, hasta que su hija se casó con un hombre negro. El señor Brown se lo tuvo que tragar, pero no daba saltos de alegría... El sentido solo lo entendí después. ¿Recuerda la canción?

Cantuzzi se quedó pensando un momento. Era obvio que no la conocía, pero no estaba acostumbrado a admitir su ignorancia.

—Nunca he escuchado música. Es como con las fiestas. He ido a muy pocas. De jóvenes, mi mujer y yo bailábamos bailes de salón de vez en cuando. Nos lo habían enseñado de niños. Todavía recuerdo los pasos —dijo, dando uno—. Fue hace tantos años... ¿Usted tiene hijos?

Tampoco Fabio estaba acostumbrado a admitir que su vida no seguía el camino esperado. ¿Habían pensado Roberta y él en tener hijos? A saber. Él, cuando menos, había estado ocupado en cosas muy distintas. Ahora que lo pensaba, quién sabe, quizá con hijos todo habría sido muy diferente.

—No, todavía no —reconoció.

Cantuzzi lo estudió, como si quisiera adivinar su edad.

—Es usted joven, pero no tanto ya. ¿Treinta y cinco?

—Treinta y cinco exactamente. Nunca he ido a un salón de baile. Y no creo que mis padres hayan bailado nunca.

—Y nosotros no deberíamos haber dejado de ir a bailar, ni a las verbenas en las plazas... ¿Qué querían sus padres que hiciera? De trabajo, digo.

—Creo que querían verme colocado. En lo que fuera. Desde empleado de correos hasta concejal, lo mismo les daba. No creo que se imaginaran jamás que el trabajo pudiera gustarte. Es más, si te gustaba quería decir que algo no cuadraba.

Cantuzzi asintió: entendía perfectamente lo que Fabio quería decir. ¿Cuántos años los separaban? Unos cuarenta, pero aun así parecían entenderse.

—Los mejores bailes de verbena, mazurca, vals, polca, los vi en dos sitios que no tenían nada que ver entre sí. Uno era Cerdeña, adonde fui con mi familia por un viaje de trabajo, y el otro, Alemania, donde solía ir a ver a mis clientes. ¿Usted ha viajado mucho?

—Un poco, aquí y allá, pero siempre como turista.

Roberta y él solían quejarse del lugar donde habían crecido, pero nunca habían pensado de verdad en abandonarlo. ¿Y por qué? Quizá habría bastado con eso para que Fabio no acabara solo.

—Todavía está a tiempo. A mí viajar me cambió la vida. Vivimos cuatro años en Argentina, por mi trabajo. Allí vi animales que no había visto nunca, y paisajes maravillosos. Hoy, después de muchísimo tiempo, cuando venía aquí en coche con mi mujer y mi hija, he visto un gallo lira y me he sentido feliz. Vivimos un poco en las afueras... ¿Sabe qué hacen los gallos lira en invierno, cuando el frío es intenso?

No, Fabio no lo sabía.

—Excavan un agujero y se esconden dentro, para calentarse. Como nos enseñaron en la escuela alpina. De joven estuve en el cuerpo de infantería de montaña. ¿Usted ha hecho el servicio militar?

—No.

—No sé por qué, me imaginaba que sí. ¿Cómo es que se libró?

—Por insuficiencia torácica. Me desarrollé tarde, a los dieciocho era poco más que un crío.

—Cuando yo era niño, a los gallos lira, los faisanes, solo pensábamos en comérnoslos. Solía ir con mi padre a cazarlos. Estaba la época de las setas y la de los faisanes. ¿A usted le gusta la caza?

—Tampoco he cazado. Mi padre no me llevó nunca, supongo que es algo que se hereda... ¿Me equivoco?

Cantuzzi le dirigió una mueca que quizá quería decir algo como «eran otros tiempos».

—¿Qué hacía su padre? —prosiguió.

—Nada arriesgado.

—¿Y usted? ¿Qué me dice de usted, señor Montari, es arriesgado su trabajo?

Fabio negó con la cabeza. Era más que obvio que no: vestía una chaqueta azul sobre una camisa blanca y una corbata celeste.

Se rieron los dos. Habían roto el hielo. ¿Y ahora qué?

—Escuchaba a la señora Wagner mientras le hablaba, y me preguntaba si yo también he sido un jefe así... Porque es su jefa, ¿verdad?

—Sí. Desde que llegué aquí.

—¿Cómo es?

—Tal cual la ve. Buena, competente, exigente y puntillosa. Pero sabe divertirse. Y a usted, como cliente, ¿qué le parece?

Se estaba relajando. No debía.

—Me parece que ambos la vemos de igual modo. Pero es mejor desde mi lado que desde el suyo.

—Desde luego.

Volvieron a reírse.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor Cantuzzi?

—Tiene razón: hablo demasiado. Es porque estoy jubilado. En tiempos, si me retrasaba media hora en llegar a la oficina, tenía veinte, treinta llamadas esperándome. Sin embargo, un buen día, vendí, y todo cambió... Pero volvamos a nosotros. Para empezar, no me llame doctor: no tengo estudios universitarios.

—Yo tampoco. Quería, pero... No, no es cierto. Tenía otras cosas en la cabeza: quería ganar dinero, irme de casa lo antes posible. Así que nada de universidad. Me he arrepentido alguna que otra vez... No, tampoco esto es cierto.

Cantuzzi parecía divertido.

—Mi padre no terminó la escuela primaria. Si le hubiera pedido que me mantuviera hasta los veintitrés años, me habría dado de tortas... Pero no le he contestado: ¿nos vemos en breve para trazar un plan? Hoy solo se trataba de presentarnos. Me estoy haciendo viejo y mi salud no... Me gustaría dejarlo todo bien atado.

—Yo no lo encuentro viejo. Pero podemos dejarlo todo bien atado.

—Quedamos en que lo llamo yo dentro de unos días, ¿de acuerdo?

—Muy bien, espero su llamada, entonces. Mientras tanto, voy a estudiar un poco la situación.

—Creía que no le gustaba estudiar.

—Eso era antes de que me pagaran por hacerlo —bromeó.

—Nos vamos a llevar bien, Fabio —dijo Cantuzzi, poniéndose de pie.

Lo miró directamente a los ojos y le estrechó la mano por segunda vez.

La primera había sido una mera formalidad; la segunda, el inicio de algo.

Poco después, Angelo se detuvo delante de la peluquería, salió del coche y abrió las portezuelas para que subieran su mujer y su hija. Arrancó el motor y se dirigió al oeste, alejándose del centro de la ciudad.

—Qué bien te han dejado —le dijo a Elena, que iba sentada a su lado.

—Gracias, papá.

—De verdad que te queda muy bien —añadió, con una mirada de aprobación.

—Gracias otra vez, papá.

—¿Te has hecho algo nuevo? Pareces distinta.

Elena se volvió para mirar a su madre con aire cómplice, pero no contestó.

Sentada en el asiento trasero, ahora que habían dejado lejos las calles del centro, Gemma observaba el paisaje en silencio. ¿Cuántos años llevaban recorriendo ese mismo camino todos los martes? Al principio, algunas veces a pie, hasta que se dieron cuenta de que no era más que una manera de alargar esa agonía. Podrían haber dejado de hacerlo, pero lo habrían echado de menos.

Un día, Gemma decidió regalarse una válvula de escape. Era pueril, pero le procuraba algo de alivio. Dirigía palabrotas a las montañas por lo que le habían hecho, viniendo de una ciudad en la que bastaba salir medio kilómetro para encontrártelas por todas partes. Solo en el casco viejo se estaba al amparo de esa visión repugnante. Después, la carretera subía y, de nuevo, la mirada

volvía a abarcar esas malditas montañas. Todo había empezado con ellas. Esa segunda residencia, esos fines de semana... Las montañas. Tratabas de evitarlas, pero te seguían, te gritaban a la cara. Esas montañas de mierda, imprecó para sus adentros. Había empezado cuando el dolor que no se iba nunca se había vuelto demasiado grande y opresivo. Se obligaba a mantener la compostura de siempre, nunca se había quejado del destino, ni en casa siquiera, o casi, y mucho menos en público. Había participado en todos los actos en memoria de Stefano, había contestado siempre como es debido a las cartas de amigos o incluso simples conocidos, afectados e impresionados por su desgracia. Había asistido incluso a la inauguración de la escuela primaria, siempre en memoria de Stefano.

Angelo le había suplicado que lo hiciera. Era pedirle un sacrificio, Dios santo, y tanto que lo era, un esfuerzo inmenso. Pero ella lo había hecho, nunca se había echado atrás. Angelo le había confesado que, de otro modo, se habría derrumbado. Se habría desintegrado en mil pedazos. Hasta que, dos años después de la muerte de Stefano, Elena había empezado a gritar en plena noche. Gritaba fortísimo, tanto, que los despertaba. Trataban de calmarla, pero no conseguían que dejara de hacerlo. Le acariciaban la cabeza, le daban mimos aunque ya no fuera una niña, le contaban un cuento para tranquilizarla, como cuando era pequeña, pero nada.

Una noche, extenuada por ese sistemático y agotador atentado a su descanso, que soportaba sola pues Angelo tenía que trabajar —se había instalado una cama supletoria en la lavandería, un rincón de la casa desde el que no se oía nada—, a Gemma se le cruzó un cable. Fue a despertarlo y se lo dijo. Cerró tras de sí la puerta de la lavandería y se encaró con él. Fue la única vez que se rebeló contra ese hombre al que amaba tan profundamente.

—¿Quieres parar de una vez? —le espetó en voz baja—. ¿Quieres parar de una maldita vez? ¿Es que no ves que, por no dejar marchar a Stefano, estamos perdiendo también a Elena?

Y Angelo paró. Desde ese mismo momento, dejó de inaugurar, honrar y recordar, y ella volvió a ser leal y atenta a sus deseos, como

siempre lo había sido. Solo se permitía una única libertad: montañas de mierda, repetía en su fuero interno. Una, dos, mil veces.

—Ahí hay un hueco —dijo Angelo un instante después, cuando llegaron a la explanada frente al cementerio.

Se pusieron en camino, Angelo delante, seguido de Gemma y de Elena. Conocían de memoria la disposición de las tumbas, los epitafios sobre las lápidas, los cipreses que se alternaban con los setos, los puntos en los que se formaban sistemáticamente las malas hierbas, los rincones donde los empleados dejaban abandonados los cubos llenos de hojas y de tierra. Las esculturas funerarias, las farolas que llevaban años fundidas, el sendero por el que podían atajar para llegar a donde se dirigían. Hablaban con fingida naturalidad para romper el silencio y, conforme se iban acercando, callaban: ya no se oía volar una mosca entre ellos. Gemma observó el paso de su marido, que siempre quería ir por delante pero que, de una semana a otra, le parecía cada vez menos seguro, más torpe y lento. Ella entonces se puso a caminar más despacio para que él no se diera cuenta. Se habían convertido en dos ancianos.

¿Y Elena? ¿En qué se había convertido Elena? En una mujer con canas en el pelo y el cerebro de una niña.

«No quiero que estén nunca tristes», le había dicho una vez Gemma, cuando todavía se hablaban, a esa amiga que no entendía por qué anteponía a sus hijos a todo. Pero, con Elena, seguir contándole cuentos y jugando con ella no había servido para parar el tiempo: la biología había seguido su curso. Se le había olvidado hacerla madurar, pero no envejecer. Tenía ya más de cuarenta años.

—Dame la mano, tesoro.

—Sí, papá.

Se detuvieron delante de la tumba de Stefano. Leyeron su nombre grabado en la lápida y las fechas del nacimiento y de la muerte.

Angelo tomó también la mano de su mujer y la atrajo hacia sí. Elena miraba al vacío, como si ni siquiera estuviera allí. Lo habían intentado todo para que dejara de gritar, hasta que habían ido a ver a un médico que le había prescrito lo que, desde entonces en adelante, llamarían «las gotas». Elena no había vuelto a gritar por

las noches, pero decir que habían dejado atrás lo peor, no, eso no podían decirlo.

Gemma volvió a imprecar para soportar ese dolor. Montañas de mierda, montañas de mierda.

Angelo cayó en la cuenta en ese momento de qué era lo que notaba distinto en Elena: se había oscurecido el cabello. Había visto que le habían salido canas, pero no había ahondado mucho en esa idea. Stefano yacía allí desde hacía un siglo y, mientras tanto, su hermana tenía casi la edad que tenían ellos cuando...

Miró a su mujer y luego a sí mismo a través de la mirada que ella le devolvió.

¿En qué estaba pensando?

Se alejó y, cuando estuvo seguro de que no podían verlo, se tomó la cabeza entre las manos.

Su hijo estaba ahí. Y Elena, Dios mío, ¿cómo podría haber sido de otro modo? Era una niña cuando había oído a un desconocido decir que su hermano mayor había muerto y había visto a su padre desplomarse en el suelo con un sonido de huesos rotos. No era extraño que ese dolor la hubiera destrozado. De los cuatro que eran, quedaban tres. Pero ninguno de ellos se había salvado.

Cuatro

Unos días antes de Navidad, cuando ya había perdido a Roberta para siempre, Fabio recibió a Angelo Cantuzzi en una salita en el ala de los directivos del banco. Esta vez, la cosa iba en serio. En las paredes colgaban los retratos del fundador y varias fotografías de época que ilustraban la fase pionera del banco y de la ciudad. El crecimiento de una había sido la premisa para la expansión del otro, ese era el mensaje. Cantuzzi vestía un plumífero verde que le confería un aire juvenil.

—Adelante, póngase cómodo.

En la cabeza llevaba una boina que, en cambio, lo hacía parecer más viejo, y, en la mano, un paquetito de pasteles que dejó en la mesa con un gesto desenvuelto. Estrechó efusivamente la mano de Fabio y se colocó enfrente de él, todavía de pie. Más que un millonario, parecía un jubilado que se dispusiera a ir a almorzar con un familiar.

¿Y él? ¿Qué parecía él?

—¿Quiere que le pida un café?

—No hace mucho que lo he dejado. La tensión, los médicos... —Levantó los ojos al cielo.

Con Cantuzzi, ni hablar de imponerle nada: Fabio tomó buena nota.

—Mi madre igual. Hace diez años que no lo prueba. Ni siquiera descafeinado.

—¿Ha servido de algo?

Fabio negó con la cabeza.

—Solo para empeorarle el humor.

—¿Ve usted?

—¿Quiere uno, entonces?

—Sí... Pero de máquina expendedora, si no le importa. Echo de menos el sabor. Y también el gesto.

—Nunca había oído de alguien que echara de menos esos vasitos de plástico. Pero, vamos, le indico el camino. Y cuente con mi discreción...

Bajaron una planta, cruzaron la zona de oficina diáfana y se pararon delante de la máquina de café. Al ver a Cantuzzi, un compañero les cedió el turno. Fabio sacó la llavecita con su cable de muelle.

—Tiene razón, es una petición un poco rara —convino Cantuzzi, con el vasito entre los dedos—. Pero tengo buenos recuerdos de las horas que pasé en el trabajo: los compañeros, los subordinados, la fábrica... —Y, escrutando a Fabio, añadió—: Aunque usted tiene aire de cansado. No es que me extrañe: a su edad yo también trabajaba como un loco.

Fabio comentó que era normal: muchos clientes, muchas reuniones.

—Pero me lo paso bien —concluyó con una sonrisa.

—«Me lo paso bien, me lo paso bien...» Ahora se dice continuamente. Nosotros no lo decíamos nunca. Habría sonado pueril.

Cantuzzi suspiró.

Fabio hizo ademán de defenderse, pero renunció: no era una crítica dirigida a él.

—¿Sabe lo que pienso? —prosiguió Cantuzzi—. Que uno se hace viejo cuando ya no entiende lo que dicen los demás.

—Usted no me parece viejo en absoluto. Al contrario, lo encuentro en muy buena forma —protestó Fabio con excesiva vehemencia. Era la verdad, pero quizá ese tono... Tomó nota de otro dato importante: dejarle el mando, sí; adularlo, no. Nunca.

Cantuzzi cambió de tema.

—Me ha llamado la doctora Wagner. Lo tiene a usted controlado, ¿eh? Le he dicho que pensábamos volver a vernos.

—¿Cómo fue lo que me dijo el otro día? Quizá su lado es mejor que el mío... —bromeó Fabio, e invitó a café a un compañero que estaba esperando.

Volvieron a la salita y se acomodaron uno enfrente de otro.

—¿Ha pensado mientras tanto en lo que hablamos? —preguntó Cantuzzi.

—Sí, yo empezaría desde el momento presente. Esta es la situación, le he impreso el extracto. Aquí puede ver su liquidez, sus inversiones, sus ganancias de los últimos meses, los principales movimientos... —Fabio le entregó una carpeta—. Yo diría que la situación es más que tranquilizadora.

Cantuzzi tenía alguna arruga más desde la última vez. La vejez, pensó Fabio, debe de ser algo que se presenta un buen día de repente y luego empieza a correr.

Cantuzzi interrumpió sus cavilaciones.

—¿Y el futuro? Como puede imaginarse, mi preocupación no es por mí. Pienso en mi mujer, Gemma. Tiene que venir ella aquí también un día.

—Puedo desplazarme yo. Para que no tenga que molestarse ella.

—Ella está perfectamente, solo que es muy reservada. O igual piensa que prefiero ocuparme yo de estas cosas. Ella todavía está muy bien. —Meneó la cabeza—. Imagínese que los amigos me tomaban el pelo porque era mayor que yo, pero me parece que voy a ser el primero en irme.

Aunque no era más que un simple comentario, la expresión de su cara era muy elocuente.

—Para el futuro —prosiguió Fabio en tono profesoral—, yo seguiría privilegiando una rentabilidad discreta, con riesgos muy bajos. He pensado en tres inversiones que podría describirle a grandes rasgos...

Sacó de otra carpeta tres mazos de hojas grapadas juntas y se las pasó a Cantuzzi, que había apoyado la boina en la silla pero aún no se había quitado el plumífero. Lo hizo entonces, se puso las gafas de presbicia y empezó a hojearlo todo.

—La primera prevé una inversión inicial, seguida de aportaciones sucesivas... El importe de unas y otras podemos decidirlo juntos. En cuanto a la segunda... —Reparó en que Cantuzzi no lo estaba escuchando—. Mírelo todo con calma y, si tiene alguna duda, estoy aquí para resolverla. Vuelvo dentro de unos minutos.

Eso también era la costumbre: dejar solo al cliente. La excusa era que no se sintiera presionado, pero lo que se perseguía era que, abandonados a su suerte con los papeles, la mayor parte saludaría el regreso del banquero como una liberación. Fabio dejó que pasaran al menos cinco minutos. Cuando volvió a la salita, Cantuzzi estaba de pie frente a la ventana.

El montón de hojas había quedado sobre la mesa, sin pasar de la primera página. Fabio se puso a su lado.

—Qué bonita vista hay desde aquí —comentó Cantuzzi—. Las montañas, las colinas... Una vez, de chaval, mi padre apostó con sus amigos a que podía ir y volver del monte Pugno en bici en cuatro horas. Qué nombre más extraño, monte Pugno... ¿Lo ha pensado alguna vez? En realidad, la forma recuerda un poco a un puño. Si me apura, uno podría ver incluso una flor, pero nosotros no somos gente de llamarlo monte Flor. Aquí nunca hemos sido muy románticos... Bueno, el caso es que llegó a la cima en tres horas y media, pero, para cumplir con los tiempos, tenía que bajar como un loco. Había un viejo camino empedrado, que más tarde asfaltaron; sus amigos se repartieron por toda la bajada para ver cómo se las apañaba...

Hizo una pausa al recordar las hojas que debería haber estudiado.

—Lo sé, no las he mirado. Me canso de leer enseguida. Quiero estudiarlas bien... ¿Le importa que me las lleve a casa y me tome mi tiempo? No he parado desde esta mañana temprano y tengo la vista cansada.

Cuando Fabio contestó que no había ningún problema, añadió:

—Aún no me convenzo de haberme hecho viejo.

—No es usted viejo, pero...

Cantuzzi lo miró perplejo.

—Pero ¿qué? —le preguntó alerta.

—Pero olvida terminar la historia que me estaba contando, voy a empezar a pensar que está perdiendo facultades. —Era una broma, pero venía al caso—. ¿Qué pasó al final?

—Creía que solo le interesaban los números —replicó enseguida Cantuzzi—. ¿Qué quiere saber?

—Si su padre ganó la apuesta.

Cantuzzi le advirtió que era una historia sin final feliz. Fabio insistió, y él siguió contando.

—Mi padre sabía que estaba al límite. Según él, se le rompieron los frenos, pero quizá simplemente iba demasiado rápido. Se apoyaba en los pedales como un poseso, entonces, en una de las últimas curvas, se salió del camino y se estampó contra un árbol veinte metros más abajo.

—Ayyyyy...

—Se rompió tres o cuatro costillas... Setenta años después, todavía le hacían daño. Los últimos años, tenía que dormir en una tumbona. Era la única manera: ya no podía estirarse del todo. Bueno, sí que podía, pero luego le dolía mucho al levantarse.

—Ya me imagino.

Cantuzzi parecía haber cogido carrerilla, y Fabio lo alentaba: ¿a quién no le gusta que lo escuchen? Cantuzzi no iba a ser una excepción.

—Hace unos años, encontré esa bicicleta en el sótano. —Hablaba acompañándose con las manos, sobre todo cuando se enardecía—. Todavía no me había jubilado, seguía trabajando, pero había bajado un poco el ritmo. En cuanto tenía un momento libre, me dedicaba a ella. Estuve así semanas enteras, sustituyendo piezas, encontré cámaras de aire y cubiertas nuevas que se podían adaptar. Compré incluso un sillín y un plato, porque el viejo estaba todo oxidado, y luego le di una mano de pintura... Vamos, que la dejé como nueva otra vez. Piezas de recambio: menos mal que existen. Pero no se imagina cuántas marcas hay ahora. He tenido la suerte de haber vivido en el momento adecuado. Tenía una vieja base para bicicletas, oxidada también. Puse la bici encima, hice girar los pedales, sonaba muy bien. La saqué a la carretera y...

—Tampoco aquí hay final feliz. ¿Me equivoco?

—No, tampoco aquí. Me he mantenido siempre en forma, preparé un poco el plan y luego traté de subir al monte Pugno. Como una especie de homenaje a mi padre. Debí de recorrer medio kilómetro de subida, no más. El peso, la estructura... Era como pedalear con un saco de patatas de treinta kilos a la espalda.

—Al menos lo intentó...

—Eso, desde luego... Pero ¿sabe lo que me gusta de esta historia? No de mi homenaje, de la apuesta de mi padre. —Prosiguió sin esperar respuesta—. El hecho de que sea tan paradigmática de quién fue él toda su vida. Un empecinado, un testarudo. Si alguien me preguntara: ¿cómo era tu padre? Pues era así, le diría: esta historia lo dice todo. Hasta el final, nunca dejó de ser el niño determinado a conseguirlo todo. Por un lado estaba el destino, que había decidido que no, y por otro estaba él, que estaba convencido de que sí. Un desafío continuo. —Vaciló—. Con todo, creo que tuvo una vida bastante buena. Desde luego, fue la que él quiso, un reflejo perfecto de sí mismo.

Cantuzzi solo pareció acordarse de su interlocutor en ese momento.

—¿Y usted? Si tuviera que decir cuál ha sido el momento que mejor lo representa, ¿qué respondería?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—Tengo que pensarlo. ¿Y usted?

—Nunca lo he sabido —reconoció Cantuzzi—. Tendría que preguntárselo a mi mujer. Pero temo que su respuesta (si es sincera, y no lo será nunca) pueda no gustarme. Creo que para ella he sido un auténtico dolor de muelas; que me ha soportado tanto como me ha querido.

Fabio se quedó desconcertado: un dolor de muelas no. Quizá algo peor, pero eso no. Entonces, al ver que Cantuzzi parecía esperar una respuesta, le brindó una, yéndose mucho por las ramas:

—Creo que aún no lo he conseguido. Hay periodos en los que pienso que nunca cambiará nada. Estaré siempre aquí, en el banco, cada año, con algún cliente que otro más. Y otros, por el contrario, me imagino que todo será muy distinto en breve. Cambiaré de trabajo, de ciudad... ¿Le ocurre eso alguna vez?

Fabio se escuchaba hablar sin freno, preguntándose si también eso formaba parte de su trabajo o si estaba bajando demasiado la guardia.

—Con treinta años pensaba que sabía quién sería a los ochenta —contestó Cantuzzi—, pero luego mi vida transcurrió de un modo

distinto de como me la había imaginado. Todavía no sé si para bien o para mal... Y no estoy seguro de querer saberlo.

Se interrumpió, ya no tenía ganas de seguir hablando. Le pidió a Fabio que reflexionara sobre la pregunta que le había hecho.

—¿Por qué? Yo no he tenido una vida interesante como la suya.

Cantuzzi meneó la cabeza.

—Una vez conocí a un tipo. Ya sabe, de esos un poco filósofos de barra de bar. Todo el mundo se burlaba de él. Siempre estaba ahí sentado, sin hacer nada en todo el día. Es consciente de cómo funcionan las cosas aquí donde vivimos, ¿verdad? El que no tiene oficio ni beneficio no está bien considerado. Un día que yo estaba deprimido y no tenía a nadie con quien hablar, me tomé una copa con él y charlamos. Cuando ya llevaba unas cuantas, empecé a lamentarme y a llorar, y él me dijo una cosa a la que en el momento no di mucha importancia, pero que siguió rondándome por la cabeza: «No permita que nadie le diga que no vale nada». Me parecía la típica frase efectista de un holgazán, pero de un tiempo a esta parte he vuelto a reflexionar sobre ella. Y ahora se la repito a usted: no permita que nadie le diga que su vida no vale nada.

Dejó que lo pensara, luego se levantó y cogió la boina.

—Nos vemos pronto, *Fabio*.

Volvió a ponerse el plumífero y se despidió de él agitando la mano, como habría hecho un niño pequeño.

—Se deja esto —lo llamó Fabio.

Cantuzzi lo miró perplejo.

—¿A qué se refiere?

—A su paquete.

—Es para usted... Soy de pueblo: solíamos llevar huevos al médico, lechuga del huerto a los maestros... y pasteles al del banco. Se me ha quedado la costumbre. —Se rio—. Disfrútelos con su mujer.

—Gracias.

Fabio volvió a su escritorio. Seguía pensando en la pregunta que le había hecho Cantuzzi: ¿cuál era el episodio de su vida que mejor lo definía como hombre?

Pensó en Roberta, que no había vuelto ni para recoger su ropa.

«No permita que nadie...
»No permita que nadie.»
¿Funcionaba?

Las fiestas pasaron en la tristeza de su soledad, pero, cuando quedaron atrás, el trabajo volvió a apoderarse por completo de su existencia. Se convirtió en escuela y formación para la vida. Si bien el primer encuentro con el cliente, la presentación, se celebraba siempre en las pequeñas salas del banco, el trabajo en sí se trasladaba después a otros lugares. Porque, cuanto más rico eras, más dinero ponías sobre la mesa en ese garito de juego en el que se habían convertido los bancos, y más cosas raras pedías. Y más te gustaba mezclar lo público con lo privado, utilizar al banquero como a un peón que podías mover a tu antojo, sabiendo que, a cambio de tu dinero, estaría dispuesto a tragar con todo, a aceptar cualquier petición con tal de poder volver al despacho de su jefe a contarle que lo había logrado y, por consiguiente, a reclamar que le pagaran más y mejor.

Tras los primeros encuentros, vestido Fabio de traje azul marino de raya diplomática, y ellos, informales pero elegantes, quedó claro de inmediato hasta qué punto había acertado Wagner. Los clientes ricos se encontraban a gusto con Fabio, que parecía haber nacido para ese trabajo. Todo iba exactamente como ella había previsto: ese apellido insignificante, y también esa manera de hablar —no lo había dicho, pero se sobreentendía—, sin galones y sin sombra de afectación, resultaba útil, y de qué manera, con esos clientes. Y la razón —Fabio tardaría mucho tiempo en darse cuenta— era que lo miraban por encima del hombro. Saberlo más pobre, menos elegante, menos capaz de estar a sus anchas en el mundo reforzaba su complejo de superioridad. Ensoberbecidos al verlo cohibirse cuando se acercaba a ellos, ni siquiera eran conscientes del deseo de revancha que albergaba en su fuero interno.

—Cuando me hablaban, me ponían una mano en el hombro, como si fuera un niño. Decían «mi banquero», pensando que yo también era de su propiedad, como los coches, las mansiones, los relojes y los

barcos amarrados en los puertos de ciudades prestigiosas. «No me robes a mi banquero», «Aparta las manos de mi banquero»... Así decían —le había contado Fabio al magistrado.

No es que eso justificara todo lo que ocurriría después, claro. Pero engañar a unos cabrones así no podía por menos de ser un atenuante.

«Ven a verme a la playa, ¿vale? Así hablamos un poco de negocios», «¿Te vienes al lago mañana por la mañana? Tengo que acercarme a ver cómo está el Riva, igual luego podemos salir a navegar un rato».

Y todos llamaban a Wagner para darle las gracias y decirle lo bueno que era ese joven banquero.

—Eres bueno. Ya lo sabía yo. Pero recuerda una cosa, Fabio: no eres como ellos —le decía ella—. Son *ellos* los que pueden tomarse libertades, no *tú*. Tú tienes que quedarte en tu sitio. ¿Está claro?

—Cristalino.

Una vez, se sinceró con él.

—Yo crecí en un pueblecito, lo sabes, ¿verdad? Mis padres eran hijos de campesinos, aunque mi padre trabajaba en el ayuntamiento y mi madre era maestra. Pero él, sobre todo él, siempre quería volver al mundo de su infancia. Me pasé años comiendo en tabernas donde los dueños te servían con las manos negras, no porque estuvieran sucias, sino porque esa mugre nunca se iba del todo. Años comiendo en platos desconchados y vasos baratos. Nos llevaba a dormir a refugios de pastores amigos suyos para que viéramos cómo había sido su vida de niño: pero a mí me daba asco su vida de niño...

Toda esa sinceridad... Debía de ser por lo de siempre, lo de ser alemana.

—Era solo una niña cuando me juré a mí misma que, cuando fuera mayor, solo querría lujo. Hoteles de cinco estrellas, restaurantes caros, coches buenos. ¿Tus padres cuál tenían, un Ritmo?

—Peor. Un Bravo. Estaban el Bravo y el Brava, el mismo modelo, solo que con ligeras diferencias.

—Lo que quiero decir es que recuerdes esto también. Recuerda que, si la cagas, vuelves a esa vida. Así que no pienses que eres

como ellos. No lo serás nunca. Pero, si haces las cosas bien, podrás *vivir* como ellos.

Fabio descubrió un mundo de gente inmensamente rica que vivía de rendimientos y negocios que en muchos casos se debían al talento y al ingenio de antepasados que habían vivido un siglo y medio antes. Visionarios que habían acumulado enormes fortunas con las que habían hecho acopio de casas y terrenos.

Habían restaurado lujosas mansiones y abandonado otras demasiado caras o grandes. No poseían simples apartamentos, sino, en muchos casos, edificios enteros o incluso calles que con frecuencia habían tomado el nombre de la familia en los tiempos en que los antepasados las habían abierto en mitad de las campiñas y por las que percibían alquileres que, considerados de uno en uno, eran poca cosa, pero que, todos juntos, constituían un patrimonio. Iban de una reunión de comunidad a otra, de una casa que reestructurar a otra, enmendaban abusos, arreglaban instalaciones eléctricas todas las semanas. Jugaban al pádel, al golf, algunos incluso al polo. Y, aunque salían a cenar todos los fines de semana, arrastraban consigo el increíble tedio o frustración o malestar de ser engorrosamente ricos sin haber creado nunca nada, sin haber conquistado ni haber merecido nada. La mayor parte de ellos no había dado literalmente un palo al agua en toda su vida.

Se separaban y se divorciaban sistemáticamente, pasaban de una aventura a otra por el sencillo motivo de que no tenían mucho más que hacer. Los calvarios matrimoniales se consideraban una bendición en esa rutina de cenas y vacaciones, chalés de montaña y playas blancas y no contaminadas. Llegaba uno acompañado de una chica jovencísima y se convertía en la comidilla, otra se echaba un novio exótico, de Martinica, Cuba o algún sitio similar, y todos comentaban cómo sería estar con él en la cama, en la cocina o en el salón.

Allí donde cabría esperar gratitud, solo había una queja continua contra padres o parientes que los habían cubierto de oro, pero no les habían permitido realizarse como habrían podido o querido.

No costaba imaginar lo poco que les apetecía frecuentarse fuera de los eventos sociales, del Rotary o del Lions, el club de jardinería para ellas o el equivalente para ellos. Una sociedad tribal llena de ritos. Pedían al dinero que les comprara también la amistad: el entrenador personal se convertía en su confidente si tenían un amante, cuando no en el amante en sí; o el arquitecto que trabajaba solo para ellos y consideraba una suerte poder ir de una reforma a otra en una sucesión sin fin de propiedades y bienes. No porque no pudieran tener amigos: porque no querían una relación en pie de igualdad. Era más cómodo así.

Él era el banquero con el que pasar el tiempo, el que llegaba corriendo sin importar la hora a la que lo llamaran, ya fuera para una inversión en acciones o para una compraventa de inmuebles.

Entre sus varios clientes, había uno que la mano no se la ponía en el hombro, sino en la mejilla. Como si se dirigiera a un niño o a un retrasado. No lo llamaba Fabio ni Montari, sino por el nombre del pueblecito, convertido después en un barrio de la ciudad, en el que había crecido. «San Fermo... ¡Ven aquí!», «San Fermo, ¿todo bien?»

A tiro de piedra de la ciudad, pero no dejaba de ser un pueblo. Y no uno de esos pueblecitos colgados, como cuadros en la pared, en la cima de las colinas en las que las familias importantes habían construido sus mansiones a lo largo de los siglos. No, más bien un aglomerado anónimo de casas que se habían desarrollado en una tierra que nadie quería, en los arrabales de la ciudad, que desde los años sesenta en adelante se había llenado de fábricas, naves y garajes, con granjas transformadas en aparcamientos para los viajeros que dejaban el coche allí para coger el autobús que los llevaba al nuevo aeropuerto construido para los vuelos de bajo coste de toda Europa.

El tipo le hablaba de sus vacaciones, de los coches que se había comprado, y de vez en cuando soltaba distraídamente: «¿Y tú?», sin ni siquiera escuchar su respuesta. «Me lo cuentas otro día, ¿vale?, que ahora estoy ocupado», «Muy bien, San Fermo, pero ahora no, ¿vale?».

En una de esas veladas mundanas a las que los clientes lo llevaban a veces para exhibirlo —«Venga, San Fermo, acompáñame,

así ves unas cuantas mujeres guapas, que buena falta te hace»—, Fabio encontró de pronto una solidaridad inesperada en una chica más joven que él.

Después de Roberta, su autoestima estaba por los suelos: desde hacía meses iba a un centro de masajes para experimentar la sensación de tener un cuerpo. Era un sitio de lujo, no como esos con prostitutas, que siempre tenían un aspecto tan sórdido, y donde nada más entrar te entregaban un boleto de perdedor, como una especie de autopista hacia un declive inexorable, con ese tufo a desinfectante que se olía ya desde la calle... No, en el centro de masajes que él frecuentaba olía a madera y a bambú. Te servían una infusión en una taza bonita, todo estaba bañado en un aroma a sándalo, con una musiquita *new age* facilona pero que tenía su efecto.

La chica lo abordó cuando al fin pudieron levantarse de la mesa. Se le acercó por detrás y se puso a hablarle sin avisar ni presentarse. Parecía alguien a quien no le gustan las injusticias. O las cosas obvias. Pero quién sabe.

—Es un imbécil. Lo conozco de toda la vida, siempre ha sido un cretino. Íbamos al mismo instituto.

—¿Cómo?

—Sabes perfectamente de quién te estoy hablando. ¿Te gusta lo que haces?

—Hoy no. Los demás días sí.

Llevaba un vestido de cóctel negro bastante formal, pero calzaba unas botas parecidas a las que algunos amigos suyos habían conservado de recuerdo después de hacer el servicio militar. Estaba claro que ninguno de los invitados a esa velada se las habría puesto jamás.

—¿Te paga bien, al menos?

—Sí.

Lo estaba interrogando. O poniendo a prueba. O, lo que era más probable, también ella se sentía demasiado superior como para prestar atención a lo que le decía. Fabio se fijó en que tenía un pequeño tatuaje tribal en la muñeca y un *piercing* en el cartílago de la oreja derecha.

—¿Te merece la pena?

Le hablaba desde muy cerca. Fabio podía oler su perfume.

—No lo sé. ¿Tú qué haces?

—Menos de lo que me gustaría. Trabajo en una galería de arte. Poco dinero y menos gloria todavía. Me he dado un tiempo, antes de entregarme a mi destino.

—¿Es decir?

—Pues el de todos los que están aquí: ponerse a trabajar en el negocio familiar. O fingir que lo hacen.

—¿De qué es el negocio de tus padres?

—De gafas... Digamos que todavía no he encontrado lo que busco. Como la canción. ¿Y qué me dices de ti?

—Yo sí, creo que sí.

Trataba solo de no parecer un perdedor, mientras ella hablaba sin parar.

—¿Cómo te llamas?

—Fabio... Fabio Montari. ¿Y tú?

—Carolina.

—¿Te traigo algo de beber, Carolina? ¿Te apetece que nos sentemos en algún sitio?

Ella negó con la cabeza, y él se arrepintió de haberse precipitado. ¿En qué estaba pensando? Había vida ahí fuera, pero quizá no para él todavía.

—He venido con mi novio. No le importo una mierda, salvo cuando están sus amigos delante.

Carolina hizo además de alejarse y luego se le volvió a acercar, como si de repente se hubiera acordado de algo importante.

—Eres de los que recuerdan bien los números, ¿no?

—Es mi trabajo.

—Pues a ver si es verdad. Llámame, si no se te olvida.

Le dictó deprisa su número de teléfono y se marchó.

—Pensé que esa mujer me estaba salvando, de verdad —le contaría más tarde al fiscal.

—En este momento, la mujer de la que habla está en arresto domiciliario. Cuando decía que no sabía qué hacer con su vida, no

creo que sus planes incluyeran acabar sentada en el banquillo de los acusados.

—Ya, pero nos enamoramos.

—¿Y después?

—Después empezó todo.

Tras ese breve intercambio con Carolina, Fabio volvió a casa, encendió el ordenador, tecleó la contraseña del banco y accedió a su cuenta de empleado. Pensaba en ella, en el número de teléfono que había guardado en la agenda del móvil, aunque no lo habría olvidado nunca, en el tiempo que tenía que dejar pasar antes de llamarla para no asustarla. O quizá fuera al contrario: tenía que espabilarse. No parecía alguien acostumbrada a esperar. Pero antes había otra cosa que hacer. Una pequeña venganza que debía consumar.

—¿Entiende? —le diría más adelante al fiscal—, esa noche, de repente, pensé que sí tenía una manera de que esa gente volviera a poner los pies en el suelo.

No era verdad que se le hubiera ocurrido *de repente*. Llevaba mucho tiempo pensándolo. Nada más encargarse de los primeros clientes, Fabio se dio cuenta enseguida de lo dispuestos que estaban a delegar: lo firmaban todo, estampaban su nombre junto a las crucecitas diligentemente preparadas con antelación por gente como él, casi como si su único objetivo fuera facilitarles la tarea. Pero si esas firmas eran tan irrelevantes, entonces, ¿por qué hacían falta tantas? Ni uno solo se lo preguntaba.

Sus clientes eran a menudo emprendedores, gente acostumbrada a manejar dinero, tal vez desde hacía generaciones, y, sin embargo, miraban las tres primeras líneas y a la cuarta empezaban a resoplar. Estaban seguros de no tener nada que temer de él, para tenerle miedo primero habrían tenido que respetarlo.

Convenían juntos un plan de inversiones, y la vez siguiente Fabio les comunicaba con orgullo: «¿Se acuerda de esos diez mil..., esos cien mil? Pues, ahora, ¿cuánto tiempo ha pasado, un mes? Ahora son quince mil o ciento veinte mil». Con esa comunicación, que

podía ser tan cierta como falsa —no cambiaba nada, puesto que nadie reclamaba el dinero al cabo de unas pocas semanas: la avidez y el terror de perder un buen negocio eran más fuertes que nada—, Fabio sabía que ese cliente era suyo para siempre.

El secreto, naturalmente, era escoger personas con mil negocios a la vez y suficientemente acomodadas como para no pedirte de repente desinvertir grandes cantidades porque les hubiera dado una ventolera. No el típico que iba a verte un día y te decía que quería comprarse un Porsche: pero si no eras capaz de distinguirlo tras los dos primeros encuentros, más te valía cambiar de trabajo. El cliente ideal era aquel cuyos gastos eran los mismos desde hacía años, gastos que alguien como Fabio podía prever al detalle. Había muchos así.

La información la tenía. Para pasar a la acción necesitaba solo un poco de rabia: las continuas humillaciones —«San Fermo» por aquí, «San Fermo» por allá— terminaron por dársela.

Empezó con cantidades pequeñas.

—Diez mil. Ocho mil. Los primeros años, nunca más de veinte o treinta mil. Poca cosa.

—¿Para usted eso es poca cosa?

—Sí.

Se abrió una cuenta y empezó a enredar, trasladó alguna inversión, maquilló alguna cifra. Al final, hizo una transferencia a la cuenta de su madre, en el mismo banco. Pan comido.

—¿Cómo se sintió después de robar la primera vez?

—Culpable, muy culpable.

No era verdad. Los sentimientos habían sido otros: excitación, una alegría avasalladora, furia. Sí, también mucha furia.

Su madre aún no lo había cubierto de insultos. Su madre, que le había devuelto el dinero y lo había amenazado con denunciarlo si volvía a hacerlo. Pero los insultos vendrían después.

En ese momento, Fabio solo sentía una euforia desmedida.

—Culpable, muy culpable —había repetido.

Al fiscal no podía decirle la verdad, a saber: «Usted no se imagina lo que es mover dinero como en el Monopoly, pero sabiendo que es dinero de verdad. No eres un atracador, que teme que le disparen, que lo detengan, que le peguen. Estás en tu casa, en el sofá, y, ¡zas!, transferido. Luego abres tu cuenta y ahí está el dinero, es tuyo. Miras la cuenta del de "San Fermo, ven aquí, muy bien, San Fermo", y ves que ya no está allí el dinero. Pero él no se dará cuenta, porque no es que actúes como uno que bebe de la botella de otro y luego este se la encuentra vacía. No. Usted imagínese que tiene treinta, cuarenta botellas, todas medio llenas o medio vacías, y en cada una hay un vino distinto. Uno de lujo, uno de cuatro perras, uno viejo, uno nuevo».

—Lo hemos encontrado todo. Pero faltan tres millones. ¿Dónde los ha escondido? Así, Montari, no vamos bien —le había dicho el fiscal.

«¿Dónde los ha escondido?»

Había aprendido a robar todo ese dinero. Más adelante aprendería a gastarlo y, al final, a despilfarrarlo. Lo único que no había sido nunca una opción era devolverlo.

Cinco

Fue la propia Carolina quien lo llamó una noche. Fabio contestó a la velocidad del rayo.

—¿Qué tal, Montari, estás en casa? ¿Y qué haces?

No le había dado su número, por lo que debía de haberlo conseguido ella por su cuenta, y eso le dio ánimos. Echó un último vistazo a la pantalla del ordenador, abierta en las cuentas de sus clientes.

—Carolina... ¿Cómo estás?

—¿Te molesto?

Llevaba más de una hora consultando esas cuentas. Controlaba los importes, los movimientos, los informes de inversión, la edad del titular, y, mientras tanto, se preguntaba, como un francotirador, a quién y cuándo disparar. Era como apostar en las carreras de caballos: solo que, en ese juego, el único que no ponía dinero ni subía la apuesta era él. Apagó el ordenador.

—No estaba haciendo nada. Acabo de terminar de cenar.

Miró el plato, apoyado en el reposabrazos del sofá, con restos de patatas al horno. Al lado, una copa de vino tinto casi intacta. Estaba ahí de adorno más que nada.

—¿Y qué has cenado?

—Lo que cocinan en el restaurante de aquí abajo. Deciden ellos por mí.

—¿Plato preferido?

—Crepe de jamón y queso.

—Muy rico, Montari.

Lo llamaba por el apellido, como en el banco. Pero era su manera de bromear. O de flirtear.

—¿Y tú qué estás haciendo?

—Mirando el techo. ¿Dónde vives?

—Dentro de las murallas.

—Ya lo sabía, pero te lo he preguntado para ver si me mentías.

—Esta vez no. ¿Y tú?

—Yo ñoquis con mantequilla y salvia.

—Te preguntaba que dónde vives.

—Ya lo sé. Pero me apetecía decirte mi plato preferido. ¿Te trae sin cuidado? —Se rio—. Vivo cerca de tu casa. A cinco minutos andando... ¿Nos vemos?

Quería una cosa y enseguida trataba de conseguirla.

¿Él estaba listo? No para vestirse, para prepararse. Para estar con una persona, para cortejarla y dejarse cortejar.

—¿Dentro de cuánto?

—¿Media hora? Venga, quedamos en el puente. Y luego ya improvisaremos algo.

Carolina apareció por una esquina y fue a su encuentro con aplomo. Llevaba una cazadora de piel sobre una simple camiseta blanca y unos vaqueros que le realzaban las curvas. Era elegante y sexy, pero no tanto como para intimidarlo. Pese a que aún no había cumplido los cuarenta, él ya parecía viejo, mientras que ella todavía tenía aire de universitaria, aunque ya debía de haber pasado un tiempo desde su último examen. Lo saludó y dio una vuelta alrededor de él, como si quisiera ver qué tipo tenía, o calibrar si se iba a arrepentir. Él se quedó inmóvil, divertido y asustado por toda esa exuberancia.

—Vamos a dar una vuelta. Tengo la moto aquí al lado —rompió el hielo Carolina.

No era una pregunta.

Se pararon delante de una Honda. Hacía una eternidad que Fabio no montaba en moto: ¿qué le pasaba a la vida después de los treinta años? La línea era retro, pero se notaba a la legua que estaba recién comprada. Carolina le indicó con un gesto que subiera y le puso un casco en la mano. Fabio se montó con torpeza.

—Te voy a llevar a un sitio.

—Vale.

Encendió el motor, se dio la vuelta para comprobar que estaba listo y se puso en marcha, decidida. Mandaba ella, pero estaba atenta a él.

—Estás mono con el casco. Incómodo, pero mono. Tú de adolescente no tenías moto, ¿a que no?

—Vivía en el centro.

—No me lo creo.

—Ya. Nos habríamos conocido antes.

Una vez que sabías dónde agarrarte, era agradable dejarse llevar. Roberta era de las que decían: «No, venga, conduce tú, por favor». ¿Se estaba olvidando de ella? Bajó la visera del casco: tampoco estaba acostumbrado a que le diera el aire en los ojos.

Pararon a los pocos kilómetros, después de tomar por un camino sin asfaltar que llevaba a un pequeño lago. En la arena había algunos troncos, rocas y una tumbona abandonada. Eligieron dos de las rocas, las juntaron y se sentaron encima. Fabio recordaba haber estado allí en el pasado, pero era como lo de Montecarlo: solo había ido a bañarse alguna vez en verano, de niño, o a beber, ya de mayor, una noche, cuando aún tenía amigos. Después se casó y se olvidó del sitio. Él, de todos modos, nunca la habría llevado allí. Era como decía Wagner: no estaban en el mismo plano. Ella no tenía que demostrar nada. Él, en cambio...

Carolina dejó el bolso en el suelo y sacó una botella de vino blanco y un sacacorchos. Lo tenía todo pensado de antemano.

—Todavía debería estar fresco.

También llevaba en el bolso los vasos. Una farola cercana alumbraba apenas sus rostros. Un grupo de niños voceaba a pocos pasos de ellos.

—Tienes una moto muy bonita.

—Hace años me entró casi como una obsesión. Hasta fui a alguna concentración y todo. Pero después ya se me hizo pesado.

—¿En qué sentido?

—Estaban demasiado cabreados. Cazadoras de cuero, tachuelas, Dios... No me veía con cuarenta años bebiendo cerveza entre carpas y baños químicos.

Se interrumpió para probar el vino.

—No habrías llegado a los cuarenta —objetó él.

—Por eso me salí antes. Una vez, mis padres se enteraron de cómo pasaba los fines de semana y se quedaron horrorizados.

—¿Cómo son tus padres? —le preguntó, tratando de visualizar esos fines de semana suyos.

—Como te los imaginas. Muchos conocidos, muchas cenas, muchos almuerzos... En diciembre no tienen una sola noche libre en semanas enteras. Más una sociedad de acciones que una pareja: fuera lo hacen todo juntos; en casa, tienen habitaciones separadas y apenas se dirigen la palabra. Pero creo que, a su manera, se quieren.

A Carolina no se le ocurrió siquiera preguntarle a él por los suyos.

—¿A qué querían que te dedicaras? —siguió preguntando Fabio.

—A un trabajo cualquiera de empresa. No importaba cuál. Me habrían dado un puesto, directora de algo, después de lo cual hasta podría quedarme en casa si quería.

—Suena cómodo.

—Puede ser. Pero parece una tumba.

Él prefirió cambiar de tema.

—Qué sitio más bonito.

—Siempre venía aquí con una amiga cuando discutíamos con nuestros novios.

—¿Servía de algo?

—No lo sé. Nos fumábamos un montón de porros. En un momento dado, nos olvidábamos de por qué estábamos aquí y nos volvíamos a casa tan contentas.

—¿Y tu novio? El que estaba en la cena la otra noche.

Ella le dirigió una sonrisita y, de repente, preguntó:

—¿Estás casado?

Carolina tenía una voz cálida, a ratos infantil, como de alguien que hubiera crecido de repente, pero sin dejar a un lado los caprichos. Eso, sin embargo, vendría luego: ahora el hecho de que tuviera *esa* forma de hablar y *esa* voz le suscitaba pensamientos muy distintos.

—¿Y bien?

—Lo he estado. Durante más de diez años. Y ahora creo que ya no lo estoy. Es como una obra, pero yo no soy ni el capataz ni uno

de los obreros que trabajan en ella. Digamos que soy uno que estaba allí, que creía que formaba parte, y luego lo pusieron en la calle de un día para otro.

—Esto también lo sabía. Es una ciudad pequeña. En mi ambiente se habla de ti: tienes en mano el dinero de un montón de gente que conozco.

Antes de salir de casa, había mirado la cuenta de Carolina. Todos los que vivían en la ciudad desde hacía al menos una generación tenían una cuenta en su banco. No tenerla era como una afrenta a la familia de los dueños, con los que te topabas en todas partes si formabas parte de cierto círculo.

Entre fondos, inversores y capitales externos, todavía llevaban el mismo apellido del fundador. Hasta poco antes, Fabio habría recibido un aviso automático del banco para pedirle que justificara esa incursión en una cuenta de un titular que no era cliente suyo: pero ahora había subido de nivel y estaba autorizado a fisgonear casi por todas partes. A nadie se le pasaba por la cabeza que funcionara así: charlaba con gente que le contaba lo que le daba la gana sobre sus negocios, creyendo que podían darle gato por liebre. Pero luego él consultaba la pantalla y descubría enseguida las mentiras.

—¿Estás ahí?

—Sí, perdona. Es que estaba pensando.

—¿En qué?

—Estaba pensando que yo, en cambio, no conozco a nadie que te conozca. Estoy en desventaja.

La cuenta de Carolina registraba entradas discontinuas. Transferencias irregulares que no superaban los mil euros y, de vez en cuando, ingresos de diez mil, quince mil, que venían todos de un mismo apellido: el suyo. Cambiaba solo el nombre de pila, masculino: que fuera su padre el que reabasteciera su cuenta regularmente era mucho más que una hipótesis. O su abuelo. Había mirado también la cuenta de su padre: había lo bastante para mantener a diez familias, pero, a juzgar por los movimientos esporádicos, debía de ser poco más que una cuenta de cortesía. El botín estaba en otra parte.

—No, hablan bien de ti. Todo el mundo dice que eres bueno. Que eres brillante. Y, de repente, te invita a salir una chica y estás incómodo. ¿Eso cómo se explica?

Había comprobado el historial: en los últimos dos años, la cuenta de Carolina nunca había bajado de los treinta mil euros, que debía de ser, a juicio del padre o del abuelo, el umbral de seguridad por debajo del cual no convenía estar.

—¿No le daba reparo hurgar en sus cosas? ¿Espiar su cuenta? —le había preguntado el fiscal.

—Para nada. ¿Usted nunca ha mirado los mensajes del teléfono de su mujer?

—No, nunca.

—Pues qué suerte la suya.

—¿Y bien? —insistió Carolina. Sirvió un poco de vino en un vaso y se lo pasó antes de llenar el otro. Brindaron y bebieron un sorbo.

—No lo sé. Igual el problema es que no me he fumado un porro en mi vida.

—No me lo creo.

—Pues créetelo.

—Me apasionan los casos desesperados.

Se había puesto de pie, él seguía sentado y la miraba moverse.

—¿Por qué te dedicas a este trabajo de mierda? No me digas que no es más que un trabajo, que te sirve para pagar la hipoteca o las vacaciones. Eso ya lo sé. Pero no es el único que hay. Podrías haber sido ingeniero, asesor o abogado. Quiero la respuesta verdadera.

Fabio se levantó también y se puso a dar vueltas alrededor de ella como en un balé. Ahora eran los niños los que miraban a esos dos adultos que se cortejaban.

—¿Y bien?

—Puede que sí que haya una razón.

—¿Y cuál es?

—¿Conocer y frecuentar a un puñado de imbéciles?

—Esa es una buena respuesta.

—¿Qué te parece?

—Me parece que seré tu Caronte, Montari.

Aún no había llegado el otoño, el segundo sin Roberta, cuando Fabio se mudó a casa de Carolina. Todavía recordaba perfectamente esos meses, quizá años, en los que Roberta y él habían decorado su casa. Recordaba las agotadoras negociaciones para elegir el lavabo del baño y los continuos intercambios de e-mails con fotos de bañeras y de inodoros, era increíble la cantidad de modelos que había. Y luego las discusiones sobre lo que debían incluir en la lista de bodas, lo que era mejor comprar ellos directamente, y lo que «igual consigo que me lo regalen mis padres», que eran siempre los de Roberta, «tu madre nada, ¿eh?». Cuando entraron en esa casa, la noche de bodas —no la anterior, la de bodas, que quede bien claro—, se sintió exhausto. A veces, las pequeñas decisiones pueden ser agotadoras. Pero quizá todavía fuera solo una cuestión de dinero.

Con Carolina, en cambio, una mañana se despertó y se vistió. Les abrió la puerta a los de la mudanza y, por la tarde, al salir de la oficina, fue directamente a la casa de ella, donde encontró sus cosas de la Casa Uno guardadas ya en los armarios y en las estanterías de la Casa Dos. Se habían encargado ellos de todo, y ahora por fin él podía dedicarse a olvidar.

Olvidar que, un día, sin decirle nada, Roberta había usado su llave y había entrado en la Casa Uno —poco después de las nueve, a esa hora estaba segura de no encontrarlo allí—, había cogido todo lo que era suyo y se lo había llevado. Sin una carta, una palabra o un mensaje. Olvidar que, al salir del trabajo y volver a la Casa Uno, había encontrado algunas paredes y varios cajones vacíos, y el suelo del salón inesperadamente desnudo. Olvidar que había dejado pasar varios días para expiar a fondo su pena, varias noches ahí tumbado en el suelo, contemplando el desastre en el que se había convertido su vida a través de la filigrana de ese suelo desnudo, hasta que se había decidido a comprar una alfombra nueva, así como toda una serie de utensilios —sacacorchos, abrelatas, un tendedero— que se había pasado días buscando antes de comprender que Roberta se los había llevado porque había decidido que eran suyos. Y era verdad: volviendo la vista atrás hasta esas compras, recordaba que

había sido ella, cada una de las veces, la que había abierto la cartera. Pensó en Cantuzzi, que le había pedido que le contara un momento revelador. Rehuyó la idea de que el fracaso de su matrimonio pudiera ser la respuesta. Estaba volviendo a empezar todo de cero, no repetiría los mismos errores con Carolina.

Unos días después de la mudanza, en el trabajo se inventó un compromiso ineludible y condujo un par de horas hasta que llegó a unos campos cultivados llenos de acequias, mosquitos y flamencos. Se detuvo en un puente a observar el río que corría por debajo: había unos pescadores en la orilla. Se acordó de Gianni, su exsuegro, y del dinero que le estaba transfiriendo. Gianni nunca le había dicho nada, a diferencia de su madre. Pero esa era una historia en la que no le apetecía pensar. Al menos ese día.

Volvió al coche y aparcó poco después delante de una vieja granja transformada en espacio cultural. En las paredes, escrito en letra de molde, se leía: COLECTIVO BIEMPENSANTE - ALMACÉN DE ARTE CONTEMPORÁNEO. ¿Qué quería decir *colectivo*? ¿Cómo se las apañaban con el dinero? ¿Cómo se lo repartían? ¿También ahí recurrían a la clase de eufemismos que se usaban en el banco? «Somos un equipo, recursos humanos...»

Se miró los zapatos: en ese aparcamiento la humedad nunca desaparecía, uno se hundía. Se enjugó el sudor de la frente, se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se dirigió hacia la música. Debía de ser *ska* o algo así: también la música la había frecuentado muy poco. ¿Se podía aprender pasados los treinta? Quizá. Tal vez, si empezaba con algún porro, lo demás vendría por sí solo.

La puerta estaba abierta de par en par, el espacio era enorme. Fabio probó a anunciar su llegada con un saludo, pero la música era ensordecedora. Recorrió la galería entera, observando las obras, colocadas todas muy alto, a prueba de ladrones. Pasó delante del retrato de una mujer de tez oscura, con el trasfondo de lo que a primera vista parecía una aldea africana, pero, si te parabas a mirarlo, veías que el artista jugaba con el espectador: en realidad, era una prostituta, ejerciendo en alguna zona rural de la región. Había también una serie de lunas que, según explicaban, estaban

expuestas en telas circulares de colores distintos y realizadas en materiales varios, desde la malta hasta la arena y la arcilla. Fabio fue a parar al fin delante de lo que estaba buscando, aparentemente una naturaleza muerta: unos tomates dentro de una caja de la que, si se observaba con atención, asomaban unas manos ensangrentadas de distintas tonalidades. Debía de ser algo contra la explotación de jornaleros. Quería ese cuadro, lo sabía desde que se había puesto en camino hacia allí.

Al fin acudió alguien a su encuentro. Vestía una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Fabio se sintió observado como si fuera un marciano.

—He llamado hace un rato. Me parece que ya han recibido la señal a cuenta —dijo, tratando de hacerse oír por encima del estruendo de la música. Esa sí le sonaba, era una canción de Janis Joplin que conocía casi todo el mundo.

—Sí, claro, venga por aquí. Voy a pedir que se lo preparen. ¿Quiere un café?

—No, gracias, no quiero nada.

—Puede sentarse aquí o esperarme de pie.

—¿Cómo se titula esta canción de Janis Joplin?

—*White Rabbit*. Pero no es de Janis Joplin, es de los Jefferson Airplane... Enseguida vuelvo con el cuadro.

Pagó y volvió al coche, tratando de no hundirse en la tierra húmeda. Metió el cuadro en el maletero y se apretó el nudo de la corbata, observándose en el pequeño espejo. Una vez reunido el valor de sustraer la cantidad y transferirla, con ese cuadro —quién podría imaginar que pudiera costar tanto sin ser un Picasso o un Van Gogh — había accedido al nivel superior, el de gastar el dinero. Solo gastarlo, no despilfarrarlo. Era aún demasiado tímido. Pero no tardaría en deshacerse de ese reparo.

Pasó por la oficina, pero se quedó solo un par de horas: estaba inquieto por si Carolina volvía pronto a casa, quería contemplar con ella el cuadro, estudiarlo a fondo. Se había perdido un montón de cosas además de la música. Con Carolina, su vida se ensanchaba.

Llegó a casa un poco antes que ella. Entró, encendió las luces, dejó en el suelo el cuadro envuelto en papel de celofán y se observó en el espejo de la entrada: estaba decididamente en forma, ni un asomo de barriga. Quizá, la decisión de volver al gimnasio había sido el inicio de su renacer. Fue al dormitorio para comprobar si la nueva casa lo tenía todo. Se estaba acostumbrando poco a poco. Abrió cajones y armarios: habían hecho un buen trabajo. Sus camisas, dobladas y colocadas como él había dicho, los trajes, colgados en el armario contiguo al de Carolina, los zapatos, en el zapatero... Estaba todo perfecto. Se dirigió al salón: no había prácticamente nada suyo en la zona noble del apartamento, la que verían sus amigos, que en realidad eran solo los de Carolina.

Ella le había dado a entender que los cuadros de su vieja casa no estaban bien: «¿Te importa no traértelos?». «¿Por qué no vendes esas alfombras?» Había acabado todo en el sótano. ¿Qué hacía ahora con ese apartamento? ¿Venderlo? ¿Alquilarlo? Tenía que ponerlo en alguna web y liberarse del tema. Era todo tan semejante al mundo en el que había crecido... El de «¿Adónde crees que vas?». Huir era la única opción.

«¿Y este botellero? Igual podrías regalárselo a tu madre, que no tiene...»

Carolina trabajaba en una galería y él, en un banco. Así estaban bien las cosas. Ella no iba a decirle cómo gestionar las inversiones o las cuentas.

¿O es que quería cambiarlo a él también, como a sus muebles y sus adornos?

Gracias.

¿Quería que fuera distinto de como había sido hasta entonces?

Afortunadamente.

Le quitó el plástico al cuadro y lo apoyó sobre una consola en el salón. Incluso tirado ahí, de cualquier manera, quedaba de maravilla. Ahora se trataba solo de esperar.

Se quedó sentado en el sofá contemplando su nueva vida hasta que oyó girar la llave en la cerradura y abrirse la puerta. Fue al encuentro de Carolina y se puso a besarla antes incluso de que pudiera cerrar la puerta tras de sí.

—He invitado a unos amigos. Para celebrar.

—Mira.

—Van a llegar enseguida. ¿Pedimos algo? Hay un restaurante indio...

—Te he dicho que mires.

La llevó delante del cuadro.

—Estás loco... ¿Cómo lo has hecho?

—Pues yendo a por él. Era el que te gustaba, ¿no?

—No me refería a eso.

Apoyó ambas manos en sus hombros y se acercó a él, sin apartar los ojos del cuadro. Era hipnótico.

—Ya lo sé.

—Cuesta una cantidad absurda.

—¿Te gusta?

—Claro que me gusta. Pero...

—Pero, entonces, ¿ella lo sabía? —le había preguntado el fiscal.

—¿El qué?

—Que usted, Montari, había empezado a robar.

—Ganaba mucho. No es que no pudiera permitirme comprarlo con mi dinero.

—¿Hasta el punto de gastarse cuarenta, cincuenta mil euros en un cuadro?

—Estaba enamorado. *Estoy* enamorado.

—Me parece imposible que no sospechara.

—No. En ese momento no sospechaba nada.

—Percibo un «pero» en sus palabras, Montari.

—Es que estaba pensando en algo.

—¿En qué?

—Una vez fuimos a una subasta de botellas de vino. Se hacen subastas hasta de vino. Total, que había un tipo que me caía gordo. En un momento dado, aumentó la puja, y yo lo seguí. Llegamos así hasta un precio que no tenía sentido, pero ninguno de los dos quería abandonar. Cuando, al final, me dejó ganar, estaba claro que me había llevado la botella, pero eso me había convertido en el panoli

de la situación. Y, en ese momento, vi que Carolina estaba rara. Ya no se estaba divirtiendo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pues que es una sensación que tengo, pero yo diría que ahí fue cuando se dio cuenta.

—¿De qué?

—De que traficaba.

—¿Y?

—Creo que le gustaba imaginárselo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo encontraba divertido. Y no iba a pararme los pies.

Mientras lo decía, se preguntó por qué, de repente, estaba tratando de meter en problemas a su mujer.

Seis

El tiempo transcurría deprisa, ocurrían cosas continuamente. Feliz hasta la médula por su nueva historia de amor, una fría tarde de primavera, Fabio llamó al portero automático de un chalé en las afueras de la ciudad. No estaba en la colina ni en una zona exclusiva con bonitas vistas: estaba simplemente allí donde hacía años los Cantuzzi habían encontrado un lugar donde cristalizar el bienestar alcanzado. Había otros parecidos alrededor, pero ese, aunque más viejo, era decididamente el más grande; sin embargo, el tiempo en el que los Cantuzzi eran objeto de envidia era muy lejano.

Volvió a pulsar la tecla y al fin vio abrirse la verja. Entendió que podía entrar con el coche y lo aparcó en una franja de cemento en medio de dos zonas de césped bordeadas de ciclámenes. Echó un rápido vistazo a las casas de alrededor: Fabio no sentía nostalgia por el lugar donde había crecido, pero tampoco esas cuatro calles daban pie a grandes sueños. Se vivía solo un poco mejor y con más espacio a disposición, pero la señal distintiva parecía ser la niebla, que lo envolvía todo.

Recorrió el jardín con la mirada. Desde luego, de mayo en adelante debía de ser un infierno de mosquitos; sin embargo, la sensación que le dio era que hacía siglos que nadie lo disfrutaba. Había también una mesa de *ping-pong* cerrada sobre la que, estaba seguro, no rebotaba una pelota desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué tal?

Cantuzzi lo esperaba en el umbral. Le estrechó la mano y lo invitó a entrar, ayudándolo a quitarse el abrigo.

Fabio se dio cuenta de que se había dejado en el coche la carpeta con sus notas. Se disculpó y volvió a buscarla. Observó de nuevo el jardín: estaba todo en orden y bien cuidado, pero cada elemento del

cuadro traicionaba el paso del tiempo. Cada objeto de decoración era el más novedoso de algún año de al menos tres decenios antes. Como un pistolero que hubiera disparado todos los cartuchos de una vez y se hubiera quedado sin nada. La mesa de hierro forjado, que debería haber servido para comer, estaba sepultada bajo una montaña de sillas apiladas, un taburete y hasta viejos cojines envueltos en fundas de plástico. El balancín no tenía asientos, solo una malla medio oxidada en la que si apoyabas el trasero cogías el tétanos. Era la reconstrucción plástica de la idea de bienestar propia de los años de su infancia: cuánto había soñado él con tener un jardín como ese en el que comer al aire libre y organizar fiestas. Visto ahora, parecía un plató de televisión de los años ochenta abandonado tras la decisión inesperada de poner fin al programa.

Cogió la carpeta del asiento del pasajero y volvió a la casa. La puerta estaba abierta. Desde la entrada, que daba a una escalinata de mármol gris, Cantuzzi lo hizo pasar a una sala de estar y, desde allí, al salón. La casa parecía muy grande, silenciosa y vacía, como si hubieran empezado a decorarla y, en un momento dado, se hubieran cansado, con lo que, si algo se rompía, se desgastaba o pasaba de moda, no se hacía nada al respecto. En la época en la que se habían adquirido, los muebles debían de considerarse modernos y lujosos, pese a su sobriedad, pero hacía tiempo que ya no era así. Fabio no pudo evitar pensar en el montón de dinero que había en la cuenta de Cantuzzi. Los números nunca mentían, se lo había enseñado Wagner. La cuestión era saber cómo interpretarlos. Si no se correspondían con la realidad, el tiempo diría el porqué. En pocos meses, Fabio había visto de todo: ancianos propietarios de decenas de casas que fingían estar en la miseria, así como mujeres elegantes que se presentaban con collares de decenas de miles de euros, pero cuyas cuentas, descubría, estaban en números rojos, con deudas y pagarés.

—Entonces, ¿ves como mienten? —le había dicho alguien una vez.

—¿Quiénes? ¿Las personas?

—No. Los números.

—No. No mienten. Solo has utilizado la llave equivocada para entrar. Si encuentras la adecuada, entonces todo cobra sentido: el

exceso de avidez o de generosidad; el deseo de venganza cuando los hijos meten al padre o a la madre en una residencia, los descuidan, los olvidan. ¿Qué haces ahora? ¿Les dejas todo el dinero a esos desagradecidos? Mejor tirarlo a la basura, o regalárselo a la asistenta, que ella, al menos, sí te apreciaba. ¿Que la asistenta fingía, no te quería de verdad? A quién le importa. Tus hijos ni siquiera se molestaban en fingir.

—¿Quiere un café, Fabio? Luego podemos ir a mi despacho.

Un instante después, apareció de la nada la mujer de Cantuzzi. Debía de estar espiando desde alguna parte, preparada para salir a escena en el momento oportuno, como en el teatro.

Era elegante, llevaba un vestido de excelente corte y de un tejido —se daba cuenta hasta él— de calidad, pero pasado de moda también.

Fabio se levantó para estrechar la mano que le alargaba y se preguntó si Gemma Cantuzzi estaba elegante porque sabía que iba a llegar un extraño o si se vestía así todos los días, incluso para estar en casa sin más. Si no iba a salir, su madre estaba siempre en bata y zapatillas. Gemma aparentaba unos diez años menos que su marido, aunque tenía alguno más; calzaba unos zapatos de tacón ni muy alto ni muy bajo, y un chal suave y ligero, drapeado sobre los hombros. Era mayor y guapa, con una dulzura como distraída.

—¿Cómo quiere el café? —le preguntó sin levantar los ojos. El tono era despegado, pero de una cortesía impecable.

—Solo. Gracias, señora.

—Enseguida vuelvo.

Desapareció en la cocina. Sobre sus cabezas se oían los pasos de alguien que iba y venía.

—Es mi hija —dijo Cantuzzi—. ¿Usted tiene hijos? —le preguntó automáticamente—. No, no tiene, ya me lo ha dicho. Bueno, todavía está a tiempo... Aproveche ahora para viajar, para cambiar de ciudad, si puede. Ya le he hablado de Argentina, me parece.

—Sí, y de los bailes en Cerdeña y en Alemania.

Fabio sonrió.

—Empecé a trabajar muy pronto, a los catorce años. «Trabaja, que ya tendrás tiempo de estudiar después», me decía mi padre. Me condenó a muerte: del disgusto, leí más libros que un profesor universitario. ¿Y sabe por qué? Porque me avergonzaba. Temía ser descubierto, que se supiera que era un ignorante. Empecé a trabajar en la fábrica a los doce años. Apilaba las piezas, las clasificaba; más que nada, corría de un lado a otro como un loco, preguntando a los mayores si necesitaban ayuda. Hasta que, al cabo de quince años, me pareció que ya conocía el mercado lo bastante bien y me lancé. A los cuarenta y dos, cuando llevaba trabajando casi treinta, monté una empresa de la que era el único propietario. No era muy grande, pero me fue bien. Creo que era el año 77.

—Es mi año.

—¿Cómo?

—El 77. Es el año en que nací.

Cantuzzi entornó los párpados, como si lo estuviera sopesando.

—¿Le gusta su trabajo?

—Sí, mucho.

—Con mis hijos, intenté hacer las cosas de otra manera. Pero, al final, sobre todo con el varón, insistí para que estudiara lo que quería yo. Él habría querido hacer Medicina, pero lo presioné para que eligiera algo que sirviera para ayudarme con la empresa. Y así me fue. A mi hija la dejé elegir: nada que ver. Imagínese que he soñado toda la vida que era escritor. Pero no en el sentido de que quisiera llegar a serlo, eso nunca se me pasó por la cabeza. Digo en el sentido literal de que eso es lo que sueño por las noches: desde que era niño, sueño que estoy sentado escribiendo una novela, vivo en una buhardilla y me entrevistan en televisión... —Meneó la cabeza—. Me parece que estoy quedando como un idiota.

Se levantó rápidamente sin esperar ningún comentario, parecía que se hubiera acordado de algo de repente, y salió de la habitación. Los cuadros de las paredes eran casi todos paisajes de montaña. Sobre una cómoda había dos diplomas de bachillerato enmarcados juntos. A Fabio no le dio tiempo a leer los nombres ni las fechas. Cuando estaba a punto de levantarse para verlos mejor, volvió Cantuzzi. Parecía haberse refrescado la cara.

—Discúlpeme. Y ahora háble me un poco de usted... Está haciendo carrera. Funciona así, ¿no? ¿Si los dedican a las inversiones significa que lo están haciendo bien? ¿O me equivoco?

—Sí, creo que funciona así.

—Pues eso le deseo, entonces.

—He apostado mucho por el trabajo.

«¿Demasiado?»

Se calló a tiempo: «No bajes nunca la guardia», le había repetido mil veces Wagner.

—Sus padres estarán orgullosos de usted.

—Mi padre murió hace años. Era un tipo callado. No sé qué habría pensado del hecho de que esté muy poco en la oficina. Un día estoy jugando al golf en Cernobbio y, al siguiente, en Portofino para hablar de una póliza o de una inversión... Mi trabajo funciona así, se pasa tiempo con los clientes, se hace intercambio de ideas, y eso contribuye a encontrar las soluciones óptimas.

Fabio se paró a reflexionar.

—Creo que a mi padre esto le habría parecido incomprensible. A mi madre le gusta la idea del puesto fijo, del banco... Sospecho que prefería cuando trabajaba en ventanilla, le daba más seguridad. Pero, en general, creo que está asombrada de cómo me han ido las cosas. Nunca ha tenido mucha confianza en mí —se le escapó decir.

Cantuzzi entornó los párpados.

—¿En qué sentido? —Y añadió enseguida—: Disculpe si hablo demasiado. Pero, mientras esperamos el café...

Antes incluso de darse cuenta, Fabio contestó:

—Creo que no se hacía muchas ilusiones conmigo. Y, ahora, sus amigas le preguntan si puedo ayudar a sus hijos, que le hablan de mí como si fuera un genio.

Se interrumpió, pero prosiguió enseguida:

—Piensan que gano más que sus hijos, y eso, bien lo sabe usted, aquí es muy importante. Quizá en otros lugares sea distinto. Pero, como le decía, yo no he viajado mucho.

Cantuzzi no comentó nada. Fabio llevó la mirada de los diplomas a una serie de fotografías tomadas en la montaña: había dos jóvenes, un chico y una chica. También las fotos parecían haberse detenido

en los años ochenta. En un momento dado, debían de haber dejado de actualizar las fotos enmarcadas. Pensándolo bien, lo mismo ocurría en casa de su madre: no había fotos de él de adulto, ni siquiera la de su boda. Cuando ya no se va de vacaciones en familia, adiós fotos.

—Ya está aquí mi mujer... Siéntate, Gemma, quédate un momento con nosotros.

Gemma Cantuzzi le pasó a Fabio una taza de café humeante y a su marido, una de té, acompañadas de un platito de pastas, y luego se sentó, pero sin arrellanarse. Estaba en el borde del sillón, como en el asiento abatible de un tren, lista para levantarse e irse.

—¿Había mucho tráfico? —preguntó cortésmente—. Me han dicho que hay niebla en las carreteras, con toda esta vegetación que tenemos alrededor.

Le hablaba a él, pero parecía estar en otra parte.

—Sí, señora, un poco —contestó Fabio, devolviéndole la cortesía —. Pero me gusta salir de la ciudad. De niño tenía un amigo que vivía por aquí, íbamos a cazar ranas, a pescar. Cosas así. Tengo bonitos recuerdos.

—Hace mucho tiempo que vivimos aquí. A mi marido no le gustaba la ciudad, y nuestros hijos disfrutaron de criarse en el campo. Se pasaban el día en bicicleta o patinando: fueron años hermosos... A menudo comentamos que podríamos volver al centro a vivir. Una casa más práctica, más moderna. Pero después de todo este tiempo... —Se encogió ligeramente de hombros.

De nuevo los mismos ruidos sobre sus cabezas. A Fabio le habría gustado responder a las preguntas con otras preguntas: ¿cuántos años tenía la hija menor de la que le había hablado Cantuzzi? No podía ser una adolescente. ¿Qué hacía todavía en la casa? Había también copas, tampoco alcanzaba a leer las fechas, pero intuía que eran trofeos de esquí. ¿Podía preguntar algo para halagar el orgullo materno?

No.

Se quedó callado. Como le había enseñado Wagner.

—Ha sido un placer conocerlo. —Gemma se levantó de pronto, como si tuviera un resorte o un temporizador que la reclamara en

otra parte: dos minutos de cortesía, menos habría sido una grosería, más habría sido demasiado. Había hecho lo que debía hacer. Le estrechó la mano sin mirarlo a la cara y desapareció escaleras arriba.

—Vayamos a mi despacho, ¿quiere? —le propuso Cantuzzi—. Estaremos más cómodos.

Fabio lo siguió. De nuevo, fotos de los hijos, una de él y su mujer, siempre con paisajes de montaña de fondo. Una todos juntos ante una bonita casa de montaña. El despacho era la habitación más vivida y acogedora, aunque por todas partes hubiera archivadores que Fabio imaginó llenos de cuentas, facturas, compraventas. Se veían las señales de la *gestión* de la riqueza, pero ningún lujo. ¿Qué hacían con todo ese dinero? ¿Un capricho, una pasión? Algo no cuadraba. O quizá sí, según cierta mentalidad pasada de moda.

—¿Le apetece? —preguntó Cantuzzi, indicándole una botella de bourbon—. Una vieja costumbre. Pero hace mucho que no me la concedo.

—¿Por qué no? —se apresuró a contestar. Nunca bebía durante el día.

—Síguele la corriente al cliente. Siempre —decía Wagner.

—Claro.

—Trabájatelo. Haz que baje la guardia.

Cantuzzi se sirvió un dedo de alcohol y le sirvió otro a él. Alzaron los vasos sin que se tocaran.

—¿Hemos avanzado algo?

Fabio miró las manos de Cantuzzi, apoyadas delante de él sobre el escritorio. Eran enormes.

—Hable tranquilo. No muerdo.

—Sí, pero siendo prudentes. No tenemos otra cosa que hacer que conservar las posiciones y hacerlas aumentar despacio, con inversiones seguras. Con rendimientos no muy altos pero que, a largo plazo, puedan darle satisfacciones. Con estos números, unos quince millones de euros, ya solo un uno o un dos por ciento al año supone muchísimo. Y la inflación ahora mismo ronda el cero. —El tono de Fabio era tranquilo y seguro—. Pero dígame usted. Puede

haber exigencias que yo no conozco, me limito a referirle las cifras. Que, de todos modos, bien conoce, estoy seguro. Es usted del gremio.

De nuevo esos pasos en el piso de arriba. Ahora había otra persona más caminando, probablemente la señora Cantuzzi. ¿Qué hacían?

—Me mira como si fuera Creso. Y, en ciertos aspectos, sería estúpido negar que soy rico. Millones de euros... Es algo a lo que nunca he terminado de acostumbrarme. —Miró por la ventana—. Con el dinero ocurre una cosa extraña, al menos para mí. Si no lo has tenido de niño ni de joven, siempre piensas que no lo tienes. Sé que no es así, pero usted ahora me habla como si yo fuera Rockefeller, y eso me incomoda. —Volvió a mirar a Fabio—. Mi mujer, lo mismo: imagínese que le da miedo todo este dinero. Un día, le expuse nuestra situación. Le dije la cifra exacta, pero ella no quería saberla siquiera. La seguía por la casa mientras ella se alejaba de mí, tapándose los oídos. Como una niña. Y es que un poco lo es. —Sonrió—. ¿Ha visto lo guapa que se conserva?

Calló, conmovido. Fabio evitó hacer comentarios. ¿Qué podría haberle dicho? Era verdad y punto, su opinión no hacía ninguna falta. Cantuzzi se levantó para cerrar la puerta, que estaba solo entornada.

—Pensaba que eso la tranquilizaría, pero la noche siguiente no pegó ojo. Repetía una y otra vez: «Pero ¿cómo lo hemos hecho, Angelo, cómo lo hemos hecho?». Cómo lo *he* hecho, en realidad... Ella nunca ha trabajado. Que le quede clara una cosa: sin ella, no habría dado ni un paso. El caso, sin embargo, es que ni siquiera me he dado cuenta. Simplemente, he nacido y crecido con la idea de tener que partirme el espinazo hasta el final. Eran buenos tiempos, y así fue como llegué hasta aquí. Si por mí fuera, estaría siempre trabajando... Es una enfermedad en toda regla, se lo aseguro. —Sonrió—. ¿Qué me dice?

—Que igual no hay más camino que ese. Entiendo muy bien ese tipo de determinación, rayana en la obsesión. Y entiendo también que esto merece otra copita.

Se había aventurado: ¿demasiadas confianzas?

Cantuzzi no pareció molesto en absoluto. Al contrario, volvió a servirle una ración generosa de bourbon.

—Igual ahora me toma por un presuntuoso. Pero le ruego que me crea: yo mismo estoy asombrado. —Cantuzzi bebió a su vez un sorbito de licor—. Es bueno, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Sus reuniones de trabajo siempre acaban así?

—A decir verdad, nunca. Creo que la doctora Wagner no lo aprobaría.

—¿Usted cree?

—Igual la conoce mejor que yo.

Cantuzzi negó con la cabeza.

—Como le he dicho, de mi padre no heredé ni un céntimo, solo una lección constante de tenacidad y determinación. Siempre ha habido un abismo entre nosotros: él creció en una época en que había que emigrar, con dos guerras mundiales. La suya fue una vida durísima. «No teníamos ojos para llorar», me decía siempre. Sea como fuere, tuvo una vida aventurera: piense que fue a América a bordo de un carbonero porque ni siquiera podía permitirse un billete de cubierta. Hizo todos los trabajos posibles para ganarse la vida. La mía fue un paseo comparada con la suya. Yo he vivido en una época en que se podía llegar a hacer dinero. Eso también lo sabe usted. Antes y después ha sido mucho más difícil. No es que para mí fuera fácil. Pero, mire, por cómo estoy hecho, para mí habría sido peor no poner toda el alma en el esfuerzo. Matarme a trabajar ha sido siempre lo que más me ha gustado en la vida. Trabajaba como un poseso, ¿y qué hacía en vacaciones? Me iba a la montaña. Pero no a dar paseítos: mil o dos mil metros de desnivel todos los días. Me despertaba a las seis de la mañana y, ¡hala, a caminar! Mi mujer siempre dice que, en otra vida, debí de ser un mulo. —Y, de pronto, añadió—: ¿Lo estoy aburriendo?

—En absoluto.

—¿A qué se dedicaba su padre? Ya se lo he preguntado, lo siento.

—Pero yo no le he contestado: era empleado. Un trabajo ganapán, sin más. Se despertaba por la mañana y salía de casa como si fuera al matadero. Creo que solo disfrutó durante el servicio

militar. Decía que no había vuelto a tener amigos como aquellos, que nunca había sido tan feliz como en esos meses. Hablaba de esos amigos, que había perdido desde entonces. «¿Por qué no vas a visitarlos?», le pregunté una vez. «Qué quieres que te diga, viven lejos», me contestó. Pues bien, los conocí en su funeral y descubrí que uno vivía a media hora en coche y el otro, a dos horas.

Miró a Cantuzzi: ya no lo escuchaba. Había hablado demasiado, tal vez por el alcohol. ¿A quién podían interesarle las historias de su padre?

—Bueno, como íbamos diciendo... —prosiguió Cantuzzi, con un tono de pronto distante.

Fabio pasó a enumerar pros y contras de títulos, acciones, bonos del tesoro y pólizas en las que invertir, a partir de la gestión que había llevado a cabo Wagner hasta entonces. No había gran cosa que hacer más que evitar perder la cabeza ante ese patrimonio.

—Hay otra cuenta —lo interrumpió Cantuzzi en un momento dado —. En otro banco. Ya sabe, así, si uno quiebra... Abrí dos cuentas en dos bancos distintos y las hice crecer en paralelo, como gemelas. Allí hay otros quince millones, más o menos —susurró.

Quince más quince eran treinta. Dios santo.

Fabio empezó a preguntarse cómo convencer a Cantuzzi de trasladar todo su patrimonio a un único banco: el suyo.

—Si quiere, un día hablamos de cómo «racionalizar».

Racionalizar. Pensó en Wagner y en lo que se había convertido. Y eso sin haber sido nunca un soñador...

—Mire, he preparado un esquema...

—Ya me hablará de eso la próxima vez. Antes tengo que decirle una cosa. —Tragó saliva, miró la puerta cerrada y luego prosiguió—: He intentado hacérselo entender, pero tengo la sensación de que ella piensa que solo soy un viejo cascarrabias. Por desgracia, se equivoca.

Cantuzzi le dijo que, hacía unos días, había recibido los resultados de unas pruebas.

—Mi mujer me controla mucho en el tema de la salud, está al tanto de todo, llama a los médicos. Pero tenía una corazonada, y conseguí poner en antecedentes al médico antes de que me diera

los resultados, explicarle un poco la situación. Así es que, el día previsto, que fue hace una semana, nos hizo ir a la consulta y dijo que estaba todo bien. Gemma lo creyó, pero yo comprendí que no era así. Al día siguiente, me llamó y me pidió que volviera a su consulta. Me inventé un pretexto y fui. En resumen: me estoy muriendo.

Calló para recuperar el resuello. Fabio guardó silencio. Hasta en la muerte, la vida de su padre no había sido en nada épica: un día estaba, y al siguiente no.

—Tengo un tumor en estadio 4, el médico se maravilla de que siga en pie. He tenido que hablarle a él también de mi padre, le he dicho que soportar el dolor está en el ADN familiar. Llevo un tiempo dando vueltas en la cabeza a todo este blablablá. —Hizo un gesto en el aire, como reproduciendo ese movimiento—. Usted y yo hablamos de muchas cosas, pero usted sabe poco o nada de mi salud. Mejor así. Pero le aseguro que hace tiempo que trato de prepararme para esta eventualidad. Tengo ochenta años, ¿qué tiene de raro morirme, en el fondo? Pero, por desgracia, la mía no es una familia normal. Y, en estas semanas, usted y yo tenemos que encontrar la manera de que, una vez muerto, yo no cause más dolor a mi mujer y a mi hija... Más del que les he causado estando vivo, me refiero.

—Lo siento mucho.

Era verdad. Fabio sentía un pesar simple y real.

—Reflexione muy bien sobre lo que acabo de decirle.

—Pienso que lo que hay que hacer es simplemente continuar como lo ha hecho hasta ahora. Inversiones prudentes para gestionar el patrimonio de manera que les asegure a sus herederos un óptimo rendimiento sin riesgos. Y pienso también otra cosa: a veces los médicos se equivocan.

—Yo también lo he barajado —reconoció Cantuzzi—. Pero solo ocurre en contadas ocasiones. Y me he dicho que, después de haberme pasado la vida sintiéndome especial, he agotado mi cupo de vanidad.

—Hagamos como si fuera a ser así. Pero, a la vez, esperemos que no lo sea. ¿Qué le parece? Dicen que la mente cuenta mucho.

¿Qué tonterías estaba diciendo? Se inclinó hacia Cantuzzi y le puso una mano en el brazo. Era algo que siempre le hacía su abuela.

—Estoy un poco cansado...

—Entonces no lo molesto más.

—Vamos, lo acompaño —zanjó Cantuzzi.

Salieron del despacho y se dirigieron al vestíbulo. Como a su llegada, Gemma apareció de la nada con la misma sonrisa forzada de hacía dos horas.

—¿Necesita ir al aseo antes de irse?

Fabio asintió, y ella le indicó con un gesto que la siguiera.

—Adelante.

Abrió una puerta al final de un corto pasillo y encendió la luz.

Frente al espejo, Fabio se dio cuenta de que estaba algo achispado: la culpa la tenían esas dos copitas con el estómago vacío. Bebió del grifo, inclinándose sobre el lavabo, se echó agua en la cara y se secó con la pequeña toalla de lino blanco prevista para los invitados.

La señora Cantuzzi lo esperaba con su abrigo en la mano. En la entrada, volvió a oír unos pasos que recorrían el piso de arriba y bajaban la escalera. Se volvió y vio a una chica, a una mujer, más bien, que lo espiaba desde lo alto. Probablemente había pensado que se marchaba ya y que no se daría la vuelta. Fabio la miró y percibió el apuro de los Cantuzzi. Ella se quedó inmóvil y luego volvió a subir corriendo. Tenía la mirada de una niña, pero el cuerpo y los andares, torpes y lentos, de una adulta con sobrepeso.

—Nuestra hija Elena —susurró Angelo.

Fabio subió al coche y se marchó, con una sensación de alivio. Pasada la primera curva, llamó a Wagner.

—¿Qué tal ha ido, Fabio?

—Bien.

—Has tardado mucho. ¿Cómo es la casa? No he estado nunca.

—Muy grande, pero sobria. Casi modesta. Se pregunta uno qué hacen con todo ese dinero.

—Como me la imaginaba. Pareces triste. ¿Qué ha pasado?

—Cantuzzi se está muriendo. La mujer no lo sabe. Ni los hijos.

—La hija. Tienen solo una.

—Él me ha hablado de dos hijos. Y he visto las fotos.

—Te digo que solo hay una hija —repitió Sybille.

—Sí, en casa con ellos solo hay una. La he oído andar y, luego, cuando creía que ya me había ido, se ha asomado... Solo la he entrevisto. El otro hijo estará casado y vivirá en otro sitio, me imagino.

—Está muerto. —La voz de Sybille no traslucía ninguna emoción —. Ocurrió hará unos treinta años. Un accidente tonto. El destino.

Fabio aparcó el coche.

—Dios mío... ¿Y la hija? Parecía extraña.

Sybille suspiró.

—La hija perdió el juicio por el dolor. O eso me han dicho. Enfermó un tiempo después.

Fabio se llevó la mano derecha al cabello.

—¿Por qué no me lo has comentado antes?

—Porque habrías ido a verlo con aire compasivo.

—Tal vez habría sido mejor.

—No. No se lo merece.

Miró la hora. Iba a llegar tarde. Arrancó el motor.

—¿Cómo es que tiene tanto dinero?

—Lo ha ganado. Sobre todo, no lo ha gastado. Igual un restaurante en los cumpleaños, el coche no cuenta porque era de la empresa, pequeños regalos, un reloj al chico y una cadenita para la chica en la primera comunión y la confirmación, una fiesta con algunos amigos y parientes. Son de esa cultura. Nunca se habrían comprado un Ferrari, aunque podrían haberse permitido más de uno. Pero a ti eso no te interesa. Tú solo tienes que conseguir que dentro de tres meses o un año tenga un poco más de dinero.

Fabio resopló y tocó la bocina.

—Perdona, es que hay cada gilipollas por aquí... Hay mucho tráfico... Una cosa más: Cantuzzi tiene otra cuenta. Con quince millones.

—Me lo imaginaba, pero a mí nunca me ha comentado nada. Aconséjale que racionalice.

Fabio soltó una risita amarga.

—¿Qué pasa ahora?
—Me gusta Cantuzzi.
—A mí también.
—¿Por qué?
—Pensaba que habrías entendido el motivo.
—No.
—Porque se ha pasado la vida acumulando dinero, pero...
—Pero ¿qué?
—Pero no se ha vuelto como nosotros.

Siete

Cantuzzi no se volvería como ellos ni siquiera ahora que se estaba muriendo. Había conservado un candor que él y Wagner no sabían ni remotamente lo que era. Había sido ese candor lo que, en un momento dado de la conversación, ayudado quizá por esa sucesión de deditos de bourbon, lo había llevado a preguntarle a Fabio si a él también le gustaba la montaña.

—¿Le gusta, Fabio? Me refiero al alpinismo, pero también cosas más facilitas, como excursiones y rutas de senderismo...

Era una pregunta que traducía algo más que mera curiosidad, no es que no se hubiera dado cuenta, pero en Fabio era inherente el instinto de complacer. No se trataba solo de seguir el consejo de Wagner: haz lo que te digan, complácelos. Había algo más: parecía que para Cantuzzi fuera un asunto fundamental. Una especie de «¿eres de verdad de los míos?».

«Voy muy poco, cada vez tengo menos tiempo, pero me gusta mucho», fue su imprudente respuesta. Sin embargo, había algo magnético en Cantuzzi. Estaba el dolor, ahora lo sabía, pero, además, en su mirada afloraba continuamente la sombra del hombre que debía de haber sido. Su padre siempre había perdido en la vida. Primero el amor y la estima de su mujer, después el optimismo y el deseo de disfrutar. Y no porque le hubiera ocurrido algo terrible. Angelo Cantuzzi, en cambio, que había crecido más o menos en la misma época y a quien el destino había golpeado de lleno en el corazón, aún no se había resignado a ser un perdedor. Ver que se interesaba por él, que quería entender quién era, lo halagaba. No era como los otros clientes, que buscaban a alguien que los complaciera en todo y, aunque sabían que era por adulación, no les importaba, antes al contrario: era la prueba de que tenían el poder.

Cantuzzi, en cambio, quería conquistarlo. Quería ver si, a su edad, era capaz todavía de hacerse un amigo. Ahora que se estaba muriendo, probablemente ponderaba cada movimiento con más atención que nunca.

—¿Cuándo le gustaría ir? —se vio preguntando Fabio, sin ni siquiera darse cuenta.

Poco tiempo después, con habilidades de montaña que no iban más allá de las excursiones organizadas por la parroquia, y con un equipamiento comprado para la ocasión en la mejor tienda de deportes de la ciudad, ahí estaba Fabio, sentado en el teleférico junto a Angelo Cantuzzi. A su alrededor, uno de los más bellos panoramas glaciares de los Alpes, el del macizo del Rosa. Un lugar que para Cantuzzi debía de tener un significado sentimental especial.

—Está lejos, pero me gustaría ir. Y me haría feliz que me acompañara usted, Fabio.

No había dicho «por última vez», no era propio de él chantajear, pero de eso se trataba. Fabio, que no sabía nada de ese lugar ni de esas cumbres, aceptó. Era innegable que, si existía el destino, lo había agarrado con los dientes. Tal vez había sido una mera casualidad, o tal vez todo había sucedido como consecuencia de la fiesta en Milán. Pero lo seguro era que Fabio no había escatimado esfuerzos.

A bordo de ese teleférico, Cantuzzi vestía unos pantalones de pana que debían de remontarse a los años ochenta por lo menos y un chubasquero ligero que parecía, en cambio, de reciente adquisición. Estaba hablando de Gemma y de Elena, que se habían quedado en casa y de las que llevaba años sin separarse. Se refería a ellas siempre con la misma expresión: «mis mujeres». Una manera de hablar que quizá había desaparecido ya pero que, a su edad y con todo lo que le había ocurrido, suscitaba mucha ternura.

—Piense que, en el pasado, yo estaba siempre fuera por trabajo: me marchaba el lunes y no regresaba antes del jueves. Los chicos se levantaban de un salto, aunque ya estuvieran en la cama, para preguntarme cómo era la ciudad en la que había estado y si les había traído un regalo.

Eso de hablar de Stefano como si todavía viviera era desgarrador: Cantuzzi no podía pensar que Fabio no estuviera enterado, pero se empeñaba en seguir con la farsa.

—Hay un cielo hermosísimo. Solo aquí lo he visto así.

—Tiene razón. Es precioso.

Era el final del verano: el verde de los prados se había apagado, pero aún estaba por venir el dorado de los alerces. Solo se veía algún rebaño desperdigado, pequeños grupos de obreros dedicados a los típicos trabajos de mantenimiento de los remontes y de las pistas antes de que llegara el frío, un grupito de turistas que subían a pie. A Cantuzzi le habría encantado estar en su lugar, condenada vejez.

—¿Adónde vais? —les preguntó a dos chicos sentados con ellos en el teleférico. Era así: dondequiera que estuviera, tomaba el control de la situación. —Os conviene ir al otro lado —les dijo, después de que le explicaran el itinerario que tenían pensado—. Depende también de cuánto queráis cansaros... Si rodeáis esa punta de roca... O si, por el contrario, vais todo recto... Pero yo haría la ruta entera. Sois jóvenes.

Fabio lo escuchó mientras les proponía dos o tres soluciones distintas, les dejaba el número de teléfono de un guía local, «aún debería estar en activo», y se ofrecía incluso a llamarlo personalmente. Los jóvenes le dieron las gracias y, cuando se despidieron de ellos en la primera parada, Fabio sospechó que se habían bajado antes de tiempo para escapar del deseo acuciante del anciano de aconsejarles. Era un hombre tan generoso como agotador.

Subieron a un segundo y un tercer teleférico, sin que Cantuzzi perdiera ocasión de pegar la hebra con cualquiera.

¿Por qué era tan abierto? ¿Por qué quería ayudar a todo el mundo? Quién sabe. Era bonito que fuese como era, se limitó a pensar Fabio. «Pero no viviría con él», bromeó consigo mismo.

Subieron a más de tres mil metros. El aire ahora era decididamente más frío: ya no había árboles ni vegetación, solo una extensión de tierra marrón oscuro y gris por los detritos y, algo más arriba, de

distintas tonalidades de blanco, desde el más oscuro hasta el más claro. Visto desde allí, el glaciar parecía un cachorro asustado. A lo mejor no era tan arriesgado, se dijo Fabio para animarse.

Cuando pusieron al fin los pies sobre ese terreno duro y rocoso, el sol había desaparecido, llevándose consigo el calor. La temperatura había disminuido de pronto. No se atrevía a preguntarse cuántos grados hacía, pero imaginó que no sería más de un puñado por encima de cero. Miró a Cantuzzi, ocupado en respirar a pleno pulmón, y desechó la idea de ponerse el gorro y el plumífero. Calculó que ese debía de ser el momento en que se ensalzaba el aire de la montaña, la altitud. Y la relativa ascesis.

¿La ascesis?

Venga ya.

No se le ocurrió nada que decir, prefirió concentrarse en los demás excursionistas que atacaban la subida, un centenar de metros por debajo de ellos. Mientras tanto, a su lado, Cantuzzi enumeraba entusiasta los cuatro mil metros que se erigían por encima de ellos. Podría haberle dicho lo que fuera, que Fabio se lo habría creído.

Pero tenía otra pregunta en la cabeza. Varias, en realidad. Entre estas, una era la más urgente: ¿qué terreno era ese blanco y gris a pocos metros de él? Era empinado, casi escarpado: miró abajo para ver adónde iría a parar si daba algún paso en falso. No alcanzó a ver el fondo.

Joder.

Y también: ¿dónde estaba el sendero, pues él no veía ninguno? Y: ¿por qué de repente ya no había un alma? ¿Dónde se habían metido los que iban delante de ellos? ¿Qué se los había tragado? ¿Había alguna clase de maleficio?

Todos esos pensamientos rebotaban en su cabeza. De fondo, oía la voz de Cantuzzi, que seguía enumerando cumbres. Estaba pasando revista a todo el arco alpino noroccidental.

—Démonos prisa, que está cambiando el tiempo —dijo bruscamente.

Fabio levantó la cabeza: allí donde pocos minutos antes estaba el sol, se había formado ahora una densa línea de nubes de un color blanco que viraba al gris. No tenía ni idea de qué dirección tomar ni

de cuánto podía fiarse de Cantuzzi, que había hablado de cerca de una hora de camino. ¿En subida, en llano? Aún no había salido y ya tenía unas ganas locas de volver a casa.

—Venga, vamos.

—¿Nos ponemos los crampones?

—No, no hace falta. Igual más adelante.

Fabio apoyó el pie sobre el blanco sucio y, al instante, sintió crujir el hielo bajo las suelas. Pensó que nunca había usado crampones, pero que se habría sentido mejor con ellos puestos. Quizá, pasados los tres mil metros, podía desoír el consejo de Wagner. Desechó la idea.

Recorrieron un tramo de pendiente sin puntos de referencia ni apoyos: había que mantener el equilibrio sin pensar en el terreno bajo los pies y sin poner las piernas rígidas. Porque, si te caías, rodabas pendiente abajo. Fabio clavó con fuerza los bastones en el suelo. A unos veinte metros por delante, Cantuzzi avanzaba más deprisa que por las calles de la ciudad.

Joder, ¿no había dicho que estaba enfermo? Durante un momento, lo maldijo a él y se maldijo a sí mismo. Probó a mirar hacia abajo, pero apartó la mirada enseguida: tampoco desde allí se veía el fondo. Alargó el paso para no perder a su compañero; Cantuzzi rodeó una roca y, por un instante, desapareció de su vista.

¿Dónde estaba? Cuando él también hubo rodeado la roca, se dio cuenta de que Cantuzzi lo estaba esperando. Debía de haber algún cartelito con la altitud en alguna parte.

—Magnífico, ¿verdad? Ahora queda todavía un tramo expuesto, pero después ya es pan comido.

¿Por qué no se ponían los crampones?

Siguieron así dos o tres minutos más en progresión lateral. La pendiente aumentaba o disminuía, obligando al pie a doblarse para adherirse lo más posible al suelo. Fabio tenía ganas de pararse y ponerse de una vez los crampones, aunque solo fuera para sentirse más tranquilo. Pero ¿ahí, en equilibrio? Demasiado arriesgado. ¿Por qué no se los habían puesto nada más empezar? Debía de ser una cuestión de machismo, como con los cinturones de seguridad, que al principio ningún hombre quería ponérselos. ¿Qué estaba haciendo él

ahí? Era un banquero. ¿Por qué estaba siguiendo a un millonario de ochenta años al que no parecía bastarle haber perdido a un hijo? ¿Y cómo lo había perdido? La montaña tenía algo que ver, seguro, pero Fabio no sabía de qué manera en concreto. El mismo carisma que lo había arrastrado a él probablemente había arrastrado también a sus hijos, para no decepcionarlo: ¿cómo podía alguien no tratar de complacer a un hombre así?

Miró hacia delante. La niebla había descendido, lo que hacía aún más temible esa caminata sobre el hielo. Ya no se veía bien la pendiente, la consistencia del terreno, cuánto hielo y cuánta nieve había, cuán lejos estaba aún ese puntito que Cantuzzi le había señalado como su destino final. Trató de detenerse para ponerse los crampones, pero de nuevo tuvo la sensación de que era demasiado arriesgado y renunció. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Le entró vértigo y, un segundo después, sintió pánico. No podía sentarse, detenerse ni agarrarse a nada.

—No sé qué me pasó, pero no era capaz de avanzar ni de retroceder, no podía ir a la derecha ni a la izquierda. Me agobié muchísimo. Como cuando te cuentan de uno que se estaba hundiendo y por su culpa se murieron los demás, ¿sabes? Pues yo igual —le contó después a Carolina, que lo escuchaba seria, pero, al final, no pudo contener la risa.

Ya no era capaz de pensar siquiera en dar un paso adelante o atrás. Se sintió tremendamente solo, invadido por un temor como los que se sienten de niño y uno cree que nunca volverá a sentir nada así. Un miedo tal que te haces pis encima, y luego en casa no sabes cómo explicárselo a tu madre. Intentó llamar a Cantuzzi, pero este no lo oyó. Se puso a gritar, pese a la vergüenza que sentía, pero la niebla y el viento se llevaron su grito. Le temblaban las piernas y su respiración era agitada. Se precipitaría pendiente abajo y se mataría: ¿qué otra cosa podía ocurrir? Años después pensaría: un pie en el lugar equivocado y, ¡zas!, se habría ahorrado todo lo ocurrido después. Nada de Portofino ni campos de golf, nada de una

transferencia tras otra. Ni la cárcel. Nada de «a lo mejor me voy de rositas» ni de «quién sabe si habré hecho bien las cuentas».

¿Habría sido mejor, quizá?

No lo sabía. Se había arriesgado y le había salido mal. Podría haberle salido mucho peor, eso desde luego.

Se quedó quieto, pensando que acudiría alguien en su auxilio. Esperó varios minutos, que quizá fueran segundos. Hacía frío, no se veía nada, los que tenían dos dedos de frente se habían metido en los refugios o ya habían vuelto al pueblo en el teleférico.

—Deme la mano, vamos —dijo una voz de repente. Era la voz más tranquilizadora, más amable y paternal que Fabio había oído en su vida.

Sabía de quién era.

—Me ha entrado el pánico, lo lamento mucho. Me siento estúpido.

—No debe. Vamos, agárrese a mi bastón, yo estoy estable. Pero no tire demasiado, que, con todo, soy viejo.

—Lo siento mucho.

—No se preocupe, Fabio, no hay de qué avergonzarse.

Recorrió los siguientes doscientos o trescientos metros pegado a Cantuzzi como un niño, depositando su confianza en él como quizá no se hubieran atrevido a hacer ni sus propios hijos. El refugio surgió delante de ellos.

Dejaron la mochila sobre la cama y no dijeron palabra hasta que salieron y se sentaron en un banco en la puerta, a esperar a que llegara la hora de la cena. Varios alpinistas, hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos y ancianas, comentaban la jornada: ninguno parecía haber pasado diez minutos de terror como le había ocurrido a Fabio. Y la mayoría de ellos había llegado más arriba, había afrontado cumbres, cuatro miles. No habían llegado al refugio directos desde el teleférico.

—Le ocurre a todo el mundo —había zanjado enseguida el tema Cantuzzi. Se lo veía animado, feliz. Generoso—. Qué importa, ocupemos una mesa junto a la ventana, que pronto llega el crepúsculo. Es un espectáculo maravilloso, y ahora el cielo está límpido de nuevo. Se ve que las nubes nos estaban esperando a nosotros.

Tomaron un plato de estofado con polenta. Un aroma a clavo se extendió por la habitación, recién reformada. Cerca de cuarenta años antes, no muy lejos de allí, dos familias habían perdido a sus hijos en una excursión por los Alpes. Durante meses se habían preguntado cómo recordarlos, y al final habían optado por una donación a los guías alpinos locales, que se habían esforzado en tratar de salvarlos primero, y después en traer sus cuerpos de vuelta al valle. Con esa donación, se había construido el refugio. El dinero ahorrado para sus estudios, para ayudarlos a comprar una casa o un coche, había confluido allí: era un flaco consuelo, pero el lugar, con sus ventanas abiertas al glaciar, estaba ahí para recordar la pasión de esos chicos.

Cantuzzi se levantó para acercarse a unos estantes a coger unos cuadernos en los que la gente dejaba un recuerdo escrito. Estaban divididos por año: Fabio leyó «1978» en la tapa de uno y se puso a hojearlo.

—¿Quiere usted también un licor?

Pidieron dos aguardientes, seguidos de otros dos. Y otros dos más.

Cantuzzi pasaba las páginas, parecía que conociera exactamente los recuerdos y las ideas recogidos en esos cuadernos, se detenía en las frases escritas por él y por sus hijos, Elena y Stefano.

—¿Ve esto?, es la firma de Elena. Dormimos aquí y, a la mañana siguiente, nos despertamos muy temprano y ella coronó su primer cuatro mil. Estaba eso de que lo había hecho su hermano, y entonces ella también tenía que hacerlo. Para ella siempre ha sido muy importante no ser menos. Uno quiere a sus hijos por igual, pero... con Stefano siempre he tenido una relación especial.

Fabio observó la letra: era la de una niña.

—¿Cuántos años tenía su hija?

—Nueve o diez. Apretó los dientes y llegó hasta arriba. No hay complicaciones de montañismo, solo hace falta resuello, piernas y ganas. Por la tarde, cuando volvimos aquí, todos la festejaron mucho. Yo el primero. Imagínese, la gente la felicitaba, y ella se subió a una mesa a recibir los aplausos. Menudo numerito, por poco

paso del orgullo a la vergüenza... Tenía un carácter totalmente distinto del de Stefano, que siempre fue más tímido y reservado.

Siguió con la lectura de los mensajes, ahora iba por la década de los ochenta.

—Este es de Stefano, escribe sobre una travesía. Fue con un amigo. No me llevaron con ellos: era demasiado difícil... No firmaron, pero la letra es la suya, y también el nombre del amigo se corresponde.

Siguieron así media hora. A ratos Cantuzzi parecía haberse impuesto sobre la realidad: hablaba de esas excursiones por los Alpes, de sus hijos, de sus hazañas, y en sus palabras Stefano no estaba muerto y Elena se había convertido en una adulta como cualquier otra. Si no estaban allí con él en ese momento era solo porque ya era viejo y no valía más que para ese ridículo paseo de menos de una hora que solo Fabio había sido incapaz de completar.

—Nunca habías estado en la montaña, ¿verdad? —le preguntó en un momento dado, pasando al tuteo. El tono era divertido, desprovisto de todo reproche.

—Así es. Le he mentido.

—¿Te acuerdas de lo de Argentina? Pues me contrataron porque le dije a todo el mundo que hablaba el español tan bien como el italiano. Y el inglés, que era necesario porque había varios proveedores estadounidenses. Cuando llegué, solo sabía decir *Me llamo Angelo*,[1] *My name is Angelo*, *Italy*, *Italia*... Nada más. Hay que ser caradura... Pero ahí estaba yo, el contrato era mío, ya no podían mandarme de vuelta a casa. Al cabo de dos meses, había aprendido las dos lenguas, el inglés y el español.

Siguieron hojeando los cuadernos mientras saboreaban el aguardiente. Todo era tan vivo, tan vívido, y el empleado había dejado la botella medio llena en la mesa. No era muy difícil entender por qué Cantuzzi había roto su relación con todo el mundo: le habrían recordado que era un hombre sin suerte, al que el destino había asestado un golpe fatal. En su cabeza, sin embargo, su hijo mayor y su hija menor no dejaban de ser motivo de orgullo para él.

Cantuzzi seguía leyendo y releyendo esos breves mensajes. Estaban escritos a lápiz, a bolígrafo, con rotuladores de todos los colores. Algunos habían dejado dibujos, referencias claramente descifrables solo entre los que compartían esa misma aventura. Hablaban de volver, «han sido los días más bonitos de mi vida», de amistad, de estar juntos.

A Cantuzzi le sonó el teléfono, eran «sus mujeres». Se alejó un poco para hablar libremente y, cuando volvió, parecía conmovido. Debía de haber comentado con ellas lo que estaba haciendo. Y además estaba algo borracho.

—¿Te acuerdas de lo que estábamos hablando, Fabio? Un momento que nos representa... Estaba indeciso, pero después he pensado que, tal y como estoy, prefiero cambiar las reglas del juego. Ya no se trata de un momento que me represente, y que, si no me gusta, no puedo cambiar, sino de uno que me habría gustado que me representara. ¿Entiendes la diferencia?

—Claro.

El diario volvió a abrirse por la página de la descripción que había hecho Elena de esa ruta. Y, aunque la caligrafía era la de una niña, las cotas y los desniveles completados eran decididamente los de alguien mucho mayor.

Fabio se apoyó en el respaldo del banco.

—No le he dicho una cosa importante. Mi mujer me dejó, hará unos dos años. Pensé que mi vida estaba acabada. —Volvió a inclinarse hacia Cantuzzi—. Pero ahora hay otra persona, por lo que estoy convencido de que mi momento está aún por llegar. Por eso no le he contestado todavía.

Ahora los diques habían saltado ya, hablaban sin freno. Cantuzzi y él, en pie de igualdad.

—El otro día fui a hacerme más pruebas: según el médico, me quedan solo unos pocos meses. Cinco, quizá seis. Le pedí que fuera claro: igual se equivoca, pero pongamos que no. Estoy haciendo planes. Es lo que siempre he hecho. También venir aquí es parte de la idea. No habría soportado no volver. Era nuestro lugar especial. Mío, de mi hijo y de mi niña, que ya es una mujer. Cuando llegue a casa, tendré que decirle a mi mujer lo que está pasando.

Calló como si estuviera siguiendo una idea en su cabeza.

—Igual Gemma ya lo ha adivinado, pero creo que no. No sé si seré capaz, te confieso. Lo malo es que no puedo decirle lo que diría cualquier otro marido en mi lugar: «Cariño, hemos tenido una bonita vida, ahora toca ya a su fin, pero hemos sido felices». No lo hemos sido. No por culpa nuestra, pero quizá podríamos haber hecho las cosas de otro modo. Yo, sobre todo. Ella me siguió en todo.

—Lo siento, Angelo.

Ahora Fabio lo llamaba por su nombre, aunque seguía con el «usted».

—Decía que había cambiado las reglas del juego. ¿A qué se refería?

—Cuando estaba en Argentina, una Navidad me fui diez días con Stefano. Viajamos en coche hasta la Patagonia. En un momento dado, mientras caminábamos, Stefano se agachó. Había una piedra grande. Trató de levantarla, pero no se movía. Debía de pesar siete u ocho kilos. Tenía pasión por el cuarzo, los minerales, los meteoritos: era esa clase de niño. Se puso a decir que era rodocrosita, que es la piedra nacional argentina, la llaman también *piedra de los incas*. Eso lo sabía él, ¿eh?, se la había estudiado antes de marcharnos; yo no tenía ni idea. Había que recorrer varios kilómetros a pie, él era pequeño, y yo cargaba con una mochila muy pesada. Le dije que la piedra era muy bonita, pero que no podíamos llevárnosla de ninguna manera. Pues bien, se cogió la única rabieta de su vida. Clavó los pies en el suelo como un niño pequeño y se negó a moverse de allí. Sin la piedra no pensaba ir a ninguna parte. Y allí, por una vez, no hice lo que habría cabido esperar de mí, a saber: reprenderlo, puede incluso que pegarle, ordenarle que se levantara y dejara de llorar inmediatamente.

—¿Qué hizo, Angelo?

—Se me ocurrió una idea, y lo convencí enseguida. Delante de nosotros había una pequeña colina que tenía en lo alto un arco de roca inconfundible: también los hay en nuestros Alpes. Solemos llamarlos *puertas* de lo que sea, y también allí se llamaban algo parecido. El caso es que llevábamos una de esas palas de avalancha.

Nos pusimos a cavar un agujero bien hondo para esconder dentro la piedra, y quedamos en que un día volveríamos a recogerla.

—¿Y lo hicieron?

—No, por desgracia no. Pero creo que fue la única vez que no me comporté como un terco y supe ser distinto de mi padre. Subía cuatro miles con mis hijos cuando eran pequeños, parecían contentos, pero lo más probable es que solo quisieran contentarme... Esa clase de hombre y de padre he sido. Hoy me doy cuenta de que me habría gustado ser ese otro, el que era capaz de tener una idea buena para no decepcionar a su hijo, y no solo un hombre más fuerte, maduro o resistente. «Stefano, no te preocupes, encontraremos una solución.» Me ha llevado ochenta años entender que la vida está en los vacíos: aquí estamos los dos charlando, sin pensar que mañana tenemos que subir más arriba, despertarnos antes que los demás.

Soltó un hondo suspiro.

—Tendría que haber sabido ser un hombre más tranquilo, no estar siempre persiguiendo algo... No he sido capaz. Mi educación no me ayudó.

Fabio escuchaba en silencio, percibía que había algo más. Y, en efecto, Cantuzzi prosiguió:

—Pero es solo un pretexto, he tenido años para aprender a ser de otra manera, para cambiar esa forma de vivir tan agobiante. Tal vez lo habrían conseguido mis hijos, pero probablemente yo no se lo habría permitido.

De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

Fabio no lo dudó.

—¿Qué tal si salimos un momento, Angelo? Quiero ver el cielo, las estrellas. Nunca he estado a tanta altitud.

Se abrigaron y abrieron la pesada puerta de madera. A su alrededor solo había tinieblas, silencio, aire helado: Fabio no había vivido nunca algo así. Se alejaron unos pasos para que la oscuridad fuera más densa. La nieve crujía bajo sus pies, pero, tal vez por el aguardiente o por las estrellas, ya no sentía miedo. Y además estaban en llano. Cuando se detuvo, oyó a Cantuzzi sollozar a su espalda.

No lo veía, solo podía oírlo.

—Hay tantas cosas que no te he contado —susurró.

—Lo sé... ¿Cómo murió su hijo, Angelo? —se atrevió a preguntarle, aprovechando que apenas podían distinguir las facciones el uno del otro.

—De la manera más tonta. Stefano resultó herido tratando de saltar la verja de nuestra casa de montaña. Había perdido las llaves y no quería estropear el fin de semana con su novia. Se quedó colgado varios minutos, hasta que ella consiguió ayuda. Cuando al fin llegó el auxilio, ya no había nada que hacer.

—Dios mío, lo siento...

—Era un chico fantástico, y se fue, perdiéndoselo todo en la vida. De vez en cuando me pregunto si fue peor para él irse o para nosotros seguir aquí sin él... Y, luego, el problema de Elena...

Ahora estaban uno frente a otro, frotándose los brazos con las manos, tratando de entrar en calor. De sus bocas salían enormes nubes de vaho que pautaban sus palabras.

—¿Qué ocurrió?

—Tras la muerte de su hermano, sufrió una grave crisis nerviosa. Estuvimos a su lado. Más mi mujer que yo: durante mucho tiempo, estuve obsesionado con dar un sentido a lo que le había ocurrido a Stefano. Quería que fuera recordado en la parroquia, en el club alpino, en la universidad... No era capaz de pensar en otra cosa. Me olvidé de ella, y creo que para Elena eso fue devastador. Cuando la veía desanimada, poco atenta en el colegio, la regañaba; esperaba espolearla así, porque temía que la muerte de su hermano se convirtiera en una excusa para todo. Temía que se volviera débil y perezosa. Vamos, que volví a ser el típico testarudo.

Fabio le puso una mano en el hombro.

—Creo que eso lo habría hecho cualquiera en su lugar.

—No lo sé. Si volviera atrás... En un momento dado, me refugié en el trabajo, traté de seguir adelante. Elena sufría continuas pesadillas, gritaba, y no había manera de que se calmara. Al cabo de unos meses, fuimos a un médico que le recetó unas gotas y, poco a poco, se fue serenando.

—¿Y qué ocurrió después?

¿Tenía que fingir que ahí terminaba la conversación? Fabio había bebido demasiado para razonar de ese modo. Y luego estaba ese frío, esa luz que irradiaba la nieve...

—Pues ocurrió que un día Elena estaba sola en casa. Hacía poco que habíamos despedido a la asistenta porque iba por ahí chismorreando sobre nuestras desgracias, contando los problemas de Elena. Una mañana, Gemma había salido a hacer un recado. En la buhardilla hay una ventana, una claraboya, bajo la que habíamos colocado un telescopio sobre una especie de escalerita: con Stefano nos pasábamos horas contemplando las estrellas. Elena debió de sentir nostalgia de ese pasatiempo que de vez en cuando compartía con nosotros; se subió a la escalerita y abrió de par en par la ventana para dirigir el telescopio, pero se asomó demasiado y cayó al vacío. Esas gotas que tomaba le bajaban la tensión, la debilitaban: yo ya me había dado cuenta, pero no le di la importancia debida. Pero lo que nunca me perdonaré fue lo que ocurrió después.

La voz de Cantuzzi era ahora poco más que un susurro en la oscuridad. Fabio estaba muy cerca de él para oír su relato. No dijo nada porque sabía que, ahora que había empezado, no debía pararlo.

—Yo estaba fuera por trabajo, en Escandinavia y el norte de Europa. Tenía ideas de otra época: no llamaba desde el extranjero porque me parecía que era tirar el dinero. No tenía treinta millones de euros en el banco, pero te aseguro que dinero para una llamada internacional no me faltaba, incluso en la década de los ochenta. Pero era una de esas típicas reglas estúpidas que pensaba que me hacían mejor que los demás. Nosotros no somos gente que pierde el tiempo en chácharas. No tenemos nostalgia ni sentimentalismo. Si papá está fuera, pues ya volverá. Cuando Elena se cayó, me buscaron. En el trabajo sabían que estaba con un cliente en Dinamarca. Me llamaron allí, pero estaba cazando. Formaba parte del trabajo: ambos teníamos esa pasión, nos íbamos de caza juntos dos o tres días, y luego él me hacía un encargo millonario.

Ambos tiritaban ya. La sensación de calor provocada por el aguardiente se había desvanecido.

—Me marché nada más terminar la cacería, sin saber lo que había pasado. Cuando llegué a Italia, pasé antes por la fábrica que por casa. Entré, y había un silencio espectral. Tenían todos unas caras..., pero nadie me explicaba nada. «Váyase a casa, doctor», me dijo la secretaria. No lo entendí ni siquiera entonces: ¿qué más podía sucederme? En casa tenía un mensaje de Gemma. Me reuní con ellas en el hospital, donde Elena permaneció ingresada varias semanas. Cuando me vio entrar y me saludó, sentí un escalofrío. Había vuelto a oír la voz que tenía con siete u ocho años. Parecía una película de terror. ¿Por qué hablaba así? —Se frotó la nariz con la mano enguantada—. Su mente no aguantó... Había vuelto a la infancia, a cuando aún tenía un hermano, un padre y una madre que no lloraba a escondidas y, por delante, la perspectiva de una felicidad infinita.

En esa oscuridad tan intensa, hasta Fabio era capaz de reconocer la Osa Mayor, la Osa Menor y, desde ahí, la estrella polar. Pensó en Elena y el telescopio, se preguntó qué esperaba ver antes de caer al vacío. Quizá quería solo robarle un poco de atención a ese hermano mayor que, desde que ya no estaba, ocupaba aún más espacio que antes, si es que eso era posible.

—¿Tienes hermanos, Fabio?

—No. Siempre me he preguntado cómo habría sido mi vida si no hubiera sido hijo único. No me entendía mucho con mis padres, pero no tenía a nadie a quien preguntar si sentía lo mismo que yo.

Lo dijo como si estuviera hablando solo. A un centenar de metros de donde estaban se entreveía el humo del refugio.

Angelo parecía ahora arrepentido de haber hablado de su hija. O quizá estaba demasiado helado, cansado o borracho para seguir.

—Hace un frío que pela —dijo bruscamente—. Ya no recordaba lo heladora que es la montaña. ¿Entramos?

—Claro —se apresuró a responder Fabio, antes de echar una última ojeada alrededor—. Gracias por traerme aquí.

Angelo iba a decir algo, pero cambió de idea.

—¿Qué me iba a decir? —preguntó Fabio.

—Nada agradable.

—Aun así, me gustaría saberlo.

Estaban muy cerca por el frío, pero también porque cada cual pensaba que el otro podía desplomarse en el hielo.

—Estaba pensando que mi vida ha sido una continua demostración de que lo que yo creía importante en realidad no lo era en absoluto. Y uno se pregunta: ¿a los ochenta por fin lo has entendido?

—¿Cuándo supo la verdad? —le preguntaría más adelante el fiscal—. La auténtica.

—Solo un tiempo después. De labios de su mujer, Gemma. En ese momento, solo sabía que estábamos en un glaciar y que Cantuzzi se había desahogado conmigo y que estaba como una cuba. Así es que lo sostuve y lo acompañé, primero al refugio y luego al baño y a acostarse.

—Llegados a este punto, de verdad que no lo entiendo.

—Lo sé. A mí también me costaría entenderlo. Pero, si tiene ganas de escucharme, le contaré el resto de la historia.

Segunda parte
La medida del destino

Uno

En los pocos meses de vida que le quedaban a Angelo Cantuzzi, Fabio tuvo ocasión de entender que la personalidad y las experiencias de ese hombre que había crecido en los años de la Segunda Guerra Mundial eran mil veces más complejas de lo que Wagner o él podrían haber pensado.

Cantuzzi no tenía mucho tiempo. Por eso, sabía con precisión cuáles iban a ser sus siguientes pasos en los meses que le quedaban. Qué parte de ese recorrido había decidido hacer con Fabio solo podía sorprender a una mirada distraída. En una vida como la suya, el dinero había ocupado un lugar tan central que no era en absoluto extraño que Cantuzzi le pidiera a un banquero que le hiciera de confesor y, quizá, que le diera incluso la extremaunción. Era un recorrido por etapas y, ya fuera la última, la penúltima o la antepenúltima, pasaba inevitablemente por esos dos días en la montaña y por esa mañana en la que Fabio había acudido a la puerta de la casa de Cantuzzi a la hora convenida.

Un recorrido en el que habían desaparecido los puntos de referencia: cuando Cantuzzi abrió la puerta, con Gemma detrás, mirándolo preocupada, Fabio se preguntó si estaba allí como amigo o como banquero.

Descubrirlo no era importante, no había tiempo. Ahora ya la prisa no era solo por la vejez, estaba también la enfermedad para imprimir un último acelerón. Cantuzzi caminaba un poco más despacio y su paso parecía aún más inestable que hacía unas semanas.

Cuando los separaban pocos metros, Fabio tuvo ganas de ir a su encuentro y abrazarlo. O sostenerlo. Pero lo habría humillado, por lo que se limitó a abrir la verja de par en par para facilitarle el paso. Al

verlo subir torpemente al coche, desplomándose sobre el asiento con todo su peso, comprendió que el cáncer lo estaba devorando a una velocidad inaudita, considerada su edad. Tal vez dependía de su complexión robusta. La enfermedad era tan fuerte como él.

—Lo veo bien, Angelo. En forma —mintió.

—Arranca, por favor. Gemma nos está observando, no quiero que se dé cuenta de que apenas he dado diez pasos y aun así me duelen muchísimo las piernas.

Encendió el motor, y justo después Cantuzzi se sacó una pastilla del bolsillo y se la tomó.

—Tengo un poco de agua, si quiere...

—No, gracias. Cuando hice el servicio militar, aprendí a tragarme cualquier cosa sin agua. Aunque digan que no es bueno.

Cogieron la nacional y luego la autopista. ¿Le había dicho a su mujer que se estaba muriendo? ¿Y a su hija? ¿Cómo le explicabas a una persona como ella que te estabas yendo?

—¿Te importa parar un momento en un área de descanso? Ahora ya tengo muy poca autonomía. ¿Te apetece un café?

—No, ya he tomado. A menos que quiera usted uno.

—Yo no tomo café, ya lo sabes —bromeó Angelo—. Dame un segundo para ir al aseo y nos vamos.

Salvo algún breve diálogo, guardaron silencio durante casi todo el trayecto. Cantuzzi había perdido mucho peso: las piernas le bailaban en esos pantalones de pana que Fabio le había visto muchas otras veces. Se pasaba continuamente la mano por las pantorrillas y, a escondidas, hacía lo mismo con el pie: el prurito debía de ser insoportable. Tenía la tez amarillenta. Lo menos que se podía decir era que la predicción de meses había sido optimista. No le preguntó ni comentó nada. Esperó a que fuera Cantuzzi quien le explicara el motivo de esa enésima excursión lejos del centro.

—Sal por aquí —balbució cuando se acercaban a una salida de la autopista. También su voz sonaba distinta. Salía más débil de su boca, y entre una frase y otra tenía que parar para recuperar el aliento—. Ahora gira a la derecha.

Tomaron una carretera que subía describiendo curvas cerradas desde el valle. Cuando dejaron atrás un pueblo a mil metros de

altitud, Cantuzzi rompió el silencio.

—Hay una casa —dijo—. Es *esa* casa. Ahora la verás. Es preciosa. O, mejor dicho, lo era. Nunca hemos hablado de ella. Hemos escudriñado juntos todas las propiedades, pero esta no. Y supongo que podrás imaginarte el motivo. Por ahí... Ese caminito.

Fabio tomó por un camino sin asfaltar en ligera bajada. A derecha e izquierda, algunos abedules y hayas resistían entre pinos cembros, alerces y abetos.

—Ten cuidado con los socavones, los que ves llenos de agua son muy profundos.

A ambos lados había algunas casas de los años setenta medio abandonadas, cabañas de pastor, un establo. Fabio aminoró para dejar pasar a una familia de corzos que cruzaba tranquilamente.

—Bien, ahora toma a la derecha y ya estamos.

Un centenar de metros más adelante, Fabio se detuvo delante de la verja. Era idéntica a como se la había imaginado: con altos barrotes rematados en punta de flecha. Era bastante fácil figurarse cómo había ocurrido todo. Sintió escalofríos. Cantuzzi rebuscó en el bolsillo para sacar las llaves y bajó del coche. Metió la llave en la cerradura, y la verja se abrió con un leve chirrido.

—Espérame aquí un momento —dijo Cantuzzi en el umbral de la casa.

Fabio se sentó en un banco de hierro fundido. El jardín estaba cuidado, había incluso una pradera de hierba segada y una cancha de tenis que, por el contrario, estaba más abandonada. Intentó imaginárselos lanzando las pelotas por encima de la red y distraerse de vez en cuando mirando la verja; haciendo una barbacoa y mirando la verja; jugando a las cartas en esa mesita bajo el alerce y encontrársela ahí delante. Después, Elena había empezado a estar mal, y hasta Cantuzzi se había resignado.

—¿Vosotros teníais una segunda residencia? —Mientras tanto, el anciano había vuelto y se había sentado a su lado, esperando su respuesta.

—No. Creo que no había dinero, pero sobre todo creo que lo que no había era el deseo de tenerla —contestó Fabio.

Cantuzzi se puso a hablarle de una época, en Italia, en que todo parecía posible. Había una promesa en el aire. Todos pensaban que tendrían una vida más plena, más rica que la de sus padres, que sus hijos estudiarían en mejores colegios.

—Era la idea de una felicidad infinita. No era una cuestión filosófica, tenía que ver con un bienestar material... —prosiguió Cantuzzi.

Fabio lo interrumpió. Ahora ya se lo podía permitir.

—Mi padre tenía más o menos su edad, pero no creo haberlo oído hablar jamás de felicidad. Y menos «infinita».

—Quizá porque no había tenido éxito, disculpa mi franqueza. La mayor parte de las personas que conocía y frecuentaba tenía una actividad, y también la mayor parte de ellas estaba ganando mucho dinero. Nos estábamos haciendo todos ricos, de modo que, ¿quién podría haber estado ya triste?

Su padre no había comprado una segunda residencia como esa en la que se encontraban. No tenía un buen coche, no tenía piscina... Quizá, el razonamiento de Cantuzzi tuviera sentido: en su casa no se hablaba de felicidad porque no tenían ni una sola de esas cosas.

—Después, Stefano murió, y ya no supimos qué hacer. Durante un tiempo, nos quedamos como aturdidos. ¿Y ahora?, pensábamos. ¿Cómo se volvía a empezar a partir de algo así? ¿Cuánto tiempo necesitaríamos para estar un poco mejor? No había muerto por un resbalón en el baño. Había sido una cosa terrible, cruenta.

Se pasó una mano por los ojos con un gesto cansado.

—Ese chico ahí colgado, desmayado... Siempre he pensado que era demasiado, que era de verdad injusto. Pero me había gastado tanto dinero en comprar esta casa, y otro tanto en reformarla... Así que seguí repitiéndole a mi mujer que teníamos que ser racionales: acababa de morir un chico aquí, pero seguimos viniendo los fines de semana, aunque nos doliera. A todos. A mí el primero. Pero la casa era bonita, nueva... Le repetía a mi mujer que a Stefano le encantaba y que lo habría hecho feliz imaginarnos aquí. Figúrate, desde el cielo... ¿Te das cuenta de las tonterías que me decía a mí mismo? Pero en realidad mi razonamiento era otro: las cosas no se desperdician, no se tiran; eso pensaba. De pequeño tenía una tía

que, antes que tirarla, se comía la comida caducada. De joven había pasado hambre, así que se la comía de todos modos. Luego se pasaba dos días enferma, pero la vez siguiente volvía a hacer lo mismo.

—Entonces, ¿siguieron viniendo aquí?

—Sí, durante un tiempo. Gemma sufría, se desesperaba, lloraba sin parar. Pero yo la obligaba a reaccionar. Pensaba que, si abandonábamos la casa, habríamos perdido. Habría sido como decir que todo había terminado. Ya nunca habríamos vuelto a ser felices. Había gente que pasaba aposta por aquí para ver la verja en la que había muerto ese chico que había salido en los periódicos. Y nosotros, nada, aquí seguíamos. Todos los santos fines de semana. ¿Te haces una idea?

Fabio asintió. ¿Qué podía decir?

—Seguimos así durante meses, hasta que un día dije «basta». Pero no dije: «Se acabó, ya no venimos más». Dije: «Se acabó, la vendemos». Como si fuera tan fácil... Cuando llegaba el agente inmobiliario a enseñar la casa, siempre se acercaba alguien y le contaba al comprador potencial lo que había ocurrido. No sé por qué, quizá solo por gusto por lo macabro, por el morbo patético de hablar de una muerte violenta que había salido hasta en la prensa. Mientras tanto, ¿dónde pasábamos los fines de semana? Aquí. No sé qué pensaban mi mujer y mi hija. Seguramente nada bueno. Pero yo lo estaba convirtiendo en una de mis cuestiones de principios. Y luego pasó *lo* de Elena...

Se le ahogó la voz en la garganta.

—¿Qué quiere que haga, Angelo? ¿Cómo puedo ayudarlo?

Ese dolor era demasiado incluso para escucharlo.

—Gemma cree que la vendí. En lugar de eso, contraté a una asistenta que viene todos los meses a ver cómo está la casa y a hacer algo de limpieza. Y un jardinero. Todos los santos meses he pagado las facturas, pidiendo que me las enviaran a la oficina para que mi mujer no las viera. Me siento un miserable por haber mentido todos estos años, pero ya no hay vuelta atrás. Tengo toda una lista de cosas que no habría querido hacer como hice. Pero se acabó.

—Todavía hay tiempo —se aventuró a decir Fabio.

—No, te equivocas, no lo hay.

Intentó decir algo. Pero ¿el qué? Cantuzzi tenía razón: apenas se sostenía en pie.

—Regálala, véndela, haz lo que te parezca, haz alguna reforma si es necesario, sácalo de la cuenta, si hay gastos... Lo que sea, mientras consigas hacerla desaparecer antes de que yo me muera para que Gemma y Elena no se vean obligadas a volver aquí.

—Lo intento, Angelo. Le juro que voy a intentarlo.

Se quedaron un rato más ahí sentados, mirando el cielo, la cancha de tenis, la hierba bien cortada y la gran mesa de madera. Después se montaron en el coche y volvieron directamente a casa, sin que Fabio lograra convencerse de que todo eso no era una historia de fantasmas.

Las semanas siguientes, sustrajo algo más de dinero de otras cuentas. Para la mayor parte de esos clientes, se trataba todavía de cantidades modestas, pero para Fabio representaba la posibilidad de permitirse lujos con los que hasta entonces solo había fantaseado. Sacó dinero de la cuenta de un industrial del textil muy conocido. Lo eligió a él y no a otros después de quedarse embelesado en una exposición dedicada a la historia de su marca, observando el documento que acompañaba un brocado y en el que se explicaba el proceso según el cual se había realizado. Saber que se remontaba al siglo XVII daba una idea de lo antigua que era la riqueza de esa familia.

A ellos les robó doscientos mil euros.

Transfirió cincuenta y dos mil de la cuenta de un jubilado, heredero de una empresa de logística muy activa en la región, a la cuenta de otro jubilado: su exsuegro. Tenía que llamarlo, ir a pescar le sentaría bien.

Sacó veintidós mil euros de la cuenta de una señora de casi noventa y dos años, propietaria de una serie de inmuebles en la ciudad y alrededores, con un patrimonio que rondaba los diez millones de euros.

Setenta y cinco mil de la cuenta de un exfutbolista, el único de la ciudad que había jugado en primera división. De niño lo admiraba muchísimo: se había asegurado de que tuviera el dinero suficiente para que eso no le supusiera un problema real.

Noventa y un mil euros a un gerente jubilado que había sido el jefe de su padre y le había amargado la vida.

«Este dinero es para ti, papá.»

Hizo transferencias no autorizadas, estampó de su puño y letra la firma de clientes, modificó el campo del beneficiario respecto a lo indicado por el cliente. Trapicheó aquí y allá, movió mucho dinero para adquirir pólizas, acciones y bonos del tesoro, enredó para confundir, aprovechó el hecho de que conocía las costumbres de sus clientes y eligió entre estos a los menos atentos y expertos. ¿Qué podían temer de alguien como él?

San Fermo.

Si ellos supieran...

Una tarde de entre semana, Fabio se adentró en una zona de tráfico limitado, tomó por una calle central y consiguió aparcar entre dos coches.

Se bajó y se quedó un momento parado delante del escaparate de una joyería que vendía relojes de lujo.

Sus extras, así los llamaba él, rondaban ya el medio millón de euros. Fingía consigo mismo que no la sabía, pero conocía en realidad la cifra exacta: cuatrocientos ochenta mil quinientos, de los cuales treinta y siete mil doscientos conseguidos solo en el último mes, y setenta y dos mil en el último trimestre.

Parecía de verdad mucho dinero, pero al cabo de poco tiempo se daría cuenta de que no lo era en absoluto. Miró a su alrededor: apenas había nadie. Debía de estar todo el mundo trabajando, encerrado en una habitación.

¿Y él, en cambio?

Echó un vistazo a los relojes expuestos y luego llamó al timbre. Lo recibió una empleada con un traje de chaqueta de pantalón negro. Fabio vestía unos pantalones grises, una camisa clara sin corbata y una chaqueta azul. Ingresos percibidos: ¿sesenta, ochenta mil

euros? ¿Recibían los empleados de los comercios de lujo una formación para saber con qué tipo de cliente estaban tratando?

Saboreó el momento en que la empleada empezaría a sospechar que tenía mucho más que eso.

Se puso a dar vueltas entre los expositores de joyas, deteniéndose delante de algunos. ¿Qué tipo de hombre parecía? ¿Qué tipo de cliente daba la sensación de ser? Él lo tenía mucho más fácil: miraba la cuenta que le interesaba y lo sabía al instante. Ellos tenían que basarse en sus impresiones. Se volvió de repente para ver si la empleada lo estaba siguiendo. No. Ingresos percibidos: treinta, cuarenta mil euros. Parecía un tipo que solo le haría perder el tiempo.

Tuvo que ir él a buscarla.

—Disculpe, señorita. Me preguntaba si...

La llevó ante un expositor e indicó un Patek Philippe de cuarenta y ocho mil euros. Tenía la esfera verde oliva y la correa de piel de cocodrilo. Eso, al menos, era lo que veía él.

La empleada levantó la mirada, convencida todavía de no haberse equivocado con él. Fabio le leyó el pensamiento: un megalómano que quería llamar la atención y que saldría de la tienda con un Seiko de mil doscientos cincuenta euros como mucho.

—Sígame, por favor —susurró casi a regañadientes. No podía arriesgarse. La siguió hasta un saloncito.

—Siéntese.

—Gracias.

—¿Quiere un café? Enseguida le traigo el reloj.

Poco después, mientras saboreaba el café, vio llegar a otra empleada con una bandeja acolchada de terciopelo y, encima, colocado con mimo, su reloj.

La chica lo cogió con un gesto ligero, como si fuera algo muy delicado y valioso. Lo era. Él la observaba y solo pensaba en cuánto costaba. También un poco en su padre. Le tendió la muñeca.

—Supongo que es para usted.

—Sí.

—Mejor. Este tipo de objetos siempre es mejor probarlos. —Le sonrió—. Tenemos clientes que compran la misma marca desde hace

años porque todavía recuerdan la sensación que experimentaron la primera vez que llevaron uno de esos relojes. La consistencia de la correa, el acero de la caja, el color de la esfera: cada uno de estos relojes comunica una sensación distinta. Y cuando uno encuentra el modelo que le queda «como un guante», difícilmente se decanta por otro... Es como el zapato de Cenicienta.

Había cambiado el tono de voz, ahora escogía las palabras con cuidado. Empezaba a creer posible esa venta.

—Bien, estire el brazo, así...

Desabrochó la correa, luego, con una mano, le tomó delicadamente la muñeca y, con la otra, le colocó despacio el reloj sobre la piel. Miró a Fabio para ver el efecto.

—¿Lo nota? Es algo único. Si ahora se probara un Rolex, sería distinto, y lo mismo con un Cartier. Cada casa tiene su propia consistencia al tacto, que es como su firma.

Le abrochó el reloj, rozándole la piel con la punta de los dedos.

El acero, la correa, el peso, el olor, los reflejos.

Ese verde que entonaba con su tez, el acero que se le pegaba a la piel. Tenía razón: era exactamente como el zapato de Cenicienta. Embelesado, miró el reloj un momento más y luego levantó los ojos a la empleada y se dio cuenta de que prácticamente pendía de sus labios. Ahora sí lo creía posible.

—Existen distintas razones para adquirir un reloj de esta categoría: algunos clientes los coleccionan, otros los compran y no los usan porque quieren dejárselos intactos a los hijos... Venga conmigo.

El lugar en el que se lo había hecho probar era el que tenía la luz perfecta. Lo acompañó a otro rincón preparado como el decorado de una película, donde, además de en los espejos cercanos, podía verse desde una perspectiva más amplia.

—Mírese en este espejo...

Fabio obedeció. Los pies, los tobillos, las piernas, el torso, la cara: era todo igual, pero estaba ese reloj. Como probablemente otros mil antes que él, pensó que, con ese reloj en la muñeca, todo podría ocurrir en su vida. Y, al poco, el tiempo le daría la razón.

—Luego me gustaría elegir algo también para mi pareja. Para darle una sorpresa.

La empleada desconfiaba todavía. ¿Quién era ese hombre? Pero, en el fondo, podía ser hasta el propio Pablo Escobar resucitado, lo importante era que comprara. Volvió a su papel sin cambiar el gesto.

—¿Hace mucho que le gustan los relojes?

—No sé mucho del tema.

—El que tiene en la muñeca es uno de los más sofisticados del mundo. Tiene doce complicaciones... ¿Puedo explicarle lo que significa *complicaciones*? Igual ya lo sabe, no se ofenda.

No, Fabio no tenía ni idea.

—Digamos que indicar la hora no es una complicación, sino simplemente la función propia de un reloj. Obviamente, esto ya no es verdad desde que existen los teléfonos móviles. Las personas quieren un reloj, ya no para consultar la hora, sino más que nada por costumbre, porque les hace sentirse a gusto o más elegantes. ¿Entiende a lo que me refiero?

Fabio asintió.

—Pues bien, las complicaciones son todas las funciones adicionales. Mire, este modelo tiene calendario perpetuo, aguja retrógrada de la fecha, indicador de año bisiesto, indicador de fases lunares y repetición de minutos.

—No sé de qué me está hablando —bromeó él.

—Pero lo quiere porque lo ha impresionado su belleza. —La chica le dedicó una sonrisa cómplice—. Los clientes como usted son los mejores: empiezan por curiosidad, y luego se convierten en los mayores apasionados y expertos.

Estaba funcionando. *Ya* estaba funcionando.

—*Retrógrada* —prosiguió— quiere decir que cuando la aguja correspondiente llega al final del arco, regresa rápidamente a su punto de partida para empezar un nuevo ciclo. Cuando la aguja llega a los sesenta, retrocede y vuelve a empezar de cero: en la práctica, se mueve en un arco de ciento ochenta grados y no de trescientos sesenta. Sepa que fueron ellos, la empresa Patek Philippe, los que lo inventaron. *Calendario perpetuo*, en cambio, quiere decir que tiene en cuenta la duración distinta de los meses y los años bisiestos:

durante los próximos cuatrocientos años, no debería haber problemas. Imagínese que, para cada una de estas funciones, hay una ruedecita minúscula que tiene que estar presente en su reloj sin interferir con las demás... ¿Lo estoy aburriendo?

—En absoluto.

Miró en el espejo al yo de pocos minutos antes que ahora llevaba en la muñeca cuarenta y ocho mil euros.

—Todo el mundo cree que Patek Philippe es un apellido y un nombre, en orden inverso, quién sabe por qué. Pero en realidad son dos relojeros, Antoni Patek y Adrien Philippe; un noble polaco que se afincó primero en Francia y después en Ginebra, y un francés, que se asociaron en Suiza a mediados del siglo XIX. En 1851, llevaron sus creaciones a la Exposición Universal de Londres y se convirtieron en proveedores oficiales de la reina Victoria y del príncipe Alberto... —La empleada se interrumpió—. Estoy hablando demasiado, disculpe... El reloj le queda muy bien. Pero no tenga prisa por decidirse. Hay también otras correas, si quiere probárselas, de colores distintos.

Era buena en lo suyo, pero Fabio tenía ganas de marear un poco la perdiz.

—He cambiado de idea.

La empleada luchó consigo misma para no perder la cordialidad.

—No me veo con algo tan lujoso —dijo Fabio mientras tanto—. Pero le aseguro que no le he hecho perder el tiempo. Quiero regalarle a mi pareja un anillo de compromiso. ¿Se elige primero el diamante o el engaste? ¿O un anillo ya montado?

Se percató de que un hombre vestido de gris, probablemente el dueño, lo estaba vigilando: a él y, sobre todo, a la empleada. Otro cliente se volvió hacia ellos.

—Sígame —dijo la empleada, dejando traslucir una leve tensión.

Fabio la siguió y escuchó otra breve lección de historia de las joyas, desde la Edad Media hasta nuestros días. Les daban formación, y tanto que se la daban. A nadie con dos dedos de frente se le habría ocurrido hacer el payaso allí. Podías probarte algo y cambiar de idea, pedir que te lo enseñaran y marcharte. Pero se

darían cuenta si entrabas con la intención de divertirte sin comprar y encontrarían la manera de hacerte sentir un miserable.

—¿Quiere decirme algo sobre la señora a quien va destinado? No me malinterprete, es solo que, a veces, algún dato extra nos ayuda a aconsejar mejor...

—Trabaja en una galería de arte, le gustan las cosas modernas.

—¿Escucha música?

—Nada que tenga más de cinco o seis años. Se cansa enseguida...

—¿Tal vez esta serie de diamantes de inspiración botánica? Este, por ejemplo, recuerda las características de una rosa. Este, de una azucena...

Fabio no entendía nada, pero era bonito estar allí. Hizo trabajar a la empleada hasta que se consideró satisfecho.

—Me gusta este.

Eligió un diamante varias veces más caro de lo que nunca habría imaginado.

Luego le tocó el turno al engaste.

Salió de la joyería una hora después con una sensación que nunca había experimentado. Al cabo de una semana, el anillo sería suyo. Pero no se trataba de eso: era sentir que había superado la barrera. Más todavía: la había hecho literalmente añicos.

—Le juro que era como jugar a la ruleta. Pero cuando sabes que puedes jugar indefinidamente, un número detrás de otro, y que saldrá siempre el tuyo.

Dos

En esos meses de orgía y de euforia, Fabio no se olvidó ni de Cantuzzi ni de la promesa que le había hecho. Por cómo lo había visto en esa visita a la casa de la montaña, sabía que no había tiempo que perder. Se lo debía. Por esa excursión al refugio, por lo que había querido compartir con él.

Probó a llamarlo para sincerarse sobre sus condiciones. Lo llamó al teléfono de su casa; Cantuzzi tenía un móvil que llevaba consigo cuando salía, pero que estaba apagado la mayor parte del tiempo. Le saltó el contestador automático: era la voz de la señora Cantuzzi. Tenía un tono doliente y se disculpaba por no estar en casa. Dejó un mensaje de saludo. Unos días después, fue la propia Gemma quien le devolvió la llamada. Era la primera vez, pero como su marido debía de haberle hablado tanto de él, se dirigía a Fabio con un tono afectuoso. Empezó por el final: la enfermedad había avanzado. Angelo sufría terribles dolores. Había perdido más peso y el prurito era a ratos insoportable. Su marido se estaba yendo y le había rogado que lo llamara.

—Ya verá, señora, como se recupera —probó a decir Fabio sin convicción.

—No. Eso no sucederá.

—¿Por qué?

—Porque así lo ha decidido él. Está preparando el después, no quiere dejar el trabajo a medias. Como de costumbre.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Muchísimo.

Parecía una frase obvia, pero, sabiendo lo que sabía, Fabio creyó intuir su significado: se lo había perdonado todo.

—Necesitaría hablar un momento con él. ¿Cree que lo alegraría si paso un momento por su casa?

—Desde luego que lo alegraría, pero tiene muchos dolores. Apenas puede hablar... Me lo puede decir a mí, si quiere.

—De verdad es cosa de un minuto. Siento insistir, perdóneme, pero estoy seguro de que Angelo lo querría así.

La señora Cantuzzi dudó un momento y luego se dejó convencer.

—Lo creo... Venga, entonces, por la tarde, hacia las tres y media. Se toma un sedante para descansar después de almorzar y, cuando se despierta, es el único momento en que no tiene dolores ni prurito, no sé por qué. Venga en esa media hora de tregua.

Fabio se presentó en su casa esa misma tarde. Acudió a abrirle la señora Cantuzzi y fue ella también quien lo condujo junto a Angelo. Había mandado colocar una cama en el que había sido su despacho, para que no tuviera que subir la escalera. A su lado había un catre, seguramente para ella, que —se imaginaba Fabio— nunca dormiría lejos del marido. Se quedó un momento frente a la cama, tratando de ver si Cantuzzi era capaz de reconocerlo. A su lado, Elena le había cogido la mano y se la acariciaba. Ahora el niño era él. Fabio reconoció la foto en que salían los cuatro en la casa de la montaña, que era precisamente el motivo por el que estaba allí. Sus expresiones, ahora que sabía lo que había ocurrido después, no mentían: habían sido felices.

—Ven, Elena, vamos a dejarlos un momento a solas —dijo la señora Cantuzzi.

Elena masculló algo, no saludó a Fabio ni se presentó, pero le hizo una última caricia a su padre. Aunque era como una niña, lo había entendido: podía morirse en cualquier momento. «Te dejo un ratito, pero quiero que estés cuando vuelva», parecía decirle con esa última mirada. Luego se levantó y salió de la habitación, seguida de su madre.

Fabio se sentó, con la esperanza de que en esa postura a Angelo le fuera más fácil escucharlo. O, simplemente, notar su presencia. Estaba reducido a un esqueleto. De debajo de las mantas asomaba un brazo muy flaco moteado de hematomas y conectado a un

gotero. Le cogió la mano, aunque solo fuera para llamar su atención. Todavía no tenía claro que Angelo lo hubiera reconocido. Acercó la boca a su mejilla esperando que así lo oyera. Notó un olor inconfundible: el de alguien que se está muriendo.

—Soy Fabio. Quería saludarlo, Angelo.

Cantuzzi permaneció inmóvil. Las informaciones llegaban despacio a su cerebro. Elena estaba en otra parte, y ahora había un extraño o un amigo, o quién sabe, a su lado.

—¿Cómo se encuentra, Angelo?

—No bien —murmuró con esfuerzo.

—¿Quiere que descorra un poco la cortina? ¿Dejo entrar un poco de luz?

Se levantó y dejó entrar algún rayo de sol, con cuidado de que no le diera en la cara. En el pasado debía de haber habido más vistas y más luz: después, otros habían tenido la misma idea de Cantuzzi, ir a vivir fuera de la ciudad para construirse un chalé, por lo que espacios verdes quedaban ya bien pocos. Una hilera de verjas, setos y alambradas daban una idea bastante clara de cómo se vivía en esa zona que había surgido de la nada y en la que no había una sola iglesia ni una plaza.

—Hace un día bonito. Quizá llegue ya la primavera...

¿Qué coño estaba diciendo? A él siempre lo habían traído sin cuidado el sol y la primavera. Fue al grano:

—Tengo una buena noticia.

De repente, Cantuzzi trató de volverse hacia él. Había entendido. Lo decía la mueca en su cara.

—La casa, Angelo. Intenté ponerla a la venta en varias webs, pero nada. Un día, me invitó a su casa un cliente, uno de estos que se esmeran en que todo el mundo sepa que viven por todo lo alto, de estos que quieren impresionar: que si el coche, que si la casa, que si la mujer exmodelo de pasarela... Todo. Igual pensaba que no lo envidiaba lo suficiente, el caso es que se puso a contarme que se había montado un *spa* en su mansión. Que volvía del trabajo y se metía en la sauna, que volvía de esquiar y se daba un baño turco, que llegaba de correr y se daba un baño de hidromasaje. Entonces se me ocurrió una idea: llamé a una empresa, pedí un presupuesto

para montar un *spa* completo con todo incluido: sauna finlandesa de madera de peral asiático, baño turco con un gran espejo, cerámica, mayólica... Me inventé incluso un nombre para la casa antes de ponerla en los anuncios: Villa Hygge.

Calló. Angelo ahora parecía divertido.

—*Hygge* es una palabra danesa que engloba todas esas cosas que gustan ahora: el bienestar, el relax, la paz interior... Subí el anuncio a las redes, Villa Hygge, con *spa*, etcétera. Vamos a la deriva, ahora ya todo es imagen: al cabo de una hora, tenía diez solicitudes. Si no hubiera quitado el anuncio, probablemente habría llegado a las cien en un par de días. Pero no tenía nada listo: había que hacer ese *spa*. Pedí un mes de plazo, y eso los hizo enloquecer a todos: pensaron que estaba hasta arriba de solicitudes y que tenían que competir unos con otros. O que ya la había apalabrado para otros. Cuando concerté la primera visita, después de construir el *spa*, convencido de que tenía que adelantarse a los demás, un tipo me dio una señal que es la mitad del total. Me dijo que, si quería, podía darme una parte en negro a mí directamente por la mediación. Se la vendí. Asunto terminado. Lo hemos conseguido. Su mujer no sabrá nada, el dinero está en la cuenta, y esa casa ya es como si nunca hubiera existido.

Sintió la mano de Cantuzzi apretar la suya. Entonces Angelo empezó a lagrimear. Pero, por una vez, eran lágrimas de alegría.

—Ya no tiene que preocuparse.

Se quedaron inmóviles en esa postura. Cantuzzi parecía dormido, pero las lágrimas seguían rodando por sus mejillas.

Fabio oyó a Gemma a su espalda y se volvió, dándose cuenta de que también él estaba llorando. Le rogó con un gesto que lo dejara seguir allí un momento. Se quedó callado, con una mano sobre la cama, junto al rostro de Angelo, y la sensación de asistir al final de algo grande.

—Angelo, ahora me despido. Tengo que ir a hacer un recado. Hay una cosa que quiero decirle. Otra buena noticia. Tiene que ver conmigo: me caso.

—Bravo —lo oyó decir cuando ya casi había salido de la habitación. Se volvió a mirarlo y esa fue la última vez.

Al cabo de verdaderamente poco tiempo, ahí estaba Fabio, una tarde medio nublada, medio soleada, siguiendo a una multitud de personas que avanzaban todas en la misma dirección. Entre ellas había bastantes ancianos, hombres y mujeres, pero también más jóvenes, de cuarenta y cincuenta años. No podían ser amigos de Elena: había transcurrido demasiado tiempo desde que los Cantuzzi se la habían encontrado de vuelta en la infancia, lloriqueando por un pastel o porque le contaran un cuento. No, no estaban allí por ella. ¿Por quién, entonces?

Fabio vio a Wagner y llegaron juntos a la entrada de la iglesia, en el momento preciso en que levantaban el féretro para llevarlo ante el altar. Justo entonces vieron a la señora Cantuzzi y a Elena. Avanzaban despacio detrás del féretro, cogidas de la mano para sostenerse la una a la otra, seguidas del resto de la gente.

Cuando se sentó, Fabio se dio cuenta de que había aún toda una multitud tratando de entrar en una iglesia abarrotada ya. Alrededor del féretro había coronas de flores con el nombre de las asociaciones que las habían enviado: círculos de montaña, empresas del sector que había hecho millonario a Cantuzzi. Los presentes eran partícipes de la ceremonia. Aparentemente no tenía sentido, pero sí que había una respuesta: en una ciudad tan pequeña, el dolor que había golpeado a los Cantuzzi no había dejado indiferente a nadie. Los que ahora tenían cuarenta o cincuenta años habían vivido el drama de la familia cuando estaban en el colegio, en la parroquia o en el círculo alpino: los lugares que Stefano y Elena habían frecuentado antes de convertirse en anécdotas: «¿Conoces a mi amigo Stefano? Pues ha muerto clavado en una verja...», «Nooo, ¿en serio?», «¿Te acuerdas de Elena, la de cuarto D? Pues se volvió loca cuando murió su hermano, ¿te lo puedes creer?».

La tragedia que se había abatido sobre los Cantuzzi se había convertido para muchos en el acontecimiento más dramático de su juventud: y, por eso, estaban allí para recordarlo y asistir al epílogo de la historia. Se reconocía enseguida a los que habían crecido con Stefano y Elena —de buena familia, excelente educación y bonitas

mansiones— y a los antiguos empleados, muchos, muchísimos, que lloraban y parecían sinceramente afectados.

Fabio pensó en los primeros, tratando de imaginar lo que pasaba por la cabeza de Angelo cuando se los encontraba por la ciudad, quién sabe cuántas veces, o por senderos de montaña o en misa. Estaban teniendo la vida que sus hijos habían perdido. Habían encontrado un buen trabajo, se habían comprado una casa, se habían casado, habían tenido hijos y ahora habían empezado a aflojar el ritmo, a concederse algún capricho, sí, un buen coche, un apartamento en la playa, quizá, o una casa más grande en la ciudad.

¿Los Cantuzzi iban a misa? Probablemente no a la de los domingos por la mañana, en la que la gente se para a charlar a la salida y acaba en el bar tomando una copita antes de ir a comer con la familia. Era más probable que fueran a la de vísperas, en la que como mucho te encontrabas con los que querían tener libre el domingo para irse de excursión, quizá. Una atmósfera más discreta, más de tarde, sin niños ni jóvenes, sin ritos sociales: solo un saludo sin miradas compasivas, sin charlas incómodas ni preguntas espinosas.

Escuchando la homilía, Fabio comprendió que sí, que iban a misa: el cura evitó mencionar lo que le había sucedido, pero hizo de Angelo una semblanza fiel.

Habló de él como de un hombre indómito. No escatimó en alabanzas, describiéndolo como un buen cristiano, capaz de aceptar lo que el destino le había reservado, capaz de cargar con su cruz.

No, pensó Fabio, en eso se equivocaba. No lo conocía como lo había conocido él. Había cargado con su cruz, sí, como cargaba con tu mochila si estabas demasiado cansado o como te habría cargado a hombros, si hubiera tenido la fuerza, al darse cuenta de que ya no podías más. Pero que hubiera aceptado su destino... No, eso sí que no. No había aceptado nada. Ni se había liberado de nada.

La celebración había terminado, Fabio salió de la iglesia junto a Sybille. Llevaba tacones de aguja y una falda de piel: imponía hasta en su idea de elegancia para un funeral. Se acercaron a dar el pésame. Fabio se puso disciplinadamente en la cola y esperó su turno. Gemma sostenía a su hija de la mano: cambiaba unas

palabras con quienes se acercaban a saludarla, a algunos los abrazaba. Estaba visiblemente afectada, pero parecía tener la situación bajo control: entre una persona y otra, miraba siempre a Elena para ver cómo estaba y si era demasiado para ella.

La señora que iba delante de Fabio se demoró hablando, pero al fin llegó su turno: se vio delante de Elena y de Gemma. La viuda necesitó unos instantes para reconocerlo.

—Ha sido muy amable en venir, doctor Montari.

—No soy doctor. Su marido y yo siempre bromeábamos sobre eso, ¿sabe?

Se ocupó Sybille de llenar el silencio.

—Lo siento mucho, su marido era una persona excepcional.

No era una frase muy original, pero era lo que había que decir.

Notaban tras de sí la presencia de otros que querían también dar el pésame a la viuda, por lo que se apartaron.

—Adiós, señora Cantuzzi —le dio tiempo a decir a Fabio.

Se preguntaron si seguir al féretro hasta el cementerio. En esa pequeña ciudad, todavía era costumbre, pero decidieron renunciar. Aunque no lo hubiera sorprendido esa muerte anunciada desde hacía tiempo, Fabio se sentía muy triste: sabía que echaría de menos a Cantuzzi.

No le apetecía estar solo, por lo que fue a la galería a recoger a Carolina. Dejó el coche cerca y se quedó al otro lado del escaparate, observándola mientras le explicaba a un cliente las características de una obra. Percibía su voz aunque no la oyera, imaginaba sus palabras solo con observar la expresión de su rostro: ¿qué increíble conjunción de los astros había permitido la entrada en su vida de una persona así? Vista desde allí, era tan elegante y sexy que, cuando decidió entrar por fin en la tienda, se sintió fuera de lugar, tosco y torpe. Entonces, ella reparó en su presencia e interrumpió la explicación para saludarlo y darle un beso. Siguió observándola. Esos cuadros, esas obras..., debía de ser agradable tenerlos cerca todo el día.

Al fin llegó la hora del cierre. En el camino de vuelta, cenaron en un restaurante cerca de casa y luego hicieron el amor.

Cuando Carolina se durmió, Fabio fue a sentarse en el sofá con el portátil y accedió a su cuenta de empleado. Al cabo de un rato, al oír un crujido, se interrumpió para asegurarse de que Carolina seguía durmiendo, pero después pensó que, aunque hubiera aparecido de repente, no se habría enterado de nada: se trataba solo de simples movimientos bancarios de una cuenta a otra, que solo él o alguien que hubiera querido hacer un control podría haber descifrado. Sumó los distintos movimientos uno después de otro, sin comprobar el subtotal. Eran setecientos tres mil quinientos euros. No imaginaba que fuera tanto. Se preguntó si alguien en el banco se habría dado cuenta.

No tardaría mucho en obtener respuesta, pero en ese momento aún estaba demasiado ocupado repasando mentalmente sus adquisiciones y pensando dónde esconderlas. Había comprado un coche antiguo que había dejado provisionalmente en un garaje donde solía aparcar el otro, y ya estaba pensando en un tercero. Ese lo quería nuevo y muy rápido. Se había divertido comprando vino a precios descabellados: no asimilaba que una sola botella pudiera costar varias decenas de miles de euros. Había algo que le resultaba incomprensible: no dejaba de ser simplemente uva. ¿Cuánto mejor podía ser para valer no mil, sino diez mil veces lo que otra? Había botellas de cinco euros y de cincuenta mil. Compró diez, después de leer acerca de un banco en la región de Módena que ofrecía un servicio de bodega donde conservar las botellas preciadas. Lo divirtió dejarlas precisamente allí y no en otra parte, como por ejemplo la bodega del aeropuerto de Ginebra o la de algún sitio elegante de Milán. Un par de Romanée Grand Cru de las que se producían solo tres mil quinientas botellas al año: diecisiete mil euros. Un Bolgheri superior DOP a veintitrés mil euros la botella. Seis de champán Extra Brut Grand Cru Jacques Selosse: las consiguió en una subasta, a trece mil euros cada una.

Tres días después, al término de una larga negociación telefónica, adquirió una nave en una zona industrial en las afueras. Estaba hecha de planchas de metal y tenía una entrada amplia por la que cabía un coche. Cogió las llaves, firmó el contrato y le estrechó la mano al vendedor. Al día siguiente, hizo dos viajes para llevar allí los

dos coches antiguos. En un pequeño armario escondió también las joyas. Ahora tenía su guarida. Se había convertido en un bandido.

Encendió todas las luces y contempló el almacén por entero: de ahora en adelante, dispondría de mucho espacio. Y era como cuando compras una casa muy grande: llega un momento en que tienes que llenarla.

Tres

Exactamente una semana después del funeral, Fabio fue a visitar a Gemma Cantuzzi.

Las últimas veces que había estado en casa de la familia se había preguntado si iba allí como banquero o como amigo. ¿Y ahora?

¿Estaba de luto por un amigo?

¿O a la caza de una presa desvalida?

No lo sabía ni él.

Lo preparó todo con la antelación y el cuidado de costumbre. Era como una puesta en escena, pero, en ese caso, las habituales cuatro palabritas para romper el hielo serían de pésame.

«¿Cómo está, señora Cantuzzi?», «Lo siento mucho», «Su marido era un hombre extraordinario».

Después vendría un acercamiento suave al motivo de su visita, una sucesión no arbitraria de documentos que presentarle a la viuda para su firma, deteniéndose largamente —«hasta la náusea», bromeaba con Carolina cuando trataba de explicarle en qué consistía su trabajo— en aquellos de escasa relevancia, y apenas nada en aquellos que de verdad importaban y para los que era absolutamente necesario obtener la autorización del cliente.

Cínico, Fabio lo había sido siempre, pero también había seguido numerosos cursos de formación cuyo objetivo, entre eufemismos y expresiones edulcoradas, era enseñar a confundir y a ganarse la confianza del cliente. Algo parecido a Orfeo con las fieras. Pero los lobos, en este caso, eran ellos.

¿Cómo debía vestirse?

Estudió su guardarropa y optó por unos pantalones azules, un jersey verde de cuello de pico y un par de mocasines de ante, pensando que ese atuendo contribuiría a crear un ambiente más

distendido. Después de todo, no se estaba decidiendo el fin del mundo.

¿O sí?

Cruzó el jardín: rosas, tulipanes y la mesa de siempre, cada vez más vieja, colocada en un rincón, como si hiciera siglos que no se usaba. Subió la escalinata de entrada, pensando en qué cara poner. ¿Cuánto dolor iba a encontrar en esa casa? La primera vez que había entrado, era ignorante por completo: no sabía nada de esa hija tan incomprensible que rondaba por la planta de arriba, ni el motivo por el que esos trofeos, medallas y fotografías llegaban solo hasta 1981. Ahora lo sabía todo; los años transcurridos desde entonces eran más de treinta y los supervivientes, solo dos.

Llamó a la puerta. Le abrió una mujer a la que nunca había visto. Lo saludó con un marcado acento hispano.

—Adelante.

Lo invitó a acomodarse en el salón. El suelo emanaba un olor a lejía, o quizá a desinfectante.

—¿Le traigo un café? Enseguida llegará la señora.

¿Cuánto tiempo había pasado desde su primera visita a la casa de los Cantuzzi? Fabio no lo recordaba, pero era como cuando uno vuelve a los lugares donde ha estado de joven, antes de que la vida tomara un camino inesperado, antes de que sucediera toda una serie de hechos cargados de consecuencias, hechos de los que ya no se puede volver atrás, a los que no se puede poner remedio. Pensó en cuando había estado ahí sentado, charlando con Cantuzzi, y sintió que esa había sido la última vez en que se había sentido inocente.

Había cambiado él, pero también el salón. En ese orden absoluto, reparó en que al pie de una estantería había una caja de cartón de la que asomaban varios álbumes y un revoltijo de fotografías sueltas. De lejos era difícil distinguirlo, pero parecían viejas y descoloridas. No se atrevió a levantarse, ni siquiera a incorporarse del sofá para echar un vistazo.

—Discúlpeme.

Una voz desde el pasillo. Gemma llegaba con paso lento, seguida de su hija, que sostenía una bandeja con dos tazas de café. Elena lo

miró, lo saludó y se sentó junto a su madre sin volver a abrir la boca. Estaba tan cerca de ella que sus piernas se tocaban. Tal vez no conseguía dar sentido a ese dolor, pero era obvio que lo intentaba.

Fabio se preguntó si, ahora que ya no estaba su padre, estaría aún más pegada a la madre: Cantuzzi no se lo habría permitido, estaba seguro.

«Ya eres mayor —le habría dicho—. No te hagas la niña.»

Gemma interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Lo hago siempre yo. A la italiana, con la cafetera moka. Parece fácil, pero... —Trató de bromear—: ¿Cómo está, doctor que no es doctor?

Primero sonrió ella y después él.

Nunca le había prestado atención, pero en ese momento tuvo claro lo guapa que seguramente había sido Gemma de joven. Una simple broma y, ahí estaba, la chica que le había hecho perder la cabeza a Cantuzzi. Y quién sabe a cuántos más. Hasta que se casó, guardó esa belleza en un estuche, se la regaló a su marido y la ocultó al resto del mundo. Así funcionaba.

—Estoy bien, señora, gracias. Pero ¿y usted?

¿Cómo debía actuar con la hija? ¿Debía hablarle? ¿Prestarle atención? Fabio hizo caso omiso de ella.

—Aquí estamos. Elena no se ha separado de mí desde el funeral... ¿Verdad, Elena? —Le guiñó el ojo. Calló para enjugarse una lágrima con el dedo, cuidando de que no la viera la hija, que miraba fijamente a un punto de la habitación delante de ella—. Han saltado todos los diques que había tratado de poner estos años. Así que, llegados a este punto... Ella disfruta de su madre y yo, de mi hija.

Gemma interceptó la mirada de Fabio, irresistiblemente atraída por las cajas con los álbumes de fotos.

—Las estábamos mirando. Usted podría pensar: normal, en un momento así. Uno vuelve a los recuerdos, a los momentos bonitos. Pero ¿sabe cuánto tiempo hace que no lo hacíamos?

Fabio negó con la cabeza.

—Dígamelo usted.

—Más de treinta años.

¿Qué podía comentar? Nada. Probó a saborear el café, para darse algo de aplomo, pero la tacita ya estaba vacía.

—Durante todo este tiempo, borramos el pasado. Nos engañamos pensando que, si no hablábamos más de ello, lo olvidaríamos.

—¿Y funcionó?

—En absoluto. —Sonrió desconsolada—. Hablo en plural, pero en realidad fue una decisión de mi marido. Y me dirá usted: ¿por qué no se rebeló? Podría haberlo hecho. Pero no lo hice. Porque no se estilaba, porque lo amé hasta el extremo. Por muchos motivos. —Luego, con un tono distinto, añadió—: ¿Está casado?

—Sí.

¿Era relevante que fuera su segundo matrimonio? No, creía que no. Cambió de postura en el sofá. Se había preparado para muchas cosas, pero desde luego no había imaginado que Gemma Cantuzzi tuviera tantas ganas de charla.

—¿Es feliz? Disculpe la indiscreción... Me he quedado sola con una hija y tengo más de ochenta años. He decidido que ya no voy a reprimirme más, no me interesa. Para mi marido eso era importante, pero para mí... De modo que, ¿es feliz?

—Sí, lo soy.

—Yo también he sido feliz con mi marido. Por eso hice lo que él quería, porque lo contrario lo habría destrozado. Lo habría matado... Discúlpeme, de verdad, pero tengo tanta necesidad de hablar de esto... Angelo se habría burlado de mí. No hago nada sin pensar en lo que habría dicho él, a cada instante. Se me hace tan raro estar de repente sola. —Se estrujó las manos con un gesto nervioso—. No es que no estuviera preparada, pero nunca se está preparado de verdad. Se puede perder a una amiga a la que se ve de vez en cuando, a un pariente que nos visita una vez al mes. Pero a un marido... —Tuvo que interrumpirse—. Un marido, como le decía, tan presente como el mío, se mete en tus pensamientos. Y yo sigo hablando con él, como si todavía pudiera responderme. Ya se lo he dicho, tengo tantas ganas de hablar...

—Entonces yo también le voy a revelar algo. He dicho una media verdad... —dijo Fabio con aire cómplice.

«Generad empatía. Si os hablan de fútbol, convertíos en hinchas; si es de política, convertíos en filósofos.» Se lo había enseñado Wagner, después de que otros se lo hubieran enseñado a ella.

—¿Puedo ofrecerle algo más? —lo interrumpió—. ¿No? ¿Al menos un vaso de agua?... Debe de ser divertido su trabajo.

—No, gracias, estoy bien así. No sé yo si es tan divertido. Con su marido lo era, nos gustaba charlar juntos.

—Pero se disponía a hacerme una confesión... ¿Ha cambiado de idea? ¿Ya no quiere? Perdone, lo he interrumpido, ya no sé mantener una conversación...

Le tomaba el pelo, como si estuviera hablando con un niño.

—He crecido en una familia a la antigua, y no crea que en nuestra casa uno podía divorciarse tranquilamente, y tampoco se hablaba de ello como si nada... Pero el caso es que he vuelto a casarme. Mi primer matrimonio no salió muy bien. Un día, mi exmujer me dejó plantado y no quiso volver a saber nada de mí, apenas un momentito en el juzgado para firmar el divorcio y ya.

—¿Y cómo es? —le preguntó ella.

—¿Cómo es qué?

—Hacerlo todo de nuevo con otra persona, ver la televisión en el sofá, esa intimidad que quizá uno se ha construido, y luego verse en la cocina, por la mañana, desayunando en pijama con alguien a quien se acaba de conocer. Lavarse los dientes y mirarse al espejo con otra persona... No consigo imaginármelo. —Negó con la cabeza —. Pero yo soy una mujer de otra época. Me comprometí con uno. No sabe usted cuánto. Más de cincuenta años con un hombre como Angelo...

Fabio le contó que la primera vez que había estado allí, cuando ella se fue después del café, Angelo le dijo: «¿Ha visto lo guapa que es?».

—No me lo invento, se lo juro. Tenía esa voz de cuando íbamos a las fiestas, de jóvenes, y perdíamos la cabeza todos por la misma chica.

Gemma se quedó un momento pensativa, su marido se lo decía a menudo a ella también. Se enjugó otra lágrima y volvió al presente.

Le pidió a Elena que trajera unas galletas.

—Ya están listas, en la cocina.

Elena se levantó refunfuñando como una niña y desapareció.

—Tengo la sensación de que mi marido se sinceró con usted.

—Sí, lo hizo.

Fabio calló. Esperó a que la señora Cantuzzi le hiciera preguntas más concretas.

—Durante mucho tiempo, mi marido sintió una rabia inmensa —prosiguió ella sin embargo—. Pero, pese a todos sus esfuerzos, no conseguía encontrar a nadie a quien culpar: el que le había vendido la verja; la novia, que tendría que haber convencido a Stefano de volver a casa... En paralelo, hizo de todo para que el recuerdo de su hijo no se desvaneciera: aniversarios, encuentros. Intentó como pudo mantener unidos a sus amigos y a la gente que lo quería. Después vimos que teníamos que ocuparnos de Elena, de modo que lo convencí para que parara. Se dedicó a su trabajo, a su trabajo y a nada más. Hasta que, un día, la rabia dio paso a un dolor sordo. Cuando dejó de luchar, me pidió que hiciéramos como si nunca hubiéramos perdido a Stefano y como si Elena fuera aún la hija que todos nos envidiaban.

Se interrumpió para buscar una fotografía.

—Mire esta...

—Preciosa.

—Es Elena con cuatro años. Figúrese que le pusimos ese nombre porque Angelo se empeñó: había visto esa película, *Elena de Troya*, y se había enamorado de Rossana Podestà. Tal vez no sepa ni quién es, tenía más o menos la edad de mi marido. De pequeña, Elena era tan guapa que, cuando contábamos lo del nombre, todo el mundo decía: «Es verdad, es tan guapa como la actriz».

Mientras tanto, Elena había vuelto al salón. Había dejado el plato con las galletas, y ahora trataba de atrapar con un vaso a una mosca que revoloteaba entre la mesita y el reposabrazos de un sillón.

Gemma suspiró.

—En fin, Angelo quería que olvidáramos lo que había sucedido. Stefano no estaba con nosotros porque se había ido de viaje, porque vivía lejos, en Nueva York o en Sídney, con un trabajo maravilloso que lo había llevado a la otra punta del mundo... Si nos hubiéramos

esforzado, podríamos haber cultivado esa ilusión. Que era una alucinación. Fuimos a verlo al cementerio todos los meses sin jamás pronunciar su nombre. Cuando Angelo decía «Stefano», se le cortaba la respiración. Alguien mencionaba su nombre en la mesa, entre amigos, cuando aún los teníamos, y a los dos minutos mi marido pedía permiso para levantarse, iba al baño y, cuando volvía, yo sabía que si estaba tan pálido era porque había vomitado hasta el alma, y que desde ese momento ya no probaría bocado. —Se interrumpió, con la mirada clara algo perdida—. Una vez, pasamos con el coche por delante de la carpa de un circo. Íbamos con frecuencia cuando los niños eran pequeños, a Elena, sobre todo, la volvían loca los trapecistas y los malabaristas. Mi marido era un hombre adusto, pero si podía hacer felices a los demás... Estaba conduciendo y, cuando se fijó en esa carpa, de repente noté que perdía el control. Tuvo el tiempo justo de aparcar y sufrió un ataque de pánico. En ese momento aún no sabíamos que se trataba de eso: pensamos que era un infarto, que se estaba desmayando, que se había atragantado con algo y no podía respirar. Elena se asustó muchísimo. Cuando Angelo se calmó, tardamos un buen rato en calmarla a ella, pobrecita mía. Y entonces mi marido me rogó, me imploró, que no miráramos ya más las fotografías, los cuadernos, los diarios... Tenemos también muchos vídeos, mi marido se había aficionado al Super-8. Nuestros hijos esquiaban, tenemos mil vídeos de ellos practicando ese deporte. Pero se acabó, lo dejamos todo a un lado.

La señora Cantuzzi parecía extenuada. Fabio trató de darle una tregua.

—En mi casa no hacíamos vídeos. Para mi madre eran una estupidez. Hasta que un día heredamos una cámara de un pariente, y entonces había que utilizarla. Mi padre y yo jugábamos con ella, pero mi madre se enfadaba si la grabábamos, así que no tengo casi nada de ella de joven. —Calló para reflexionar un momento—. Solo un vídeo mientras dormía, no sé ni por qué se lo hice. Más por molestarla que otra cosa, supongo, sabía que le sentaría fatal.

—¿Volvemos a mirar las fotos, mamá? —los interrumpió Elena—. Anda... Por favor, por favor.

—No hacemos otra cosa desde el funeral, las fotos la tranquilizan —dijo la señora Cantuzzi, volviéndose hacia Fabio—. ¿Le importa?

—No, no, en absoluto.

—Siéntese a nuestro lado. Igual no le interesan, pero al menos las vemos juntos.

—Había muchísima gente en el funeral de su marido... —dijo Fabio.

—Me habría gustado tener cerca a toda esa gente también cuando Angelo estaba vivo —suspiró—. Pero, en el fondo, la culpa es nuestra: fuimos nosotros quienes alejamos a todo el mundo. Teníamos muchos amigos que nos apreciaban, pero percibieron que ya no queríamos ver a nadie y se alejaron. Mire...

Gemma empezó a mirar una tras otra las fotografías y a describirlas.

—Aquí estamos en Varazze, en Liguria. Casi no hay fotos de mi marido. No le gustaba llevarnos, pero lo hacía. Después, al cabo de una hora, cuando nos habíamos instalado con la sombrilla y las tumbonas, cuando había inflado la colchoneta, la barca y la canoa, nos dejaba allí y se iba a caminar lejos de la orilla. Ese año había descubierto la escalada en Finale: se iba temprano por la mañana y volvía por la tarde, lleno de arañazos y raspones, pero feliz. —Sonrió —. En cuanto Stefano cumplió cinco o seis años, empezó a llevárselo consigo. Con Elena tardó más. Era un poco machista. Bueno, más que un poco —añadió después de reflexionar un momento—. Pero lo éramos todos. También nosotras las mujeres, creo yo.

—Yo no quería ir —dijo Elena, y se echó a reír, avergonzada por haber hablado. Se tapó la boca con una mano y volvió a pedirle a su madre que pasara las páginas del álbum.

—Esta es en Argentina. Vivimos allí cuatro años.

—Mira, los guanacos —dijo Elena, que a ratos se olvidaba de que tenían un invitado.

Vieron fotos de pumas, armadillos, zorros grises, más guanacos y glaciares.

—Cuando su marido y yo fuimos al refugio, en un momento dado comprendí que no me había llevado allí solo por las vistas. Se conocía cada piedra de esa excursión, pero no era solo eso. —Fabio

le contó a Gemma que, en un momento de la velada, Angelo había cogido los libros del refugio y se había puesto a hojearlos—. Quizá sentía que se estaba yendo y tenía ganas de recordar el pasado. No se llevó nada: pero eso ya lo sabe usted. Pasaba las páginas y se detenía en aquellas en las que sus hijos, o él, o los tres juntos habían escrito algo. Sin embargo, no estaba triste, en absoluto: me hablaba a mí, pero estaba allí con ellos. Y, aunque había bebido un poco, no estaba nada melancólico, al contrario. Parecía infinitamente feliz. Quizá solo por unos instantes o unos minutos: pero créame que se sentía feliz.

—¿Y de qué hablaron?

—Leímos los mensajes que había escrito Stefano y aquellos en los que se hablaba de Elena, o los que había escrito ella directamente, aunque fuera solo una niña.

—Sí, pero lo que querría saber es qué le dijo Angelo de Stefano. Y de Elena.

Fabio probó una galleta. No estaba preparado para esa clase de confianza. ¿Cuándo iban a empezar a trabajar, a hablar de aquello por lo que estaba allí?

—Salimos del refugio, hacía un frío que pelaba, y en un momento dado me contó lo sucedido. La muerte de Stefano. Y el accidente de Elena. No sabría decirle si le hizo bien o mal, digamos que sabía que le quedaba poco y quería contárselo a alguien. Al menos, eso fue lo que pensé.

Gemma guardó silencio, como si necesitara que se sedimentaran las palabras. De pronto parecía ausente. Fabio se dio cuenta.

—¿Qué quiere saber en concreto? Si puedo ayudarla...

Gemma miró a Elena, que contemplaba embelesada una fotografía: no había peligro de que los escuchara.

—¿Mi marido habló de un accidente?

—Sí. Me dijo que Elena se cayó cuando intentaba colocar el telescopio.

Gemma lo escuchó impasible.

—Mamá, mira esta otra foto —los interrumpió Elena. Salían Stefano y ella, abrazados, en lo alto de un escollo. Elena tendría unos cuatro o cinco años más que en la foto que Gemma le había

enseñado hacía un momento. Fabio no sabía quién era Rossana Podestà, pero esa niña era desde luego muy guapa. Así como el dolor no le había arrebatado la belleza a la señora Cantuzzi, la enfermedad, en cambio, sí había transformado a Elena.

Gemma se esforzó por sonreír a su hija y luego consultó su reloj.

—Discúlpeme —dijo volviéndose hacia Fabio—, pero cenamos muy temprano, y tengo que prepararlo todo. Son más de las seis...

—Dígame usted cuándo prefiere que vuelva.

—No hemos hablado ni un momento de lo que lo ha traído aquí. Pero déjeme los documentos... Imagino que habrá delegaciones, cosas que firmar. O, si no nos lleva demasiado tiempo, hagámoslo ahora. Creo que lo dejaré todo como lo había dispuesto mi marido.

¿Su marido, desde arriba, la había llamado al orden? Si quería hacer las cosas deprisa, la complacería: Fabio abrió el maletín y sacó una carpeta con documentos. Ya había señalado con crucecitas dónde debía firmar Gemma. Algunos párrafos eran meras formalidades, simples manifestaciones de consenso de que, desde ese momento, ella pasaba a ser la titular de la cuenta, y no su marido. Un largo cuestionario que rellenar para confirmar el enfoque, prudente, que pensaba seguir.

Gemma lo leyó atentamente.

—Si hay algo que no le parezca claro o que no le cuadre, estoy a su disposición... Hágame todas las preguntas que quiera.

No le hizo ni una.

—Bien..., firme aquí, aquí y aquí, donde las crucecitas —le indicó, apoyando el dedo directamente sobre la hoja—. Aquí, en cambio, tiene que firmar para trasladar la titularidad de la cuenta de su marido a usted.

—Su cuenta ahora pasa a ser mía, ¿es eso? ¿Puedo usarla como si fuera mía?

—Desde luego. Podía hacerlo también antes, su marido le había otorgado un poder total. Bien, este es el último papel y ya la dejo en paz.

Fabio le puso delante rápidamente el último documento. Era una hoja con membrete del banco, la letra y el formato eran iguales que los que habían visto hasta entonces, pero constaba de una sola

página. Abajo, a la derecha, la línea de puntos para la firma. También ahí había puesto Fabio una crucecita para ayudarla a no equivocarse.

—Mire, con este ya hemos terminado.

—Mamá, tengo hambre —gruñó Elena.

—Un momentito, tesoro.

—Tiene que firmar aquí.

—Aquí, ¿verdad?

Gemma volvió a ponerse las gafas, cogió de nuevo el bolígrafo y firmó.

Fabio se apresuró a retirar esa hoja que le otorgaba la capacidad para operar a su antojo con su cuenta corriente. No cambiaba nada respecto de la gestión con Cantuzzi: también con él podía actuar con total libertad. Obviamente, con la condición de mantenerlo informado de todo. Lo que cambiaba era el nivel de atención a los movimientos. Pero la señora Cantuzzi no parecía en absoluto predecible. Le había abierto su corazón, y ahora estaba de nuevo en otra parte.

A los tres días de esa visita, Sybille Wagner convocó a Fabio a su despacho por e-mail.

—¡Pasa!

Eran días señalados: así como ir a casa de los Cantuzzi significaba recordar una supuesta inocencia perdida, también esa orden de su jefa le recordaba otra vida, aquella en que todavía tenía la esposa con la que se había casado de joven, que venía del mismo mundo que él, y un trabajo que les habría parecido un sueño a todos los que eran como él. Desde aquella conversación con Sybille, ese sueño se había magnificado. ¿Cuántos años habían pasado?

—¡Entra, Fabio! —Lo miró—. ¿Has cogido peso? No, tú nunca envejeces... Mira, me han regalado uno nuevo.

Cogió el pingüino que le tendía y lo observó. Tenía la misma silueta antropomórfica de un hombre con esmoquin, pero este mostraba una especie de sonrisa de payaso, vagamente inquietante. Era el Joker, más que un payaso de circo.

—Cada vez que recibo uno, me pregunto por qué fulanito me lo regala con unas características determinadas y menganito, con otras. Igual es pura casualidad: lo ve expuesto en algún sitio, piensa en mí y me lo compra. Pero no estoy muy convencida.

Lo miró con aire retador.

—Según tú, ¿este quién me lo ha mandado?, ¿alguien que me quiere o que me odia?

Fabio fingió pensárselo.

—¿Alguien que te odia cortésmente?

—Eso creo yo también. Tú nunca me has regalado ninguno...

—Quizá lo haga algún día —bromeó.

¿Cuánto hacía que se tomaba esas libertades con ella? Era un riesgo.

—Durante años, pensé que tú y yo tendríamos un lío. Que acabaríamos acostándonos... —prosiguió Wagner—. Si echo la vista atrás, creo que me casé pronto más que nada para dejar de dar vueltas al tema, ¿me caso, no me caso? Lo hice, y así ya podía concentrarme en otra cosa.

Wagner no tenía filtro, debía de ser divertido dejarse llevar así. Él no se lo había permitido nunca.

—El otro día, salió un tío en la tele diciendo que había querido a cada una de las mujeres con las que había estado... A mí me ha pasado lo mismo. Me gusta estar casado. No me gusta andar a la caza.

—Hay cosas que te interesan más.

—Puede ser.

—Algunas amigas mías que te han visto alguna vez —prosiguió Wagner— me dieron mucho la lata para conseguir tu teléfono...

—¿Y tú qué hiciste?

—No se lo di. Estaba celosa. Si no lo consigo yo, vosotras tampoco... ¿Habrías querido que se lo diera?

—Ahora soy un hombre casado. Vuelto a casar, incluso.

Sybille se levantó y fue a su encuentro.

—Has cambiado tu forma de vestir. Te has buscado un sastre, llevas relojes caros, una corbata de seda de trescientos o cuatrocientos euros...

Lo tocaba mientras hablaba, a él, su corbata, su pelo. Fabio empezaba a sentirse incómodo, pero ella paró de repente y volvió a sentarse a su mesa.

—He hablado con Gemma Cantuzzi. Quería saludarla. Tenía un tono de voz distinto. Doliente todavía, pero más abierto, menos reservado. Cuando le he preguntado cómo estaba, me ha hablado de ti. Dice que habéis visto juntos las fotos familiares...

Lo miró fijamente y se le escapó una sonrisa.

—Me ha contado que esos dos días que su marido pasó contigo fueron los mejores desde hace decenios. Que lo recogiste para hacer juntos una excursión no sé dónde. Y que fuiste a su casa incluso cuando se estaba muriendo. —Se interrumpió, como esperando una reacción por parte de Fabio, pero, como él guardaba silencio, continuó—: No me lo habías contado. ¿Ya no tienes tiempo para mí? ¿Ya no necesitas mis consejos?

—No pensaba que fuera necesario —contestó él sin perder la calma—. Entre Cantuzzi y yo se había creado una relación. Quería que estuviera próximo a él en las etapas cercanas a la muerte, sabía que había llegado el final. Lo ayudé a resolver una situación delicada: una casa que todavía tenía y que Gemma creía que había vendido. Esa en la que murió el hijo. Vi la verja en la que se quedó clavado. Desgarrador. Cantuzzi era mayor, no es una tragedia, pero siento que haya muerto.

—No sé si creerte.

Sybille Wagner lo miraba con una expresión indescifrable.

—¿Por qué?

—Porque no niego que puedas haberle cogido cariño, pero me queda una duda. Desde hace un tiempo, estás esquivo. Evitas a todo el mundo. Así que no puedo evitar preguntarme: ¿por qué? ¿Qué estás tramando?

Fabio empezó a tener sudores fríos.

—Estoy muy ocupado —se limitó a responder.

Unos meses antes, también en el marco de su trabajo, había asistido a un curso para aprender a disimular el nerviosismo en situaciones de mucho estrés, como hablar en público o presentar un

nuevo plan de inversiones a clientes difíciles. Modular la voz y no vacilar habían sido algunas de las recomendaciones.

¿Estaba vacilando? ¿Cómo era su voz? Calló.

—La señora Cantuzzi parece transformada —prosiguió Wagner—. No es que no quisiera a su marido, o que no esté sufriendo. Pero es inevitable que también se sienta liberada. Demasiado control. Demasiado carisma en una sola persona. Ahora que él ya no está, ella tenía ganas de hablar, de charlar. Te diría que casi de cotillear... Me ha contado otra cosa de ti.

Fabio probó a bromear:

—No sé si quiero saberlo.

Wagner se había levantado de nuevo y daba vueltas por la habitación, como buscando algo. Su presa, probablemente.

—Que hiciste una excursión de alta montaña con su marido. A un refugio por encima de los tres mil metros de altitud. En un momento dado, tenías que cruzar un tramo de hielo y te cagaste encima. No querías dar un paso más, ni adelante ni atrás. Cantuzzi te socorrió. Al parecer, se jactó de ello con su mujer durante semanas.

Hizo una pausa para mirarlo de nuevo a los ojos.

—¿Y? —replicó él sin alterarse.

—Cuando me lo contaba, me preguntaba si de verdad habías pasado miedo o si lo habías fingido. En su beneficio. Con ochenta años, salvar a alguien a quien le doblas la edad te da un chute de confianza. Y para un tipo como Cantuzzi, para quien era tan importante ser un buen montañero, no tener miedo, valerse por sí mismo...

—Quién sabe.

—Tú no lo sabes, no: hace tiempo que me he dado cuenta. Es una naturaleza profunda. Instintiva. Algunas cosas te vienen sin necesidad de pensarlas.

Desplazó una silla con ruedas hacia él para sentarse a su lado.

—¿Recuerdas el día en que te propuse que trabajaras en la banca privada? Sabía lo que hacía, pero te confieso que no pensaba que fuera a dársete tan bien. Te conviertes en una persona distinta cada vez que quieres. Incluso cuando no quieres. Y eso para nosotros sin duda es una buena noticia.

Lo estaba felicitando pero parecía tensa, como si se contuviera de hacer o decir algo.

—¿Qué no lo es?

—¿Qué no es qué?

—¿Qué no es una «buena noticia»?

Wagner meneó la cabeza, dejó la silla y se dirigió a la ventana. Ese pingüino payaso que lo miraba fijamente... Fabio apartó la mirada.

—Hace tiempo que te estudio. Al principio era por un interés femenino, digamos. Ahora lo hago como jefa tuya que soy, desde hace quince años. No eres nunca el que uno cree que eres. Como este pingüino, te habrás dado cuenta, ¿no? Si lo miras de frente, tiene una sonrisa cautivadora. Pero si mueves la cabeza y lo observas de perfil, tiene algo inquietante.

—¿Como yo?

Le hablaba con el aire de quien ha creado un monstruo y ahora se pregunta si debe estar orgulloso o preocupado.

—He visto que la señora Cantuzzi lo ha firmado todo —prosiguió, eludiendo su pregunta—. También hemos hablado de eso. Me ha dicho que su intención es otorgarte plenos poderes sobre su patrimonio. ¿Sabes lo que nos queda por hacer ahora?

—Dímelo tú.

—¿No lo sabes? Sí que lo sabes... Tenemos que convencerla progresivamente para que traslade la otra mitad, los otros quince millones, a esta cuenta. Doy por sentado que lo conseguirás...

—¿Pero?

—Pero primero hay una cosa que tienes que hacer. Es una señora muy mayor. De un momento a otro, podría empezar a perder facultades. Lo he visto en otras ocasiones. Es mejor andarse con cautela. Tienen parientes. Y, aunque no los hayan visto nunca, aunque no estén unidos, les estará llegando el olor del dinero. Ya verás que acabarán asomando. —La mirada de Wagner era gélida—. Hay que evitar que asuman el control del patrimonio. Tenemos que ser prudentes. Ya lo he hablado con ella y con un abogado y un notario. Son amigos y pueden echarte una mano en esto. No es un consejo, es una orden. Repito: esperan tu llamada. Formalizad el

acuerdo entre vosotros. Para evitar cualquier equívoco o malentendido. Las palabras se las lleva el viento, pero un documento queda.

—De acuerdo.

—Fabio...

—¿Qué?

—¿Por qué no me has dicho que habías ido a ver a la señora Cantuzzi?

—Pensaba que no te interesaba.

Wagner se volvió hacia la ventana. El pingüino seguía sin quitarle ojo.

—Mira, ha salido el sol.

Él se quedó inmóvil.

—Llámalos enseguida, ¿de acuerdo? Te mando un e-mail con los teléfonos.

Seguía dándole la espalda.

—Gracias.

—Pero, entonces, según usted, ¿la doctora Wagner lo sabía? —le había preguntado el fiscal.

—No lo sé. Lo que es seguro es que salí de allí con una especie de presagio de muerte. ¿Sabe cuando todo está a punto de derrumbarse...?

—No. No lo sé.

—Es difícil de explicar. Pero así es como me sentí ese día.

Todavía no había visto nada.

Cuatro

Una tarde de sol y cielo despejado, Fabio subió las escaleras que llevaban a la segunda planta de un edificio de los años treinta en la plaza central de la ciudad: suelos de mármol, metales brillantes, un elegante ascensor Otis de rejilla, puertas correderas y cuerdas a la vista. Se miró en el espejo de la cabina: ni un solo detalle fuera de lugar.

Llamó y puso un pie en el mármol blanco de la notaría, recibido directamente por el notario y el abogado de los que le había hablado Wagner.

—Buenas tardes, soy Fabio Montari.

Los tres calzaban el mismo modelo de zapatos de cuero envejecido a mano.

—Pase, acomódese, doctor...

De cordones, con el pespunteado en la puntera.

—Gracias.

El notario y el abogado lo invitaron a sentarse frente a ellos en una de las pesadas sillas de época que rodeaban la mesa de reuniones. Fabio se la acercó, se sentó y, a la espera de que empezaran a hablar, miró los frescos del techo, las librerías con vitrina acristalada, antiguas, y los ventanales que daban a los soportales de la plaza central: cómo no cogerle gusto a todo ese lujo.

El notario levantó el teléfono para pedir los cafés. Vestía un traje gris oscuro; el abogado, uno de un tono algo más claro. Era evidente que se conocían de siempre: Fabio se los imaginó con quince años delante de un edificio histórico de la ciudad, con esos chaquetones campestres que estaban tan de moda entre las décadas de los ochenta y los noventa —los llevaban en las fotos lady Diana y Carlos

de Inglaterra, y a partir de ahí impusieron la tendencia—, sentados a horcajadas en esa marca de escúteres que se veían en la puerta de ciertos institutos.

—La doctora Wagner nos ha hablado de usted como de un fuera de serie —empezó diciendo el notario—. Un Ronaldo de la banca privada. Pero no Cristiano, el de antes, el Fenómeno...

Todos esos halagos...

—Este año ha logrado unas cifras impresionantes, nos ha contado. No ha querido entrar en detalles, pero nunca la había oído hablar tan bien de ningún otro empleado. Enhorabuena. De verdad.

Fabio levantó la guardia.

—La doctora nos ha explicado la situación de la señora Cantuzzi —intervino el abogado—. Nos ha enviado toda la información necesaria. Nos ha hablado también de la hija. De sus problemas... ¿Nunca han incapacitado a esa chica?

—Esa «chica» ya tiene casi cincuenta años... No. Digamos que el señor Cantuzzi estaba empeñado en que se la tratara como a una persona normal, sana. Cosa que no es, eso es obvio. Pero él consideraba que no era necesario formalizarlo. Para no humillarla, quizá. Más probablemente, porque él mismo no quería admitirlo.

El notario le preguntó cómo lo veía él.

—Cantuzzi sabía cómo estaban las cosas. Y, por lo tanto, la tenía al corriente, la implicaba, la hacía sentirse parte de los asuntos de la familia, pero sin dejarla decidir nada. Opino que hizo bien. En general, pienso que administró su patrimonio de la mejor manera posible. Pero ustedes lo conocían, ¿no?

—No, por desgracia no.

—No era un hombre como tantos. Tenía Inteligencia, olfato, tenacidad: una abundancia de talentos que no lo protegió de la desgracia.

El abogado intercambió una mirada con el notario.

—En lo que respecta a la viuda, dada su edad, probablemente será necesario proceder a una peritación psiquiátrica para confirmar el estado de sus facultades. Poco más que una simple formalidad si, como nos ha dicho la doctora Wagner, aún está del todo lúcida.

—La doctora Wagner no me ha comentado nada de esto... —dijo Fabio a la defensiva.

—¿Quiere que la llamemos?

El notario ya tenía en la mano el auricular del teléfono fijo. Fabio vaciló ante lo inesperado de la situación. Era evidente que había respuestas acertadas y respuestas equivocadas.

—No, no es necesario...

La liberación de adrenalina es una reacción a la percepción de estímulos tales como el miedo y una amenaza física.

—Me temo que eso pueda no ser del agrado de la señora Cantuzzi.

—¿A qué se refiere con «eso», si me permite la pregunta?

—Someterse a una peritación. Es como si le estuviéramos diciendo que ya no está del todo en sus cabales. Les garantizo que no servirá nada más que para ofenderla.

—Yo no lo expresaría en esos términos.

No, ya no se los imaginaba con esos chaquetones en la puerta del instituto. Estaban conchabados. Los dos y Wagner. Y los tres eran lobos. Él también lo era.

—¿En cuáles, entonces?

Silencio.

—Repito: ¿en cuáles?

Una vez secretada la adrenalina, el corazón aumenta la fuerza y la frecuencia de sus contracciones, las vías bronquiales se dilatan a la vez que las pupilas, y el calibre de los vasos sanguíneos se estrecha.

—¿Podemos volver sobre eso dentro de un momento? Antes quería enseñarle los documentos que hemos preparado con nuestro abogado.

—Con su permiso.

El abogado empezó a enseñarle los papeles. Lo tomaba por tonto. O, simplemente, lo trataba como él a sus clientes, alternando documentos que había que estudiar con la máxima atención y otros en los que se detenía largo rato solo para despistarlo.

—¿Alguna pregunta? ¿Alguna duda, doctor?

—No, creo que no.

Como decíamos, una vez secretada la adrenalina y puesta en circulación, la digestión se ralentiza y aumenta la presión arterial.

—Volviendo a lo que hablábamos hace un momento, entiendo perfectamente sus reparos. Pero lo hemos ponderado mucho, también con la doctora Wagner, y juntos hemos convenido que, si queremos evitar todo riesgo, la peritación es necesaria. Y no queremos correr riesgos, ¿verdad?

Fabio asintió. La silla antigua en la que estaba sentado, la mesa, que estaba allí desde siempre...; él, en cambio, era un bandido, lo sabía. Pero la cuestión no era tanto si ellos también lo sabían o no. La cuestión era que no ganaría él, eso lo tenía meridianamente claro. En toda esa historia, era evidente que el que no ganaría era el único que no sabía sentarse a la mesa con compostura, el que no tenía ni la más remota idea del orden en el que usar los cubiertos o qué copa asociar a un vino o a otro. En su casa, los buenos modales se restringían a lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.

—Es obvio que debo informar a mi clienta —dijo por fin—. Necesitaré unos días para hacerles saber si hubiere algún impedimento por su parte.

«Si *hubiere*.» Pero ¿a quién quería engañar? Fingió no comprender que para ellos el tema estaba ya zanjado.

—De acuerdo. Si no los hubiere, yo fijaría lo antes posible la cita con el especialista. Si la peritación da un resultado positivo, y, por lo que nos dice, no tenemos razón para dudarlo, podremos proceder a continuación con el poder general.

—Perfecto.

—Todos de acuerdo, ¿entonces? —dijo el notario.

—Una cosa más... —rebatió Fabio, bien sentado en esa silla desproporcionada—. Antes de concluir, me veo en la obligación de preguntarles a cuánto ascienden sus honorarios. Obviamente, es otro elemento que debo poner en conocimiento de la señora Cantuzzi para su valoración.

—Desde luego. Está todo aquí, incluido el IBAN y los plazos de pago que hemos previsto.

—Si me permite...

Fabio cogió el sobre. Lo elegante habría sido llevárselo y leerlo en el ascensor o en la calle, después de despedirse. Pero él no tenía la más mínima intención de ser elegante. Lo abrió, obligándolos a volver a sentarse.

Leyó rápidamente el texto y luego dirigió la mirada a la cifra, en la parte inferior de la página. No tenía sentido. Se fijó mejor. Sí, sí, era eso. Era la cifra, alta, que se esperaba, pero multiplicada por diez.

Con la adrenalina circulando por el organismo no se ralentiza solo la digestión, sino también la excitación sexual: el imperativo es luchar y ponerse a salvo; se relegan ciertas funciones vitales, en beneficio de aquellas necesarias para la supervivencia.

Alzó los ojos del papel: lo estaban observando, impasibles. Todo llevaba a eso: los halagos, la ceremonia de recibimiento. Y no albergaban el más mínimo temor ni la más mínima inquietud de que él fuera a oponer ninguna objeción. Esos honorarios no tenían razón de ser, pero ellos estaban extremadamente tranquilos. Sintió un retortijón en el estómago: ahora era él el que tenía miedo.

Les estrechó la mano a ambos.

Lo sabían.

Joder que si lo sabían.

—¿Qué sabían?

—Sabían mis tejemanejes con las otras cuentas. Sabían que estaba jugando sucio. Yo no era un santo, pero ¿y ellos?

—¿Puede demostrarlo?

—No, no puedo demostrarlo.

—¿Entonces?

—Entonces fue ahí cuando pensé en lo que nunca había pensado antes.

—¿En el dinero de los Cantuzzi?

—Primero hice otra cosa, nada más salir de allí.

—Lo sabemos. Compró un collar de treinta y nueve mil euros.

¿Sabía en ese momento cómo acabaría todo? ¿Sabía que lo detendrían, que lo denunciarían? No, ni siquiera ahora que estaba tras los barrotes sabía cómo acabaría todo. Las audiencias

preliminares, el juicio: eran varias las cosas que aún debían suceder y que sucederían. Pero que en ese momento se estaba hundiendo, eso parecía fuera de toda duda. Igual de obvio era que no había buenos que controlaran que un malvado respetase las reglas. Había uno que robaba, y otros ocupados en averiguar cómo sacar tajada.

Pero fue el jefe verdadero de esta segunda facción el primero en mover ficha e invitó a Fabio a almorzar con un simple mensaje.

Tenía un par de horas que matar antes de la cita con Sybille. Cogió el coche, salió del centro de la ciudad y tomó por una de las vías rápidas. ¿Qué ciudad hay de la que se pueda salir en pocos minutos?

Los campos de trigo se alternaban con enormes naves industriales, algunas de ellas abandonadas, y sedes de empresas pequeñas y medianas que durante decenios habían traído riqueza a toda la región. Al cabo de un par de kilómetros, Fabio aminoró la velocidad y abrió la portezuela. Miró en derredor para ver si había alguien. Nadie. Salió del coche y se dirigió a paso rápido a una verja, que abrió, y luego a la nave. Debía de haber servido para muchos usos distintos. O, al menos, esa era la sensación que daban los restos de adhesivos con logos de empresa que no se habían despegado del todo. Se podía establecer una historia de la industria de los últimos cincuenta años a partir de esos vestigios de algo que no parecía épico en absoluto, ni siquiera en sus inicios.

Rebuscó en el bolsillo para encontrar la llave. Ahí estaba. Abrió y cerró la puerta tras de sí después de encender la luz. Se dirigió a un pequeño armario: en un rincón, escondido detrás de un cartón, había un estuche. Sacó el Patek Philippe: lo observó y se lo puso en la muñeca con cuidado. Al final se había decidido a comprarlo.

En esa nave no se oía ningún ruido, ningún sonido: se limitó a escuchar las agujas del reloj. Nadie sabía que había comprado ese lugar, ese reloj o esos coches. Escondió en el armario también el estuche con el collar. Miró el Patek y decidió dejárselo puesto. ¿Cuánta gente era capaz de adivinar que le había costado cuarenta y ocho mil euros? Allí donde vivía, mucha.

Miró los coches aparcados.

No sabía si ir hacia el FIAT 124 Spider de colección o al Alfa Romeo SC 3000 de competición: no tenía tiempo para los dos. Finalmente se decantó por el Alfa Romeo; abrió la portezuela y se sentó al volante. Observó el austero salpicadero de hierro; las barras a izquierda y derecha de los asientos de piel; ese aroma; los pequeños indicadores de la temperatura del aceite y del agua; el de la gasolina y, más grande, a la derecha, el tacómetro. Apoyó las manos en el volante, mirando alternativamente el parabrisas, los mandos, con esa forma tan elegante que tenían, y su reloj nuevo, que asomaba por el puño de la camisa.

Puso el motor en marcha.

Cantaba.

Dios santo.

Esos sí que eran coches.

Seis cilindros en línea, monobloque de hierro fundido, culata de aleación ligera.

Ese coche había corrido las Mil Millas y las 24 Horas de Le Mans. Habían pasado sesenta años. Envejecía bien. Bajó la ventanilla y apoyó el brazo fuera: todo ese secretismo... Antes o después, quería hacer un pequeño viaje. Con Carolina. Bastaba con no llamar demasiado la atención, salir por la tarde, quizá, o por la mañana temprano, y luego disfrutar de la libertad fuera de la provincia.

Miró la hora: tenía que irse. Todavía no le había dicho a la señora Cantuzzi lo del notario. Si había entendido algo de ella, seguramente pensaría que se confirmaba su prejuicio: los notarios eran unos ladrones. Todos, desde el primero hasta el último. Y los abogados también.

Sybille estaba ya en el interior del restaurante, saboreando un moscow mule en la barra. Calzaba unas botas de piel de serpiente que Fabio no creía haberle visto nunca.

Dejó la chaqueta y, cuando se reunió con ella en la barra, el barman había preparado ya otro moscow para él.

—Hola, Fabio.

—Sybille...

—Por el mejor banquero del año...

La miró perplejo.

—Has logrado los mejores resultados. Unos rendimientos impresionantes. Está bueno, ¿verdad?

Saboreó su cóctel. Estaba riquísimo. Otra vez esos halagos... No debía dejarse engañar. Wagner nunca salía a divertirse sin un objetivo.

—¿Nos tomamos otro? —le propuso al poco.

Intentó negarse, pero el barman ya lo estaba preparando. Wagner no jugaba nunca fuera de casa: conociéndola, bien podía haberse puesto de acuerdo con el barman para que sus consumiciones estuvieran menos cargadas que las de su invitado. Ese restaurante era el enésimo de la lista que había elegido ella directamente. Y estaba claro que iba a menudo, que gastaba mucho dinero y que, por eso, todo el mundo allí la veneraba. Ambas cosas solían ir de la mano, como estaba empezando a aprender él también. La veneración te la comprabas con cuatro perras.

—¿Qué te parece este sitio? Para mi gusto, hacen el mejor moscow mule de la ciudad. ¿Tú qué opinas?

—Creo que es el primero que me tomo en mi vida. Pero está bueno. ¿Estamos aquí para emborracharnos?

—Quizá. He discutido con mi marido. Dice que no quería una mujer que lo siguiera a todas partes, pero que estoy exagerando. Se ha hecho mayor: dice que me echa de menos, mira tú por dónde.

—¿Preparada para las comidas de domingo? ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo bien de lo que dijimos. Hace tanto dinero de eso... No, no estoy preparada.

—Yo tampoco. Pero ahora me he casado con alguien a quien le apetecen aún menos que a mí. He tenido suerte, diría yo.

—Bravo. ¿Todo bien con el notario? —le preguntó, mirándolo fijamente.

Habían hablado, estaba claro. Pero Fabio tenía ganas de seguir jugando.

—Todo bien. Gracias por el consejo. ¿Tú lo quieres?

—¿A quién?

—A tu marido.

Wagner hizo una mueca y vio que él se había dado cuenta. Retomó su papel de jefa. No tenía a sus pingüinos para acariciarlos.

—Hace diez años, tenía un empleado. No era como tú, pero parecía bueno. Empecé a tratarlo bien. Lo invitaba aquí y allá, de copas, a restaurantes. Una noche, bebimos un poco, estábamos con otros compañeros, y él empezó a presumir de que lo invitaba por ahí, de que tenía atenciones especiales con él. Había bajado la guardia. A la mañana siguiente, lo despedí. Ya no podía fiarme de él.

Fabio dejó la copa.

—¿Quieres despedirme?

La idea de que otro zanjara en su lugar esa historia de fantasmas lo hizo temblar de gusto.

—No. Simplemente me estaba acordando de él ahora.

Tenía hambre. No había comido nada. Debía de ser eso de la digestión y la adrenalina.

—¿Y Carolina? —prosiguió Wagner—. Mi marido habla maravillas de ella. Sus padres son amigos de su familia. Ya sabes cómo funciona esto, ¿verdad? Me enteré de que estabais juntos antes que tú.

—Me lleva a exposiciones. Me cultiva un poco. Lo pasamos bien.

—Es una chica carismática. Joven. Algo rebelde. Me han contado una cosa...

—¿Qué cosa?

—Una cosa de cuando era más jovencita. No creo que alguien pueda habérselo inventado. Cuando tenía quince años, me parece, un día desapareció. Tenía un novio no muy listo, medio yonqui, mucho mayor que ella, y sus padres querían que lo dejara. Una mañana, Carolina se preocupó de apagar el móvil y desapareció. Nadie sabía dónde estaba. Tampoco los padres del chico, pero no era la clase de gente que se preocupa por los hijos. Él dormía muchas noches fuera de casa. Vamos, que, si era así el chico, sus motivos tenía. La madre de Carolina estaba fuera de sí: la buscó por todas partes, recurrió a la policía y a los *carabinieri*, contrató a un investigador privado. Luego ella y el marido comprobaron los movimientos del cajero automático: había un descubierto de dos mil o tres mil euros. Unos días después, fueron a París y la encontraron

con ese chico en un hotel de cinco estrellas en la zona de la place Vendôme: estaba en la sauna, disfrutando del calorcito con su novio yonqui. Con quince años ya había hecho su versión personal de la fuga de casa... Predecible, ¿no?

—Me lo había contado —dijo Fabio, fingiendo aplomo.

No era verdad. Pero no había nada en ese relato que lo asombrara. Si eso era posible, ahora Carolina le gustaba aún más.

—Si naces con ciertos privilegios, mola decir que no te interesan. Pero son parte de ti.

—Doctora, disculpe, si quiere acomodarse... Vamos a servir los primeros —la interrumpió un camarero.

Fueron a una salita contigua. Estaba llena, pero nadie parecía estar allí por placer, todos los que se encontraban allí era para hacer negocios.

—¿Quiere que le lleve el cóctel a la otra mesa? —le preguntó el camarero a Sybille.

—No, gracias. ¿Mejor puede servirnos el Chablis que suelo tomar?

—Por supuesto, doctora.

A él nadie le preguntaba nada.

—He pedido para ti también los *tagliolini* con trufa... ¿Qué te estaba yo diciendo? Ah, sí, que me alegro de que te vayan bien los negocios.

¿A qué se refería?

—Gracias —se limitó a responder Fabio. En todas las mesas vecinas se desenvolvían dinámicas idénticas: un jefe o jefa con un subalterno o subalterna. Imposible confundirse sobre quién estaba al mando y quién obedecía.

—¿Cuánto hace de lo de Roberta?

—Ya no me acuerdo. Pensé tanto en ella que, en un momento dado, dejé de hacerlo por completo. El otro día escuché por la radio un *talent show*. Había un chico que decía que había escrito una canción para superar el dolor del abandono. El jurado le dijo que, al cabo de diez años, le estaría agradecido a ese dolor que le había permitido convertirse en artista. Quizá para mí haya sido lo mismo.

—¿Tú en qué te has convertido?

Estaba dando rodeos. No era propio de ella invitarlo *solo* para charlar.

—No lo sé. Pero estoy bien. Así que igual estoy tomando el rumbo adecuado.

Le sirvió el vino. Fabio probó la pasta. Estaba deliciosa, pero era escasa. Sentía el alcohol corriendo por sus venas. Ahí no podía fingir que bebía.

—Vamos a pedir otra botella.

No era una pregunta.

—Estoy algo cansado. Y, además, por la tarde...

—¿Adónde tienes que ir?

En esos almuerzos de trabajo, en esos restaurantes que prosperaban a costa de esas reuniones, siempre había uno que podía hacer todas las preguntas que quería, y otro que no debía equivocarse en las respuestas. Y, aunque su cuenta corriente levitara, él siempre sería de los que no podían permitirse demasiados errores.

—Tengo una cita...

—Mmm.

¿Cuánto iba a durar esa nueva representación? Todavía no se había recuperado de la de la notaría.

Vieron llegar una nueva botella de vino. Sybille lo probó primero y luego llenó las copas.

—¿Podrías organizar otra fiesta? —le preguntó después en tono despreocupado—. Los chicos de la plantilla dicen que ahora pasas de ellos. Todos estarían encantados. Me parece que la tuya fue la única fiesta de verdad a la que han ido en su vida.

¿Por qué insistía tanto? ¿De qué tenía miedo?

—Quizá. Quizá podríamos hacer otra.

—Sí, en otro sitio. Esta vez podríamos ir a Venecia... Pero, bueno, te preguntarás por qué estamos aquí.

Por fin.

—No, no lo sé. Solo intento no olvidar que debo tener cuidado de no presumir con mis compañeros de estas invitaciones tuyas.

—Tonto. Quería pedirte un favor. Una cosa que preferiría que quedara entre nosotros.

Conque eso era. Fabio asintió.

—Ando un poco justa de liquidez. Acabo de hacer una inversión importante, y no me queda nada en la cuenta. Tengo una prima a la que me gustaría ayudar: una loca, que no para de viajar a la India... El año pasado se fue en bicicleta de Viena a Moscú. Hace algún trabajillo creativo, tiene un poco de dinero heredado, que si subsidios del Estado alemán... —Sybille hizo una pausa—. Somos el día y la noche, pero nos llevamos bien, crecimos juntas. Y ella ahora tiene un problema de salud: tiene solución, pero está en lista de espera. Ha entrado en pánico: quiere operarse enseguida porque está convencida de que, si no, perderá la pierna. Imagínate, una tía así, perder una pierna. El caso es que, en este momento, no puedo ayudarla.

Fabio no traicionó ninguna emoción. Al menos ahora sabía de qué iba la cosa.

—¿Cuánto dinero necesitas? Si me lo puedo permitir, lo hago encantado...

—Setenta y cinco mil.

Fabio vaciló. Y, de nuevo, puso cara de póquer. Hacía siglos que se había comido los cuatro *tagliolini*: tenía el plato vacío y la copa llena.

—¿Es un problema para ti? ¿Es una cifra demasiado alta?

—No. No lo es.

—Me lo imaginaba.

¿Qué se imaginaba?

—¿Cómo te lo paso? ¿Se lo transfiero a ella o a ti?

Wagner dejó escapar una sonrisa.

—Es nuestro trabajo, ¿no?

Su expresión era otra ya. Ahora estaba en su terreno.

—¿Lo necesitas enseguida?

—Esta misma tarde sería lo mejor.

Tomaron el segundo hablando de unas cosas y otras. De los compañeros, del que se había separado de la mujer, del que estaba empezando la quimio después de que le hubieran diagnosticado un tumor. Se despidieron citándose más tarde en el banco para resolver el tema.

—Antes tengo que pasar a ver a un cliente. Nos vemos dentro de una hora —dijo Fabio.

Ya no había duda. Wagner reclamaba su parte del botín. ¿Existía de verdad esa prima? Quizá. Quería ponerlo a prueba y hacerle entender que tenía que andarse con ojo.

Despachó la gestión con la cabeza en otra parte y volvió al banco a dejar que Wagner le pusiera la soga al cuello.

¿Cuánto tiempo tenía? ¿Cuánto le quedaba?

Cinco

Y si hubiera...

En esos días en que cada comentario de los compañeros le parecía una indirecta, cada frase, una amenaza oculta, a Fabio se le cruzó por la mente una idea que, *a posteriori*, solo podía ocurrírsele a alguien que estaba perdiendo el juicio. O que estaba paranoico.

Acababa de transferirle setenta y cinco mil euros a Wagner, sin la más mínima expectativa de recuperarlos, pero con la esperanza de que aún podría salir airoso. Pensó en parar. Es más, pensó en dar marcha atrás.

Trazó un plan que parecía obra no de alguien que lleva años pasando cientos de miles de euros de una cuenta enemiga a una cuenta amiga, sino del típico compañero de colegio gamberro que se sentaba siempre en la penúltima fila porque en la última cantaba demasiado.

Pensó seriamente que las cosas podrían ser como en la infancia: le devolvías a su legítimo propietario el balón que le habías birlado, le pedías perdón y hacías las paces con él. Que fuera cuestión de cientos de miles de euros, en un lapso de meses y años y no de horas, le pareció secundario. Iría a ver a Wagner y le diría que se había acabado. Que lo devolvía todo. El hecho de que fuera ella quien lo chantajeaba debería haberlo puesto en guardia, pero, durante un momento que duró varias horas, se sintió ligero y en paz.

—¿Entiende?, nunca había pensado seriamente en las consecuencias. Creía que nadie se daría cuenta nunca. Quería denunciarme, y quizá todo cambiaría.

—¿Dónde están esos tres millones, Montari?

Los coches apenas los había tocado, las joyas, lo mismo. Carolina solo se había puesto una vez el collar. Los relojes y los cuadros no los había estropeado, los vinos no se los había bebido: revendía lo que había comprado, devolvía el dinero que había sustraído, lo devolvía a las cuentas que había saqueado, y todos felices y contentos. Perdería algo, pero haría borrón y cuenta nueva, y volvería a ser un empleado de banca.

No hizo falta mucho para que en esas ansias de purificación se colara un sentimiento que parecía haberse apoderado de todos los adultos a los que conocía y con quienes trabajaba: un afán desmedido de conquista. Eso de que uno tenía un juguete nuevo y, enseguida, otro niño quería arrebatárselo o decía que era suyo. Luego, al hacerse mayores, casi todos se habían aficionado a ese juego, para el que ni siquiera había árbitro.

Solo conocía a una persona que no era así, y era su exsuegro. Pero no era a verlo a él adonde iba ese día en que daba vueltas en la cabeza a esas ideas locas dictadas por la desesperación.

Hacía bueno y, cuando apagó el motor, a pocos pasos de la entrada, oyó algo, un ruido sordo y regular que le transmitió una sensación agradable que tardó un poco en identificar. Levantó la cabeza y vio que Gemma y Elena estaban jugando al *ping-pong*, iluminadas por la luz del sol. ¿Quién sabe lo que habría pensado Cantuzzi? Se lo imaginaba como alguien a quien le molestaban los ruidos. Pero igual se equivocaba, es más, igual se habría alegrado de ver que, pese a sus temores, no había suprimido la vida ni en su mujer, ni en su hija; solo había puesto en pausa su capacidad de ser felices.

Cuando terminó el punto, Gemma lo recibió sonriente, con una raqueta y una pelota en cada mano. Le preguntó con un gesto si quería medirse con ella.

—Vamos, mamá, saca. Terminemos el partido —se entrometió Elena.

—Venga, pues saca tú.

Fabio se quedó delante de ellas. Estaban oxidadas, pero en tiempos debían de haber jugado mucho: Elena se las lanzaba casi todas dentro, y Gemma se movía poco, por su edad, pero las

colocaba bien, decidiendo cada vez si ganar el punto o regalárselo a su hija. Esa mesa debía de tener al menos cuarenta años, así como las raquetas, aunque le parecía que las modernas tampoco eran muy distintas. A decir verdad, ¿cuánto hacía que no veía una de cerca? Recordó la época en que, para un niño, una mesa de *ping-pong* era el lujo supremo.

Como con las fotos del salón, probablemente ayudadas por la asistenta, Gemma y Elena se habían ocupado del jardín después de una eternidad: habían limpiado la mesa en la que quizá comían cuando los niños eran pequeños, lavado las sillas, colocado los cojines y comprado un balancín nuevo. Fabio siguió desde allí el final del partido. Envuelto en esa tibieza primaveral y arrullado por ese ligero balanceo, observó a Gemma llegar a dieciocho de veintiuno y luego dejarle a Elena los últimos puntos para que ganara ella. Había cosas que no cambiaban nunca.

—Elena, lo dejamos por ahora. Tengo que hablar con el señor Montari. Ve a descansar un rato. —Y volviéndose hacia Fabio—: ¿Quiere que pida que le traigan un té o un café aquí fuera? ¿Qué prefiere?

—No quiero nada, de verdad. ¿Y si echamos una partida? Hace mucho que no juego. Podemos charlar mientras peloteamos. ¿Quién saca?

—El invitado.

Le lanzó la pelota, divertida. Fabio hizo un movimiento desmañado, como quien trata de recordar algo que sabía hacer en el pasado.

Fuera.

—Cero-uno.

Se sentía bien con ella, como con Angelo. Tal vez tendría que haber nacido antes. O en otra casa.

—¿Sabe que, después de que me hablara de ello, recordé la tarde en que mi marido volvió de los dos días en la montaña? Estaba radiante, y ese ánimo le duró un tiempo. Lo vi feliz, como antes de que toda nuestra historia, la mala, empezara: tenía la cara un poco quemada, estaba cansadísimo pero orgulloso, con ganas de hablar. Hacía tiempo que no dormíamos separados, ni siquiera una noche.

Lo eché muchísimo de menos. No hemos tenido una vida fácil, pero, mientras me contaba, yo pendía de los labios de mi marido como si lo hubiera conocido ese mismo día. Estaba ahí, hablando del refugio, de usted, del glaciar. Todavía no me había dicho que estaba enfermo, pero yo ya lo sabía, por supuesto que lo sabía, y solo sentía gratitud. Me sentía tan agradecida a la vida por haber luchado durante decenios junto a un hombre como él. Aunque me haya ocurrido lo que a ningún padre debería ocurrirle, al menos lo afrontamos juntos. El tumor lo estaba consumiendo, pero él estaba ahí pensando solo en cómo protegernos, en cómo hacer que estuviéramos seguras. —Se interrumpió conmovida—. Quería llamarlo para agradecerle que me devolviera *in extremis* a ese marido, que ya casi había olvidado. Pero no lo hice, me dio vergüenza. Requería explicar demasiadas cosas.

Ya no contaban los puntos. Se limitaban a pelotear, acompañando así la conversación. Mientras tanto, Fabio había recuperado la soltura de los movimientos y los golpes.

—Pues yo, en cambio, me pasé días pensando que había quedado fatal. Le había dicho que era un apasionado de la montaña, pero nunca lo he sido. ¿Sabe lo que me dijo cuando se lo confesé? Que me entendía, porque él había hecho lo mismo para poder irse a Argentina. Había fingido hablar español e inglés para que lo contrataran.

Gemma se quedó con la pelota en la mano, demorando el saque.

—Sí, me lo contó. Pero solo después: trasladar a una familia a la otra punta del mundo sobre la base de una mentira... —Se rio—. Como le decía, al volver de esa excursión, parecía casi el hombre que era en el pasado. Después de lo de Stefano y, sobre todo, después de lo de Elena, no hubo más que oscuridad. Ya no quiso seguir luchando. ¿Cómo hacía un hombre acostumbrado a ver a la gente ponerse firmes cuando llegaba él, no solo en el trabajo, sino en cualquier parte (tenía un carisma único), para convivir con esas miradas de conmiseración? Siempre había sido un ganador, y luego todo se convirtió en un: «¿Te das cuenta? Ha perdido a un hijo, y la hija...». Esas miradas se te metían dentro, se convertían en ti, te quitaban las ganas de salir, de bromear. Y, cuando lo hacías, siempre

había alguien que decía: «Mira cómo disfruta... Pero ¿cómo puede?». Desaparecían las ganas de conocer gente nueva, porque un buen día saldría el tema, o ya lo sabían y estaban impacientes porque llegara el momento en que les hablaras de lo que te había ocurrido. Imagínese que, antes, yo veía siempre *Dallas*. Mi marido se burlaba de mí, pero un día me dijo una cosa que nunca he olvidado: que nos parecíamos a ellos, con el mismo dinero y el mismo éxito, pero sin los divorcios. El futuro en ese momento era de verdad algo increíblemente tranquilizador.

—Quizá no había alternativas. ¿Cómo olvidar?

—No se olvida, pero se puede tratar de soportarlo, se puede tratar de dejar atrás lo que nos hace sufrir. Yo lo hacía ayudándome con una tontería. Las cosas serias, a mi juicio, no funcionan. Se puede ir a un psicólogo, tomar medicinas, pero yo, en un momento dado, me inventé una vía de escape y fue eso lo que me mantuvo con vida. Espero que mi marido también hubiera encontrado una... Pobre hombre.

Fabio se quedó un poco desconcertado, preguntándose si Gemma quería que se interesara por esa «tontería». Era como caminar en la cuerda floja. Al fin se decidió:

—¿Me cuenta esa «tontería»?

Ella no se hizo de rogar:

—Cuando Elena empezó a estar mal, en esas semanas tan dolorosas, sucedió una cosa. Por fin me había decidido a ocuparme del armario de Stefano: no quería tirar nada, solo poner un poco de orden. En la balda más alta había un viejo tocadiscos, de esos de plástico, portátiles, con un asa. Debía de haberlo guardado allí, luego los niños se habían hecho mayores, ya había elepés, y se habían olvidado de él. Lo cogí, y sonó. Era una canción que Stefano y Elena escuchaban todo el tiempo, *Enola Gay*, un éxito de aquella época. Era increíble que las pilas funcionaran todavía... De hecho, la canción sonó solo unos segundos y luego se paró. Me dio mucha impresión. Intenté sacar el disco y volver a ponerlo, pero, obviamente, ya no funcionó. —Se pasó una mano por la frente—. Usted ahora pensará que estoy loca, y quizá tenga razón. Que lo soñé todo, que fue una alucinación. Pero esos días me habría

agarrado a lo que fuera. Quizá también ahora... Total, que me dije que era Stefano el que me hablaba. También Elena: la niña feliz que un día había sido. Era su manera de comunicarse conmigo. Estaba tan desesperada, que me parecía más fácil imaginarme voces del más allá que aceptar que había perdido para siempre a mi hijo y ver a mi hija gritando de noche y arrancándose mechones de pelo. Una cosa de la que me arrepiento es de no habérselo contado a Angelo: debería haber compartido esto con él, pero me daba demasiada vergüenza. Desde esa vez, cuando Angelo y Elena salían, bajaba las persianas, apagaba todas las luces, trataba de que todo estuviera lo más en silencio posible, colocaba las pilas, ponía el disco y me sentaba cerca. Cerraba los ojos y, en un momento dado, ocurría.

—¿El qué?

—Los oía. Oía la voz de Elena, la risa fuerte de Stefano, que nunca se reía, pero qué bonito era cuando lo hacía... El ruido de las botas cuando se marchaban por la mañana temprano a la montaña con Angelo para ir a esquiar, la cartera arrojada al suelo cuando volvían del colegio.

Se le apagó la voz en la garganta. Siguió hablando Fabio.

—Mi madre siempre ha sido contraria a este tipo de cosas. Se enfadaba en cuanto alguien hablaba de lo sobrenatural. Mi padre y yo éramos como ella. Solo creíamos en lo que veíamos o tocábamos. Nos burlábamos de ciertos parientes por eso. Qué inocentones, decíamos. Pero, un día, hablando con un amigo, me enteré de que, durante mucho tiempo, su madre y la mía habían ido juntas todos los años, en el mes de enero, a una echadora de cartas. Cuando vio la cara que puse, estalló en una carcajada: «¿No lo sabías?». Su madre bromeaba siempre sobre eso, para ella era una especie de juego... Mi madre no se lo comentó nunca a nadie. Y yo nunca le dije que lo había descubierto.

—¿Por qué?

—No lo sé. En nuestra casa no se hablaba de nada que no fuera quién paga el gas, quién baja la basura.

Volvió a sacar, y él a devolver la pelota. Gemma tiraba fuerte de derecha y se defendía de revés. Fabio se dio cuenta de que el *ping-*

pong la relajaba, le aliviaba la vergüenza que le daba decir lo que se disponía a contarle.

—Y luego hay también otra cosa que he hecho en todos estos años. Me da más vergüenza todavía, pero ahora ya se la quiero contar.

—Dispare, Gemma —bromeó Fabio.

—Digo palabrotas. Es tan absurdo... Insulto a las montañas. En mi cabeza. Como si fueran ellas las responsables de todo.

—¿Qué clase de palabrotas?

—No soy capaz. No creo haber pronunciado jamás en voz alta ninguna de esas palabras.

—¡Inténtelo!

Estaba a punto de hacerlo, pero vio que volvía Elena. Negó con la cabeza y volvió a sacar, nerviosa, con demasiada fuerza. La pelota rebotó en el campo de Fabio y se fue fuera, obligándolo a ir a recogerla a varios metros de distancia.

—Estoy dando rodeos, pero le he contado todo esto, le he hecho todas estas confidencias por un motivo concreto. Quiero decirle que le estoy agradecida por estas conversaciones. Por ese retazo de alegría que le regaló a mi marido. Tenemos demasiado dinero y demasiados años. Quiero hacerles algún regalo a las personas que, de un modo u otro, han estado cerca de nosotros o nos han ayudado. Le dejaré a Elena lo que va a necesitar antes de que sean otros los que se lo lleven. Parientes que nunca han estado a nuestro lado. Porque, por más que sea verdad que uno se aísla, también hay que decir que muchos no han movido un dedo para sacarnos de nuestra madriguera. —Respiró hondo—. De modo que prefiero darle una parte a usted. Y a la señora que se ocupa de nosotros desde hace tiempo. Y a otras personas que ya le iré presentando poco a poco.

Mientras volvía a casa, Fabio reflexionaba sobre el hecho de que de esa mesa de *ping-pong* habían salido dos cosas: la primera era que a cualquier otro lo habría repugnado pensar que estaba robando a alguien que quería saldar una deuda con él. La segunda, consecuencia directa de la primera, era que lo que le ofrecía Gemma

le parecía calderilla. Tenía razón cuando decía que su marido y ella tenían demasiado dinero. ¿Cuánto necesitaba Elena? ¿Dos millones? ¿Tres? Ahora que había decidido transferirlo todo a su banco, los millones ascendían a más de treinta. No había de qué preocuparse. Además, ya habían saltado los diques.

Cuando aparcó el coche en el garaje, pensando todavía en la promesa de la señora Cantuzzi, se topó de frente con Roberta. Estaba ahí, inmóvil. Sintió un pellizco en el corazón. Se acercó a ella tratando de contener la emoción. O el dolor, que nunca se le había pasado del todo.

—¿Cómo estás?

Escuchó su propia voz: una cosa más que había cambiado desde que eran marido y mujer. Roberta no: ella era más o menos la misma de siempre.

—Yo estoy bien. ¿Y tú, Fabio? ¿Cómo estás tú?

Entender que no estaba allí por casualidad sino para verlo le regaló la primera sensación de alegría desde hacía varios días.

—Tenemos que hablar, Fabio.

Estaba enfadada. Pero no era solo eso. Fabio consultó la hora, dándose cuenta de que el Omega que llevaba desde hacía años le parecía una cutrez. Con todo, las agujas decían que tenía tiempo. El mismo que había transcurrido desde la última vez que la había visto. ¿Cuánto? Ya no lo sabía.

—¿Quieres subir? ¿Te apetece un café?

—Qué elegante estás, se te ve bien.

¿De verdad había olvidado alguna vez cuánto le gustaban esas pantorrillas desnudas que asomaban por debajo de la falda, esos hombros suaves y sin aristas que entreveía a través de la camiseta?

No, nunca.

—Solo un momento. No me apetece que nos vean aquí, en la calle.

Y ese cuello, ese pelo recogido con un pasador, que lo excitaba a saber por qué, ese imperceptible toque de maquillaje en los ojos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de perderla?

Se dirigieron deprisa al ascensor. Era muy nuevo, en un edificio antiguo en el que, un buen día, a los vecinos les había parecido

incongruente seguir subiendo a pie.

Callaron. Sus miradas iban del espejo a los botones, en los que los números de los pisos se iluminaban uno después de otro. Luego la puerta se abrió, y ellos siguieron a paso rápido hacia el apartamento. Fabio giró deprisa la llave en la cerradura de la puerta blindada. Les dio el tiempo justo a cerrarla tras de sí, sin llave, y se precipitaron al suelo juntos. Aún se acordaban de todo con precisión.

En la calle, una alarma de coche llevaba sonando varios minutos. Fabio levantó la mirada. Roberta tenía la falda subida hasta la cintura, las bragas colgando de un tobillo y un zapato balanceándose de un pie. Espió por la gran cristalera que daba a la terraza. En las colinas, más allá del río, en un periodo —la década de los sesenta— en el que todo el mundo deseaba tener una segunda residencia, aunque fuera a quince kilómetros de la primera, construyeron una enorme urbanización de cemento armado. Estaba a un paso, a una altitud de ochocientos metros que garantizaba un tiempo fresco en verano, y en invierno se respiraba aire sano y se disfrutaba de una pequeña estación de esquí para familias que quedaba a un tiro de piedra. Se había construido deprisa y corriendo, en una época de pocas normas y en un terreno inadecuado. Unos años después, el que pudo vendió el apartamento a mitad de precio. Los demás lo abandonaron cuando vieron que para ir del salón al cuarto de baño tenían que subir una pendiente y luego bajarla para ir del baño a la cocina.

Después, el edificio se transformó en colonia de vacaciones.

Fabio pasó allí un verano, antes de que alguien llamara la atención sobre el hecho de que una casa que no era adecuada para particulares tampoco podía albergar niños. Recordaba todavía el suelo, que crujía a cada paso, y las broncas de los curas, que los conminaban a no quejarse tanto y a dejar de preocuparse.

«Dad gracias a Dios de que os llevamos fuera de la ciudad. Vergüenza debería daros.»

No le daba vergüenza ahora, mucho menos entonces...

Roberta se apartó de él, se colocó bien la falda y se sentó en la cama. Seguía descalza, con esos pies tan finos que siempre lo

habían vuelto loco. Miró en derredor.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

No lo recordaba exactamente. Carolina había heredado ese apartamento, pero no había vivido nunca allí porque era demasiado grande para una persona sola. Ahora, él por fin podía disfrutar de la vista del puente de cinco arcos y del respeto de quienes lo envidiaban.

—Mmm... Unos meses.

Roberta empezó a recorrerlo, mirando a un lado y a otro. Fabio se dio cuenta de que llevaba meses conteniendo a Carolina cada vez que proponía invitar a alguien a cenar. Vio a Roberta pararse de pronto frente a un Guttuso y luego volver sobre sus pasos.

Lo miró, meneando la cabeza.

—Mi mujer es muy rica.

Siguió meneando la cabeza.

—He visto los extractos bancarios de mi padre. Lo han llamado del banco.

—¿Quién?

—Giacconi. Giacchetti... Un nombre así. Mi padre me ha jurado que hablaría contigo. Pero no lo hará. Te aprecia demasiado. ¿Nos estás metiendo en un lío, Fabio?

Roberta se había soltado el pelo y ahora se lo estaba recogiendo de nuevo con el pasador, mientras seguía mirando a su alrededor. Esa casa, esos cuadros...

—Le estoy haciendo ganar dinero.

—No sé qué clase de tinglado estás montando, pero seguro que alguno. De repente, mi padre tiene en la cuenta más dinero del que ha ahorrado en toda su vida.

—¿Es una mala noticia?

—Déjanos fuera. ¿Vale?

La oía hablar, seguía descalza, y, de pronto, Fabio cayó en la cuenta de que Carolina podía volver de un momento a otro. Estaba a punto de perderlo todo. Intentó besar a Roberta, pero ella se zafó.

—¿Sabes, Robi?, a veces pienso que lo que me ha pasado después de que te fueras solo ha sido un sueño. Antes era un tipo de persona y, de pronto, he dejado de serlo.

¿Sentía pesar? ¿Nostalgia? Probablemente no: se limitaba a constatar lo ocurrido.

—Para, Fabio.

—He pensado mucho en esto, ¿sabes? En cómo podrían haber sido las cosas.

—No te bastaba con lo que tenías. Ni con el que eras.

—Nunca he querido ser el que era.

Roberta se enjugó una lágrima.

—¿Cuánto dinero estás robando?

Intentó abrazarla de nuevo.

—Vete a la mierda.

Roberta se remetió el top dentro de la falda, se puso los zapatos y se miró el peinado en el espejo.

—¿Te acompaño?

La vio dirigirse a la puerta y cerrar tras de sí de un portazo.

Fabio se vistió y salió a la terraza. Miró de nuevo el caserón de las colonias, la colina tras de la cual asomaban las montañas, las hayas y los abedules, cuyas hojas apenas se mecían con el viento. Una bandada de cuervos sobrevoló el tejado y luego su cabeza. Se detuvo en mitad del cielo, como decidiendo qué dirección tomar. Fabio trató de contar todos esos pájaros, eran decenas, centenares quizá. La bandada reanudó su camino, cruzó el río y se lanzó hacia el norte.

Cuando salió de la ducha, se encontró con Carolina, que acababa de volver de la galería. Cocinaron juntos, intercambiaron arrumacos y bromas, como de costumbre, y se contaron —hasta donde podían— lo que habían hecho ese día. ¿Cuántas traiciones podían consumarse en el transcurso de un día? ¿Cuántas podía soportar un ser humano?

¿Había un umbral más allá del cual era razonable detenerse?

Después de cenar, Carolina se tumbó en el sofá y lo invitó a hacer lo mismo. ¿Se había preguntado alguna vez si ella lo sabía? Sí, lo había hecho. ¿Debía contárselo? Quizá. Pero si había una mujer que no habría pestañeado siquiera al enterarse de que se había casado con un bandido, esa era Carolina. Le acarició el cabello y luego los muslos y los pies, esperando no acostumbrarse nunca a su cuerpo.

Carolina se había quedado dormida en el sofá. Fabio se escabulló al dormitorio y encendió el ordenador. El notario y el abogado lo chantajeaban; Wagner le había pedido setenta y cinco mil euros sin hacer ademán siquiera de querer devolvérselos; Gemma quería regalarle dinero, pero también eso lo habría puesto en evidencia; Roberta le había preguntado por lo de su padre... ¿Cuánto se estaba estrechando el cerco? ¿Podía seguir así, podía escapar, podía acumular más dinero?

Accedió a su cuenta de empleado. Gracias al estatus adquirido, ahora podía trabajar a cualquier hora sin que el sistema revelara una anomalía. Miró a su espalda, le había parecido oír un ruido, pero, cuando se levantó para mirar, vio que Carolina seguía dormida. Volvió al dormitorio, cogió una carpeta y sacó una serie de formularios de solicitud de transferencias. Comprobó que llevaran todos la firma de la señora Cantuzzi: «Como usted diga, doctor... Bueno, "no doctor". Firmo aquí, ¿verdad? Es que, si no, tengo que ir a buscar las gafas... ¿Qué me dice del café? ¿Quiere que le haga otro?», «Si quiere, le dejo una copia, así puede verla con calma». Se aseguró de que estuvieran todos los datos del ordenante: nombre, apellido y número de identificación fiscal.

Se quedó inmóvil, con el bolígrafo en la mano ante la casilla del IBAN del beneficiario. Se lo pensó, como si estuviera a punto de lanzar un dado, y luego escribió el nombre de su mujer: «Carolina Malpieri». Pensar en ella, dormida en el sofá, le suscitó una enorme ternura.

Rellenó el formulario con el destino: Italia. Apuntó el IBAN de Carolina. No necesitaba mirarlo. «¿Cuánto dinero le damos a mi Caro?», susurró con una voz que, si alguien lo hubiera oído, lo habría mandado directo a un neurólogo.

Volvió al salón y pasó los brazos por debajo de la espalda y las piernas de Carolina, que masculló algo, la levantó y la dejó sobre la cama. Luego la descalzó, le quitó el pantalón, la camiseta y el sujetador. Cogió su camisón de debajo de la almohada e hizo ademán de ponérselo, pero ella ya no dormía y lo estaba mirando. Su pecho desnudo, las bragas a la vista... Empezó a besarle los

muslos y sintió cómo se despertaba su cuerpo, cómo sus manos le buscaban la nuca y la dirigían donde ella quería.

—Todo irá bien, Fabio. Todo irá bien —dijo con un suspiro.

Seis

Podía decidir cualquier cosa, coger y largarse lejos, pero no sin cerrar ciertos paréntesis abiertos hacía decenios.

¿Su madre era un paréntesis? Y, si lo era, ¿había que cerrarlo o dejarlo abierto?

A bordo del que desde hacía un tiempo llamaba «el coche normal», Fabio se dirigió a una casa y un pueblecito que en el pasado había frecuentado con regularidad.

La «casa de los domingos», esa en la que sus exsuegros pasaban los fines de semana cuando todavía trabajaban y en la que se habían instalado desde su jubilación. Hacía bastantes meses que Gianni y él no habían ido a pescar juntos, una costumbre que ahora le parecía muy lejana.

Bajó del coche y vio a su exsuegro acudir a su encuentro. Seguía igual: caminaba erguido, solo que un poco más despacio.

—Te he llamado un par de veces, Fabio —le dijo.

Vestía unos pantalones arrugados remetidos dentro de unas botas verdes y un jersey de lana sin forma.

—He estado muy ocupado.

Detrás de él, otras casitas con otros huertos hasta donde alcanzaba la vista, colinas y, más lejos, el río. Se acercó a él, con cuidado de no mancharse los zapatos de tierra.

—¿Ha venido? Roberta, digo.

—Sí, ha venido.

—Me lo imaginaba.

El cielo estaba azul, no había una sola nube y poca niebla. Esta se levantaba normalmente más tarde.

—Vino ayer por la mañana. No para de hacerme preguntas. Quiere saber si me la estás jugando.

—¿Y tú?

—Pues yo esperaba que vinieras tú. Para oírtelo a ti. Dice que cuentan cosas raras por ahí.

Gianni lo miraba, en busca de alguna respuesta.

Fabio negó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de ese día? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde esa tarde en la puerta de mi casa? Ya casi cinco años. Ahora estás distinto, pero tengo la sensación de que otra vez estás en un lío.

Igual siempre había estado en un lío. Ahora más que nunca.

—¿Y tu mujer? —preguntó para cambiar de tema.

—En casa.

—¿Cómo está?

—Mal. Ya no puede andar. Tenemos la misma edad, pero yo ando y ella se arrastra. Me da pena.

Miró hacia la casa. Había envejecido al mismo tiempo que ellos.

—Lo siento.

—Lo sé. ¿Quieres entrar a saludarla?

—Hoy de verdad que no puedo.

Pasó una furgoneta metiendo ruido e interrumpió su conversación.

—Haces las cosas juntos durante tanto tiempo, y un buen día todo cambia.

—¿Y la pesca, Gianni?

—No he vuelto a ir. Demasiadas normas, demasiados controles. Me multaron y se me quitaron las ganas.

—Te entiendo.

—Pero no has venido aquí por eso.

Ahora era él y no Wagner quien se andaba con rodeos.

—No, he venido para hablarte de una cosa —dijo por fin.

—Bueno, pero vamos a dar un paseo.

Apoyó el rastrillo con el que estaba quitando las malas hierbas junto a la pala y las tijeras de podar. Se quitó los guantes y luego fue a quitarse también las botas.

—Me alegro de verte, ¿sabes?

—Yo también.

Se encaminaron, uno con zapatos de piel de becerro y otro con deportivas; uno todavía ágil y el otro cansado. Viéndolos así juntos,

causaban un efecto extraño. Recorrieron un centenar de metros, bordeando un bosque de abedules, hasta que se detuvieron cerca de la orilla, junto a unas pequeñas embarcaciones. Algunas todavía en uso, otras abandonadas desde hacía años. Estas emanaban un tenue olor a moho y a podrido.

—Me ha caído una buena regañina. De mi hija. Dice que te estoy ayudando. O que me estás manipulando. Lo único que no se le ocurre es que yo sea capaz de decidir por mí mismo.

—¿Y tú qué le has dicho?

—A ella nada. A ti te digo que no me interesa lo que estás haciendo. O lo que vas a hacer. Te conozco. Cuando me abriste una cuenta, sabía que no era solo para hacerme ganar dinero. Tú siempre has tramado algo.

—¿Por qué aceptaste?

Se quedó un momento pensando.

—Es una larga historia.

—Quiero escucharla.

—Paso mucho tiempo solo en este periodo, y estoy venga a pensar... ¿Quieres uno? —le preguntó, sacándose una cajetilla de cigarrillos del bolsillo—. También he vuelto a fumar. A mi edad... ¿Se puede ser más tonto? Pero luego me digo: ¿qué más da ya que fume o que no fume?

—No, gracias, estoy bien así.

—¿Sabes, Fabio? —dijo después de darle una calada al cigarrillo—, alguna vez me he preguntado por qué siempre me he contentado. Por qué me ha ido bien en esta vida, que ya con veinte años sabía que sería esta clase de jubilado: con botas verdes, un puñetero huerto y un jardincito enano que cuido como si fuera el de Versalles. Otros tiempos, otras formas de pensar, podrán decir algunos. Pero no es verdad: siempre han existido los que querían más, los que no se contentaban. Yo no soy de esos. A mí siempre me ha parecido bien así. Me paso los días aquí y estoy contento. Mi mujer en casa, viendo la televisión, y yo aquí, con mis lechugas, mis calabacines y mis puerros. Y, mientras tanto, pienso. Pienso todo el rato. Y una cosa en la que he pensado después de hablar con Roberta de ti es qué está pasando. O qué estás haciendo. Me trae sin cuidado. Más

bien pienso: ¿cómo es que dos personas como tú y como yo nos hemos hecho amigos? Hay algo mágico en la amistad: es libre. A mi juicio, uno elige más a un amigo que a su mujer. De modo que he tratado de entender por qué somos amigos.

—¿Y has encontrado la respuesta?

Él no tenía respuestas. Su vida se había convertido en pura acción; la de Gianni, en pensamiento solo.

—Hemos pasado buenos momentos. Tú eres un tiburón que caza en mar abierto, y yo un pececito de acuario, pero estamos bien juntos. Es lo único que de verdad importa. La simpatía. O algo parecido. ¿Te acuerdas de esa vez que volvimos cargados de lucios? Era justo antes del crepúsculo, esa penumbra, la corriente en calma, ese silencio, ni un mosquito... Charlamos a gusto sobre lo que nos había pasado esa semana. —Se interrumpió como si estuviera saboreando el recuerdo—. Tú esperabas que te ascendieran, yo me había encontrado con un viejo amigo. No tenía nada de especial esa luz ni lo que nos contamos, pero durante un momento tuve una sensación de felicidad infinita. Un momento solo, pero vaya si lo recuerdo.

—Te has convertido en un sentimental —comentó Fabio sin sarcasmo, solo con envidia—. De viejo quiero tener una barca como la tuya.

—Te imagino... Bueno, si no llevaras ese traje y esos zapatos ridículos, te propondría dar un paseo por el río.

Cuando todavía era un tipo inocente, le habrían dado igual los zapatos, se habría inventado un pretexto para el banco y se habría ido con Gianni. Pero no ese día.

—Como te iba diciendo —prosiguió Gianni—, me trae sin cuidado lo que estés haciendo. Llevo toda la vida siendo honrado. Pero ¿por qué? Quizá solo por falta de imaginación. Me educaron así, el fruto nunca cae muy lejos del árbol, etcétera, etcétera. Me arrojaron aquí, a dos pasos de estas riberas, y de aquí no me he movido. Pero si alguien me lo pregunta, los mejores momentos de los últimos diez años los he pasado de pesca contigo, navegando por este río sin una pizca de gloria, cogiendo pececitos de nada, pero cada vez era una

fiesta. Si me hace falta para mi mujer, para sus tratamientos, te pediré ayuda. Si no, haz lo que te parezca.

Calló, incómodo por haber hablado con tanta franqueza. Fabio se le acercó: con todos esos paseos en barca, tenía la piel curtida y rugosa para su edad.

—Perdona, es que nunca hablo con nadie. Con mi mujer, ni siquiera en el pasado. Así que, si llega alguien dispuesto a escucharme, abuso de su paciencia.

—En absoluto.

—Ahora cuéntame tú. ¿Qué está pasando en el mundo?

El río estaba ahí, a unos pasos. Fabio se inclinó para coger un canto rodado y lo lanzó, tratando de que rebotara en el agua.

—Es de locos trabajar con esas cuentas: no te haces una idea de la cantidad de dinero que va y que viene. Vivimos en una de las áreas más ricas de Italia. Lo sabemos pero no lo sabemos. Fingimos que no es así. ¿Y sabes por qué? Porque nos obligaría a preguntarnos cómo es que no estamos felices y contentos. Podría darte mil ejemplos: gente que va de pobre, que se pelea por cuatro perras, pero tiene quince millones en el banco. Es una enfermedad. La mayor parte no lo utiliza nunca, no lo toca. Pequeñas inversiones seguras, una rentabilidad ridícula, pero en cantidades así, imagínate. El uno por ciento de quince millones son ciento cincuenta mil euros al año. ¿Lo has pensado alguna vez? Sin mover un dedo. No han trabajado nunca y los aterra perder su dinero. Quedarse sin nada. Pasar a ser como nosotros. Las familias se pelean por calderilla, se denuncian, se hacen cargos a escondidas, se roban a la chita callando. Tienen mil personas de servicio porque no son capaces de coger una escoba o de sacar el coche del garaje, pero luego se pasan la vida sospechando que los espían o que quieren mangarles el dinero. Viven encerrados en sus castillos y hablan todo el rato del servicio. Hay algo medieval en todo esto. Ni siquiera sabría decirte si el problema es que hemos vuelto atrás o que nunca habíamos progresado. No lo sé. Porque esa gente no se ha cruzado nunca con la gente como nosotros. Somos dos planetas lejísimos uno de otro.

—¿Y tú?

—Pues yo estoy ahí, en medio de ese mar. Como esos peces que tanto te gustan. Ha saltado todo por los aires: las reglas, los escrúpulos... Todos somos depredadores, y no hay código que valga.

Gianni se miró las palmas: estaban todavía sucias de tierra.

—¿Te acabarán pillando?

—Solo muevo el dinero: cojo de aquí y muevo de allá. Nada del otro mundo. Pero, para hacerlo, necesito apoyarme en tu cuenta. La mía está demasiado expuesta. Trabajo allí.

Gianni se buscó los cigarrillos en el bolsillo. Cogió uno y lo encendió.

—Te he hecho una pregunta.

—Depende del tiempo. Tú lo que tienes que hacer es no saber nada. Si no sabes nada, si no mueves el dinero, si no lo tocas, no tendrás que responder de nada. Diremos que te lo gestionaba yo y que no te tenía al tanto de nada.

—¿Y si algo saliera mal?

Fabio sonrió. Ya no era un chaval, pero era rápido.

—Lo tengo presente.

—¿Y?

—Y nada. Estoy preparado.

—¿Estás metiendo algo debajo del colchón?

Se quedó desconcertado por la franqueza de la pregunta, pero siguió hablando. Gianni parecía saberlo ya todo.

—La semana pasada estuve en Lavagna. En el puerto. Fui a ver a uno que vende barcos. Les pregunté si podían llevarme a dar una vuelta. Los había llamado antes. Vieron mi coche... Basta con hacer creer que tienes dinero y todo son facilidades. Me llevaron en barco hasta San Fruttuoso, ¿sabes dónde está el Cristo del Abismo? El mar estaba revuelto, y pensé: «Voy a vomitar». Soy hombre de tierra firme. Pero ni se notaban las olas, esos barcos son muy estables. Luego el mar se calmó, y en el camino de vuelta parecía que volábamos. Caben ocho personas, es como estar en un hotel de lujo. Todos los camarotes tienen su propio cuarto de baño, revestimientos de maderas nobles, cromados y cristal... Cuando llegué a Lavagna, encargué uno para mí.

—¿Cuál?

—Un Sunseeker.

—Caray.

—Cuando me lo den, salimos a dar una vuelta. Nos vamos en coche a Liguria y luego buscamos a alguien que nos lo tripule. Debería sacarme el título de patrón de barco. Pero igual ni me apetece.

—Estaría bien.

—Dame unas semanas.

—¿Fabio?

—¿Qué?

—Ten cuidado.

—¿Con quién?

—Con tus compañeros. Con los que se han quedado en tierra mientras tú echabas a volar.

—¿Por qué?

—Porque, si caes, no será por la moral o por la ley. Será por la envidia. Ándate con ojo con los envidiosos. Y ten cuidado también con los que piensan que el dinero solo puede ser suyo, que nosotros no estamos a la altura.

Se miraron un momento fijamente. Flotaba un aire de muerte, pero no era un wéstern.

Cuando Fabio se alejó, el huerto le pareció minúsculo y Gianni, enorme.

Después fue a otra casa, a pocos kilómetros de allí, en San Fermo. Llamó al portero automático, que en realidad era solo un timbre. Vio asomar la cabeza de su madre tras el cristal de una ventana de la primera planta. La puerta del portal se abrió con un chasquido metálico. Su madre no parecía sorprendida. Fabio subió la escalera con la percepción exacta de lo alto que era cada peldaño y de cuántos constaba ese tramo. La puerta estaba abierta, entró sin llamar y fue directo a la cocina, que siempre habían utilizado de comedor y de sala de estar.

—Hola, mamá.

Su madre estaba planchando. Le dio un beso en la nuca sin que ella interrumpiera su tarea, y luego se preparó una cafetera.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien. ¿Y tú? ¿Tu mujer?

Dobló en cuatro el pañuelo después de plancharlo y le dio un último toque con la plancha.

—Carolina está bien.

—Nunca vienes con ella. ¿Es que le doy asco?

—Mamá, para ya... ¿Te apetece venir al lago con nosotros, un domingo de estos? Lo he estado hablando con Carolina. Hay un sitio donde preparan unas truchas riquísimas.

Su madre meneó la cabeza.

—Ha venido a verme Roberta...

A Fabio se le paró el corazón.

—¿Te ha hecho ilusión? Decías que ya no quería verte a ti tampoco.

—Hemos hablado. Me lo ha contado. No me sorprende que las cosas hayan terminado así.

Hablaba mientras planchaba, sin mirarlo a la cara. En un primer momento, Fabio se había sentado para tomarse el café, pero, ahora que la taza estaba vacía, se puso a dar vueltas por la habitación. Miró afuera, a otras casas parecidas a la de su madre, algunas con las persianas bajadas, abandonadas desde hacía tiempo. En un momento dado, los jóvenes se habían marchado de ese agujero, o habían heredado apartamentos en los que no querían vivir y que no valía la pena ni alquilar siquiera. Te lo alquilaba un desgraciado por cuatro perras y, al cabo de tres años, te lo devolvía hecho una pena.

—Dice Roberta que está preocupada por ti.

—¿Te ha explicado la razón?

—No. Pero he comprendido que hice bien en pararte los pies. Esa transferencia que me hiciste... Vi el dinero un mes después, en el extracto. Y me preguntaba: «Pero ¿y el banco? ¿Ven que me ingresa un montón de dinero y no dicen nada?». —Insistía con la punta de la plancha sobre las pinzas de un camisón—. Igual soy demasiado vieja para entenderlo. Lo que está claro es que nunca hemos visto tanto dinero junto. No sé de dónde lo has sacado, pero no lo quiero.

—Lo sé, mamá. Ya me lo has dicho. He anulado la transferencia.

—Pero, entonces, ¿su madre no quiso el dinero? —le había preguntado el fiscal.

—Amenazó con denunciarme.

—Quizá ahora esté usted exagerando.

—Le digo que amenazó con denunciarme.

—Y ¿qué hizo usted?

—Le dije que ganaba bien. Que el dinero era mío.

—¿Y su madre lo creyó?

—¿A usted qué le parece?

—Pareces satisfecho —prosiguió su madre—. Yo, en cambio, me avergüenzo. Me avergüenzo de ti. Todo el mundo habla de lo mucho que gastas. Me envidian. Dicen que eres un hombre de éxito. Pero yo sé quién eres. Lo he sabido siempre.

En la habitación olía a limpio. Su madre dejó una toalla de felpa junto a una sábana rosa, sin una arruga.

Fabio miró afuera. De pronto, se había levantado niebla. Las ventanas de la acera de enfrente se volvieron borrosas. Quizá todo lo que estaba pasando fuese solo una alucinación. Nada era real: a fin de cuentas, ese mismo dinero que movía de un lado a otro no lo había visto jamás.

—Lo único que siento es que no esté aquí papá —dijo de pronto su madre con un suspiro.

Al oír la palabra *papá*, a Fabio le dieron ganas de resoplar, estaba volviendo a la infancia. Pero se contuvo.

—¿Por qué?

Ella lo miró fijamente.

—Una vez me dijo que pensaba que te convertirías en un delincuente. Que había algo en ti que lo asustaba. Yo te defendí. Le dije que sacabas buenas notas en el colegio, que serías contable. Que tú también llegarías a ser un hombre de provecho. Discutimos. Pero aquí estamos... Tenía razón él, y me gustaría que estuviera aquí para pedirle perdón.

—Mamá, ¿por qué papá no fue nunca a visitar a sus amigos del servicio militar?

—Porque estaba bien en casa. Porque estábamos bien juntos. Porque nos bastaba con lo que teníamos.

—Eso nunca ha sido así.

—Porque tú lo digas.

Fabio no supo qué contestar, no se le ocurría nada.

—He venido a saludarte.

Su madre había reanudado su tarea con la plancha, no levantó la cabeza.

—Pues ya lo has hecho. Ahora, vete.

Fabio se fue, pensando que con cuarenta años cumplidos le tenía más miedo que con siete.

—Mi madre lo sabía. Mi exsuegro, también. ¿La doctora Wagner? Por supuesto que lo sabía. Y el notario. Y quién sabe cuántos más. Sin embargo, no ocurría nada. ¿Entiende, doctor, que eso no tenía sentido? Y, como no tenía sentido, a esas alturas pensé que debía concederme algún caprichito más.

Una tarde, volviendo del trabajo, abrió de par en par la puerta de la nave para entrar con el coche y aparcó al lado del Lotus negro. Bajó y miró a su alrededor: ahora los coches eran cinco. Todavía quedaba mucho sitio para albergar alguno más.

Se fue derecho al armario y rebuscó debajo de unas mantas hasta encontrar la pequeña caja fuerte. Tecleó el código y luego cogió una bolsa y metió dentro unos estuches de terciopelo. ¿Lo detendrían? ¿Se le había puesto cara de ladrón? La había tenido siempre, bastaba con saber mirar bien. Se subió al Lotus: al comprarlo, solo había podido encender el motor. Después, se había sentado en el asiento del pasajero, y un empleado del concesionario lo había conducido por él. Demasiado arriesgado: o lo comprabas, y entonces podías probarlo, o tenías que contentarte. El empleado se había puesto los guantes y había arrancado, dejándolo pegado al asiento. ¿Cuántos eran los que pedían probarlo sin tener ni la décima parte de lo que costaba? Y él tenía más dinero que tiempo, por lo que no había insistido. Como con las joyas o la casa que había comprado y puesto a nombre de su suegro. De su exsuegro.

Lo puso en marcha para escuchar el motor: meterse coca debía de producir el mismo efecto. Fabio no lo sabía porque nunca había esnifado.

Metió la marcha atrás: un momento, y ya no eras la misma persona. Eras tú, pero se te abría de par en par un universo de posibilidades. Salió muy muy despacio y se dirigió a su casa. En cada semáforo, cada vez que frenaba, cada vez que adelantaba, lo miraba todo el mundo, tenía un efecto imán. Era embriagador. Hasta el mayor pringado se subía a un coche como ese y...

Aparcó en el garaje para no dejarlo a la vista, pero al menos cinco o seis pares de ojos se habían fijado en el coche y otros tantos debían de haberlo reconocido a él. Ya no importaba.

Una vez arriba, guardó dos o tres mudas en una maleta y otras tantas para Carolina. Añadió dos trajes de baño, sin saber por qué. Cepillo de dientes, pasta, colonia y desodorante. Cerró la puerta tras de sí, pero luego volvió a entrar. Miró bien el apartamento, como si quisiera memorizarlo, y bajó de nuevo al garaje.

«Nos vemos dentro de diez minutos en la puerta», le escribió.

La encontró esperándolo en la calle. Por algún motivo, no parecía asombrada por el coche.

—Hola.

—Hola.

Se besaron y se sonrieron sin decir nada.

—Sube...

—¿Cómo estás?

Nada, ni mu. No hacía falta decir nada.

Avanzaron, arrullados por ese motor de ensueño, por el aroma de esos interiores, de esos asientos envolventes, de la carrocería que, una vez en la autopista, hendía el viento que era una maravilla. Alcanzaron y cruzaron una primera frontera casi sin darse cuenta, seguida de una segunda. Fabio sintió la mano de Carolina posarse con delicadeza en su rodilla. Decía: «Estoy contigo, cuando quieras, te escucharé. Y, si no quieres hablar, no pasa nada».

Miró el paisaje: de joven había hecho un largo viaje por el este de Europa con un par de amigos en un Panda, horas y horas de coche,

fumando un cigarrillo tras otro, diciendo tonterías de veinteañeros, entre el olor a cerveza.

«Ahora no empieces con la chorrada de la inocencia, ¿eh?», se dijo.

A saber qué habría sido de esos chicos. De vez en cuando algún encuentro casual, charlaban un poco y, luego, nada, cada cual a su casa.

Una pena.

Rehuyó esos pensamientos para espiar a Carolina, que le devolvió la mirada. ¿Cuántos kilómetros llevaban? Volvieron a parar a llenar el depósito. Había tanto amor en ella, en todos sus gestos... Se sentía seguro. Podía decírselo todo.

Empezó. Desde muy atrás.

Desde el hecho de que ese dinero lo había robado porque quería acabar, un día, en ese coche, de paseo por Europa con ella y, en el maletero, cuatro estuches con joyas y relojes que valían ellos solos el sueldo de toda una vida de gran parte de las personas que conocía y con las que había crecido. Quería esas miradas en los semáforos, esas miradas en los retrovisores, ese tono de voz cuando entraba en la joyería más elegante y lujosa de la ciudad.

—Una noche, estaba viendo unas inversiones que había hecho para un tipo, no te digo el nombre, uno de esos con los que podrías coincidir cenando en casa de tus padres, ya sabes, mismos círculos, mismos colegios. Lo había visto esa mañana en su chalé de la colina. Acababa de llover, y quiso pasear por su jardín: había ese olor tan rico a hierba mojada y una ligera niebla, como un velo sobre la ciudad, que se extendía allá abajo. Él parecía Guillermo de Inglaterra o un monarca belga: ¿sabes ese estilo *sport* elegante de cuando eres rico, que, aunque vistas sencillo, te queda de fábula? Si lo hago yo, me queda de pena. Pero a él no. Había cumplido los cuarenta y no tenía trabajo, ni más ocupación que charlar conmigo, enseñarme las vistas y los cuadros del salón. Era amable, tranquilo. Las cosas le iban tan bien que ni siquiera tenía necesidad de ser malvado. Yo lo miraba, y pensé que quería darte a ti la misma vida que tenía él. Quería que fuéramos como él. Me fui de allí con su firma en varios formularios. Es de locos, pero, al cabo de varios meses, se cansan

de leer, de comprobar, y lo firman todo. Están encima del camarero para que no les tangue diez o veinte euros con la cuenta, y a mí me dejan hacer lo que quiera tranquilamente. Esa tarde ya sabía cómo actuar, con un par de truquitos le birlé treinta y cinco mil euros. Me fui a la cama y dormí como Dios. Así empezó todo.

No era verdad.

—Un día, mi padre vino a recogerme a la universidad después de un examen —empezó diciendo Carolina—. No lo había hecho nunca, no pensaba que supiera siquiera las fechas de los exámenes, pero me lo encontré ahí de repente. «¿Tienes tiempo, vamos a dar una vuelta?», me preguntó. Yo ya había hecho el examen, así que estaba libre, y feliz de que me lo propusiera. No me explicó nada. Solo me dijo que se había asustado: había tenido un accidente hacía unos meses. El coche estaba destrozado, pero él se había librado con unos pocos rasguños. Eso, decía, lo había hecho pensar. Verona, Brescia, llegamos a las afueras de Milán y tomamos en dirección a Como. «Papá, pero ¿dónde estamos yendo?», le pregunté. Y él, nada, callado. Llegamos a la frontera con Suiza. Había un aparcamiento muy grande, y dejamos allí el coche. Pasamos a pie delante de los guardias de aduanas sin que nos mirasen siquiera. Por todas partes había bancos y tiendas de chocolate... ¿A qué velocidad vamos?

—A ciento sesenta, más o menos.

—Acelera, imbécil.

Fabio aceleró. Ciento ochenta. Ciento noventa.

—Entramos en un banco. No parecía un banco. No había ventanillas ni empleados, ni policías con la pistola en la funda. Parecía más una clínica, pero en la puerta había leído en una placa BANCO NO SÉ QUÉ. Enseguida reconocieron a mi padre. Vino a nuestro encuentro una señora, y nosotros la seguimos. Tenía tacones de aguja y las pantorrillas bien torneadas, era guapa. Pero yo era una chica de veinte años y ella, que debía de tener cuarenta y cinco, me pareció vieja. A mi padre, no: por primera vez lo vi bromear con una mujer que no fuera mi madre. Flirteaba. Tenía una voz algo distinta, una mirada divertida, pero seguía sin explicarme nada. La señora nos invitó a sentarnos en una salita, y luego llegó un tío.

Amabilísimo. ¿Sabes esos que igual tienen diez hijos pero eres incapaz de imaginártelos follando, gozando, perdiendo la cabeza? Era gélido y aséptico, como todo cuanto nos rodeaba. Con voz monocorde, me dio la bienvenida y me explicó que mi padre quería autorizarme en su cuenta. Si ocurría cualquier cosa... Era suizo, por eso no cruzó los dedos. Era todo muy formal. Por un momento, pensé que era estimulante. Estaba infringiendo la ley con mi padre, éramos cómplices. Firmé, salimos de allí en un santiamén, compramos un poco de chocolate, pasamos tranquilos por la aduana, total, no llevábamos nada en los bolsillos, y volvimos a casa con mi madre y mi hermana. Mi madre había preparado hígado a la veneciana. No hablamos de bancos ni de Suiza, pero ella sabía perfectamente dónde habíamos estado. Me sigues, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¿Quieres huir? Estoy contigo. ¿Quieres quedarte? No tienes nada que temer. Has pasado al otro lado: estás robando como un rico, no como un pobre. Y el sistema está hecho para proteger a los que son como tú. O como mis padres. —Vaciló—. Pero ahora dime la verdad.

Debía de haber acelerado un poco más. Los demás coches parecían inmóviles: veías uno doscientos metros por delante y, un momento después, ya lo tenías a la espalda.

—¿Por qué?

—Porque no lo has hecho por mí. Y yo no me he casado contigo para tener una vida que ya tenía.

Tenía razón también en eso. No lo había hecho por ella siquiera. Lo había hecho porque podía hacerlo.

—Doscientos cinco.

—Más deprisa.

—Quería probar, y luego ya no pude parar. Podría decir que no soy peor que los demás. Pero no me interesa justificarme.

—Mejor. ¿A cuánto vamos?

—Doscientos veinte.

¿Se podía tener todo bajo control?

¿A esa velocidad? ¿Cómo funcionaba? ¿No bastaba un instante de nada para que todo se fuera a la mierda? Un guijarro bajo el neumático... ¿Se podía tener todo sin arriesgar nada?

En ese punto, la carretera describía una ligera curva. Ahora Fabio estaba concentrado solo en conducir. Los neumáticos se adhirieron al asfalto como si estuvieran clavados. Sin apartar la mirada de la carretera, Carolina llevó la mano hasta su muslo.

—Doscientos treinta —susurró él. Le temblaba la voz.

Probó a pasarse al carril izquierdo, pero luego encontró un hueco a la derecha para dejar atrás a un camión que estaba rebasando a duras penas a un coche en el carril de adelantamiento. El Lotus seguía estable, pero ahora era imposible no sentir que iba a velocidad de vértigo. Otra ligera curva, un coche muy lento delante de ellos, un nuevo adelantamiento por la derecha. La campiña al otro lado del guardarraíl solo como una estela verde y marrón, moteada del gris de viejos establos. Fabio entrevió de reojo un tractor que maniobraba en mitad de un campo.

—¿Acelero más?

—Sí.

Doscientos cincuenta.

A esa velocidad, ¿cuáles eran los tiempos de frenado? ¿Las trayectorias más seguras?

Ambos tenían la espalda pegada al asiento. ¿Era solo una sensación? La carretera se volvió minúscula, al fondo, estrechísima. Ruidos de motor, neumáticos, pequeñas sacudidas en los pliegues del asfalto. Más coches adelantados, luego un camión y una furgoneta.

—Doscientos setenta.

¿Cómo de alerta tenían que estar los reflejos para no estrellarse? Ese guardarraíl cada vez más cerca: ¿cuánta sensibilidad debía tener en las manos para no volcar, para permanecer en el carril sin derrapar? ¿Cuánto podían seguir así? Otra curva, leve. Carolina se puso a gritar. Ahora estaba aterrorizada.

—Joder, ¿quieres que nos matemos? —gritó. Pero no lo decía porque quisiera que frenara, solo quería saberlo de antemano.

Trescientos. Trescientos cinco.

Estaba con la mujer a la que amaba, había tenido una buena vida y no tenía ninguna perspectiva de salir airoso. Un volantazo, y todo terminaría.

No.

Levantó el pie del acelerador y empezó a aminorar, sin saber si eso era lo que quería ella también. A ciento cincuenta, puso el intermitente y tocó ligeramente el freno. Sentía escalofríos, apenas conseguía ya sostener el volante sin derrapar. Paró en un área de descanso y se echó a llorar.

Carolina le cogió la mano.

—Cuando te elegí, sabía que eras así. Todo el mundo tiene miedo. Miedo de cambiar. De arriesgar. De intentar ser feliz. Nosotros lo estamos intentando. ¿Acertamos o nos equivocamos? No lo sé, Fabio. ¿Acabaremos en la cárcel? Quizá. Pero al menos será algo nuestro. Estoy temblando, pero toda esta locura es lo más cercano a la vida que me ha ocurrido en siglos.

La miró pasmado. Estaba sin aliento. A él le había parecido justo lo contrario: lo más cercano a la muerte. Era una historia de fantasmas, hacía tiempo que se había dado cuenta. Carolina, no.

—¿En qué punto estás, Fabio?

—Justo a punto.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Creo que poco.

—¿Quieres huir?

—Ahora no.

—¿Cómo va la señora Cantuzzi?

—La estoy saneando.

—Pensaba que erais amigos...

—Y lo somos.

Siete

Meses después del funeral de Cantuzzi, al principio de la primavera, la frontera moral, legal —¿de qué se trataba exactamente?—, estaba más que superada: Fabio ya no tenía esos momentos en que se quedaba sin respiración y era presa de la ansiedad. También había desaparecido el miedo a hundirse, a ser aniquilado. Ya nada le importaba.

Volvió a charlar como si nada con sus compañeros y a plantear la posibilidad de una nueva fiesta, que se podría celebrar siempre después de algo: las vacaciones, el verano, el invierno o el plazo que fuera. Volvió a bromear con Sybille Wagner, fingió no captar sus indirectas repetidas, siguió con los trámites para obtener el poder general. No era muy difícil darse cuenta de que se acercaba el final. Pero era extraño, y, a diferencia de lo que creía Gianni, lo que lo haría caer no sería la envidia, sino un sentimiento mágico del que él mismo le había hablado.

Llegó el verano y, antes de que terminara, Fabio pasó unos días en las colinas friulanas, en una localidad turística conocida por sus aguas termales. Se alojó en un hotel de lujo con una decoración pasada de moda, frecuentado solo por viudas muy ancianas que llevaban allí desde primeros de junio y se quedaban hasta septiembre. Estaban solas, apenas las visitaba alguna hija o hijo que no tenía ninguna gana de estar con ellas, se quedaba un par de días y luego se iba. Quienes les hacían compañía eran los camareros y el personal del hotel. Cuando no tenían a nadie a su servicio, trataban de pegar la hebra con los demás huéspedes. En cuarenta y ocho horas, Fabio formalizó la compra de dos casas, que puso a nombre de Gianni en nuda propiedad: estaban junto a un río, ideal para ir a pescar.

¿Se lo estaba pasando bien? Ya no lo sabía.

Al principio del otoño, fue a recoger a la señora Cantuzzi —a la que seguía dirigiéndose de usted, pero a la que ahora llamaba cariñosamente Gemma— y a su hija Elena. «La señora Gemma», como la llamaba cuando hablaba de ella con Carolina para distinguirla de «Cantuzzi», que era Angelo, se había puesto rímel en las pestañas y un toque de colorete en las mejillas. Parecía renacida.

Les estrechó la mano a ambas, apoyando cada vez la mano izquierda sobre la derecha de las dos señoras para que el gesto fuera menos formal.

—¿Están bien?

Las ayudó a subir al coche, casi como si se tratase de una vieja tía que lo había criado y de una prima un poco rara, pero a la que tenía cariño. Participó con ellas en el ritual de sus desayunos sibaritas, el olor a madera del local de solera, la clientela de edad avanzada y tan aristocrática. Todos esos dulces —«no puede no probarlo»—, y luego el capuchino con el corazoncito, la hoja y la flor dibujados con cacao sobre la espuma, el café manchado, con nata, de cebada, al *ginseng*, solo, sin licor. Coincidieron con algún conocido, y, por una vez, Gemma no se vio en el apuro de llevar el peso de la conversación: para eso estaba Fabio. Salieron de la pastelería al cabo de una hora larga, saciados de buen humor y de dulces. Como de costumbre, Gemma los invitó, pese a los intentos de Fabio de pasarle su tarjeta a la camarera: de ahí a poco tiempo, Gemma Cantuzzi entendería cuánta ironía del destino había en esa insistencia.

Subieron los tres al coche de Fabio, tan parte ya de ese núcleo familiar diezmado y torturado que no tuvo necesidad de preguntar nada. Tomó la carretera que llevaba a las afueras. Lanzó una mirada a la vastedad de la llanura, que poco a poco iba quedando encajonada entre las montañas: «Montañas de mierda, montañas de mierda», sabía que estaba pensando Gemma. Lo pensó a la vez que ella. Él también tenía que encontrar la manera de desahogarse. ¿Banco de mierda? ¿Clientes de mierda?

Poco después, tras dejar el coche en el área de servicio, entraron en el cementerio y se pararon delante de las lápidas de Stefano y de Angelo. Esas fotos, esos rostros, esas fechas: ahora ya lo sabía todo de memoria. Compró él las flores y se colocó entre la madre y la hija para recitar con ellas la oración que las dos mujeres —y, en el pasado, también Angelo— susurraban a guisa de saludo.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres..., ruega por nosotros, pecadores...

»Amén.»

Gemma quitó del jarrón las flores viejas, se acercó a una fuente a cambiar el agua y colocó con mimo las flores nuevas.

Montañas de mierda.

Se alejaron unos pasos para saludar a Angelo, y también allí cambió Gemma las flores.

«Concédeles, Señor, el descanso eterno,

»y llévalos a la luz eterna.

»Descansen en paz.

»Amén.»

Miraron la foto en la que posaba Angelo con Stefano en la montaña: así lo había pedido, y así se había hecho. Nunca lo habían contrariado, y ahora yacía allí con su hijo.

—Se han ido, ¿verdad, mamá? ¿Quién sabe dónde estarán papá y Stefano?

Por un momento, Fabio pensó en los dos como si la foto la hubiera sacado él. Ateridos, cansados, pero orgullosos y felices. Stefano, al que no había conocido, era solo un adolescente; Angelo tenía un aire todavía juvenil. Era la misma foto que había visto en la cocina, donde Gemma, ahora que tenían confianza, le ponía el café. Un instante de felicidad infinita que había observado ya tantas veces, y con tanta frecuencia, que casi le parecía haberlo compartido con ellos. Se preguntó a qué no habría querido renunciar de ninguna manera si también a él, como a Stefano, le hubiera tocado irse tan joven. No se le ocurrió nada.

Las semanas sucesivas, Fabio recibió nuevas peticiones de dinero por parte de Wagner. Le pidió otros veinte mil euros a modo de préstamo para saldar una vieja deuda. No hizo mención alguna a los más de setenta mil que ya se había embolsado ni a su intención de devolvérselos. ¿Para qué desperdiciar tantas palabras cuando era precisamente su silencio el motivo de esas transferencias de dinero?

Cuarenta mil fueron, en cambio, los que pidió el notario para otro capítulo del acto mediante el cual blindaba la voluntad de la señora Cantuzzi de dejarle manejar libremente sus asuntos.

La cuenta atrás corría deprisa, pero Fabio no tenía ni pizca de ganas de oponer resistencia. Estaba cansado. Siguió comprando relojes, coches, apartamentos y joyas, satisfaciendo las peticiones de quien estaba al tanto de todo y lo obligaba a una justa recompensa. Quería parar, pero ¿con qué fin? Ya se ocuparían otros de pararle los pies. Estaba pasando a ser como ellos: ya no le importaba nada en absoluto lo que compraba.

—Nos hemos convertido en bandidos, pero los demás... —le comentó a Carolina con amargura una noche en que cenaban comida tailandesa, pollo asado con curry rojo. Ya casi nunca cocinaban ni salían a cenar: lo pedían todo para llevar a casa.

Lo dijo y calló, tratando de dilucidar si ella era consciente de las consecuencias que pronto tendrían que afrontar. Le sirvió un poco de Chang Beer y no hablaron más del tema: lo que tenían que decirse ya se lo habían dicho en el coche aquella tarde. Ahora solo quedaba dejar que ocurrieran los acontecimientos. Estaba bajo chantaje, y disponer del poder no lo tranquilizaba. Gemma Cantuzzi, por lo demás, no era un caso aislado: hacía solo un tiempo que había empezado a saquear su cuenta exclusivamente, pero ¿y antes? ¿En los últimos cinco años? La oficina de control estaba haciendo seguramente las debidas comprobaciones, indagando sobre esos movimientos. En parte era así, desde luego, pero a esa serie de coches patrulla que se presentaron en su casa se llegó por una vía del todo inesperada.

Fabio y Carolina no celebraron la Navidad, no hablaron de ello siquiera. Se limitaron a pedir una montaña de ostras para el

almuerzo —Fabio descubrió que ni siquiera le gustaban, demasiado viscosas— y no se movieron de casa.

Había una extraña sensación como de espera, pero aún tuvo que pasar un mes para que Gemma Cantuzzi lo telefoneara, incómoda: algunos compañeros de Fabio la habían llamado, insistiendo en acercarse a verla con distintos pretextos: a principios de diciembre, para felicitarle la Navidad y, después, como ella había ganado tiempo, en enero, para el Año Nuevo. Hacía poco que habían vuelto a la carga. En el pasado, había tenido contacto con ellos, personalmente o a través de su marido, pero se había interrumpido a partir del momento en que la gestión de su patrimonio se la habían encomendado por completo a él. Y hacía casi un año y medio que Angelo ya no estaba.

—No sé qué quieren, pero no he tenido fuerzas para volver a negarme. ¿Puede venir usted también, Fabio? Sería mañana por la tarde.

No podía y no quería. Nadie le había dicho nada, y eso bastaba para entender que se estaban preparando para lanzar su ataque. ¿Cuánto habían tardado?

—Gemma, creo que simplemente quieren saludarla. Si le propusieran inversiones, estaría muy feo por su parte. Pero son cosas que pueden ocurrir, ¿sabe?, estamos todos un poco de uñas unos con otros... Usted no firme nada y consúlteme a mí para cualquier cosa.

Le contestó desde el fijo de la oficina: hablaba, sabiéndose protegido por las paredes acristaladas de su despacho, mientras miraba a sus compañeros.

Los días sucesivos, esperó una llamada que no llegó. Al tercer día de ese encuentro, llamó a Gemma, pero no le respondió. Fabio se preocupó.

—Por ella, se lo juro —le dijo al fiscal.

No mentía. A diferencia de cómo reconstruirían los hechos los magistrados, que no lo creyeron, su ansiedad no estaba ligada a su destino personal. O no solo. Pero se preguntó *de verdad* si Gemma y

Elena estaban bien, si había ocurrido algo. Al cuarto día, cogió el coche y se fue directo a su casa. Vio la luz encendida y el coche de uno de sus compañeros aparcado en la puerta. Se volvió por donde había venido. En casa, Carolina le dijo que había llamado Gemma. Se disculpaba con él por no haber contestado a sus llamadas y lo invitaba a tomar el té al día siguiente.

—¿Cómo se ha mostrado?

—Cortés... ¿Qué ocurre, Fabio?

—No lo sé.

—¿Sabes qué...?

—¿Qué?

—He ido a la nave... ¿Te acuerdas de que decías que era bueno que yo también tuviera unas llaves, que nunca se sabe? Esta mañana te he visto muy agobiado, y, cuando te has marchado, me ha dado el impulso de ir. He entrado...

—¿Y?

—No pensaba que hubiéramos llegado a ese punto.

—¿Y? —repitió él.

—¿Cómo de jodidos estamos?

—Tú misma lo dijiste: al menos, será algo nuestro.

Se abrazaron.

Gemma lo recibió directamente en el porche. Era febrero, pero parecía abril, un bonito sol primaveral lo iluminaba todo, sin los inconvenientes del calor: las moscas y los mosquitos.

En ese rincón que Cantuzzi y otros hombres como él habían decidido domesticar en una época de crecimiento económico exponencial, volvía el recuerdo de una estación de escarabajos y saltamontes, acompañado de una subida inusitada de las temperaturas.

Gemma iba maquillada, llevaba un vestido de punto azul celeste y acababa de salir de la peluquería. Lo invitó a sentarse y le sirvió el té.

—La señora que nos ayuda ha salido con Elena —se justificó.

—Le sienta muy bien ese vestido.

—Hemos ido de compras —dijo, no sin cierta coquetería—. Es una cosa que también habíamos dejado de hacer. Pero ahora hemos ido al centro Elena y yo. Lo hemos pasado en grande: hemos comprado ropa y luego hemos ido a la peluquería. Ella ha ido a tomarse un helado: dice que, ahora que ha entendido que el mundo está fuera, ya no quiere estar en casa. —Se rio—. Figúrese que esto hace tiempo que tampoco lo utilizábamos. Pero ayer probé y funciona todavía.

Se levantó y se dirigió a un tocadiscos que tendría como mínimo cuarenta años, pero quizá fueran cincuenta o sesenta. Abrió la tapa de cristal y sacó un sencillo de su funda. Lo cogió por los bordes con las dos manos. Fabio pensó que hacía siglos que no veía uno de esos. Gemma lo puso en el plato, levantó el brazo de la aguja y se quedó observando el disco, que había empezado a girar. Por fin, colocó la aguja con delicadeza.

Estaba rara. Muy rara. Pero Fabio no acertaba a identificar por qué exactamente.

Che male fa
stringere i denti
per una volta
anche se so
che del mio cuore
poco t'importa.[1]

—Es Mina, ¿verdad?

Gemma lo miró asombrada.

—Sí.

—La escuchaba mi madre. Puede que sea la única cosa que hemos compartido sin enfrentarnos.

—Nos vamos dentro de poco. Elena y yo. De crucero.

—Qué bonito.

—Sí. Vamos al mar Rojo. Nunca he estado. Veremos las pirámides...

Che male fa

credermi amica
per una sera
fingere ma
anche così
darti tutto di me.[2]

—¿Quería hablarme, Gemma?

Nunca había reparado en la prepotencia con que entraban en esa casa los rayos del sol. Cantuzzi debía de haberlo pensado mucho, como hacía con todo, antes de decidirse a construir justo allí.

—Quería verlo. Han venido aquí sus compañeros de trabajo... Me han explicado...

—Mire, Gemma... —la interrumpió él.

—No, por favor, no hace falta que me diga nada. Usted solo debe escucharme y luego marcharse.

—No es como le han dicho.

—Cállese. Y escúcheme. He comprendido enseguida que lo que movía a esas personas era solo la envidia, que no eran más que unos miserables que venían a mi casa para destruir la reputación de un compañero.

—¿Se da cuenta...?

—Le ruego que me deje hablar. Querían hacerle daño. Causarle problemas. Los eché con cajas destempladas. No valían mi tiempo. Esa noche, cogí todos los papeles que usted ha traído aquí..., ¿desde hace cuánto, un año? Más. Mi marido me enseñó a no tirar nada. «Ten cuidado, que cualquier día vienen y te cuentan lo que les dé la gana. Consérvalo todo», me decía. Era un empresario, sabía lo que se hacía. De modo que revisé las copias de los documentos que había firmado. Me sentí estúpida. —Suspiró—. Engañada como una niña. Lloré, desesperada. En silencio, a escondidas. Después de todo lo que ha pasado mi pobre hija, solo le falta recordar a su madre sollozando. Estuve mal dos días. Me decía que ese dinero yo se lo habría regalado encantada. Ya había pensado en la manera de saldar mi deuda con usted. No estaba triste por el dinero. Tenemos tanto...

Se interrumpió para tomar un sorbo de té.

E non capire più
tra falso e vero
che spazio c'è.[3]

—Lloraba porque me había sentido traicionada. Pero ni siquiera se trataba de eso. Mi marido y yo estábamos enamorados, desde luego, pero es como si desde el primer día hubiéramos empezado a ser prácticos. El sentido práctico nos hizo enfermar literalmente. ¿Dónde iríamos a vivir? ¿Dónde sería más útil para su carrera? ¿Cuántos hijos tendríamos? ¿Cuánto dinero necesitaríamos si queríamos mandarlos a estudiar al extranjero? Estábamos siempre en ese plano de realidad. Tener la cabeza en las nubes era inadmisible. —Se inclinó hacia él—. Una vez, cuando empezó a estar mal, mi marido me dijo la cifra que teníamos en la cuenta. Me quedé patidifusa. Por eso, tras los primeros encuentros con usted, tras esas charlas tan agradables, ya no quise hablar más del tema. Estaba cansada de ser pragmática. Pero usted, con sus engaños, me ha puesto de nuevo los pies en la tierra...

Fabio se levantó, incómodo. No quería saber el final.

—Quédese sentado, me lo debe. —La voz de Gemma era amable incluso cuando daba órdenes. Fabio se paralizó—. Toda la vida encerrándome, escondiéndome, y al fin, a mi edad, había encontrado en usted a un amigo. Una persona de la que encariñarme, con la que recordar por fin lo que ha sido mi vida sin sentirme juzgada. El destino no ha sido amargo con usted como lo ha sido con nosotros, pero, desde el primer día, tuve la sensación de que también usted albergaba algún dolor. Quizá no tan profundo como el nuestro, una pérdida como la que hemos sufrido no puede compararse con nada, pero algo había. Si no tuviera la edad que tengo, alguien podría haber insinuado que estaba enamorada. Me ha dado la sensación de que sus compañeros lo pensaban. Yo lo defendía, y ellos sonreían con disimulo. ¡Miserables! Peor aún, ¡cabrones!

Hizo una sonrisita.

—¿Ve como si me empeño sí soy capaz de decirlo? Me estoy liberando de un montón de cosas: para eso tenía que llegar a esta

edad, mire usted por dónde. Pero, naturalmente, no era así como lo veía yo: pensaba solo que nos habría hecho compañía a Elena y a mí. Hemos estado tan encerradas... Por fin alguien frecuentaba esta casa, nos daba ganas de volver a estrenar la mesa de pimpón del jardín; de vestirnos bien, de lucirnos. No es que pensara que nos fuéramos a ir juntos de vacaciones, pero sí un fin de semana, quizá. Usted habría venido con su esposa. Quizá me habría sentido algo celosa: no de Carolina, por supuesto, pero sí de su vida, de su felicidad, de su juventud. ¿Por qué tuvimos que sufrir tanto Angelo y yo?

Era evidente que no esperaba una respuesta y, de hecho, siguió hablando.

—Usted supuso un gran alivio. Elena y yo volvimos a conversar juntas: fantaseábamos sobre usted. Nos preguntábamos si algún día usted y su esposa nos invitarían a cenar. Nos habíamos sentido apreciadas, escuchadas. La ligereza que nos transmitió me ayudó a conciliar el sueño después de decenios de angustia. Me iba a la cama sin comprender cómo había podido llegar hasta la noche, y me preguntaba cómo iba a poder soportar otro día más. Le estoy profundamente agradecida por la tregua que me regaló.

Sonreía, pero entonces su semblante se ensombreció.

—Estos son pensamientos que tuve después. En un principio me sentí tan humillada... Cuando comprendí su engaño, me odié: vieja estúpida, vieja idiota. Por suerte, duró poco, solo un par de días. Me lo estaba tomando de manera personal, pero después comprendí que usted simplemente es así. No es cierto que lo haya calculado todo, que haya mentido siempre. Eso no lo creí ni por un momento siquiera. Yo sé que también usted disfrutaba de nuestras conversaciones, que también usted necesitaba esa calidez, que se sintió comprendido por mí. Entre engañarme y ser mi amigo nunca ha habido contradicción.

Fabio se levantó, fue a su encuentro y alzó las manos para pedirle que parara, como si estuviera pidiendo tiempo muerto en un partido de baloncesto.

Una vez, un compañero suyo de clase se enfrentó a un examen oral a final de curso y, mientras se dirigía al estrado, se desplomó

entre los pupitres. Se puso a gritar y a temblar, sujetándose la rodilla; el bedel llamó a una ambulancia y se lo llevaron a urgencias. Fabio y los demás se preocuparon mucho: era una promesa del baloncesto, tenía por delante un futuro de campeón... Pero, al cabo de unos días, se descubrió que todo había sido una puesta en escena, por miedo a suspender y fastidiarse las vacaciones.

¿Había algo que él también pudiera hacer para parar el curso de los acontecimientos? No, no lo había. Gemma, mientras tanto, seguía hablando.

—Empecé a considerar de una manera distinta lo que me había sucedido. De repente me sentí orgullosa de mí misma: con ochenta años cumplidos, era aún capaz de entusiasmarme, de hacer proyectos, de dejarme asombrar por la vida. Lo he perdido todo, he sufrido lo que no está escrito, pero no me he resignado a la desgracia de una vida sin amor. Y, entonces, me persuadí de que conocerlo a usted había sido un valioso regalo. He estado de luto tanto tiempo, pensando que me lo merecía... Intentaba superarlo, pero luego no me lo perdonaba: ¿cómo podía tratar de ser feliz con lo que me había sucedido, no me avergonzaba solo de pensarlo? No he hecho más que castigarme, yo y mi pobre marido, los dos solos, soportando este cilicio. Porque, si el destino había sido tan duro con nosotros, alguna culpa debíamos de tener, pensábamos. Si Stefano había muerto de esa manera tan estúpida y no habíamos podido proteger a Elena, una razón tenía que haber. No podía ser solo mala suerte. He llorado tantísimo, pero el cinismo de creer que a usted solo lo movía un interés económico no va conmigo. Quizá con otros fuera distinto. Me han dicho que ha robado a muchos. Pero no conmigo.

Tenía que encontrar a Carlo Costantini. Quería preguntarle si había sentido remordimientos. ¿De dónde había sacado la sangre fría para decidir en unos segundos tirarse al suelo?

Estaba delirando. Hizo otro intento de detener a Gemma. Esta vez mediante la palabra. No tenía ganas de volver a levantarse.

—Déjeme que le explique...

¿Carlo había dejado de jugar sucio? ¿O había seguido, sin reparos, de una artimaña a otra, de una treta a otra? Había olvidado un

montón de nombres, pero el suyo lo recordaba bien. Tenía que dar con su número y preguntarle si conseguía dormir por las noches.

—No, no hay nada que explicar. Ya se lo he dicho: quiero terminar y después pedirle que se marche. Qué vida la mía a fin de cuentas, me dije: salí de un pueblecito y fui a parar a Argentina durante varios años, en la otra parte del mundo... Entre los empleados de mi marido había un obrero de etnia mapuche. Trabamos amistad con él y nos llevó a pasar un fin de semana a casa de sus padres, que vivían en mitad de la nada, en una casita rodeada de pinos y eucaliptos. *Mapu* quiere decir «tierra», y eso es lo que querían: cultivar la tierra y criar gallinas, ocas, ovejas, caballos. En la oscuridad de esas noches, vimos los cielos estrellados más grandiosos de nuestra vida. Años después, mis hijos los seguían recordando emocionados. Estoy convencida de que están allí, en alguna parte de ese cielo... La familia de ese obrero me contó que el Gobierno los estaba desposeyendo poco a poco de sus tierras. Nosotros no éramos responsables directos, pero algo de culpa teníamos: éramos los enésimos extranjeros que llegaban a Argentina para hacer dinero. Y cuando unos hacen dinero, otros lo pierden.

Gemma volvió a sonreír.

—He intentado odiarlo, Fabio, pero lo único que siento es pesar por usted. Elena y yo hemos decidido que, después del mar Rojo, iremos a Petra. Y luego a París y a Londres. Quiero que estos últimos años con su madre la resarzan de todos los demás. Ya he organizado las cosas para cuando se quede sola, pero, hoy por hoy, estoy aquí y quiero pasar con ella el mayor tiempo posible. ¿Ve este vestido de punto azul celeste? Si no lo hubiera conocido, nunca se me habría pasado por la cabeza comprarlo. Lo mismo con viajar, descubrir el mundo. Por eso le estoy agradecida, pese a todo. No tengo ni idea de lo que le depara el futuro... Conociéndolo, tendrá un plan, y puede incluso que salga mejor parado de como empezó. Lo espero sinceramente: alegrarme de las desgracias ajenas es otra cosa que nunca ha ido conmigo. Yo solo he querido llevar una vida tranquila, con mi marido y mis hijos.

Se levantó para darle la vuelta al disco, pero antes cogió la funda y se la enseñó.

—Es una edición limitada. No es que la buscáramos: compramos el disco cuando salió y lo conservamos todos estos años. Nunca hemos tirado nada. Lo llamaban *maxisencillo* porque en las cuarenta y cinco revoluciones había tres canciones, y no dos, como era habitual. La que hemos escuchado, *Valentino vale* y otra canción que se titula *È inutile*.

Accionó el mecanismo, el disco empezó a girar y, con delicadeza, colocó la aguja sobre el vinilo.

Valentino vale più di te balla bene il tango
Valentino m'ama più di te
Piange quando piango
E poi e poi io ne ho finché tu ne vuoi
Ad esempio c'è Wolfango che pensa solo a me.[4]

Gemma volvió a sentarse.

—Veo que le gustaría decir algo. Quizá, que está dispuesto a devolvérmelo todo, que no quería hacerlo. Estoy convencida de que eso es lo que está pensando: a mi edad he conocido a más de uno que no sabe distinguir entre verdad y mentira.

Hizo una pausa.

—Lo estoy juzgando, y quizá no sea la persona más indicada. Hay una última cosa que debo decirle, para no llevarme a la tumba este secreto también. No se lo he contado nunca a nadie, pero usted ha terminado siendo el único testigo exterior de esta desdichada historia, de modo que quiero que tenga todos los elementos.

No estaba triste, al contrario, parecía menos angustiada conforme hablaba.

—Lo de Elena no fue un accidente. Elena se tiró por la ventana... Al día siguiente, cuando pasé por casa a por algo de ropa que llevarle al hospital, encontré una carta en un cajón. Iba dirigida a mí y a su padre. Explicaba exactamente lo que se disponía a hacer. No quería seguir viviendo, estaba demasiado mal. Querría haberle hablado a Angelo de esa carta. Tal vez debería haberlo hecho. Pero en lo que escribía, Elena había sido tan dura con nosotros, tan severa, sobre todo con mi marido, que no tuve el valor. Se arrojó por

la ventana de la buhardilla y estuvo a punto de morir. Me dije que, tarde o temprano, acabaría enseñándole esa carta a Angelo, pero renuncié. Él no le mintió: le dijo solo la verdad que era capaz de soportar. —Lo miró con una expresión indescifrable—. Quizá, con el tiempo, le habría confesado que sabía que no había sido un accidente. Era demasiado inteligente para no haberlo comprendido.

Fabio se llevó las manos a la cabeza. Se sentía tan cansado...

—Como ve, vivimos todos, quien más quien menos, en la mentira. Y no me corresponde a mí entender por qué usted, Fabio, piensa que no tiene alternativas. Pero tengo derecho a aferrarme a mi verdad sin que usted trate de desmentirla: pese a todo, ha sido bonito conocerlo, pasar tiempo en su compañía. Con Elena tendré que inventarme algo: ella también le ha cogido mucho cariño. Le diré que lo han enviado al extranjero por trabajo. Es como una niña: al principio lo pasará mal, y luego se le olvidará. Ahora, sin embargo, solo quiero que se marche. Que no vuelva a llamarme nunca más. Que se levante y desaparezca para siempre de nuestras vidas.

Tres días después, Fabio se entregó a su rutina, que consistía en una misma reserva de hábitos y prácticas, automáticos ya. Siempre los mismos: ¿desde hacía cuánto, veinte años? Sí, veinte años en la misma oficina, trabajando para la misma compañía y los mismos jefes.

Encendió el ordenador, aguardó a que apareciera la pantalla donde teclear la contraseña, distraído —porque, si te lo pensabas, la ponías mal—, y esperó en vano a acceder al sistema. Nada. Volvió a intentarlo. Y otra vez más. Cuando levantó la mirada hacia los demás, en busca de ayuda, se percató de que todos lo miraban a él, fijamente, en un silencio sepulcral. *A posteriori*, caería en la cuenta de que lo estaban observando desde el mismo momento en que había encendido el ordenador. Era eso lo que tanto lo atormentaba de noche. Haber sido, aun solo unos minutos, el hazmerreír de toda la oficina. Recorrió la habitación con la mirada y vio que sus compañeros observaban a Marzini, de Recursos Humanos, que avanzaba decidido hacia él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Dímelo tú, Fabio —contestó Marzini.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar él.

Miradas a un lado y a otro: «Poneos a trabajar, hostia». Después Marzini blandió un papel, un folio con membrete del banco, y, poniéndose las gafas de presbicia, que llevaba colgadas del cuello, empezó a leer con voz impostada.

—Recojo mis cosas y me voy —se apresuró a decir Fabio a la primera frase, empezando a rebuscar en los cajones.

—No, Fabio, tus cosas las tienes que dejar aquí.

Un momento después, aparecieron los dos guardias de seguridad, por si acaso le daban ganas de montar un numerito.

Epílogo

Nunca le contó a Carolina esa última conversación con Gemma Cantuzzi. Era algo solo suyo y, quizá, en medio de todo el tsunami que los había arrollado, fuera un recuerdo que valía la pena conservar a buen recaudo. Se imaginaba a Gemma en París o en Londres, con Elena, recuperando lo que habían perdido, encerradas en un duelo sofocante y atrapadas por un hombre que, pese a amarlas profundamente, las había condenado a las dos.

A miles de kilómetros de su pasado, Fabio se pasaba días enteros contemplando el océano. Ese horizonte ilimitado era la respuesta a los años, ni siquiera tres, a decir verdad, menuda farsa, transcurridos espiando el mundo por el hueco de la cerradura o entre los barrotes de la celda. Después había llegado la negociación y, con esta, el arresto domiciliario y, al fin, la decisión de cambiar de aires en cuanto le brindaron la posibilidad. Descubrió cuán fácil era desaparecer si nadie te buscaba.

—Nos ha tomado a todos por gilipollas —le dijo el fiscal justo después de la sentencia. Lo expresó con esa crudeza, pero el tono no era de enfado ni de decepción: habría sido un ingenuo, sí, pero, al menos en su terreno, había entendido cómo funcionaba el mundo en realidad. Fabio nunca volvió a tener contacto con él.

Desde donde se encontraba ahora, espiaba los yates de crucero que todos los días atracaban en el puerto y se quedaba mirando a los turistas que desembarcaban uno detrás de otro por la larga pasarela. Estaba convencido de que, antes o después, entre esa muchedumbre de pasajeros distinguiría la silueta delgada y elegante de Gemma y aquella, torpe y robusta, de Elena. Pensaba en ellas, y en Angelo y en Stefano, ese chico al que había observado tantas

veces en la foto de la cocina que había terminado por creer que de verdad lo había conocido.

Reconocería a Gemma y a Elena, entraría deprisa en su apartamento panorámico de la planta treinta y bajaría corriendo para ir a su encuentro. Las invitaría a un café, o quizá a un cóctel, de esos que tenían una banderita. Se quedarían juntos contemplando la playa y el mar, recordando cómo esas tardes en que él les robaba y Gemma le hablaba de sí misma habían sido lo más parecido a la ternura que habían conocido nunca. Le preguntaría si lo había perdonado... No, lo más verosímil era que se quedaran callados, que se limitaran a beberse el café, aguardando el momento de disfrutar de la puesta de sol y esperando que tanto él como Gemma y Elena, antes del inevitable final, pudieran asistir mil veces más a ese espectáculo majestuoso.

¿Cuánto hacía que se había marchado Carolina? ¿Cuánto hacía que había vuelto a su casa, a su vida? A su familia, quizá: la había criticado tanto, pero, al final... Era probable que ahora estuviera haciendo aquello para lo que siempre había estado destinada: trabajar en la empresa familiar como directora de algo. Se la imaginaba rodeada de los que eran como ella, ocupada en contarles la extravagante aventura que había vivido con ese bandido por el que había perdido fugazmente la cabeza, hasta el punto de casarse con él.

Ya no recordaba cuánto tiempo había pasado, pero, una mañana, en su soledad, recordó el fin de semana en la montaña con Angelo y se marchó. Cogió un avión, después otro y otro más. Aterrizó en Buenos Aires y alquiló un coche en el aeropuerto: estaba solo, pero era como si estuviese con Angelo y Stefano. Se imaginaba a Cantuzzi al volante, comentando lo que veían, con su hijo al lado, que no se perdía una palabra de ese padre del que todos, desde su madre hasta los empleados, le decían que era tan único y especial. Fabio se lo imaginaba empeñado en no decepcionarlo nunca: ¿que quería caminar diez horas? Pues de acuerdo; nunca una rabieta ni una lágrima. Había seguido el camino trazado durante años, hasta que una llave perdida lo había mandado todo al garete. Sin quererlo, había sido el propio Stefano, que había hecho lo imposible para estar

a la altura de ese hombre, el que lo había herido de muerte. ¿Cómo de grande o de pesada era esa llave? Poco. Pero había sido la medida de su destino.

Fabio vio los primeros guanacos cruzar la carretera poco antes de la Patagonia, seguidos de las orcas, los pingüinos y los glaciares. Sabía cuál era la meta real de su viaje.

Tal vez los Cantuzzi habían llegado a ese valle ellos solos, sin otros turistas. Eran tiempos lejanos. Fabio identificó en un momento esa puerta natural excavada en una roca que se abría a un panorama espectacular. A su alrededor se oían voces de todos los rincones del mundo. Se puso respetuosamente a la cola, esperando su turno para sacar una foto. Los turistas se repartían en grupos, pero no le pedían a nadie que los fotografiara, como ocurría en los tiempos de Cantuzzi y también en los suyos. El más alto alargaba el brazo delante de sí, les decía a los demás que se juntaran detrás, estos se apiñaban para no quedar fuera del encuadre, y luego tomaba la foto, atento a que saliera bien la puerta y el recuadro de panorama correspondiente.

No tenía ninguna gana de fotografiar el paisaje, y menos aún de fotografiarse a sí mismo. Se limitó a mirar a su alrededor, pensando en esa piedra tan valiosa para ese niño que debía de estar oculta en alguna parte. Mejor que siguiera donde estaba.

Llevaba decenios enterrada allí y, mientras tanto, todo había cambiado. Habían cambiado los Cantuzzi, había cambiado el mundo y había cambiado incluso él. Salvo una cosa: a diferencia de los Cantuzzi, todavía no había encontrado un momento que lo representara, ni uno que le hubiera gustado que lo representara.

Cuando cayó la noche y ese lugar quedó olvidado, eterno, subió al coche y reemprendió el camino hacia Buenos Aires y, desde allí, hacia ese nuevo rincón del planeta que había empezado a considerar su casa. Mientras se alejaba, lanzó una última mirada a esa puerta natural excavada en la roca y pensó que siempre había tenido razón, lo había sabido siempre: las cosas, amigo mío, suelen suceder por casualidad.

Agradecimientos

Me habría gustado mucho hablar de aquello en lo que estaba trabajando con un amigo, Federico Viola, importante directivo bancario. Pasamos muchos buenos momentos juntos en la montaña, después nos perdimos de vista y, finalmente, él nos dejó de manera inesperada justo cuando yo me disponía a empezar esta novela y pensaba que sería una buena ocasión para volver a pasar tiempo juntos. Querido Federico, se me hacía raro no recordarte también aquí.

Quiero manifestar mi gratitud a Arnoldo Welf, guía alpino de Gressoney, que, como los Menabrea, tiene siempre alguna sugerencia que hacerme sobre todo lo relacionado con el mundo de la montaña. Y a Hervé Jaccond, monitor de esquí, también de Gressoney, por una consulta que le hice, aunque finalmente eliminé del borrador el pasaje que tenía en mente.

Quiero dar también las gracias a Alessandro Paganini, que, con su inteligencia y conocimiento del mundo, me ha ayudado a entender cómo funciona la adquisición de un barco de lujo, así como a Ramona Rusenko, que ha hecho otro tanto en el campo de los relojes muy caros. Estoy igualmente agradecido a Giorgio Solcia, director general nacional de CACEIS Bank, por sus consejos sobre toda una serie de cuestiones relativas al ámbito de la banca.

Mi agradecimiento también para mi pareja, Chiara, y mis dos hijas, Bianca y Erica: ¡la aventura continúa!

Y, por último, quiero dar las gracias a Simone Marchi y a la MalaTesta Literary Agency, que creyeron en esta historia desde el principio, y a todo el personal de la editorial Feltrinelli por su dedicación, pasión y competencia habituales y por la confianza renovada que sigue depositando en mí, llegados ya al cuarto libro juntos; casi un matrimonio.

Notas

Dos líneas paralelas

1. En Italia se emplea el apelativo *dottore*/*dottoressa* para designar, como marca de respeto, a cualquier titulado universitario. En esta traducción se ha optado por *doctor*/*doctora*, aun cuando en castellano el término no tiene ese significado, para preservar la fluidez del texto. *(N. de la t.)*

Primera parte. La medida del azar

1. En castellano en el original. *(N. de la t.)*

Segunda parte. La medida del destino

1. «Qué mal puede hacerme / apretar los dientes / por una vez / aunque sepa / que mi corazón / poco te importa.» *(N. de la t.)*
2. «Qué mal puede hacerme / creerme tu amiga / por una noche / fingir pero / aun así / darte todo de mí.» *(N. de la t.)*
3. «Y no saber ya / distinguir / entre la verdad y la mentira.» *(N. de la t.)*
4. «Valentino vale más que tú, baila bien el tango / Valentino me quiere más que tú / cuando yo lloro llora él / y yo, y yo tengo tantos como quieras / Por ejemplo está Wolfango, que solo piensa en mí.» *(N. de la t.)*

El estafador
Francesco Casolo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Il truffatore*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Iain Faulkner, Morning Light

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano, 2025
Published by special arrangement with Francesco Casolo in conjunction with his duly appointed agent MalaTesta Lit. Ag. and co-agent The Ella Sher Literary Agency

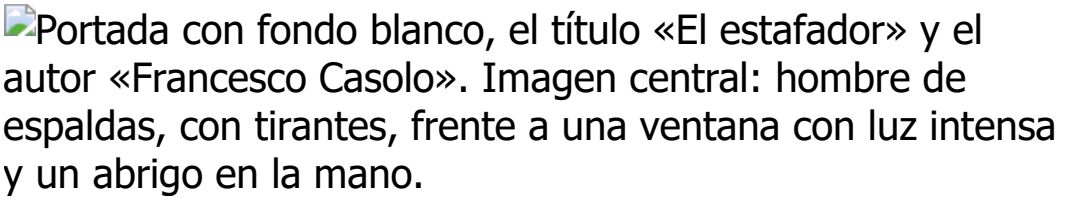
© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-322-5129-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada con fondo blanco, el título «El estafador» y el autor «Francesco Casolo». Imagen central: hombre de espaldas, con tirantes, frente a una ventana con luz intensa y un abrigo en la mano.